MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
C. de la Real Academia de la Historia

CRONICAS TRUJILLANAS DEL SIGLO XVI

(Manuscritos de Diego y Alonso de Hinojosa, Juan de Chaves y Esteban de Tapia.)

PUBLICACIONES DE LA BIBLIOTECA PUBLICA Y ARCHIVO HISTORICO DE CACERES

CRONICAS TRUJILLANAS DEL SIGLO XVI

(Manuscritos de Diego y Alonso de Hinojosa, Juan de Chaves y Esteban de Tapia.)

Publicaciones de la Biblioteca Publica y Archivo Historico de Caceres

CRONICAS TRUJILLANAS DEL SIGLO XVI

Imprenta y Talleres JOMARIM, Horno, 17. - CACERES

CRONICAS TRUJILLANAS DEL SIGLO XVI

(Manuscritos de Diego y Alonso de Hinojosa, Juan de Chaves y Esteban de Tapia.)

Publicaciones de la Biblioteca Publica y Archivo Historico de Caceres

19 5 2

Esta primera edición de Crónicas Trujillanas del Siglo XVI, ha sido patrocinada por el Ayuntamiento de Trujillo, la ciudad cuna de tanto nombre glorioso.

dedicatoria

A Trujillo, prócer ciudad extremeña de rango universal.

Escudo de Trujillo, dibujado en el Manuscrito de Don Esteban de Tapia

PREFACIO

POCOS pueblos pueden competir con Trujillo en un haber heroico

de tantas resonantes gestas universales. A Oriente y Occidente, de Italia al Perú, del Garellano al Amazonas, vibra el nombre de esta ciudad, como airón señero que Pizarro, Orellana, Paredes y tantos otros clavaran en grandiosas misiones de conquista, descubrimiento y evangelización.

Lo trujillano, al ímpetu de su historia desbordada por el mundo, sale siempre del marco esestrecho de lo localista, para cobrar rango de universalidad. Los más pequeños episodios de su vida interna, las más íntimas rencillas de sus linajes, los más oscuros hidalgos de sus solares, rebasan el cinturón granítico de sus murallas, para dejar huellas en remotas lejanías.

La historia de Trujillo no fué nunca el vivir intranscendente de un pueblo, sino el incesante incubar de hazañas internacionales. Por eso el pasado íntimo —antecedente de su pasado universal— tiene un amplio interés, muy por encima del reducido ámbito local. Y si afortunado

fué el destino de este pueblo extremeño en las glorias resonantes, afortunado es también en haber tenido en el siglo XVI viejos cronistas que recogieran episodios de su historia interna, en lo que tampoco pueden parangonársele muchas ciudades.

De los pueblos, como de los individuos, suele recoger la Historia los períodos de madurez y triunfo, mientras el olvido envuelve los oscuros comienzos y los pequeños incidentes.

Trujillo tuvo la suerte de que cuatro nobles, nacidos en su recinto, recogieran —más o menos garbosamente, con mayor a menor amplitud— la vida y entronques de sus estirpes, salpicando sus relatos de pinceladas históricas y de esas pequeñas naderías puebleras, que en este caso cobran calidad de antecedentes valiosos. Sin estos hidalgos, mientras la gran historia de Trujillo, realizada por tantos hijos ilustres suyos, llena volúmenes de crónicas indianas y europeas, la pequeña historia se habría perdido para siempre. Ellos salvaron una parte de ésta al salpicar sus trabajos genealógicos de anécdotas y sucesos, de datos y descripciones que sirven para vivificar personas y hechos que son prólogo de los personajes y de las hazañas.

Los manuscritos que hoy publicamos, por ser fuentes de la historia de Trujillo, lo son también, en parte, de la Historia Universal.

INTRODUCCIÓN

I LOS CRONISTAS

Cuatro nombres, de cuatro inéditos cronistas trujillanos, vienen hoy a estas páginas: Diego y Alonso de Hinojosa, Juan de Chaves y Esteban de Tapia. Hidalgos oscuros, escritores ignorados, sus biografías sólo podemos trazarlas de manera escueta, a base, principalmente, de los datos que ellos mismos suministran. Unicamente en lo relativo a Tapia viene en nuestra ayuda una amplia prueba documental[1]; para aquellos tres, preciso es atenerse a las aportaciones de sus manuscritos, cuya valoración haremos en otro lugar[2].

Veamos quiénes fueron estos cuatro nobles que, al escribir relatos genealógicos, cobraron calidad de historiadores. Con las muy extensas noticias de sus familias y con las más escasas de sus vidas oscuras, preciso es estampar aquí unas elementales notas biográficas, porque Diego y Alonso de Hinojosa, Juan de Chaves y Esteban de Tapia han de encabezar desde hoy la lista de la bibliografía histórica de Trujillo.

1.— Diego de Hinojosa de Vargas

Nació Diego de Hinojosa en Trujillo, por el año 1485[3]. Era hijo de Juan de Hinojosa, nacido en 1448[4], y de su segunda mujer, doña

Leonor de Vargas. Ambos cónyuges venían de ilustres linajes y estaban emparentados con la principal nobleza de la ciudad; pero su situación económica no era muy brillante, por ser descendientes de líneas segundonas.

Juan de Hinojosa no tuvo aquella longevidad y fortaleza que fueron acusadísimas características de su familia[5], pues fué siempre delicado y enfermizo, muriendo a los cuarenta años de edad, en octubre de 1488. Era de mediana estatura, rubio, dado a los estudios, buen caballista y caritativo. Fué uno de los primeros alcaldes de la Santa Hermandad. En los bandos familiares que agitaban Trujillo, se puso al lado de los Vargas, parientes de su segunda esposa, frente a la propia bandería de su familia, que capitaneaban los Chaves, enemistándose, por ello, con su hermano menor, Alonso, abuelo del de igual nombre que había de compilar el manuscrito de Diego[6].

En contraste con la personalidad suave y débil de Juan, Leonor de Vargas era fuerte, varonil y hermosa, prendas que le valieron la simpatía de doña Juana, la Beltraneja, pretensa hija de Enrique IV y aspirante a Reina de Castilla, la cual quiso llevarla a su servicio, juntamente con el esposo, cuando estuvo en Trujillo, en 1475, lo que Leonor no aceptó.

Fué la madre —lo anota el propio hijo en su manuscrito— quien supo educar a la prole y regir con energía la casa, luchando incansable con estrecheces económicas y años de hambre[7].

Juan de Hinojosa casó muy joven, en primeras nupcias, con una hija de Garci González de las Cabezas, la cual murió al dar a luz el único fruto de este matrimonio, una niña, llamada Teresa de Hinojosa, que vivió pocos años. Contrajo luego segundo vínculo, como se ha dicho, con Leonor de Vargas, de la cual le nacieron tres hijos y tres hijas: Francisco de Hinojosa, Hernando de Vargas, Diego, Leonor, Inés y Teresa de Hinojosa.

De toda ésta numerosa prole, sólo Diego, el cronista, dejó generación. Francisco, el primogénito, casó con una hija de Francisco de Torres, de la cual tuvo una hija única, que a su vez tuvo un único hijo, muerto niño. Hernando de Vargas fué víctima, siendo soltero y cuando tenía treinta y tres años, en 1511, de un su

pariente, llamado Gonzalo de Torres, el cual le mató de una lanzada, en la dehesa de la Torre de Mingo Caro. Leonor e Inés de Hinojosa acabaron sus días sin tomar estado, viviendo como beatas caseras, y Teresa, la más pequeña, murió muy joven[8].

Diego heredó de sus padres pocos bienes terrenos, buenas enseñanzas morales y mucho abolengo de sangre. Por los Hinojosas decíase descendiente de un don Nuño Sancho, primo del Cid, de cuya casa era Alonso Alvarez de Hinojosa, primer venido a Trujillo, en tiempos de Alfonso XI, enlazando también con los Altamirano, la más ilustre y preponderante parentela local[9]. Por su madre, a más de la sangre noble de los Vargas, tenía la de los Bejaranos, otro de los tres linajes —Altamirano, Bejarano y Añasco — , que se repartían los puestos concejiles[10].

Estaba enlazado Diego con la más alta nobleza, figurando entre sus ilustres parientes el conquistador del Perú, Francisco Pizarro, cuya varonía era Hinojosa, y el hermano de éste, Hernando Pizarro, también paladín en el Perú, que era, además, primo hermano del cronista por línea materna[11].

La vida de Diego discurrió oscuramente en su rincón, entre las afanosas atenciones de su no muy sobrada hacienda, las molestas rencillas familiares y las gratas lecturas. Hombre «bueno y letrado» —así le llama su sobrino Alonso[12]— se adivina en él un vivir quieto, estudioso y observador. En su mente iban grabándose los hechos que presenciaba y los rasgos físicos y morales de las personas de su trato, mientras sacaba notas de documentos y oía a los viejos contar pasados sucesos y anécdotas.

Inteligente, culto, recto, ponderado y cuánime, supo llevar bien los asuntos propios y ajenos, por delicados que fueran. De ello dan muestra sus actividades como testamentario de Hernando Becerra, el cual dejó una benéfica fundación para dotar doncellas de su linaje. Como se intentase convertirla en capellanía, Diego hizo las oportunas gestiones ante la Corte y en la Rota, consiguiendo que no fuera alterado el espíritu fundacional[13].

Casó Diego con Ana Barrantes —también parienta de los citados héroes peruanos[14]—, dama que, a tono con el esposo, tenía una brillante prosapia y una empalidecida herencia. Por su padre, Juan

Barrantes, enlazaba con un Maestre de Alcántara; por la madre, Francisca Cervantes, descendía de los Gil de Cervantes y de los Pizarro[15].

Ana, mujer de gran hermosura, «fué desde su mocedad muy enferma»[16]. Dos hijos y una hija le nacieron al matrimonio; Juan de Hinojosa, Hernando y Leonor de Vargas. El primogénito, Juan, fué el heredero y continuador de la casa paterna; el segundón, Hernando, murió en las guerras de Italia.

Cuando no le faltaban muchos años para llegar a los setenta de edad, en 1548, Diego de Hinojosa redactó el interesante manuscrito que motiva esta nota biográfica, del que nos ocuparemos y el cual publicamos. Debió morir pocos años después de realizar su tarea. Lo único que sabemos concretamente es que ya no existía en 1563, cuando su sobrino Alonso compiló lo por él escrito[17]. Fué sepultado en Santa María la Mayor, de Trujillo, junto al altar de Santa Ana, en cuya capilla tenían sus sepulcros los Hinojosa, por ser esta santa la abogada del linaje[18].

2.— Alonso de Hinojosa Torres

Si la situación económica de Diego de Hinojosa no era muy desahogada, la de su sobrino Alonso fué de estrechez, casi de miseria, según él mismo nos dice. Rico en blasones y pobre en dineros, vino al mundo en Trujillo, en 1523[19], siendo el primogénito de sus padres, Alvaro de Hinojosa —que antes se llamó Alvaro de Torres— y María Paniagua. Más tarde naciéronle al matrimonio tres varones más: Gonzalo de Torres y dos que dejaron de existir siendo niños.

Alvaro, padre de Alonso, era hijo de otro Alonso de Hinojosa, hermano menor del padre del cronista Diego. Ni Alvaro tenía bienes, ni su esposa, María Paniagua —también de noble linaje—, trajo dote alguno. No obstante, gracias a la clara inteligencia y espíritu trabajador del marido, pudo reunir un modesto capital que le permitiera vivir una dorada pobreza, un aparentar por fuera lo que no había por dentro, a lo que todos los Hinojosa fueron dados, según nos dice en su manuscrito don Esteban de Tapia[20].
Tuvo caballos, criados, esclavos y granjerias; pero la muerte cortó

las probabilidades de prosperidad de la casa, porque Alvaro murió de una pulmonía, a los cuarenta años de edad, dejando a sus hijos muy pequeños. Sin una mano firme en el timón de la débil nave de la economía familiar, todo se hundió. La muerte de la madre y la intervención de tutores descuidados completaron la catástrofe[21].

Alonso de Hinojosa y su hermano Gonzalo de Torres, se criaron y pudieron ir viviendo casi de milagro, en realidad, de milagro auténtico, que por algo Alonso nos dice que todo se lo deben a Dios, pues, sin tener bienes, salieron adelante y nunca llegaron a carecer de lo necesario[22].

Para colmo de desdichas, Alonso era un inútil físico, víctima de una lesión en las piernas, al que la gente llamaba el Cojo[23]. Sin embargo, su despejada inteligencia y su espíritu agudo le allanaron el camino, adivinándose en su psicología una mezcla extraña de lealtad y fingimiento, un profundo espíritu religioso y una tendencia a la adulación. Acaso esta amalgama fué la fórmula que le permitió vivir, sin parecerlo, a costa de los demás. Mientras su tío Diego fulmina en su manuscrito maldiciones apocalípticas contra los Chaves, Alonso, en las mismas páginas, canoniza y coloca en los altares de la perfección al representante de tal estirpe, a Juan de Chaves, hombre muy rico —otro cronista trujillano, del que nos ocuparemos—, cinco años menor que él, y, sin duda, su amigo y protector, aunque se esfuerce en querernos decir que no le debe favores[24]. Más claramente confiesa la protección de Hernando de Orellana, «mi caro primo —dice— a quien yo debo mucho»[25].

Aun reconociendo su bondad innata y la firmeza sincera de su fe cristiana, se adivinan en Alonso los perfiles del pícaro —pícaro bueno— , cuya despejada inteligencia está siempre al servicio de su interés, sin apelar nunca a medios reprobables. Sus armas fueron la servicialidad, la simpatía y, también, la adulación. Con ellas debió ganarse el afecto y las dádivas de parientes y amigos. Y ya fué mérito poder mantenerse en el difícil equilibrio que le permitiera estar a bien con todos y no tener enemigos, en aquel Trujillo en el que para cualquier asunto se tropezaba con las orgullosas banderías familiares.

La vida de Alonso, hidalgo pobrísimo, podemos imaginárnosla como la de un perpetuo invitado y protegido. A los cuarenta años seguía

soltero, y es de suponer que no se casó nunca. A esa edad, en 1563, compiló el manuscrito redactado por su tío Diego, entrelazando en él sus propias aportaciones. Esta tarea ha salvado su nombre del olvido y lo coloca en la historiografía extremeña como uno de los cronistas trujillanos del siglo XVI.

Alonso de Hinojosa, el Cojo, se alejó más tarde de su natal Trujillo, fijando su residencia en Córdoba, donde se pierde su rastro y donde suponemos que murió[26].

3.— Juan de Chaves y Acuña

Juan de Chaves fué un poderoso prócer. Las riquezas, que tan esquivas se mostraron con los anteriores cronistas, fueron pródigas con este representante primogénito de una de las más linajudas casas de Trujillo. Había nacido en dicha ciudad, en 1528[27]. Era hijo mayor de Luis de Chaves y de doña Juana de Acuña, quienes en su matrimonio tuvieron dos vástagos más: Alonso de Sotomayor y doña Ginebra de Acuña.

Luis de Chaves fué biznieto primogénito del de igual nombre, gran paladín de los Reyes Católicos, muerto de noventa años, en 1492[28]. Dos hermanos del Luis, padre de Juan, Nuño y Francisco de Chaves, pasaron a la conquista del Perú y resuenan sus nombres en las historias de aquel reino. Luis, como heredero de la gran hacienda paterna, quedó en la casa solariega, muriendo joven.

Al igual que le ocurriera al padre con sus dos hermanos, le pasó al hijo primogénito, Juan, el cronista, que fué el único que permaneció en Trujillo. Alonso de Sotomayor, el segundo, fuése a campaña y en ella perdió la vida, no heroicamente, sino de enfermedad. La hembra, doña Ginebra de Acuña, fué a residir a Salamanca, por haber contraído matrimonio en aquella ciudad con Rodrigo Arias Maldonado[29].

Aun rebajando mucho de las lisonjas que le dedica Alonso de Hinojosa, es indudable que Juan de Chaves estuvo adornado de muy buenas cualidades. Era culto, inteligente, lector de varias lenguas, liberal y dadivoso. Fué agraciado de rostro, gentil de cuerpo y desenvuelto a caballo y en armas. Crióse en la casa del

duque de Béjar y vivió luego en Trujillo, a tono con la opulencia que le deparaban las cuantiosas rentas de sus magníficas dehesas. Disponía de doce caballos, con sus doce escuderos, teniendo a su servicio una nutrida grey de lacayos, esclavos y azafatas[30].

Casó con doña Isabel de Cárdenas, hija de Gutierre de Cárdenas y de Leonor de Alvarado, siendo sus bodas un factuoso acontecimiento local, celebrado con bailes y banquetes servidos por criados que lucían lujosas libreas.

Una de las más nobles y destacadas actuaciones de Juan de Chaves fué la actitud contra la venta de los lugares que dependían de la jurisdicción de Trujillo, que por orden real fueron vendidos en 1558. Juan, viendo claramente la inevitable decadencia que ello supondría a su ciudad natal, luchó contra la enajenación con todas sus fuerzas. Realidades apremiantes y poderosas pesaban más que todas las razones en el ánimo del Rey, por lo que las ventas no pudieron impedirse[31].

El más brillante episodio de su vida fué el acompañamiento desde Trujillo a Badajoz, de las reinas de Hungría y Portugal, doña María y doña Leonor, hermanas del Emperador Carlos V. En esta cortesana cabalgada, Juan derrochó lujo y riquezas que asombraron a los nobles del séquito y complacieron a las dos egregias damas[32].

Juan de Chaves tuvo larga prole en su matrimonio, siendo su primogénito, Luis de Chaves, esposo de doña María Portocarrero[33].

Ignoramos la fecha de la muerte del cronista Chaves, sabiendo tan sólo que su manuscrito, que hoy publicamos, fué redactado algunos años después de 1563[34].

4.— Esteban de Tapia y Paredes

Noble, rico y primogénito de ilustre prosapia, don Esteban de Tapia y Paredes, Señor de Plasenzuela, Guijos y Avililla, vino al mundo en Trujillo, por 1560[35].

Era hijo mayor de don Gonzalo de Tapia, Señor de las villas citadas, jefe de uno de los linajes conquistadores de la ciudad[36], y de doña María de Paredes, nieta del famoso paladín de las guerras de Italia,

Diego García de Paredes[37].

Don Gonzalo y doña María tuvieron en su matrimonio, a más del citado primogénito, a don Bernardino y don Luis de Tapia, a doña Angela de Sotomayor, a doña juana de Tapia, a doña Mencía de Orellana y a doña María de Paredes. Las tres últimas fueron monjas, en Trujillo: las dos primeras, en el convento de la Puerta de Coria; la tercera, en el de San Antonio[38].

En aquellos tiempos en que los matrimonios se acordaban por las familias, sin tener en cuenta las personales inclinaciones, resulta simpático y curioso anotar que doña María de Paredes y don Gonzalo de Tapia se casaron enamorados, siendo verdadero modelo de amantes esposos, lo que atestigua su correspondencia epistolar, que se conserva[39].

Destinado don Esteban a suceder en el mayorazgo y representación de la casa de Tapia, la madre, doña María de Paredes, fundó mayorazgo a favor del segundo, don Bernardino, y, en su defecto, del tercero, don Luis, que fué quien lo heredó, por haber muerto aquél sin descendientes. La posesión de este vínculo, el no quedar hijos varones de don Esteban, y el estar excluidas las hembras en el principal mayorazgo de la casa de Paredes, en el fundado por Hernando Corajo, hizo que don Luis reuniese un destaque social y económico muy superior a su hermano, ya que vino a él una más cuantiosa fortuna y la histórica representación de la primogenitura de su famoso bisabuelo, el heroico y forzudo Diego García de Paredes[40], si bien más tarde todo volvería a reunirse en los descendientes de don Esteban[41]. A más de esto, don Luis cursó estudios en Salamanca, se hizo licenciado y desempeñó los lucidos cargos de Alcalde de Casa y Corte y Consejero de Castilla e Indias[42].

Todo lo dicho dió al segundón cierta prelacía social sobre el primogénito, sin que esto quiera decir que don Esteban no ocupase también una posición destacadísima. Era el jefe del noble linaje de Tapia, viviendo como tal en Trujillo, rico y considerado de todos. Fué inteligente y erudito, amante de las viejas cosas históricas y enamorado de su ciudad natal. Entre los años 1586 y 1590 compuso el manuscrito que hoy publicamos[43].

Contrajo matrimonio por los últimos años del siglo con una noble

dama cacereña, doña Teresa de Ovando, naciéndole de ella un hijo y una hija, que llevaron los nombres y apellidos de los abuelos paternos: Gonzalo de Tapia y María de Paredes.

No vivió mucho después de casada doña Teresa, fallecida en 1604[44]. Sólo tres años después, en 1607, moría el marido, el cronista don Esteban de Tapia, a los pocos días de otorgar su testamento, en Trujillo, ante el escribano Alvar Sánchez Becerra, el 24 de septiembre, siendo sepultado en la iglesia de San Martín, en los enterramientos de su casa. Para que ejerciesen la tutoría de sus dos hijos, que eran menores de doce años, designó a su suegro, Pedro de Ovando, y a su hermano, don Luis de Tapia[45].

El hijo varón de don Esteban, el pequeño Gonzalo, fallecía poco después que su padre, quedando por única heredera de la casa paterna la hembra, doña María de Paredes y Tapia, que contrajo matrimonio con don Miguel de Eraso, recayendo en su línea la representación de los linajes de Eraso, Tapia y Paredes, con todos sus mayorazgos, que por hembra pasaron en el siglo XVIII a la casa condal de Canilleros[46].

II LOS MANUSCRITOS

Los cuatro cronistas de que nos hemos ocupado nos dejaron los tres manuscritos genealógico-históricos que hoy damos a la imprenta. Ninguno de los autores pensaba, al escribirlos, que un día iban a ser publicados: cada uno lo redactó con propósito de constancia íntima, de informe a la familia, sin pretensiones publicitarias.

La parte de historia general de Trujillo, en los textos que de ella se ocupan, adolece de defectos; en los remotos orígenes de linajes, se recogen algunas de las repetidas fantasías de los genealogistas; pero en cuanto se refiere a detalles de vida privada, anécdotas, enlaces, entronques y genealogías de Trujillo, salvo algunos errores, su valor

es inestimable, formando un auténtico arsenal de datos curiosos e inéditos. Difícilmente existirá ciudad alguna que tenga, recogido en el siglo XVI, un tan amplío cuadro de conjunto de su vida privada.

Anticipemos que estos relatos, dada la base de genealogías sobre que fueron trazados, pecan de la aridez inherente a tales materias, si bien los vivifican y animan los detalles curiosos y las amenas anécdotas de que algunos de ellos están salpicados.

El crédito que merecen estos datos es muy amplio, porque los cronistas no escribieron a impulso de ningún móvil publicitario que coartara su libertad, y porque todos se basaron en documentos o en noticias recogidas como testigos presenciales o por versión muy directa[47].

La vida de los cuatro escritores abarca todo el siglo XVI, iniciándose la de uno de ellos, Diego de Hinojosa, en el XV, de cuya centuria, desde los comienzos de ella, tuvo concretos informes, por sus ancianos parientes. Todo lo por ellos narrado, relativo a las familias trujillanas, a sus episodios y anécdotas, dentro de los dos citados siglos, es de un verismo innegable, prescindiendo de cualquier juicio o crítica de tipo subjetivo, dictados por la simpatía o la rivalidad.

El gran valor de fondo no conjuga, en general, con la oscura y defectuosa forma de muchos pasajes cuya comprensión resulta difícil.

Esto último hemos tratado de subsanarlo, completando las frases con palabras colocadas entre corchetes y actualizando la ortografía y caótica puntuación de las textos[48].

De cada uno de los tres manuscritos se conservan dos ejemplares.

1.— Manucristo de Diego y Alonso de Hinojosa

Por cronología, extensión e interés, ocupa el primer puesto el Manuscrito de Hinojosa, del que los dos ejemplares que se conocen fueron encontrados por nosotros en un archivo familiar[49].

Carece este trabajo de título, pues el de Genealogía de los Hinojosas, que con letra reciente figura en las portadas de pergamino, ni fué puesto por quien lo escribió ni refleja el amplio contenido, que abarca múltiples noticias históricas y genealógicas. No es de extrañar la falta de título en lo que nunca se pensó que fuese impreso, pues ya advierte el autor su propósito íntimo y familiar, al decir que «hizo este tratado de su generación, para sus hijos»[50].

Como ya hemos dicho, fué redactado el manuscrito por Diego de Hinojosa de Vargas, en 1548, compilándolo su sobrino, Alonso de Hinojosa Torres, en 1563. Es de lamentar que el compilador no recogiera íntegramente el texto de su tío, agregando o corrigiendo aparte lo que estímase oportuno. La tarea de Alonso, meritoria en cuanto aporta nuevas noticias y enmiendas, fué funesta al refundir lo propio y lo ajeno en una mezcla confusa y desordenada, en la que, posiblemente, se han perdido noticias que figuraban en el primitivo y más amplio texto, y en la que, salvo algunos pasajes, no se puede saber a cuál de los dos pertenece lo escrito[51].

No respetó siquiera el compilador el orden primitivo, anteponiendo capítulos redactados por él y alterando la colocación de otros. Esto hace que el valiosísimo contenido —valiosísimo, tanto lo escrito por Diego como lo aportado por Alonso— aparezca como una mezcla informe, con trozos repetidos o truncados.

Nada de lo dicho aminora el interés, pues, como dijimos, es el primero en calidad aportadora. La historia, la anécdota y la genealogía se enlazan en él, presentándonos interesantísimos e ignorados perfiles del vivir trujillano. Las descripciones físicas y morales de los individuos, los sucesos de la vida pública y privada, las supersticiosas consejas, las anécdotas cómicas o trágicas, las puntualizaciones históricas, todo, en fin, cuanto de tales o semejantes cosas se recoge, tiene un interés excepcional y forma un maravilloso cuadro. En esto radica su auténtico e inmenso valor, que atrae y cautiva, sobreponiéndose a las arideces genealógicas y a los escasos y torpes perfiles de historia general de Trujillo.

Los nombres de Diego y Alonso de Hinojosa — cuyas enlazadas aportaciones forman el manuscrito— han de figurar desde hoy en cabeza de la lista de historiadores trujillanos. Los primeros en orden

cronológico, difícilmente le disputará nadie su primacía en el interés y novedad de sus aportaciones. A las plumas de estos dos pobres hidalgos, curiosos y detallistas, inteligentes y cultos, habrá que agradecer siempre uno de los más valiosos trabajos monográficos sobre la vida de una de las más ilustres ciudades extremeñas.

2.— Manuscrito de Juan de Chaves

Si los otros cronistas de que venimos ocupándonos escribieron sin pensar en hacer trabajos publicables, menos lo pensó Juan de Chaves, que se redujo a recoger unas notas sobre su familia, para enviarlas a un su pariente. No obstante, le puso un amplio encabezamiento, dándole calidad de Relación[52].

Realmente se trata de una genealogía del linaje de Chaves y es el más breve de los textos que publicamos. Ya hemos dicho que fué compuesto algunos años después de 1563, siendo su redacción clara y ordenada. Los dos ejemplares que se conocen de este trabajo los encontramos unidos al Manuscrito de Hinojosa[53].

Pese a lo ceñido del tema, tiene su interés, ya que trata de un linaje de la máxima preponderancia en Trujillo, y de su rama primogénita, que no había sido debidamente estudiada, ni siquiera en la más completa obra de historia y de genealogías trujillanas[54]. Por otra parte, como quiera que en esta familia hubo un personaje tan destacadísimo como Luis de Chaves, paladín de la Reina Católica, y figuras tan interesantes como Nuño y Francisco de Chaves, partícipe en la conquista del Perú, las noticias que de ellos aporta tienen calidad de datos históricos.

Aunque breve, el trabajo de Juan de Chaves merece figurar en la historiografía de Trujillo, debiendo ser anotado el nombre de su autor entre los cronistas trujillanos del siglo XVI.

3.— Manuscrito de Esteban de Tapia

Un largo título encabeza lo que el autor dice ser Breve Tratado[55], en el que se recoge la remota historia de Trujillo y la heráldica —más que la genealogía— de sus estirpes.

El manuscrito de don Esteban de Tapia es el más ordenado y metódico de los tres que publicamos, siendo en extensión inferior al de Hinojosa y superior al de Chaves. Comienza con la historia de la ciudad y continúa con las notas sobre los apellidos, por orden alfabético. Ilustrador de su propio trabajo, don Esteban dibujó las armas de Trujillo y de cada linaje, junto al texto relativo a ellos. En los casos en que ignoraba los motivos heráldicos de alguna familia, el escudo quedó trazado en blanco, según él mismo dice, para que lo llenase quien lo supiera.

De este trabajo, redactado, según dijimos, entre 1586 y 1590, se conservan el original[56] y una copia, sacada en 1630 por Blas de Salazar[57].

La labor de don Esteban es más pulcra y metódica en la forma que la de los Hinojosas; pero inferior en aportaciones, sin que esto quiera decir que carezca de méritos. Lo tiene, y grande, en varios detalles, tales como confirmar la ascendencia de los Pizarro, aclararnos que ya estaba construido el palacio de la Conquista cuando escribía, fijar el sitio en que estuvo el convento de la Orden Trujillense o decirnos quién fué la mujer trujillana heroína del episodio que dió lugar a una legendaria narración, llevada al teatro en nuestros tiempos por el poeta Eduardo Marquina[58].

En lo relativo a historia de Trujillo, dentro de sus defectos, supone un mérito grande el esquema que traza, por ser, sin duda alguna, la primera recopilación escrita sobre tal tema, al que dan cierto tono científico las descripciones geográficas.

Acaso la mayor deficiencia de don Esteban radica en la brevedad de líneas que dedica a muchos de los linajes, de los que, como hemos dicho, más parece querer recoger los blasones que la genealogía. Sin embargo, esta brevedad es una prueba de su honradez, ya que ni vacila en confesar cuanto ignora, ni quiso seguir lo escrito por otros, sino recoger aquello que le constaba, pues habiendo leído el Manuscrito de Hinojosa —nos lo dice él mismo[59]—, materias tratadas aquí con amplitud, él no las recoge, resaltando a cada paso su independencia, con frases como éstas: «Entiendo yo», «yo he visto», «lo que yo sé», «no he podido descubrir» o «no sé más de ésto».

Sus datos tienen calidad de propia aportación. El certero espíritu crítico del autor tan sólo decae en aislados momentos, tal como al tratar del origen de algunos apellidos, entre ellos el de Tapia, en lo que no vacila en seguir fantásticas leyendas.

Sí las noticias útiles se enlazan con deficiencias y errores, acaso podríamos culpar a la falta de madurez, ya que el trabajo fué fruto de juventud, redactado antes de cumplir don Esteban los treinta años. No cabe otra interpretación en quien claramente deja ver su buena voluntad, su rectitud y su espíritu selecto, cultivado y agudo que le permite hacer muchos certeros juicios y que le empuja alguna vez a dejarse llevar del sentido del humor, como ocurre cuando trata de las complicadas armas de la casa de Gil[60].

Este manuscrito, que cierra el ciclo de las crónicas trujillanas redactadas en el siglo XVI, con su parte metódica de historia general — de la que carecen los otros textos— y con sus útiles aportaciones, completa el conjunto de las viejas fuentes que hoy damos a la imprenta, como el nombre de don Esteban de Tapia completa el cuadro de los viejos cronistas de Trujillo, que hoy incorporamos a la historiografía de la prócer ciudad.

MANUSCRITO DE HINOJOSA

DIO PRINCIPIO AL LIBRO DIEGO DE

HINOJOSA DE VARGAS, MARIDO DE ANA

BARRANTES, Y ACABO LO DEMAS QUE

ESTA ESCRITO ALONSO DE HINOJOSA

TORRES, HIJO DE ALONSO DE HINOJOSA

Y MARIA PANIAGUA

I DE LOS PANIAGUAS QUE HUBO EN ESTA CIUDAD DE TRUJILLO

De los Paniaguas de esta ciudad de Trujillo y Plasencia fueron de muy antiguo y noble linaje. En Plasencia hay algunos ricos; en Trujillo no hay ninguno de este apellido, porque, como otros muchos linajes, se perdieron éstos, puesto que algunos hay que venimos de ellos.

En Trujillo, de los que yo tengo noticias, el más antiguo fué García Paniagua de Torres. Fué pariente muy cercano de los Torres de esta ciudad de Trujillo y primo hermano de Gonzalo de Torres, padre de Diego García de Torres. Y [fué hijo del García] Juan Paniagua, el que, estando en servicio con don Alonso de Sotomayor, [éste], colérico y arrebatado, afrentó a su deudo y paje en Belalcázar, porque no puso en recaudo un falcón, Y el paje pasóse a vivir con Hernando de Monroy, Señor de Deleitosa, primo hermano de este otro. Y estando estos dos primos en Deleitosa, luchando y riñendo, porque derribó el Hernando a el Alonso, el Juan Paniagua metió mano a el espada y dijo a el don Alonso:

— ¡Traidor a mi señor!

Y dióle una estocada de que allí murió. Y así vengó su injuria[61].

Este García Paniagua fué muy rico. Tuvo grandes granjerías, tenía su asiento en Madrigalejo y su morada en Trujillo, en una casa que

ahora es de los herederos de Diego González Carrasco, con un rincón, por cima de las casas de Gonzalo de Torres, al barrio de San Andrés. Casó con Juana González Carrasco. Fué gobernador de la tierra de Albalá y Castillo de Mirabete.

Tuvo este García Paniagua de su mujer, Juana González Carrasco, tres hijos varones: Diego Paniagua, que heredó su casa, aunque pobre; a García Paniagua y Juan Paniagua. El Juan Paniagua fué el que mató a don Alonso de Sotomayor; el García Paniagua no se casó, ni entrambos éstos no se casaron.

Diego Paniagua de Torres, que así se llamó, como su padre, casó con Inés de la Torre, [hija de Pedro de la Torre][62] —el cual mataron los bandos en la plaza de Trujillo, cabe San Martín, pariente y allegado de Diego de Orellana, el Bueno— el cual le dió la suerte de Pizarroso, que alinda con el ejido de la Torre, que valdría a la sazón ochenta mil de yerba. Su mujer de este Pedro de la Torre era Marta Martínez, una dueña portuguesa que trajo su madre con gran dinero a esta tierra y dió todo lo que traía, así oro como plata, a Juan García de la Torre; le llamaron Manos, porque las tenía grandes en demasía. Su mujer de éste [Juan García de la Torre] fué una Isabel Alvarez. Esta fué la portuguesa, no Marta Martínez[63].

Esta Inés de la Torre fué mujer de gran santidad e inocencia, prudente e de gran paciencia y templanza. Diego Paniagua, su marido, era moreno de rostro e muy gentil hombre, suelto y gran músico. A éste mató Luis Enríquez, un caballero de Salamanca, por falsa relación y envidia de su mayordomo. Estando casado Luis Enríquez con doña María de Escobar, hija de Alvaro de Escobar, el Viejo, prima hermana de Diego Paniagua, como se ha visto[64], habiéndose ido fuera el Luís Enríquez dejando encargo de la su mujer al primo, y la hacienda, como reprendía al mayordomo del mal gobierno que ponía en ella, como le quitaba las veces de sus intereses, solapado arrevolvióle con el Enríquez. Y así, estando con su pariente García de Torres en su vecindad una noche, tañendo una vihuela, le mató a puñaladas él y otros dos o tres.

Tuvo este Diego Paniagua de Inés de la Torre, su mujer, a Marta Martínez, en el Barco de Avila; Isabel Alvarez, que murió sin hijos, y a Juana de Torres, mujer de Juan Francés de Luna, y a María

Paniagua, mi madre, que casó con mi padre.

Y esta es la descendencia de mí madre, por parte de los Paniaguas y Torres.

Después, en Salamanca, mataron al Luis Enríquez por otra cosa. Y en Trujillo es fama que daba olor la sepultura de doña María y Diego Paniagua, como inocentes sin culpa.

Las armas de los Paniaguas, como parecen en los libros de los blasones, es un castaño y a par de él, a un cabo y a otro, algunos jabalíes.

II DEL LINAJE DE GRADO, QUE ES MUY ANTIGUO Y HONRADO Y VIENE DE FRANCIA

De lo que yo he podido entender de este nombre de Grado, es que Diego Díaz de Grado, el Viejo, y otro hermano suyo vinieron de Francia. Y siendo el dicho Diego Díaz de Grado paje del príncipe de Francia, le mandó esgrimir con él, y, en la esgrima, el Diego Díaz señaló al príncipe dos veces, sin quererle ejecutar, de lo cual, indignado el príncipe, con una espada o alfange le tiró una cuchillada y, reparándola, el dicho Diego Díaz se cortó los dedos de la mano. De que el príncipe se desenojó le hizo merced de las flores de lis, para que las trajese por armas. Y después mandóle que hiciese una cosa, que tocaba a su servicio, dificultosa; respondió que lo haría de grado, y de esta manera, sobre el nombre que tenía de Diego Díaz, tomó el de Grado. Y después de casado, por muerte de su mujer, se vino a este reino y paró en esta ciudad. Y el otro, su hermano, estuvo con el Maestre de Santiago y paró en Castuera, donde dejó hacienda y generación, que, siendo demandados, han salido con sus libertades y hidalguía.

11

Este Diego Díaz de Grado fué casado dos veces: la primera mujer se llamó Juana Rodríguez. Hubo a Diego de Grado, padre de Juan de

Grado y abuelo de Fernando Calderón de Grado. Y por otra parte fué padre de Pedro de Grado y abuelo de Diego de Grado y bisabuelo de Pedro Calderón de Grado y de Juan de Grado, su hermano. Hubo el dicho Diego Díaz una hija que se llamó Leonor de Herrera, madre del licenciado Herrera y de otros sus hermanos.

De la segunda mujer, que se llamó Isabel García de Sanabria, hubo a Arias de Grado y a otra hija, que la mató su marido. Y de Arias de Grado sucedió Diego Díaz de Grado y su hija doña Teresa de Grado, mujer de Alonso Pizarro de Torres.

El dicho Diego Díaz fué hijo de Brianda de Valverde y nieto de García de Valverde y biznieto de Hernán Ruiz de Valverde, de quien tomó nombre la puerta que está en esta ciudad al poniente.

III ESTE LIBRO TRATA DE ALGUNOS LINAJES ANTIGUOS DE ESTA CIUDAD,

PRINCIPALMENTE DE LOS HINOJOSAS, AUNQUE NO SON DE AQUI NATURALES[65]

DE LOS CABEZAS E DE SU BLASON E ARMAS

Las armas de los Cabezas son tres cabezas de moros.

El blasón se cuenta de esta manera: dícese que cuando la villa de Trujillo se entró de los cristianos, se hicieron fuertes algunos moros en una torre del muro, de donde hacían mucho daño en la gente cristiana, e que uno de los caballeros Cabezas que en el cerco de Trujillo se halló, fué primero del escale, que contra ellos se aventuró, subiendo, y mató a los tres moros, con que solo se halló. Y por este hecho le dieron estas tres cabezas por armas.

De este linaje de los Cabezas vino aquel muy honrado señor y gran republicano, Esteban Hernández Bote, aunque no se llamó Cabezas, mas a la puerta de sus casas, que son las casas del mayorazgo de los Chaves, tiene tres cabezas de hombres por escudo. Sobre la puerta

de los palacios que dicen de Arriba, que son en esta ciudad, cerca de la iglesia mayor, están también de piedra puestas tres cabezas. Los cuales palacios fueron de doña Ximena, la Rica, que fué hija o nieta de Esteban Hernández Bote, la cual casó con un Monroy, por lo que se embebió y encubrió el nombre de los Botes y sus haciendas en los Monroyes, siendo de los Botes el Risco de Belvís, que ahora es villa; es honrada. Y así acaece cuando los estados quedan en hijas, que se pierde la memoria de sus pasados.

Este Esteban Hernández Bote hizo que los montes y ríos de Trujillo fuesen comunes, como hizo Hernando Alonso de Hinojosa, mi bisabuelo, que los pastos de este berrocal de Trujillo los puede gozar cualquier vecino, aunque estuviesen en huerta cerrada, tornando a cerrar el portillo por donde el ganado entrase, guardando la hortaliza y los sembrados.

A Esteban Hernández Bote degolló la justicia en esta ciudad, trayendo la ejecutoria con que le mandaban degollar, por sentencia en corte, dada por tirano, que dice que [los que] le acusaron eran sus émulos y enemigos. Probósele algunas fuerzas que sus criados hacían a mozas que pasaban a la plaza por su puerta, metiéndolas dentro, sin saber su señor de ello nada. Pagó él por los malos criados. Podría ser que si así hiciesen ahora, no tendrían los ricos, no consentirían malos criados y de malas costumbres, por los cuales permite el Señor que paguen los amos, como éste, en el cual se debe tomar ejemplo.

Junto con lo de arriba, para saber verdadera y ciertamente de dónde vino el linaje y nombre de los de las Cabezas de esta ciudad de Trujillo, es de saber que en la dicha ciudad hubo un caballero llamado Garci González Altamirano, hombre muy animoso y osado, el cual andaba en las guerras en servicio del rey que entonces se reinaba en Castilla. Y estando el rey en la Andalucía, haciendo guerra a los moros, acaeció que unos moros, valerosos y como hombres sabidos en la tierra, venían muchas veces y salteaban y robaban el campo y real de los cristianos y hacían en ello mucho daño y siempre se salían con ello a su salvo, por ser valerosos y tan sabidos en la tierra, de lo cual el rey y los suyos recibían continuo enojo y fatiga. Visto esto por el dicho Garci González Altamirano, y deseando servir a Dios y a su Rey y hacer como buen caballero,

juntó los deudos y amigos que en el real había y púsose con ellos en el lugar y parte por donde le pareció, o sabía, que habían de huir los dichos moros. Los cuales vinieron a hacer el daño que solían, y salió a ellos el dicho Garci González, con sus deudos y amigos. Y pelearon tan valerosamente, que desbarataron los moros y los pusieron en huida y los fueron siguiendo hasta que los encerraron en un castillo fuerte, donde tenían su manida y estancia, junto con otros muchos lugares y fuerzas que tenían. Y encerrados en el dicho castillo se defendían con grandísimo ánimo, hasta tanto que el dicho Garci González y los suyos vinieron a poner escalas, para subir en el dicho castillo y, aunque con gran trabajo, al fin, subieron por ellas. Y de los primeros que subieron fueron el dicho Garci González Altamirano. Y mató tres de los que estaban dentro, que eran las cabezas principales, deudos, hijos de reyes, y echó las cabezas abajo.

Y el rey se lo agradeció y gratificó al dicho Garci González Altamirano y le dió por armas las tres cabezas de moro, cortadas por el pescuezo. Y así han de estar, sangrientas. Y asimismo le dió por armas las escalas con que subió, las cuales están con unas manos y brazos, que las tienen, y con un rótulo a la redonda, que dice: «Quien no se esfuerza en subir vive para no vivir.»

Y porque el dicho Garci González era de los Altamiranos, puso las cabezas dentro del escudo de los Altamiranos: encima de los róeles, las cabezas. Y en cruz, por cuatro partes del escudo, salen las dichas escaleras y manos, y alrededor, el dicho rótulo. Por manera que las armas de los de las Cabezas es enteramente el escudo de los Altamiranos, añadiéndole las cabezas y escalas y rótulo.

Y porque el dicho Garci González fué el que ganó estas armas y las añadió a las suyas de los Altamiranos, se llamó de este nombre, conviene a saber: Garci González Altamirano de las Cabezas. Del cual comenzó y vino este nombre, y descendieron y sucedieron los de las Cabezas de esta ciudad. Y siempre han traído y usado, y traen y usan, el escudo y armas de la manera que dicho es. Y así están en muchos edificios antiguos. Y donde están las tres cabezas solas, será por señalar el nombre y, por ventura, que no cabría más, o por otra ocasión o consideración; pero no porque esté entero el escudo y armas de los Cabezas. Y que esta descendencia de los de las Cabezas

venga de esta manera y por la dicha causa, que se convence, porque en que su escudo y armas sean las dichas, no hay duda ninguna, y es cosa que concluye en razón que de esta manera y por la dicha causa se tomó el nombre, por las cabezas que el dicho Garci González cortó. Y fué el principio de ponerlas por armas, porque decir, como arriba, al principio, se dice, que el caballero que cortó las tres cabezas se llamaba ya de las Cabezas, no es concluyente ni conforme a razón, mayormente, que el nombre queda sin fundamento y no se le da su principio, ni se da razón por qué los de las Cabezas traen las armas y escudo que dicho es, que es enteramente el de los Altamiranos, presupuesto que no hay duda en que estas sean sus armas.

Este linaje de los Cabezas es muy antiguo en en esta ciudad y ha habido muchos de este nombre. Y entre ellos, de poco acá, hubo Gonzalo de las Cabezas y Pedro de las Cabezas, [que] fué hombre valeroso y como tal sirvió a su rey por capitán en las guerras que hubo entre Castilla y Portugal. Casó en Badajoz, con mujer noble y generosa, y de aquí salieron excelentes varones, como fué el comendador Alonso de las Cabezas, que fué muchos años almirante de la mar en Sicilia. Fué embajador, enviado del Rey Católico al Papa Julio, y murió mayordomo del Rey Católico. Y también vino de allí don Juan de las Cabezas, arcediano de Ecija, y dos que se llamaron don Francisco de las Cabezas, que ambos fueron, uno en pos de otro, tesoreros de la iglesia de Granada.

Gonzalo de las Cabezas fué regidor Añasco en esta ciudad, por su suerte, en el año de 1490, y después fué regidor otras veces, por el mismo linaje, como se ve en los libros antiguos del Ayuntamiento de esta ciudad. De allí sucedió García de las Casas, que fué capitán de Su Majestad muchos años en Italia y aposentador mayor del campo y maestre del Campo.

Hubo también, de poco acá, Garci González de las Cabezas, caballero de esta ciudad, padre de Juana Sánchez o Juana González de las Cabezas, que casó con Pedro Hernández Barrantes. Hubo también Francisca Ximénez de las Cabezas, madre de García de Gironda, que ha sido muchas veces regidor en esta ciudad, y también doña Francisca de los Cabezas, que casó con Gómez de Tapia y ambos hubieron a García de Tapia y a Juan de Tapia, del

uno de los cuales sucedió Alonso de Tapia y del otro doña Juana de Tapia. Había otros muchos, de los cuales se ha perdido el nombre, por no tener hijos varones.

El escudo y armas de los Cabezas es este que aquí está dicho.

IV DE LOS CERVANTES DE ESTA CIUDAD

Pascual Gil de Cervantes, principal en este linaje de los Cervantes, muy señalado y nombrado en esta ciudad, fué muy honrado y muy rico, que tuvo mucha granjeria y ganados. Alto y espeso de cuerpo, que parecía un gigante; blanco de rostro y algo bermejo; estimó mucho la honra; su casa siempre llena de deudos y parientes, nunca comió sin ellos. Fué muy franco y liberal, muy amado y reverenciado de todos.

En tiempo de este Pascual Gil de Cervantes se comenzaron los bandos de esta ciudad, que dijeron los bandos de Pascual Gil, lo que acaeció de esta manera:

Tuvo este Pascual Gil de Cervantes un sobrino, estudiante en Salamanca, al cual ayudaba mucho de su hacienda, por hacerle letrado. Vino una vez este sobrino del estudio, de Salamanca, a esta ciudad; dijo al tío:

— Señor, pídoos por merced que me compréis la parte que yo tengo en vuestra heredad de Magasquilla, que la querría vender.

Díjole el tío que no la vendiese, mas que si determinado estaba de lo hacer, que él se la compraría en su justo precio, dándole un cierto tanto por ella, que luego señaló, que era en aquel tiempo convenido precio y justo valor. Respondióle el sobrino:

—Más me dan por ello; más me habéis de dar.

Luego que esto dijo, arrebatóse de enojo el Pascual Gil, que era terrible de condición e insoportable sí se enojaba, que no es

pequeño defecto, mayormente en los nobles y de linaje, como éste es. E mirando con saña al sobrino, le dijo:

—Según eso, antes que tú a mí me requirieses con ello, lo habías andado almonedando. Pues yo te juro por nuestro Señor que yo no te dé blanca por ello; véndelo a quien tú quisieres; veremos quién te lo compra, estando en mi heredad, y verás el yerro que has hecho.

Esto dicho, fuése el sobrino y vendiólo luego —que no debiera— a Hernando Alonso de Orellana, caballero principal, comendador de Mérida, señor de la villa de Orellana la Vieja, porque lo podía juntar con la su heredad de Ruigil, según dicen, que estaba vecina. El cual, enviando un día seis escuderos con un escribano a tomar la posesión de lo que así había comprado, los criados del Pascual Gil de Cervantes resistiéndole la posesión los alancearon y hicieron volver, por lo que después los criados del Hernando Alonso de Orellana, por mal acuerdo, por se vengar, mataron un hijo del Pascual Gil de Cervantes, que iba al estudio de la gramática[66], de lo que se dice que pesó al dicho comendador, aunque no dio de ello satisfacción ni disculpa o, por ventura, no la querría recibir el Pascual Gil de Cervantes, como padre lastimado de la muerte de su inocente hijo, siendo él de su condición valiente y desaforado.

De aquí se encendieron entre ellos grandes cuestiones y bandos —que se llamaron los bandos de Pascual Gil y fueron los primeros, por nuestros pecados, que en esta tierra habían visto—, cada uno valiéndose contra el otro de sus deudos y parientes.

Acaeció después de algunos días que, viniendo de la corte Diego de Orellana, el Bueno, señor de Orellana de la Sierra —que era de la parcialidad del Pascual Gil y parientes—, por el camino que viene de Plasencia, vieron que venía delante de ellos gente de caballo. Preguntó el Diego de Orellana —que no debiera— a un caminante que iba de esta ciudad que qué gente era aquella que había encontrado. Díjoles el caminante:

—Señor, no sé quién son, más de que va allí un comendador de Santiago —dando las señas del Hernando Alonso de Orellana.

Oído esto por algunos sobrinos y deudos del Pascual Gil de Cervantes, pusieron las espuelas a los caballos. Desmandándose del

dicho Diego de Orellana, van contra el comendador. E de que los suyos reconocieron ser sus enemigos, dijo el comendador a su hijo mayor, que allí iba, que era gentil mancebo de crianza y facción:

—Hijo, dame ese caballo tuyo —porque él iba en una mula—, que por mí lo han éstos.

Dió el mancebo al padre el caballo, el cual, subiendo encima, huyó, dejando al hijo la mula.

Como llegasen los sobrinos del Pascual Gil, no hallando al padre, mataron al inocente su hijo, como los de casa de su padre habían muerto al hijuelo del Pascual Gil. Hecho ésto, como llegase el Diego de Orellana, diciendo:

—¡Oh, sobrino mío! ¡Oh, pecador de mí! —pesándole de la muerte del mancebo Orellana, dijéronle los parientes de Pascual Gil con grande enojo:

—Dejáos, señor, de eso; poned manos en vuestro enemigo y nuestro, si queréis que nosotros os tengamos por señor y deudo mayor.

Fuéle forzado al buen caballero Diego de Orellana de meter la lanza en el cuerpo del inocente, que ya había expirado, diciendo:

—Pues yo, sobrinos, le mato y seré con vosotros en defenderlo, corriendo con vos cualquiera fortuna.

El buen viejo del comendador, seguido de otros parientes del Pascual Gil, fuése a meter por las puertas de Diego Hernández Pizarro —que era pariente de los aliados del Pascual Gil—, el cual le dió un caballo de refresco, con que se libró, y mandó cerrar sus puertas, mostrando que le tenía allí encerrado para defenderle. Llegáronse todos los que venían tras él y, con el Diego de Orellana, cercaron en derredor la casa de Tozuelo, que es en la heredad de Tozuelo, de Diego Hernández Pizarro, diciendo y dando voces:

—¿Cómo siendo vos nuestro deudo y de nuestra parentela acogisteis nuestro enemigo e vuestro? Errado habéis con vuestro deber.

Aplacóles el Diego Hernández Pizarro, diciendo:

—Señores, ¿no miráis cómo se acogió a la sombra de mis tejados? Fea cosa me fuera no le abrigar y defender, aunque más enemigo fuese.

El Diego de Orellana les dijo que Diego Hernández Pizarro tenía clara disculpa e que había hecho como buen caballero. Los cuales, satisfechos de aquesto, informados que no estaba allí, que había pasado adelante, se dejaron inquirir sobre esto.

Acaeció algunos años después que esto pasó, que Alvaro Pizarro, hijo del dicho Diego Hernández Pizarro, pasó por la puerta del Hernando Alonso de Orellana —que vivía entonces a la puerta de Santiago, en las casas que ahora son del mayorazgo de los Chaves — , llevando a las ancas de una mula uno de los sobrinos del Pascual Gil, principal matadar del mayorazgo, de su hijo del comendador. Dijéronle sus criados cómo Alvaro Pizarro iba por allí, llevando a las ancas de su mula su enemigo. El cual, asomándose a una ventana, dijo al Alvaro Pizarro:

— Sobrino, ¿paréceos buena crianza pasarme por mi puerta al matador de mi hijo?

Dicen que le respondió el Alvaro Pizarro:

—Y aún por vuestras barbas, si menester fuere, le pasare.

Duda tengo yo, a un tan buen caballero, este Alvaro Pizarro diese tan descomedida respuesta, mas así se dice. Por lo que después, no mucho tiempo, un hijo del dicho Hernando Alonso de Orellana, llamado Hernando de Orellana, mató al dicho Alvaro Pizarro, entrando un día de improviso en su casa propia, en el barrio de sus deudos, en medio de muchas casas de caballeros que le habían de guardar o morir en su demanda y defensa. Y le mató sin que nadie se lo entendiere, de donde se comenzaron nuevos bandos entre Pizarros y Orellanas, que después se convirtieron, o, por mejor decir, se pervirtieron, en Vargas y Chaves, recogiéndose los Orellanas a sus villas, dejándose el mal ruido, como cuerdos.

Después cesaron todos bandos — ¡bendito Dios!— aunque no del todo se perdió la dentera de aquellos agraces. Y aún en nuestro tiempo, no deja el enemigo de sembrar cizaña. Mas, al cabo, el

Señor vence y vencerá, al cual sean muchas gracias,

Dejó este Pascual Gil de Cervantes dos hijos: el mayor llamaron Hernando Cervantes, padre de Alonso Cervantes o de García Cervantes o Diego Cervantes, de donde vienen Rodrigo Cervantes y la mujer de Fernando de Gaete e sus descendientes. Rodrigo Cervantes casó con Estebanía de Paredes, hija de Sancho de Orellana. Tuvo dos hijas, sin otras monjas; casólas con dos hermanos, hijos de Alvaro de Escobar; Alonso de Escobar y Pedro Mexía de Escobar.

Al segundo hijo del dicho Pascual Gil de Cervantes llamaron Rodrigo Gil de Cervantes, que casó, como contaré adelante, con doña Gracia Pizarro Hinojosa, en la cual hubo a Hernando Cervantes, el que de su mujer, Mari Gil de Aguilar, hubo a Francisca Rodríguez de Cervantes, que casó con Juan Barrantes, padre de Pedro Barrantes y Hernando Cervantes y Ana Barrantes, mujer de Diego de Hinojosa, el escritor de estos comentarios, como se verá adelante.

V DE LOS BEJARANOS Y VARGAS,

QUE TODO ES UN ORIGEN, Y SANGRE EN COMUN, Y EL COMO Y POR QUE VINIERON A TRUJILLO Y DE COMO FUE RESTITUIDO EL MAYORAZGO DE LOS VARGAS Y POR QUIEN

Los Bejaranos y Vargas que toda es una parentela y origen, fué su naturaleza la ciudad de Badajoz, mas cómo vinieron a aquella ciudad de Badajoz, no lo sé, más de lo que toca a nuestra ciudad de Trujillo.

Para esto es de saber cómo el Rey don Sancho el Bravo destruyese en Badajoz el noble y antiguo linaje de los Bejaranos, por muertes que habían hecho en el bando contrario de los Portugaleses, movidos a ello por ciertas palabras del rey, no bien entendidas,

como en su corona se cuenta, equívocas y dudosas, con que parecía que los daba en gajo para la venganza de sus enemigos. Y así habiéndolos muerto, el rey envió gente de guerra contra los Bejaranos y no dejaron a hombre de ningún estado, condición ni edad, casi asolándolos y desarraigándolos del todo de aquella ciudad. Los Bejaranos, que a la sazón estaban fuera de la ciudad, sabido lo que pasaba de sus parientes, determinaron de dejar la ciudad entre sus enemigos y buscar nueva morada para siempre. Y asentáronse en esta ciudad de Trujillo, a donde tenían algunos amigos conocidos. Enviaron a Badajoz a vender sus posesiones y destos dineros compraron en esta ciudad algunas dehesas Los cuales trabaron en deudo de casamiento con los Murieles, que eran en aquella sazón, en la villa, de los más ricos y nobles. Y así como el espiga del injerto, pasaron en sí el nombre del tronco. Así estos Bejaranos pasaron en sí el nombre y memoria de los antiguos Murieles, de los cuales hoy apenas oímos haber sido en este lugar.

Y así, con las haciendas y sustancias de los Murieles, heredaron los Bejaranos, que después vinieron, su sangre y principio, recompensando con el olvido de ello. Y esto, está clara la razón, porque ellos eran todos varones, los que vinieron a esta tierra, y por eso la memoria de las hembras Murieles se perdió, porque el nombre principal del varón o hembra que heredase sería Bejarano, como hoy le vemos que se usa en este reino, que calláronse al principio los Bejaranos el apellido de Vargas, porque aquél, aunque era también Bejarano, no quedó del todo asolado, antes en aquellas comarcas siempre prevalecía y tenía su renombre. Los cuales Vargas eran especiales parientes de los Bejaranos, como son ahora en nuestra tierra los Pizarros o Carvajales, de los Vargas, o Calderones y Escobares, de los Chaves: que cuando dicen Vargas o Chaves, van sobre este renombre estotros linajes, que también son caballeros por sí y muy principales.

Y así quedó en Trujillo mucho tiempo el nombre de Bejarano, callado el nombre de Vargas, hasta que después de mucho tiempo, que ya los Bejaranos habían resucitado, como sí dijésemos, en Trujillo, prevaleciendo por muchas y muy nobles familias, vino aquel noble señor Alonso García de Valhondo, como él se llamaba,

que dijeron Alonso García de Vargas, el Orejudo, de quien se hace mención en el capítulo de Benito Hernández Altamirano, el cual Alonso García de Valhondo, como Bejarano de los más principales o el más, queriendo acrecentar la honra de su sangre o desagraviar el noble linaje de sus Vargas, que, como dije, estaba callado y encubierto so el renombre de los Bejaranos, determinó de hacer mayorazgo perpetuo de su patrimonio, grabando y mandando a su hijo mayor, que le había de haber, que sólo tomase el apellido de Vargas, de quien él principalmente venía, pues el apellido de los Bejaranos ya estaba asentado en su parentela y en los linajes públicos de esta ciudad, como vemos hoy día que está. Llamó a su hijo mayor Juan de Vargas, que fué aquel Juan de Vargas, padre de doña Beatriz de Vargas, mujer de Diego de Carvajal, hijo del doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, del Consejo Real y catedrático de Prima en Salamanca, el cual fué gran letrado en todas las Letras. Fué natural de esta ciudad; fué de los Campos, Hinojosas, Orellanas y de los Carvajales.

De esta manera que he contado vinieron a Trujillo, de Badajoz, los Bejaranos y Vargas. Y aún dicen que los Vargas de aquellas partes les enviaron a reprender porque no se llamaron Vargas, pues principalmente lo eran, y dieron y enviaron relación de ello.

Estos Bejaranos, antiguamente, fueron los más liberales caballeros e francos ciudadanos que en todo el Reino se pudieran hallar. Fuélo este Alonso García de Vargas e sus hijos e nietos; fuélo Diego de Orellana, el Bueno, señor de Orellana de la Sierra, que hacía mercedes a sus deudos e criados e daba dones de gracia —señor y muy valeroso— heredades de suelo, que hoy día son de mucho valor y precio; y fuélo su padre, Diego García, el Rico, e sus hermanos.

VI DE LAS ARMAS DE LOS BEJARANOS E DE LAS ARMAS DE LOS VARGAS

Las armas de los Bejaranos se pintan de esta manera: león grande en

medio de cinco cabezas de onzas. Su blason fué estando un rey en Cortes. Un caballero Bejarano, viendo que cinco grandes del Reino se desmandaban en palabras con el rey, de lo que, sintiéndose, dijo el rey:

—Paréceme a fin que todos somos iguales, si que algunas onzas había de vosotros a mí.

Como a esta razón los cinco caballeros no respondieron, saltó en medio de ellos aquel Bejarano, puesta la mano en la espada:

—Onzas hay, Señor, e quintales sin cuenta, de vos a vuestros vasallos.

Que dicen que los mató, mandándoselo el rey, por lo cual, alinde de otras mercedes, le dió por armas un león, con onzas, por los cinco caballeros que mató, como dicho es. Estas armas ponen los Vargas de Trujillo entre las suyas —e los Señores de Orellana de la Sierra, por sisólas— , como vengan del tronco de los Bejaranos y Vargas.

Nota. Aquí, allende de lo que mi tío dice, que por las onzas de valor o quilates pintan cabezas de onzas por ventura, por esta razón, este nombre de Bejarano viene de bee, que es cierto peso romano, valor de ciertas onzas. Y pudo ser que del nombre, que acaso o por una razón se puso, armaron estas quimeras, como creo yo que son muchas de estas armas o blasones[67].

Las armas de los Vargas son ondas cárdenas y blancas, mezcladas. El blasón de éstas, no se dice más que los honra mucho Garci Pérez de Vargas en el cerco de Triana, mayormente con el cuento gracioso de aquel infanzón gallego, que se cuenta en la historia del Rey don Fernando el Santo, que ganó a Sevilla. Dice mi tío, no allegando autor, que, como las olas de la mar echan los cuerpos fuera a la tierra, como es cosa natural del agua, así éstos hacían por fuerza de armas a sus enemigos, como lo probó muy bien Garci Pérez, cuando dijo el infanzón, corrido:

—Habéis visto, caballero, de qué manera ondeo yo mis armas.

Porque él traía el escudo roto, de los golpes de los moros sobre Triana, y el infanzón tenía el suyo sano, en el cual traía ondas, y

quejábase a algunos caballeros, diciendo que por qué, sin merecerlas, traiga Garci Pérez sus armas. Ellos se reían del infanzón y le decían que mirase, que Garci Pérez, aunque le veía así, descuidado en su traje, que le pesaría sí lo sabía. Y él súpolo y respondióle aquéllo, con las obras.

VII DE LAS ARMAS DE LOS MOÑINOS Y DE SU BLASON

Las armas de los Moñinos son: una casa, o palacio fuerte, con troneras en torno, por todas partes, y lanzas de armas, asomadas.

El blasón se cuenta de esta forma: que cuando Trujillo se entró de los cristianos por la puerta de Hernán Ruiz, todos los moradores de la villa repartieron, por linajes que habían sido en ganarla, las estancias de ella. A los Murieles dieron parte del Alcázar e fortaleza principal; a los Altamiranos, el Alcazarejo, que hoy día tienen, sobre la puerta de Santa Cruz, y el paso, que dicen. Y así a los otros linajes. Como los Valverdes fuesen de los más principales y, según alguno, de los que entraron primero por la puerta de Hernán Ruiz —si aquel Ruiz no fué también Valverde —, de aquel repartimiento cúpoles el espolón que dicen de Torres, alinde con su vecindad. Como quedase por repartir ya poco y lo más peligroso, dijeron los Moñinos:

— Nosotros tomamos esta casa que está sobre el adarve.

Lo cual yo no sé dónde fuese, diciendo:

—Aquí nos son muertes e nos haremos fuertes, o defenderemos, sin fuerza de muralla.

Como quizá los Murieles se dijeron de muros. E por esta palabra suya, de gran osadía, los llamaron Moñinos, porque escogían para sí el lugar más peligroso e de más aventura, como los españoles lo tuvieron en el cerco de Rodas, cuando se perdió, como parece en aquella Historia.

Sabido por el Rey don Alfonso VI de este nombre el estado en que quedaba la villa de Trujillo, hizo mercedes a todos los que fueron en ganarla y dióles armas a sus propósitos. Y dieron a los Moñinos el palacio de un muro que estaba sobre el adarve, que ellos se prefirieron guardar.

De esta manera se cuenta este blasón. Juan de Mena dice que a Trujillo conquistó el Rey Santo, que ganó a Sevilla; puede ser que se ganase y perdiese y otro la recobrase[68].

VIII LO QUE YO SE DE LOS CARVAJALES DE ESTA CIUDAD DE TRUJILLO

Diego González de Carvajal tuvo tres hijas, que yo supe. [Fué una] Isabel López de Carvajal, que casó con Sancho Ximénez Bejarano, hijo de Miguel Ximénez Bejarano. Esta Isabel López de Carvajal tuvo de su matrimonio a Juan Alonso Bejarano, [el cual] casó sus hermanos. Juan Alonso, de su mujer, Leonor Alonso de Vargas, hubo a Hernando de Vargas e a sus hermanos. Hernando de Vargas, de su mujer, Inés Rodríguez de Aguilar, hubo a Leonor de Vargas, [quien] de su marido, Juan de Hinojosa, el Mozo, hubo a Francisco de Hinojosa y a Diego de Hinojosa e a Leonor de Hinojosa e a Hernando de Vargas.

La otra hija de Diego González de Carvajal —no sigo orden de edad, sino como me viene a la memoria— , llamada Mencía González de Carvajal, mujer primera de Alvar García Bejarano. Y hubo otra, llamada fulana de Carvajal. —Casó con Diego Hernández Pizarro. Fué su primera mujer; llamóse Sevilla López de Carvajal—[69].

La otra tercera hija de este Diego González de Carvajal se llamó Sevilla López de Carvajal, segunda mujer de Alonso García de Vargas, madre que fué del arcediano don Sancho de Carvajal y Diego de Carvajal, señor de Valero. Este Diego de Carvajal tuvo hijo mayor a Francisco de Car vajal, que murió sin hijos, por cuya muerte heredó su casa Sancho de Carvajal, el Cojo, que estudiaba

para clérigo. Este casó con doña Inés Calderón, hermana de Pedro Calderón, mayorazgo, tuvieron muchos hijos e hijas. Heredó su casa Diego de Carvajal, que casó con doña Elvira de Contreras, de Medellín, y de los Mendozas. Su hijo, que hereda hoy su casa, es Sancho de Carvajal, y sus hermanos, de gran nobleza, don Alonso, don Alvaro de Contreras, gentilhombre del rey don Felipe, nuestro Señor. Doña Elvira de Carvajal casó con don Luis, señor, muy antiguo en nobleza, de la Corchuela y Grimaldo.

IX SUCESION DEL LINAJE DE LOS BARRANTES Y ARMAS

De Garci Fernández Barrantes fué electo por maestre de Alcántara, después de la muerte del maestre don Periáñez, que se halló en la toma de Córdoba y Sevilla con el Rey don Fernando[70]. Y este don Periáñez falleció cerca de los años del Señor de 1260, en tiempo de don Alonso X, hijo del Rey don Fernando el Santo. Y en su lugar fué electo por maestre de Alcántara el dicho don Garci Fernández Barrantes. Y dice la Crónica que era de gran solar, hijo del señor de la casa de San Andilo de Barrantes, en Galicia. Fué electo maestre año de 1224[71], en tiempo del Rey don Alonso el Sabio, de este nombre. Descendía del conde Garci Fernández, hijo del conde Fernán González, y parece ser así, porque traía las mismas armas, que era una banda de oro, metida en las cabezas de dos sierpes verdes, en campo colorado, con ocho aspas por orla, las cuales andaban en las doblas, monedas de oro antiguas.

En tiempo de este Garci Fernández se hizo la iglesia mayor de Alcántara, que fué era de 1319, que es año de Cristo de 1281, donde está enterrado[72]. Véase la definición de la Orden de Alcántara en el título de los Maestre, VII maestre, fol. 11.

Este maestre, don Garci Fernández, dejó un hijo, Alonso Fernández Barrantes, que le dejó las dehesas de las Miras de Barrantes, el Carrascal de Barrantes, el Machado de Barrantes y las suertes de Barrantes y el Bohen de Barrantes.

Garci Fernández Barrantes fué hijo de Alonso Fernández Barrantes y nieto del maestre. El cual tuvo dos hijos: Alonso Fernández Barrantes y Pedro Fernández Barrantes, que se fué a vivir a Trujillo.

Alonso Fernández Barrantes, que dijeron Cañas Doradas, biznieto del maestre, fué armado caballero en la tienda y capilla del Rey don Juan el Segundo, siendo de ochenta años, en el campo sobre Olmedo, cuando se dió la batalla al Rey don Juan de Navarra y al infante don Enrique y el conde de Benavente. Ciñóle la espada el maestre de Alcántara, don Gutierre de Sotomayor, y calzóle las espuelas don Gonzalo de Quiroga, prior de San Juan. Este fué abuelo de Alonso Barrantes, que dijeron el Rico, padre de Alonso Barrantes Campofrío y de Pedro Barrantes Maldonado.

El Pedro Fernández Barrantes, hermano de Alonso Fernández Barrantes, se vino a vivir a Trujillo porque el maestre don Hernando Rodríguez de Villalobos le tomó por fuerza una hija.

Las armas de los Barrantes son de las que parecen en casa de Pedro Barrantes, en el escudo de la puerta principal, par de San Andrés, que son una barra atravesada, en dos bocas de sierpes, en las esquinas de las tarjetas. Las cuales armas son las del conde Garci Fernández, que era una banda de oro metida en las cabezas de dos sierpes verdes, en campo colorado, con ocho aspas por orla, que andaban en las doblas, como arriba dije. Así que este linaje desciende del conde Fernán González, señor de Castilla. Lo que saben de él es que don Garci Fernández Barrantes fué maestre de Alcántara, después de don Periáñez. Dícese que descendía del conde Garci Fernández, hijo del conde Fernán González, porque trae sus armas, como se ve en su sepultura, en Alcántara.

Este maestre, don Garci Fernández, dejó un hijo, Alonso Fernández Barrantes, al cual dejó su padre las dehesas las Miras de Barrantes, el Carrascal de Barrantes y la heredad del Machado de Barrantes y las Suertes de Barrantes, en el término de Alcántara. Este Alonso Fernández tuvo un hijo, llamado Garci Fernández, como el maestre. Este tuvo dos hijos: Alonso Fernández de Barrantes, Cañas Doradas, y a Pedro Fernández Barrantes, que vino a vivir a Trujillo[73]. Este tuvo una hija, la que casó con Francisco Moñino, hombre noble y rico. El cual Moñino de su mujer, Barrantes, hubo a Pedro Barrantes [el Viejo], el padre de Juan Barrantes, padre de Pedro

Barrantes y Hernando Cervantes y Ana Barrantes —mujer de mi tío, que esto escribió—, los cuales hubo en Francisca Cervantes.

Pedro Barrantes, el Viejo, valiente, devoto, que nunca quiso ser Regidor, casó con Juana González de las Cabezas, hija de García González de las Cabezas. Hubo de ella dos hijos y cuatro hijas: el mayor, Francisco Barrantes, casó en Alcántara, donde hay hoy muchos de éste; el segundo, Juan Barrantes, que casó con Francisca Rodríguez Cervantes.

X DE LA SUCESION Y GENEALOGIA MUY ANTIGUA DE LOS RODAS

DE ESTA CIUDAD DE TRUJILLO, LA CUAL ES ANTIQUISIMA Y MAS QUE EL NOMBRE DE RODA, COMO SE VERA

Benito Hernández Altamirano, de quien vienen hoy muchas generaciones, y de las más antiguas de Trujillo, fué su nacimiento en tiempo del padre del rey don Juan el Segundo. Fué hijo de Gonzalo Fernández Altamirano y de Juana García Caballero, hija de García Alonso Caballero, linaje noble, como diremos en el linaje de los Hinojosas, donde me remito, a Catalina Rodríguez de Aguilar Montañez, natural de Aguilar de Campoo, de la casa y linaje donde viene el señor marqués de Aguilar, de cuyo deudo y apellido mucho se jactan hoy día sus sucesores.

De allí nace, de los Hinojosas, este Juan Rodríguez de Aguilar Montañez, que no se sabe cómo se llama su padre. Tuvo un primo que descendía de su sangre, de la casa de Aguilar, llamado Alonso Rodríguez de Aguilar, que fué padre de Juan de Rodas, el cual fué padre de Alonso de Rodas, que fué padre del señor Francisco de Rodas, y sus hermanos, beneficiado cura de la iglesia de esta ciudad de Trujillo, de Santa María la Mayor, que fué mucho tiempo religioso de gran autoridad, devoto, muy continuo en sus horas, hábil en su oficio, bienquisto, gracioso, afable a todos y, cuando fué menester para defensa de su iglesia y templo, muy valiente y

animoso y determinado. Representa en su persona y conversación, costumbres y casa, su genealogía.

Casó mi hermano Gonzalo de Torres con María Calderón, hija de Sancho Pizarro y Teresa de Rodas, hija de Pedro Ramírez, sobrina de este señor Francisco de Rodas, beneficiado, susodicho, el cual vive hoy, lleno de años y virtudes, aunque con muchas enfermedades y trabajos; mas su gran ánimo es para sufrir mucho más.

El Juan de Rodas, susodicho, se llamó Juan de Rodas porque se halló en la isla y ciudad de Rodas, para ser comendador de aquella generosa religión de San Juan, donde estaba muy querido y tenido de todos por buen soldado y buen caballero. Y por hacer algunas nombradías de su persona, que era valiente y animoso, mató un turco en desafío de uno por uno, que le fué reputado a gran valentía, porque el turco no le faltaba nada para ser lo más. Revolvióse con él un comendador, primo hermano del maestre de la dicha Orden, y en este debate le mató, por lo que se hubo de ausentar de la isla y Orden. Vínose a Roma, con el señor Juan de Carvajal, cardenal de Santángelo. Como hubiese el Obispado de Plasencia, envió en España a Juan de Rodas, dándole el señor cardenal poder absoluto de gastar toda la renta del dicho Obispado en oficios honrosos y necesarios en este Obispado y en Trujillo, tierra del dicho señor cardenal.

El cual Juan de Rodas, con la renta del dicho obispo, hizo la puente sobre el río de Tejo, que llaman del Cardenal, entre Trujillo y Plasencia, y la puente en el río del Monte, entre Trujillo y Jaraicejo. Comenzó a hacer otra sobre el mismo río de Tejo y sacó los cimientos, donde dicen las Barcas de Albalá. Y Plasencia púsoselo a pleito y estorbólo, por no perder la renta de sus barcas, mas ahora, en nuestros tiempos, sobre los mismos cimientos, contribuyendo las comarcas y Mesta, se ha acabado a cabo de muchos años, lo que llaman la puente de Almaraz, obra romana, cuan no la hay en toda España, porque toma desde sierra a sierra y entra el río casi por un ojo. Otra puente había mandado hacer en el arroyo que dicen de la Vid, entre la Corchuela y Torrejón, y dejóla comenzada. Con su muerte cesó y nunca más se acabó. Hizo más el dicho Juan de Rodas, en esta ciudad de Trujillo, las casas que dicen del obispo,

junto a Santa María, con las rentas del obispo, las cuales están hoy caídas.

Fué este Juan de Rodas tan líbre de codicia, que, teniendo tanta mano para se aprovechar, nunca quiso más de lo que el señor cardenal le daba dé partido, que era asaz moderado. Y costó la puente que dije, en Tejo[74], que llaman del cardenal, treinta mil doblas, o hacer —porque lleva treinta mil piedras labradas, igualadas— asentar en una dobla cada piedra, do parece cuando se pudiera aprovechar el que lo gastaba, sin ser sentida su falacia; mas aprendió ser poco avariento del dicho señor cardenal, que puso término a la codicia. También la puso este noble Juan de Rodas, queriendo dejar esta herencia de buena conciencia a sus herederos, mas que de culposos intereses.

Tuvo este señor Juan de Rodas, de su mujer, dos hijos y algunas hijas. Al mayor llamaron Alonso de Rodas, Alonso por el abuelo, Alonso Rodríguez de Aguilar. Este Alonso Rodríguez fué padre del dicho señor Francisco de Rodas y de sus hermanos. Al segundo hijo del dicho Juan de Rodas llamaron Rodrigo de Rodas: éste fué padre de Juan de Rodas, beneficiado de la iglesia de Santa Cruz[75], en esta ciudad, el asaz viejo. Fué este dicho Juan de Rodas enterrado en San Martín, con su mujer, en su sepultura.

XI DE LA LINEA Y SUCESION DE LOS HINOJOSAS,

EN SUMA, HASTA DIEGO DE HINOJOSA DE VARGAS, QUE COMPILO PRIMERO ESTE TRATADO, HASTA MI, ALONSO DE HINOJOSA, QUE FUI EL SEGUNDO QUE LO TRASLADO, AÑO 1563

Lope Alonso de Hinojosa, vecino de Toledo —biznieto de Luis, nieto del señor don Nuño Sancho de Hinojosa, primo del Cid, como adelante se cuenta más largo—, hubo de su mujer, doña Catalina Alvarez de Toledo, y de la casa y linaje de los señores de Oropesa, a Alonso Alvarez de Hinojosa, el primer Hinojosa que vino a Trujillo. Alonso Alvarez de Hinojosa, de doña Francisca [o doña Inés, tuvo a Alvar Alonso de Hinojosa, quien de[76]], su mujer primera, llamada

Constanza Fernández Altamirano, hubo a Fernando Alfonso de Hinojosa y sus hermanos; Fernando Alfonso de Hinojosa, de su [segunda] mujer, Teresa González Bote, a Diego de Hinojosa, el Viejo. Diego de Hinojosa, de su mujer, Leonor López de Carvajal, hija de Sancho Sánchez Muriel, hubo a Juan de Hinojosa y Alonso de Hinojosa; Juan de Hinojosa, de su mujer, Leonor de Vargas, a Diego de Hinojosa, mi tío, que este tratado compiló, padre de Juan de Hinojosa de Vargas, que hoy tiene su casa. Alonso de Hinojosa, de su mujer, Estebanía de Torres, hubo a Alvaro de Hinojosa; éste fué mi padre y de mi hermano Gonzalo de Torres, que tiene la casa de mi padre «nos pulvi esse, umbra summa, sine cura rei familiaris, libris [atque] studiis liberalibus semper indulgentes, ideis magis [quam] amori de terra ipso profectu»[77].

Alonso de Hinojosa, mi primo hermano —hijo de Diego de Hinojosa de Torres, hijo mayor de mi abuelo, Alonso de Hinojosa—, tiene la casa de este mi abuelo, Alonso de Hinojosa.

Las armas de los Hinojosas son: hinojos verdes en campo dorado: orladura, aspas de San Andrés. Estas creo yo que traía don Nuño Sancho de Hinojosa, y los antiguos Hinojosas de este lugar las pintan y las puso en sus reposteros Francisco de Hinojosa, el Valiente, magnánimo, de quien diremos, y se pusieron en el estandarte que se puso sobre su sepultura; mas las armas que se deben usar y se han usado muchos años, es hinojo dorado en campo sangriento; la orladura, trozos cruzados de lanzas, en uno el hierro, en el otro el regatón. Estas dicen que dió el rey a los sucesores del dicho don Nuño, que doró su nombre con su famosa muerte entre tanta infinidad de moros.

XII LA LINEA DE LOS ALTAMIRANOS LES TOCA A LOS HINOJOSAS

QUE ESTO ESCRIBIERON. ES ESTA:

La línea de los Altamiranos de estas partes se saca de esta manera:

Mateo Fernández Altamirano, de la casa de los señores de Orellana la Vieja, fué padre de Hernán Mateos Altamirano. Hernán Mateos fué padre de Alvar Fernández Altamirano e de Alonso Fernández Altamirano. Alonso Fernández Altamirano fué padre de Constanza Fernández Altamirano, la cual fué madre de Fernando Alonso de Hinojosa y mujer de Alvar Alonso de Hinojosa. Desde aquí abajo, ya lo vistes en estotro sumario primero y lo verás más a la larga en el tratado principal de los Hinojosas, adelante.

XIII DE LA LINEA DE LOS MURIELES, TOCANTE A LOS ESCRITORES DE ESTE TRATADO.

ES ESTA. ESTOS MURIELES SON LOS VARGAS

La línea de los Murieles, que son los Vargas, se saca así: Pedro Muriel, de su mujer, Leonor García de Sandoval, como se dirá adelante, hubo a Sancho Sánchez Muriel. Sancho Sánchez Muriel, de su mujer, juana García de Carvajal —hija de Diego García, el Rico— , hubo a Leonor López de Carvajal e sus hermanos. Leonor López casó con Diego de Hinojosa, el Viejo, padre de Juan de Hinojosa el Mozo, y de Alonso de Hinojosa, que ya dije y diré. Este deudo y línea traen los Hinojosas de los Murieles o Vargas.

XIV LA LINEA DE LOS ORELLANAS DE LA SIERRA O LA NUEVA,

SE SACA DE ESTA MANERA, SEGUN QUE TOCA A
LOS HINOJOSAS ANTIGUOS Y A LOS QUE DE ELLOS HOY DESCENDEMOS

Diego García, el Rico, de una doncella Carvajala, como adelante se verá más largo, hubo a Juana García de Carvajal, la que casó con

Sancho Sánchez Muriel, y hubo a Leonor López de Carvajal y a sus hermanos. La cual Leonor López de Carvajal casó con Diego de Hinojosa, el Viejo, dije y diré, mi bisabuelo.

XV EGO, ALFONSUS A HINOJOSSA, TRANSCRIPSI EX COMENTARIIS

MEI GONSIGUINEI DIDACI DE HINOJOSA, SED BREVIUS QUIDEM QUAM ILLI, ERANT UNA UT PLURIMUM ADDIDI QUOAD ILLOS QUI NON ERANT DE STIRPE HINOJOSSA

El Rey don Alonso, que ganó a Toledo, se tiene por más verdadero — aunque otros, como Juan de Mena, tienen que don Fernando el Santo — ganó a Trujillo de los moros, por un capitán llamado Hernán Ruiz Altamirano; otros dicen que se llamó Hernán Ruiz de Valverde; todo puede ser verdad. Ganóla y entróla por la puerta que hay y se dice de su nombre en esta ciudad. Este caballero fué natural de la ciudad de Avila. De este caballero desciende el antiguo y noble linaje de los Altamiranos en nuestro Trujillo.

Los que con los Altamiranos poblaron al principio nuestro pueblo, no se sabe, con la gran antigüedad y falta de escrituras; mas hay de que podemos sospechar sí fueron los que en este lugar tenemos por más antiguos, como fueron los Murieles —que ahora llaman Vargas — , los Bo

tes, los Escobares, Carvajales y Pizarros, los Tapias, los Torres, Moñinos, Corajos, Valverdes, Ramiros, los Amarillas.

El Rey don Alonso, el Viejo, que ganó a Toledo, comenzó a reinar año del Señor de 1073; el Rey don Fernando, el Santo, año de 1216; don Alonso el Onceno, año de 1310, que es lo que toca a este tratado, con que queda concluso. A Dios sea honra y gloria por todo. Amén.

XVI DE DON NUÑO SANCHO DE HINOJOSA, PRIMO DEL CID,

DEL CUAL DON NUÑO DESCIENDEN LOS HINOJOSAS, POR FAMA ANTIGUA Y COMUN Y ESCRITURAS CERTISIMAS

Don Nuño Sancho de Hinojosa —primo del Cid Rui Díaz, a quien mucho acompañó y sirvió en sus guerras—, caballero generoso, era natural de Soria, cabeza de capitán general de los linajes de aquella ciudad. El cual libertó a aquella comarca de los moros, que la tenían usurpada, con otras muchas ciudades de estos reinos. Era gran señor; entre su señorío tenía dos villas de su nombre, que ai presente son pequeños pueblos, llamados las Hinojosas: son en los confines de Soria. De la una es señor don Diego de Mendoza, y ésta se dice Hinojosa de la Sierra.

Era don Nuño muy humano caballero e de mucha bondad, porque, pasando a ver su gente de un lugar a otro, toparon con un caballero moro, que llevaba su mujer bien arreada, con buen acompañamiento de gente. Los caballeros de don Nuño le prendieron a él y su gente y se lo presentaron. El don Nuño preguntó al moro dónde iba, y él le respondió que iba con su mujer y que aquel día se había casado. Don Nuño le consoló y envió libre y le mandó poner en salvo a él. Y a los suyos pagó el rescate de aquel prisionero, porque no quedasen con queja, de sus propios bienes.

Acaeció, después de muchos días, que el Cid hubo de haber batalla con los moros. Y envió a don Nuño delante, para que les acometiese Y dijo que él le socorrería. Y los moros, viendo que don Nuño los acometía y que el Cid no llegaba, antes que viene su ayuda, entraron con gran denuedo en la gente de don Nuño y desbaratáronle y matáronle mucha gente y a él le cortaron un brazo. El, como se vió así, metióse entre los moros, en lo más peligroso, enforzando su gente. Entonces conocióle en las armas y en el caballo el moro a quien él había hecho libre y llegóse a él y díjole:

—Caballero, tiempo es de pagar el hombre su deuda; yo soy a quien tú diste la vida y honra; andacá, que yo te sacaré a puerto seguro.

Al cual el don Nuño dió muchas gracias, diciendo:

—Amigo, que ya no soy don Nuño Sancho, sino don Nuño Manco. A do hallares mi cuerpo haz poner una piedra, con letras que digan: «Tardóse el Cid».

Otros dicen que vió asomar la gente del Cid e, como vió que no aprovechaba el socorro, que dijo:

—Tarde ensilla,—como se dice en el lugar que está cerca de donde fué la batalla.

El moro hizo lo que el don Nuño le mandó. Y el Cid vino, y ahuyentados los moros, llevó con gran honra el cuerpo de don Nuño Sancho, su primo.

Su sepultura está en el Monasterio de Huerta —lugar cercano, a la linde de Aragón, cerca de Medinaceli—, con su mujer y otros muchos grandes señores de su linaje. Y dicen que a la puerta del Monasterio está hoy día la piedra con las letras que dijo. Este Monasterio de Huerta fué primero fundado en otra parte y pasáronle donde está hoy, por ser más sano lugar.

Por este señor don Nuño Sancho de Hinojosa, en algunas partes de tierra de Soria, se hace, o hacía, cada domingo plegaria en las iglesias, di

ciendo: «Roguemos por el ánima de don Nuño Sancho de Hinojosa, que libró esta tierra de moros, e doña Marquesa, su mujer, que nos hicieron grandes mercedes.»

Y se hace velada y se da caridad, por las letanías mayores, por sus ánimas.

XVII DE ALONSO ALVAREZ DE HINOJOSA.

EL PRIMER HINOJOSA QUE VINO A TRUJILLO, Y DE SU SUCESION

Alonso Alvarez de Hinojosa —hijo de Lope Alonso de Hinojosa y de doña Catalina Alvarez de Toledo, su mujer, del generoso y antiguo linaje de los señores de Oropesa, los cuales, con los de la casa de Alva y Orgaz, vienen del conde don Pedro Paleólogo, del linaje de los emperadores de Constantinopla, como Hernando de Alcocer lo declara bien en su historia de Toledo— fué alto de cuerpo, moreno de rostro, bien apersonado. Vino a Trujillo de la ciudad de Toledo, donde era vecino, en tiempo del Rey don Alonso el Onceno —el que venció la gran batalla de Tarifa— padre del Rey don Pedro. El cual rey le dejó, pasando por nuestra ciudad de Trujillo, por alcaide del Alcázar e justicia mayor de la villa. Era hombre anciano de días, viudo de su primera mujer, llamada doña Inés —no sé de qué linaje fuese—, de la cual traía consigo tres hijos, bien mancebos: al mayor llamaban Lope Alonso de Hinojosa, como al abuelo; al otro, Alvar Alonso de Hinojosa; al otro tercero llamaron Martín Alonso de Hinojosa.

Este Martín Alonso de Hinojosa llevó consigo el dicho señor Rey don Alonso. El cual casó en Xerez de la Frontera con una hija de un caballero llamado Jadeón, de donde vienen los señores de este linaje en la dicha ciudad de Xerez de la Frontera y los padres y descendientes de Pedro Mínguez de Hinojosa, vecino de Teba, cabe Ardales. Luego, al dicho Alonso Alvarez, en esta ciudad de Trujillo, se le ofrecieron muchos parientes, dándole, para sí y para sus hijos, sus hijas, principalmente, los caballeros Altamiranos. Para sí tomó a Teresa Fernández Altamirano, hija de Fernán Mateo Altamirano, hermana de Alfonso Fernández Altamirano y de Alvar Fernández Altamirano. Este Alonso Alvarez, después que dejó la jurisdicción de este lugar, se volvió a Toledo con su segunda mujer, de la cual hubo una sola hija, que llamaron Teresa de Hinojosa, que casó en Córdoba con un caballero muy principal, sobrino de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, que hizo la puente del Arzobispo, en Tajo.

Esta señora, doña Teresa de Hinojosa, fué abuela de Hernando, Veinticuatro [de Córdoba], que mató los comendadores, el cual, después que los mató, se vino a Trujillo, a se valer de sus deudos y

holgarse con ellos, conviene a saber: con Alvaro de Hinojosa, hijo de Pedro Alonso de Hinojosa, e con Diego de Hinojosa, hijo de Hernando Alonso de Hinojosa, que eran sus primos, nietos todos de hermanos. Estuvo el Veinticuatro con sus primos en esta tierra dos años y medio, que anduvo fuera de su casa porque el obispo era hermano de la mujer [de un] muerto. No le quiso perdonar hasta que murió, que se tornó a Córdoba. Este Alonso Alvarez era tataranieto del nieto de Nuño Sancho, ya dicho, y él lo contaba y tenía escrito.

Fué Alonso Alvarez gran limosnero, que casi todo el salario de su partido repartía a los pobres. El cual, partiendo a Toledo, dejó a sus hijos varones la hacienda toda que con su mujer hubo en Trujillo, tomando para sí e para su hija e mujer lo que tenía en Toledo, lo cual dejó a la hija, doña Teresa, con que fué bien dotada e rica.

XVIII DE LOPE ALONSO DE HINOJOSA,

HIJO DEL DICHO ALONSO ALVAREZ DE HINOJOSA, E DE SU LINAJE

Lope Alonso de Hinojosa —hijo mayor del dicho Alonso Alvarez de Hinojosa y de la dicha doña Inés, su mujer— fué hombre mediano de cuerpo, mas dispuesto, blanco e colorado, de noble ingenio e condición. Este hubo rico dote con su mujer, Estebanía Fernández Altamirano —hija de Alvaro Fernández Altamirano, el hijo de Fernán Mateos Altamirano—, que le dieron en dote con esta señora el lugar de Marta, con todo su término, lugar muy rico de esta ciudad. Todo lo ajenó de suelo él, y sus hijos después de él. Fué la causa, según dicen, que en su tiempo sobrevino gran carestía de pan e mucha hambre. Como él fuese mal enemigo del campo y no queriendo dejar la villa, ni retraer de su costa, antes acrecentándola más con pobres, deudos e amigos, fuéle forzado al noble caballero desbaratar de suelo sus heredades, cargándose de mucha necesidad, dejando mal de comer a sus hijos o sucesores.

De este Lope Alonso de Hinojosa vienen los Hinojosas de Marta, que

dicen Diego Hinojosa de Marta, Alonso de Hinojosa de Marta, Francisco de Hinojosa, su hermano, e Diego de Hinojosa de Marta, mayor, que decían de Plasencia, y otros muchos caballeros, hidalgos y que mostraban en susvirtudes y costumbres su noble sangre y linaje.

XIX DE ALVAR ALONSO DE HINOJOSA,

EL OTRO HIJO DEL DICHO ALVAREZ DE HlNOJOSA, E DE SU SUCESION

Alvar Alonso de Hinojosa, el otro hijo de Alonso Alvarez de Hinojosa y de doña Inés, como dije, fué caballero de mucha excelencia e muy cuerdo e muy virtuoso, de gran disposición de persona, muy bien complexionado, moreno de rostro y enjuto. Vivió ciento y diez y ocho años. Casó cuatro veces y de todas cuatro mujeres hubo hijos; veinte años [antes] que muriese cegó y vivió así, lo más del tiempo en la cama, sin haber perdido diente ni muela. Acaeció, estando así ciego, que tenía un vecino clérigo, hombre disoluto e de no buenas costumbres; preguntó este Alvar Alonso, desde la cama, a sus criados, diciendo:

—¿Cómo le va a fulano, clérigo, nuestro vecino?

Respondiéronle:

—Señor, bueno está, que aquí ha arribado a su puerta esta tarde, riendo y habiendo placer, como suele otras veces.

Respondió el Alvar Alonso de Hinojosa, diciendo:

—Acordóos de lo que yo os digo: que no le va bien.

Esa misma noche amaneció el clérigo muerto en su cama, sin ninguna señal de lesión. Fueron muchas personas a preguntarle, después que supieron lo que había dicho, que por qué lo dijera e de dónde supo el mal estado de la vida e muerte del clérigo. No

respondió otra cosa:

—Quien mal vive e persevera sin enmendarse, ¿qué espera sino mal fin?

Porque se dice que Alvar Alonso, al clérigo,

entrándole a ver, muchas veces había reprendido a su mal vivir.

Este noble caballero, Alvar Alonso de Hinojosa, casó la primera vez, que le casó su padre, Alonso Alvarez, con Constanza Fernández Altamirano, hija de Alonso Fernández Altamirano, el hijo de Fernán Mateos Altamirano, de do vienen estos señores de la villa de Orellana la Vieja, deudos suyos. Esta Constanza
Fernández Altamirano fué hija también de Francisca Alonso Almaraz, deuda de los señores que fueron de la villa de Almaraz, y fué prima hermana de Juan Alonso de Almaraz, que la hizo heredera, y prima hermana de Estefanía Fernández, mujer de Lope Alonso de Hinojosa, hijas de dos hermanos.

Dió al dicho Alvar Alonso con esta Constanza Fernández Altamirano, su mujer, grande e rico casamiento, muchas heredades, como la heredad de Logrosán, Casasola, La Baja, Ribilla, Torrecillas de la Tiesa, Solanilla y otros muchos heredamientos, a linde de lo de Plasencia. Y heredó de don Juan Alonso de Almaraz, su primo.

Hubo de esta señora Constanza tres hijos y dos hijas: al mayor llamaron Fernando Alfonso de Hinojosa; al otro, Martín Alfonso de Hinojosa; al menor, Pedro Alonso de Hinojosa: a la hija ma yor llamaron María Alonso de Hinojosa y a la otra doña Francisca de Hinojosa. De cada uno de estos cinco hijos, haremos capítulo por sí.

De las otras tres mujeres de Alvar Alonso de Hinojosa no sabemos mucho que tratar —y porque no nos toca más de la generación de la primera mujer, por línea recta —, más de que la cuarta e postrera mujer fué de los Rúas, noble linaje y antiguo, la cual había criado en su casa la primera mujer, de muchacha. Pesóles a los hijos con este postrero casamiento, no porque ella no fuese de buen linaje, que sí era, mas por la mucha edad que él había, que era de ochenta años y más. Y así dijo a sus hijos:

—No os pese, hijos míos, que yo me haya casado con quien conoce mi condición, pues mis nueras les quito de cuidado con el servicio, que no tendré, de sus maridos, y a mis yernos del enfado, con la ocupación de sus mujeres.

Si engendró este Alvar Alonso de ochenta años no es maravilla en la buena complexión, que así engendrase Ajugurta, de más de ochenta años.

En fin de este capítulo, digo que hoy día vienen de este señor Alvar Alonso de Hinojosa e de Constanza Hernández Altamirano, su mujer, toda la mayor parte de los ricos hombres y caballeros de nuestra ciudad. Y los que de estas líneas no vienen, están por otras partes adeudados con ellos. Muchas gracias a nuestro Señor por ello.

XX DE FERNANDO ALFONSO DE HINOJOSA,

HIJO MAYOR DEL DICHO ALVARO ALONSO, E DE SU LINAJE

Fernando Alfonso de Hinojosa, hijo mayor del dicho Alvaro Alonso de Hinojosa e de Constanza Fernández Altamirano, fué alto de cuerpo, de rostro moreno y colorado: fué muy bien complexionado, como su padre; vivió ciento y diez años —porque nació año de trescientos y treinta y nueve, sobre mil, y murió año de 449, sobre mil— y dióse desde su niñez a buenos estudios; alcanzó gran parte del Derecho Civil, fué grande e famoso orador, bien hablado, según en su tiempo, enviado por procurador de Cortes, que entonces tenía Trujillo voz, que después no se acuraron de ella, por los bandos. La voz de Burgos le hizo aposentar consigo, en su mismo aposento, conociendo el valor de su persona y saber. Fué tan bueno el recocimiento que hizo en las Cortes, examinando tan sabiamente lo que cumplía al estado de estos Reinos, que el señor Rey don Juan el Segundo mandó asentar su razonamiento de su historia —aunque en ella no aparece, porque se perdería, como otras cosas [de] más importancia se perdieron de ella, por falta de cronista o por turbación de los tiempos—, por lo cual le fué concedido que la villa

de Trujillo fuese ciudad, como lo es, y él fué de los primeros regidores de ella, después de ciudad.

El dicho Rey don Juan el Segundo le envió provisión, siendo regidor, año de 1435, que fuese a la ciudad de Badajoz, sobre grandes cuestiones y revueltas que andaban entre un Juan Rodríguez de Fonseca, Corregidor que fué de aquella ciudad, y entre otros muchos caballeros principales, sus consortes, sobre cierta pesquisa que contra ellos hizo el dicho Fonseca. Y acusaciones ante el rey dió de ellos, por lo cual mandó que los llevasen presos a la Corte; mas ellos alcanzaron comisión de ello, para [que a] este Fernando Alfonso de Hinojosa se le remitiese la causa, el cual fué a Badajoz, a entender en lo a el cometido de aquello. Luego, lo sospechó y se ausentó el dicho Juan Rodríguez de Fonseca.

Tomó entonces por acompañado el Fernando Alfonso a un noble caballero de la ciudad, llamado García Alvarez, con el cual hizo sus pesquisas muy jurídicamente, con cuya verdad se esforzaron los caballeros de Badajoz, osándose ir a presentar ante el rey, por remisión del Fernando Alfonso de Hinojosa —pues allá ya estaban representados mucha parte de los acusados— e porque la provisión a el cometido fué ganada por ellos. Y ellos le requirieron que así lo hiciesen. Remitióselo, haciendo saber al rey cómo los negocios tan arduos y entre tan principales personas, presentados ante Su Alteza, a él convenía juzgarlos, diciendo en su remisión:

«Muy alto e muy noble rey, príncipe poderoso, esclarecido señor: Fernando Alfonso de Hinojosa, vuestro regidor en la ciudad de Trujillo e García Alvarez, vecino de Badajoz, besamos Vuestras Manos, con toda humilde e debida reverencia, e nos encomendamos en vuestra merced, la cual, señor, bien sabe cómo ante Vuestra Alteza fué presentada una petición por parte de Alonso González, mayor de Badajoz, e de otros caballeros, sus consortes y deudos, en la cual se contenía que Juan Rodríguez de Fonseca, Corregidor que fuera en esta ciudad, los agraviara mucho, teniéndolos presos sin razón, juntándose con los del bando contrario, haciéndoles con el dicho oficio grandes enemigos; lo cual todo, visto en el vuestro Consejo, fué cometido a mí por vuestra

alta Señoría, lo cual yo acepté. E porque habiendo hecho la dicha pesquisa fuimos requeridos por las mismas partes, que lo remitiésemos a vuestra Corte, nos, viendo el poco término que queda de la comisión e que estos negocios son arduos, entre principales personas de bando, acordamos de vos lo remitir, para que Vuestra Alteza mande en ello lo que más servicio vuestro fuere. Puesto caso que Vuestra Alteza me haya cometido la entera ejecución de ello, hallamos que a vuestro servicio cumple que ello sea desanimado en el vuestro Consejo, que así cumple a vuestro servicio y al pro de vuestros reinos y ensalzamiento de vuestra Corona Real. Por ende, muy alto Señor, acordamos de lo así hacer, cerramos las dichas pesquisas, sellárnoslas y firmárnoslas de nuestros nombres, suplicamos a vuestra alta Señoría las reciba y mande hacer en ello lo más cumplidero a vuestro servicio. Nuestro Señor Dios enderece todos vuestros fechos en bien e vos guarde de toda adversidad, os dé victoria de vuestros adversarios, con grande ensalzamiento de vuestro estado real e de todos vuestros reinos. Amén.»

Esto negoció este caballero, en tiempo de tantas disensiones de rey contra caballeros de bando y en ciudad de frontera. Y haberlos tan bien enderezado, que, al cabo, todos vinieron de la Corte en paz y concordia. No retuvo la causa en sí, que pudiera, por ganar dineros y partido; mas remitióla, porque las partes alcanzasen acuerdos entre sí.

Casó este señor Fernando Alfonso de Hinojosa, la primera vez — porque hubo tres mujeres — con una noble señora, llamada Mencía Alonso, hija de Pedro Martínez de Trujillo e de Sancha Alonso. Este Pedro Martínez fué del linaje de los Amarillas —y así se llamaba—, que es muy buen linaje y antiguo, y ella de los Caballeros, que así también lo es. Esta Mencía Alonso tuvo muchos hermanos: al uno llamaron Gil García, que casó con Juana Fernández; a otro llamaron Diego García, y una hermana, que llamaron Juana García, que casó con Garci González Corajo, caballero principal e de linaje. Qué generaciones dejaron éstos, no lo sé.

Baste que esta primera mujer de este Hernando Alonso fué hija de ricos padres; llevó a su poder grande e rico dote; a Casasola la de Arriba, casi toda, y a la Torre de Sancha Alonso, que dicen de

Corajo —que fué de Diego García de Paredes después, la cual, con poco deudo, le mandó Hernán Corajo, y no tenía tampoco deudo con el hijo; era de una hermana suya, Hernán Corajo, llamada Marina de Paredes. Y después fué de don Sancho de Paredes Corajo, hijo de Diego García de Paredes, el Valiente, el Invencible, y ahora de su nieto, don Luis de Paredes, año de 1563[78] —y a Mira al Rio— que es de don Luis, susodicho —y otras muchas y buenas heredades. En la cual mujer hubo el dicho Fernando Alfonso de Hinojosa tres hijos e una hija: al uno llamaron Pedro de Hinojosa, al otro llamaron Alonso de Hinojosa, al otro llamaron Juan de Hinojosa, a la hija llamaron Sancha Alonso, como su abuela.

Esta fué una generación desdichada e que no se logró bien, que los dos hijos murieron mancebos, sin dejar generación: el Pedro de Hinojosa se metió a fraile, después de muertos sus padres. Y a los frailes parece que en su testamento hacía herederos de toda su herencia, mas su hermano menor, que dijeron después Diego de Hinojosa, el Viejo, de otra mujer [de su padre], antes que hiciese profesión, le hizo revocar el testamento, haciendo dotar el monasterio de ciertos dineros, que luego en contado pagó.

La hija, llamada Sancha Alonso, fué la más hermosa de aquel tiempo. Debíala prometer casamiento un pariente suyo, Corajo, y no sé si la tenía en casa con otros sus hermanos. Con este Corajo se topó un día Fernando Alfonso de Hinojosa, primo hermano de la dicha Sancha Alonso, hijo de doña Francisca de Hinojosa, y peleando con el Corajo le mató, en venganza del engaño de la prima hermana. Veinte y siete años después que mató a éste, los Corajos juntos mataron a este tan esforzado caballero que mató al Corajo. Fué casado con Teresa Fernández Pizarro, hija de Diego Hernández Pizarro.

Estos Fernando Alfonso e Teresa Fernández fueron padres de Martín Pizarro e de Hernán Alonso Pizarro e de doña Gracia de Hinojosa e Pizarro, mujer que fué de Gonzalo Gil de Cervantes, como diremos, e fué madre de Hernando Cervantes, abuelo de Ana Barrantes, Pedro Barrantes [y su] hermano [Hernando] de Cervantes. La cual Ana Barrantes fué mujer de Diego de Hinojosa, el Bueno, y letrado que recopiló estas memorias que yo, Alonso de Hinojosa, su sobrino, hijo de Alvaro de Hinojosa, su primo hermano, traducí con

mayor brevedad que él las escribió.

La dicha Sancha Alonso enajenó la dicha Torre de Sancha Alonso, con toda la otra hacienda dejando la heredad de la Torre de Sancha Alonso en los Corajos, que casó esta dicha Sancha Alonso, después, con un escudero hidalgo, llamado Mendieta, que hubo en ella al bachiller Hernando de Hinojosa, padre de Rodrigo de Hinojosa y de Cristóbal Calderón [y de) Hernando de Hinojosa, beneficiado de esta ciudad, e [de] dos hijas beatas. La una Elvira de Hinojosa, en fin, casó ésta ya vieja de días, con un hombre pobre, el cual la degolló por no ser ella de buenas mañas.

Casó segunda vez Fernando Alfonso de Hinojosa con la muy virtuosa señora e digna de perpetua recordación Teresa González Bote, sobrina de la señora doña Ximena, la Rica, o de la Lancha, que dijeron por estar su palacio e casas sobre una lancha, como hoy parece, do dicen los Casares de Monroy, que están fronteros de casa García Ramiro, Fué esta Teresa González casada, primeramente, con un hidalgo de esta ciudad que por la honra de su linaje callaré, el cual, siendo impotente, estuvo casado con ella muchos años sin saber de ella jamás, hasta que él, por haber hijos que le heredasen, metió una noche con ella un su criado. La discreta señora, entendiendo la alevosía que a su honra se hacía, dió voces. Y así no hubo lugar tan feo lenocinio de tan mal marido.

Luego, a la mañana, se fué la dicha señora a casa de la tía, doña Ximena. Con alteración y vergüenza comenzó a contar que no podía sufrir la mala vida de su marido. Doña Ximena Bote la reprendió fuertemente; mas ella, forzada, con lágrimas, le contó lo que pasaba. Y la doña Ximena Bote la limpió sus ojos y la abrazó y dió cuenta a sus deudos y hallaron que la podían apartar del mal marido. Y hallaron dueñas honradas que estaba entera. Luego a pocos días, se trató casamiento de esta señora, Teresa González Bote, con este Fernando Alfonso de Hinojosa, viudo de la primera mujer. De la cual Teresa González Bote hubo sólo un hijo, que llamaron Diego de Hinojosa.

Casó tercera vez Fernando Alfonso de Hinojosa con otra Teresa, González de Carvajal —hija de Sancho Sánchez Muriel e de Juana García de Carvajal, hija natural de Diego García, el Rico, hermano de Diego de Orellana, el Bueno, señor de Orellana la Nueva o de la

Sierra—, en la cual, aunque era de días, aunque muy hermosa mujer, hubo dos hijos, nacidos de un parto: fueron muy bellos y llegaron a mancebos muy hermosos; murieron de una misma enfermedad, ambos un día, como en un día habían nacido. Fué cosa de notar.

Cuéntase que una vez, pasando la dicha Teresa González Bote por casa de Sancho Sánchez Muriel con otra señora, mujer de Alonso García Calderón —el cual mucho ennobleció el linaje de los Calderones de Trujillo—, dijo una de estas señoras a la otra:

— Entremos a ver las hijas de Sancho Sánchez Muriel; no sé a qué se aguardan ya que no se casan.

Respondió la otra:

—¿Sabéis, señora, a qué se deben de guardar? A que salgamos vos y yo de nuestras casas y entren ellas.

Pareció estas palabras como de profecía, que no a muchos meses después fallecieron estas señoras y entraron en su lugar e casa e hacienda las hijas de Sancho Sánchez Muriel.

Fué este Fernando Alfonso hombre poco ambicioso, no se curó de favores humanos, que, según sus virtudes y estudios, se cree llegara a gran señor, si a la Corte siguiera. Por ventura, lo dejó de hacer porque no le gustaron los usos de aquel tiempo. Fué gran cazador; tuvo muy buenos pájaros, entre los cuales tuvo un gavilán muy blanco, que valía más que los tres mejores azores que se pudieran hallar, el cual nunca rehusó lance que le echasen, de perdiz ni de otra ralea con que él se atreviese; el cual gavilán le dió el señor García Alvarez de Toledo, señor de Oropesa, por un gran don e merced, como lo era, que muchas veces se iba a holgar con él y le hacía reverencia, reconociéndole la naturaleza de deudo y señor principal, de cuyo linaje venía, como arriba mostré.

Este Fernando Alfonso de Hinojosa fué elegido árbitro, juez y amigable componedor entre esta ciudad e los frailes de Guadalupe, sobre las escribanías del Ayuntamiento, que los frailes tenían, sin limitación alguna, por merced del Rey don Juan, primero de este

nombre. Fué juzgado por él que nombrase la ciudad los escribanos del Ayuntamiento, que así firmasen y aprobasen los frailes. Que fué en aquel tiempo buen remedio, y a la ciudad muy alegre, porque se le dió parte en ellas, que fueron como en las ordinarias, que ni nombran ni aprueban los regidores de ella.

Murió este Fernando Alfonso de Hinojosa, lleno de días e de virtudes e honras, en edad de ciento y trece años, año de 1453[79], dejando un hijo, como dije, Diego de Hinojosa, de la dicha doña Teresa González Bote, y otros de la primera mujer, que no se lograron, como antes [dije].

XXI DE DIEGO DE HINOJOSA, EL VIEJO,

HIJO DE HERNANDO ALONSO DE HINOJOSA

Diego de Hinojosa, [hijo] de los dichos Fernando Alfonso y Teresa González Bote, su mujer, fué hombre de mediana estatura, moreno y fresco de rostro; fué calvo, fué muy virtuoso y de muy buena razón; tenía gravedad y buena gracia en contar cualquier cosa. Tenía gran memoria de muchas cosas que en su luenga edad vió e de sus antecesores. Fué caballero demucha verdad y muy amigo de sus deudos e amigos; a todos bien [ilegible] hacía. Por sus criados, érales en gran manera aficionado. E a sus parientes pobres ayudábales en sus necesidades. Fra muy firme en sus buenos propósitos; no le quitaban de ello ningún parecer ajeno, por cuanto él era de buen entendimiento sano. Fué muy honesto, como hijo de [tal] madre. Era enemiguísimo de hombres disolutos y desvergonzados; era todo lleno de honestidad, caridad y amor. En su mocedad, siguió la Corte. Fué buen hombre de armas; justó muchas veces. Fué muy bien complexionado, como su padre e abuelo; vivió sano y llegó casi a cien años de edad. Vió los nietos de sus nietos. Vió

un hijo de Juan de Vargas —que falleció niño, hermano de doña Beatriz de Vargas— que era hijo de doña María, hija de don Alonso y su mujer, hija de doña Teresa de Hinojosa —mujer de Juan

Calderón, el Viejo— hija de este Diego de Hinojosa. Así que la [hija] de don Alonso fué su nieta y este niño que digo fué nieto de ésta. Juan de Vargas le envió luego, en naciendo, para que lo echase su bendición y le dijese qué deudo tenía con aquel niño.

En todo este tiempo que vivió, nunca quiso cabalgar a mula, sino a caballo, hasta que casi de hecho se le resistieron, que un caballo áspero lo derrocó e le hubiera muerto. Sabíase él en su tiempo mandar a pie e a caballo. Hizo a la vejez huerta, fuera, en el campo, por causa de ejercicio, bajo del postigo, camino de la Fontalba. Nunca cenaba sino muy poca cosa; con esto vivió recio y sano.

Casóle su padre, Fernando Alfonso de Hinojosa, siendo asaz muchacho, con Leonor López de Carvajal, hija de Sancho Sánchez Muriel y de Juana García de Carvajal, hija [ésta] de Diego García el de Orellana, el Rico, que la hubo el Diego García en una señora llamada de Carvajal, parienta muy cercana de la mujer segunda de Alvar García Bejarano, su padre, que fué hija esta segunda mujer de Alvar García, de Diego González de Carvajal. Dicen que este Diego García dió a aquella Carvajala fe y palabra que se casaría con ella si, consintiendo a su ruego, hubiese de ella un hijo varón. Y como se empreñase de él y pariese a esta dicha Juana García de Carvajal y durante esto se le recreciese oportunidad del casamiento al dicho Diego García, con Teresa Gil, una muy rica mujer, de las más de toda esta tierra, casóse con ella, dejando a la amiga como burlada. Pusieron pleito. Juzgóse que, por ser matrimonio de futuro y no haber habido hijo, sino hija, no entrando el hijo en el nombre de hija, que no se cumplió ni era obligado a cumplir ni casarse con ella. Y así valió el segundo casamiento, con la Teresa Gil. Todavía le fué mandado que dotase — y él lo hizo— a la madre y la casase. Y a la hija, llamada, como digo, Juana García de Carvajal, casóla el dicho Diego García, el Rico, su padre, con Sancho Sánchez Muriel, hijo de Pedro Muriel y de Leonor García de Sandoval. De este Sancho Sánchez Muriel y de esta señora Juana García de Carvajal, fué hija esta Leonor López de Carvajal, con quien casó este Diego de Hinojosa.

Hubo el dicho Diego de Hinojosa de esta Leonor López de Carvajal dos hijos e tres hijas; al hijo mayor, Juan de Hinojosa, padre de Diego de Hinojosa. El autor de este tratado; al otro, Alonso de

Hinojosa, abuelo mío, por quien yo tengo el nombre.

A la hija mayor llamaron doña Teresa de Hinojosa, que casó con Juan Calderón —hijo de Alonso García Calderón, caballero que mucho ennobleció su linaje—, de la cual hubo el Juan Calderón tres hijos e dos hijas. Al primer hijo llamaron Pedro Calderón, el cual casó con doña Leonor Rol —hermana del comendador Martín Rol—, padres que fueron de doña Teresa —mujer de Juan de Hinojosa, hijo de Alvaro de Hinojosa— y padres de doña Isabel Rol— abadesa dignísima del Monasterio de Santa Clara, que el dicho comendador dejó, que es en esta ciudad— e doña Catalina de Hinojosa, su hermana —otrosí monja e muchas veces abadesa del dicho Monasterio—, tres hermanas de gran bondad.

Al otro hijo de la dicha doña Teresa de Hinojosa e del dicho Juan Calderón llamaron Andrés Calderón, que casó con doña María Portocarrero, del linaje y casa de los condes de Medellín, en la cual hubo tres hijos e dos hijas: Gabriel Calderón —que casó con doña Juana de Hinojosa, su parienta, hija de Juan de Hinojosa, el de la Mota —e don Pedro Portocarrero— que casó en Indias, riquísimamente, con una dueña viuda —e Alonso García Calderón, que casó con doña Leonor Moñina; éste no hubo hijos.

Las dos hijas de Diego de Hinojosa, Constanza de Hinojosa y Catalina de Hinojosa, no se casaron; vivieron honestamente, recogidas, como beatas.

Murió Diego de Hinojosa de calenturas, estando recio; está enterrado en Santa María la Mayor. Fué muy emparentado, así de parte del padre como de la madre: tuvo los Hinojosas, los Altamiranos de esta ciudad y a los Almaraces de Plasencia, que vienen de los Señores de Almaraz; de parte de su madre, que fué sobrina de doña Ximena Bote, la Rica, tuvo por parientes los Monroyes, que heredaron a los Almaraces y a los Botes.

Quiero aquí contar algo más de Sancho Sánchez Muriel, que fué un caballero, aunque no muy rico. El y su mujer, Juana García de Carvajal, fueron de muy esmeradas virtudes. Al padre de este Sancho Sánchez, llamaron Pedro Muriel, del tronco y linaje de los Vargas e Bejaranos, que todo es uno, de esta ciudad. A su madre de Sancho Sánchez Muriel llamaron Leonor García

de Sandoval, de muy noble linaje, hija de Alonso García de Sandoval.

Tuvo este Sancho Sánchez Muriel, allende de estas señoras que casaron con Fernando Alfonso de Hinojosa e con su hijo Diego de Hinojosa e con Alonso García Calderón, como ya conté, otras tres hijas La una casó con un caballero del linaje de los Ramiros, que es muy noble e antiguo, cuya generación vemos hoy muy sublimada en esta tierra, aunque han olvidado el apellido de los Ramiros, de donde vienen los hijos descendientes de Luis de Chaves, el Rico —hijo de Martín de Chaves — , e sus hermanos del dicho Luis de Chaves e su generación. E de este linaje también viene doña Juana de Hinojosa, mujer de Juan Pizarro, el Rico, tataranieta que fué, por línea recta, también, del dicho Sancho Sánchez Muriel.

Las otras dos hijas del dicho Sancho Sánchez se llamaron Isabel y Catalina de Carvajal: fueron beatas, que dijeron las beatas de Guadalupe, unas muy religiosas señoras, tenidas en opinión de santas mujeres. La una de éstas murió de una postema en lugar vergonzoso —se le pegó — ; nunca la quiso mostrar, de vergüenza, diciendo:

— De que muriere sabréis de qué muero— donde se conoció el trabajo que debiera haber pasado en la resistencia de su encendida complexión, que es mucho dejarse morir antes que avergonzarse.

Eran pobres las hijas de Sancho Sánchez; mas, por sus virtudes, casaron ricamente, y por ser emparentadas. Y así el Señor bendijo sus generaciones. De ellas descienden doña Beatriz de Vargas y los herederos de Martín de Chaves, hijo de Luis de Chaves, el Viejo, e doña Juana de Hinojosa, mujer de Juan Pizarro, el Rico. Y de él descendimos los descendientes de Diego de Hinojosa, el Viejo.

XXII DE JUAN DE HINOJOSA, EL MOZO, Y DE SU DESCENDENCIA

Juan de Hinojosa, el Mozo, fué hijo mayor de Diego de Hinojosa, el

Viejo. Llamóse el Mozo, a diferencia de otro tío suyo, que llamaron el Viejo, hijo de Pedro Alonso de Hinojosa. Fué de mediana estatura, blanco y colorado, de buena vista, alegre, bien hablado; fué buen latino y justo; ocupábase mucho en leer. Fué uno de los primeros alcaldes de la Hermandad que los Reyes Católicos pusieron después de las guerras de Portugal: era oficio muy honroso, que podía sacar cincuenta lanzas y más. Nunca quiso dar gente a sus deudos, para sus pasiones, aunque se la pidieron. Dejó la parentela de sus padres, que entonces eran los Chaves, y tomó la de los Vargas, por la conversación y trato, allende de ser su mujer Vargas y su madre venir de Sancho Sánchez, que era Varga. Era en sus regimientos, que lo fué muchas veces, muy escrupuloso de conciencia. Era muy limosnero: nunca de su puerta fué sin limosna pobre. Decía que por qué decían al pobre que Dios le ayudase, pues ya le ayudaba, dándome a mí, a quien lo demandase, parta con él. Tuvo gran desenvoltura a caballo.

Casó dos veces: una, siendo muy mozo, con una hija de Garci González de las Cabezas, hermana de la mujer de Gómez de Tapia, padres de García de Tapia. Fué noble e muy virtuosa y hermosa, devota; no fueron entre sí muy buenos casados, eso poco que vivieron, e no por ser mozos e descuidado. Murió esta señora de parto, de una hija sola que hubo, la cual quedó viva después de la muerte de la madre, que llamaron Teresa de Hinojosa, que murió niña de poca edad. Casó Juan de Hinojosa, segunda vez, con Leonor de Vargas, hija de Hernando de Vargas y de Inés Rodríguez de Aguilar.

Crióse Juan de Hinojosa regalado y delicado. Y así vivió, enfermo, no como sus padres, no más de cuarenta años. [Murió] año de 1488 años, en octubre; está sepultado en Santa María. Dejó de esta Leonor de Vargas, su mujer, tres hijos e tres hijas; el mayor llamaron Francisco de Hinojosa, que no dejó generación —casó con una hija de Francisco de Torres, el de Centenera, y una hija que hubo de ella murió, y un su nieto, sin que hoy haya sucesión—; al otro llamaron Hernando de Vargas, que no dejó generación, al cual mató en su juventud un su primo, muchacho, habiéndole él primero herido con una lanza, sobre unas prendas, año de 1511, en la Torre de Mingo Caro, y teniendo él, que era de treinta y tres años, al primo desbarbado, en poco; no le entró sino medio dedo de lanza

por el corazón, y el otro estuvo para morirse; era hijo de Alonso de Hinojosa, llamado Gonzalo de Torres. Al menor hijo llamaron Diego de Hinojosa, autor de estos comentarios. Este casó con Ana Barrantes, hija de Juan Barrantes. Tuvo hijos: Juan de Hinojosa, que hoy tiene su casa, y Hernando de Vargas, que murió en la guerra de Italia, y una doncella, Leonor de Vargas.

A la mayor hija [de Juan de Hinojosa y Leonor de Vargas] llamaron Leonor de Hinojosa, que fué como beata casera; la segunda, Inés de Hinojosa, que también lo fué, y de santa vida; la tercera, Teresa de Hinojosa, que murió muchacha de poca edad.

Leonor de Vargas, mujer de dicho Juan de Hinojosa. fué singular mujer, varonil, hermosa. Y así la Beltraneja, que posó en la fortaleza, yendo a Portugal, y ella, yéndola a ver con otras, la rogó se fuese con ella y su marido; mas no quiso. Fué hacendosa, sí que pasó años de hambre, con gran gobierno de su casa. Doctrinaba bien sus hijos, en buenas costumbres.

Hernando de Vargas, padre de Leonor de Vargas, fué hijo de Juan Alonso Bejarano e nieto de Sancho Ximénez Bejarano, biznieto de Miguel Ximénez Bejarano. Este Sancho Ximénez Bejarano casó con Isabel López de Carvajal, hermana de la mujer de Alvar García, y hermana de la de Alonso García de Vargas, el que instituyó el mayorazgo de los Vargas. Fué, otrosí, el dicho Hernando de Vargas hijo de Leonor Alonso de Vargas, hija de Hernán de Vargas y nieta de Alonso García de Vargas, el Orejudo, de la misma parentela del linaje de su padre, Juan Alonso Bejarano, porque Bejaranos y Vargas y Murieles todos fueron una parentela e linaje.

Fué Hernando de Vargas alto, moreno, valiente. no muy rico, aunque tuvo buena casa y caballos.

Sancho Ximénez Bejarano, su abuelo de Hernando de Vargas, fué caballero muy esforzado, aunque terrible de condición. El cual, como tuviese dos hijos, los primeros que hubo de su mujer, Isabel López de Carvajal —hija de Diego González de Carvajal—, al uno llamaron Rodrigo y al otro Juan Alonso, padre, que dije, de Hernando de Vargas. Labraba el dicho Sancho Ximénez en la heredad que dicen de Serrezuela. Acaeció, según dijeron, que, viniendo una noche a Trujillo de la dicha heredad, sintió a las

ancas del caballo un peso, como de hombre que se abrazaba con él. Como mirase y no viese nada, dijo aquella fantasma:

—No temas, Sancho Ximénez; sábete que por un hijo de los tuyos vengo, ¿Cuál quieres que te lleve?

Espantado, el dicho Sancho Ximénez dijo:

—Sea lo que el Señor fuere servido. ¿Quién eres tú, que eso me dices?

Tornóle a decir la fantasma:

—Escoge pronto, Sancho Ximénez, no tardes.

Respondió luego, diciendo:

—Juan Alonso quería que viviese.

Dicho esto, sintió que aquello que le había saltado en las ancas del caballo se tiró, que más no le sintió.

No dió de ello cuenta a sus criados, que venían atrás, porque no burlasen de ello, que aun él no sabía qué juzgar al presente.

Vino a casa y halló que a su hijo pequeño en esa hora le había tomado una gran calentura. Cenó, y en son de hablilla, como en placer, contó a la mujer lo que le aconteció, y ella lo tomó así, por cuento gracioso; mas de que con juramentos se lo afirmó, maravillóse mucho, que fueron a ver al niño Rodrigo, de ahí a un poco, pensando que reposaba, y le hallaron finado.

Quedó tan espantado el Sancho Ximénez de este caso, que de un bravo león se tornó un manso cordero y fué bien casado y quiso mucho a su mujer, que antes le daba mala vida. Hizo paces con Diego Hernández Pizarro, con quien traía grandes cuestiones y enemistades y se mataran muchas veces si no fuera por sus mujeres, que eran hermanas[80] y se ponían delante de los maridos con sus hijos en brazos, que eran muy vecinos. Conservaron de allí en adelante mucho deudo y amor entre sí y fueron grandes amigos.

Y pensaba el autor de este tratado, mi tío Diego de Hinojosa, si

esta fantasma no fué el ángel bueno de Sancho Ximénez, porque al principio le espantó y después le aseguró, diciendo:

— No hayas miedo, Sancho Ximénez.

Y porque él le dió a escoger y porque le dió el Señor gracia para que mudase su vida y condición.

Dióle el Señor a Sancho Ximénez, después de la muerte de su hijo Rodrigo, otro hijo, para su consolación, que llamaron Miguel Ximénez Bejarano: éste murió viejo, sin dejar hijos.

Hernando de Vargas, susodicho, fué casado con Inés Rodríguez de Aguilar —hija de Benito Hernández Altamirano y hija de Catalina Rodríguez de Aguilar—, de la cual hubo cuatro hijos varones y tres hijas. Al mayor llamaron Juan de Vargas, que se crió en casa del maestre de Santiago, Cárdenas. Habíale el maestre prometido la primer encomienda que vacase en su tiempo, porque en un reencuentro que hubo el maestre no le siguió otra persona de las de su casa mejor que este Juan de Vargas, que era paje mozuelo: túvosele en mucho el maestre. Y murió de calenturas ético y fué la primera persona que de esta enfermedad en esta tierra se supo morir, [sin que] hasta allí esta enfermedad de ética se haya conocido. Ahora ésta y otras se conocen, después que imprudentemente pusieron a la parte del abrigo los estanques, en esta ciudad. Dejó éste dos hijas, nacidas de un parto, que hubo en una doncella hijadalgo. Llamóse [una] Catalina Rodríguez de Aguilar, doncella, que no casó y perseveró en aquel santo estado; la otra fué Beatriz Martínez de Vargas, que casó con Francisco Ruiz de la Puerta, noble y hidalgo y de la noble y antigua generación de la Puerta; no hubieron entre sí hijos.

Al otro hijo de este Hernando de Vargas llamaron Gonzalo de Vargas. Llamáronle el Tuerto y Rachabroqueles, por ser tan fanfarrón y valiente, que fué escrito —que el que esto escribió dice haberlo visto— que por ser recio, doblando el brazo, partía entre él una nuez. Y cortó un muslo de uno que mató. Con la malla mató así al Rúa, y el Rúa le había a él quebrado un ojo, que al quebrarse dió un gran grito. Tenía un caballo castaño, que le daban por él, entonces, ochenta mil maravedís, mucho para aquel tiempo; no lo dió, por consejo de un su amigo, y después salió de una

cuestión con dos o tres trozos de lanzas, donde le sacó. Era bocinero y soberbio; fué muy limosnero. Tuvo otro caballo bayo, pequeño, que le cogían la rienda y paraba la carrera, sin ir nadie en él, y la tornaba a correr, con cierta seña. Ganó en la guerra contra moros, en Antequera, privilegio de perdón, sirviendo año y día, de las muertes que había hecho. No casó, por pobre.

El otro hijo de Hernando de Vargas y de Inés Rodríguez se llamó Sancho de Vargas, hombre pequeño, buen hombre de a caballo. Hallóse muchas veces en la guerra de Granada. Tuvo un caballo morcillo, sin señal, muy nombrado en las guerras, que se volvía él al movimiento del señor en la silla; tuvo otro overo, sobrecastaño, que un día, tomando a un hombrecillo a las ancas, para guarecerle de los moros, que tenían cerca, le metió por unos barbechos y allí tomó más ánimo y se libró de los moros, que no se librara si fuera el camino derecho. Murió viejo, sin se casar.

El cuarto hijo de este Hernando de Vargas se llamó Diego de Vargas. Murió mozo, de diez y ocho años; matóle en Medellín un hidalgo, sobre ciertas palabras que tuvieron, iban desafiados, y el Diego de Vargas salió primero por una puerta y jarretóle por detrás; el Diego de Vargas se revolvió y dió tantas cuchilladas al otro, que casi le matara. Fué alto y blanco y colorado, crespo y gentil hombre, y tuvo muestras de muy valiente hombre.

La mayor hija de Hernando de Vargas fué Leonor de Vargas, mujer de Juan de Hinojosa, que ya dijimos. La segunda llamaron Estebanía de Vargas; murió vieja, no se casó, como sus hermanos.

La menor hija de Hernando de Vargas llamaron Isabel de Vargas, madre de Hernando Pizarro, muy hermosa dama. Casóla la madre e la hermana, Estebanía de Vargas, contra la voluntad de sus hermanos, Gonzalo y Sancho de Vargas, con Gonzalo Pizarro, que dijeron el Largo De éstos nació el gran capitán Hernando Pizarro y sus hermanas Inés Rodríguez e Isabel de Vargas, que casó con Gonzalo de Tapia y murió en el Perú y dejó a Diego Alonso de Tapia, que murió sin sucesión. Este Gonzalo Pizarro, el Largo, era sobrino de su mujer y casó con dispensación.

Murió Hernando de Vargas de setenta años y más, año de 1488; está en Santa María, con los Vargas.

XXIII QUIEN FUE INES RODRIGUEZ DE AGUILAR,

MUJER DEL DICHO HERNANDO DE VARGAS

Inés Rodríguez de Aguilar, mujer del dicho Hernando de Vargas, fué hija de Benito Hernández Altamirano e de Catalina Rodríguez de Aguilar, su legítima mujer, Fué en la vejez gruesa e cargada, callada, temerosa, recia de condición, honesta. Tuvo pleitos con sus hijos y puso el amor en las hijas menores; echólos de casa y contra ellos se aprovechó del bando contrario, esto desque viuda. Murió casi de la edad de su marido, de calenturas, el año de 1507, que fué el de la gran pestilencia; está enterrada con su marido.

XXIV QUIEN FUE BENITO HERNANDEZ ALTAMIRANO,

PADRE DE LA DICHA INES RODRIGUEZ DE AGUILAR

Benito Hernández Altamirano, hijo de Gonzalo Hernández Altamirano e de Juana García Caballero, hija de García Alonso Caballero, del linaje de los Caballeros, así llamado, noble y antiguo de esta ciudad. Este Benito Hernández era alto de cuerpo, hermoso de gesto, blanco y colorado, gentil hombre. Sus padres, no habiendo hijos, fueron a San Benito de Cáceres y tuvieron en la ermita sus novenas, pidiendo al bendito Santo generación. De ahí a poco hubieron este hijo virtuoso, y le llamaron del santo, por tener entendido que por su intercesión le hubieron. Vienen de este famoso hombre muchas generaciones en esta ciudad. Fué muchas veces regidor de esta ciudad, como por los libros antiguos parece.

Siendo una vez regidor este Benito Hernández Altamirano, el Infante don Enrique, uno de los Infantes de Aragón, que contendieron con el Rey don Juan el Segundo, su primo, escribió

desde la villa de Jaraicejo, donde estaba aposentado, enojado de

esta ciudad, rogando que quisiese tomar su partido e juntarse con él, pues veía que así lo hacían los Infantes sus hermanos y otros muchos señores de estos Reinos, favoreciendo la libertad y sosiego de ellos, que así lo debía hacer Trujillo también. Recibida esta carta en el Ayuntamiento, acordóse que fuesen tres caballeros, que diesen la respuesta al Infante, porque la estaba aguardando. Fueron elegidos para esotra embajada Alonso García de Vargas, fundador del mayorazgo de los Vargas, y uno del linaje de Francisco de Tapia —de los Tapias, que no sé el nombre— y este Benito Hernández Altamirano. Porfiando estos tres entre sí, ante el Infante[81], quién haría primero el habla, dijo el Alfonso García al Benito Hernández:

—Habla vos, regidor; no detengamos más a su señoría.

Entonces comenzó el Altamirano a decir:

—Muy excelente y muy noble señor: el Ayuntamiento de Trujillo, sabida la carta de vuestra señoría e lo en ella contado y respondiendo a ella, dice que por cierto tiene que vuestra señoría y las ilustres personas y estados que con vos se juntan en esto, quieren la paz y sosiego de estos reinos, como por su carta proponen; mas que Trujillo tiene por costumbre antigua de estar muy firme en el servicio de sus reyes y señores naturales e de no poner en disputa su propia honra, ni en sospecha alguna, y así lo piensan hacer al presente. Y a lo que vuestra señoría por su carta dice, que el rey con su privado daña la libertad de estos reinos e bien común, que ellos no se quieren meter en esas cuentas, ni tomar parte de ellas, antes se ve de cierto que su Alteza los tiene muy buena voluntad, porque piensan de ser siempre favorecidos y honrados por ellos y porque determinan, ofreciéndose caso e siendo necesario, de morir por su servicio, como sus leales vasallos son obligados, E que esto tome vuestra señoría por supuesta final y acuerdo determinado.

Después que el infante oyó la respuesta e que no aprovechaban nada las razones que en contrario dijera, apuntó a decir que sí la parte del rey hubiesen, de suyo que a Trujillo en poco tenían, que se juntasen con él, o, si no, antes los podría venir daño por ello. Como esto oyése el Alonso García de Vargas, hombre más granado en los

hechos que en los dichos, respondió:

—Nunca ese tiempo pensamos ver. ¡El rey es nuestro gallo!

Miróle el infante cómo era hombre de gran persona, rostro fiero, gran barba, voz de gigante. Preguntóle, diciendo:

—¿Cómo se llaman, hidalgos?

Respondieron:

—A mí me llaman Alonso García de Valhondo, al servicio de Vuestra Merced.

Dijo uno de los caballeros que estaban allí:

—Llámenle Alonso García, el Orejudo.

Dijo el infante:

—El Sesudo, me parece a mí se debe llamar.

E tornóse al Benito Hernández y preguntóle, diciendo:

—¿Cómo os llaman a vos, gentil hombre?

Dijo:

—Señor, Benito Hernández Altamirano, al servicio de Vuestra Señoría.

Entonces el infante volvió la faz a los suyos:

—¿No me decís quién puso tan feo nombre en tan gentil persona?

Dijo el Benito:

—Señor, fué promesa.

—Sí fué promesa —dijo el infante— bien fué cumplilla.

Dieron entonces entre sí un medio: que si el infante pasase por Trujillo, que pudiese pasar en el arrabal y, por sus dineros, le diesen

lo necesario. Dieron entre sí seguridad de los daños cada parte.

Tuvo este Benito Hernández Altamirano por mujer a Catalina Rodríguez de Aguilar[82], hija de Hernando Rodríguez de Aguilar Montañez, natural de Aguilar de Campoo, de la casa e linaje donde viene el marqués de Aguilar. Esta Isabel Rodríguez hubo dos hijos y seis hijas: el mayor de estos fué Gonzalo de Aguilar, padre de Juan de Aguilar e de Sancho Moñino, de la de Miguel de Ulloa y sus hermanos.

El otro llamaron Juan Rodríguez de Aguilar, que casó con doña Leonor, de noble linaje y de los Traperos, de la cual doña Leonor hubo dos hijos y una hija[83]. Al mayor llamaron Benito de Aguilar, que casó con Francisca Pizarro, hija de Rodrigo Pizarro, el Sordo, en la cual hubo hijos. Al otro llamaron Gonzalo de Aguilar, que casó en Medellín, con una hija de un Altamirano, hermana de la madre de Hernando Cortés, marqués del Valle, de quien hubo el dicho Gonzalo de Aguilar dos hijas: la una, beata; la otra, llamada María de Aguilar, que casó con Francisco de las Casas, hijo de Juan de las Casas y de doña Marta de Orellana. A la hija del dicho Juan Rodríguez de Aguilar e doña Leonor Trapero llamaron Mari Gil de Aguilar, la cual casó con Hernando Cervantes, hijo de Gonzalo Gil de Cervantes, nieto de Pascual Gil de Cervantes. El cual dicho Hernando Cervantes fué también hijo de doña Gracia Pizarro de Hinojosa, hija de Fernando Alonso de Hinojosa, hermana de Hernando Alonso Pizarro. La cual Mari Gil de Aguilar hubo del dicho Hernando Cervantes una sola hija, llamada Francisca de Cervantes, que casó con Juan Barrantes, padre de Pedro Barrantes, que hoy es señor de La Cumbre, y Hernando Cervantes, su hermano, y de Ana Barrantes, que casó con Diego de Hinojosa, el cual hizo este trato de su generación, para sus hijos.

Las seis hijas de Benito Hernández Altamirano —bisabuelo de este dicho Diego de Hinojosa, por parte de su madre, Leonor de Vargas — todas seis fueron casadas. De las cuales la mayor, llamada Mari Sánchez de Aguilar, casó con Miguel Ximénez Bejarano, hijo de Sancho Ximénez Bejarano y hermano de Juan Alonso Bejarano; no hubieron hijos; fué hermosísima y muy devota; llegó a muy vieja, viuda.

De la segunda hija de Benito Hernández fué Inés Rodríguez de

Aguilar, que casó, como dijimos, con Hernando de Vargas y tuvo los hijos que vimos.

La tercera hija de Benito Hernández Altamirano, llamada Isabel Rodríguez, casó con Martín Pizarro —hijo mayor de Hernando Alonso de Hinojosa, que mataron en Marta los Corajos—, de la cual hubo tres hijos e dos hijas. Al mayor llamaron Hernando Pizarro, un valiente hombre que, según dicen, murió de espanto e gran temor que, andando una noche rondando —como es uso malo y de grandes inconvenientes que se han por ello visto en esta tierra— en una calle, cerca de la fortaleza de esta ciudad de Trujillo, se le puso delante un alano negro, muy fiero, al cual, pensando que era verdadero alano, amenazóle. El alano acometióle; él puso mano a la espada; el alano con su mano le asió de la mano del espada y le tumbó, que no le dejó menear, y le llegó su rostro con el suyo. De esto quedó tan espantado, desapareciéndosele el alano, que sin sentido dió un golpe en unas puertas de una casa que estaban cerradas, que las quebrantó e cayó amortecido en el suelo. De que otro día volvió a sí, contó lo que le había acaecido. Y desde allí nunca le fué bien de salud, hasta que en breve murió. Esto se contaba de él.

Al otro hijo del dicho Martín Pizarro llamaron Gonzalo Pizarro, el cual casó en Cáceres, con hija de Juan de los Nidos. Al tercer hijo llamaron Benito de Aguilar; a las hijas, Francisca Pizarro y Estebanía Pizarro; dejaron hijos.

La cuarta hija de Benito Hernández Altamirano llamaron Teresa Sánchez de Aguilar, la cual casó con un gentil hombre, cortesano, natural de esta ciudad, de los Nortunes, noble linaje. Fué hombre muy sabio y curial. Este, la noche de la boda, se le tulló el cuerpo de la cintura abajo y estuvo tullido en la cama veinticinco años, hasta que murió. Nunca conoció a su mujer, como él lo manifestó cuando murió. Leía en la cama y tañía vihuela. Iban algunas veces los regidores de este lugar, cuando había cosas importantes, iban a hacer ayuntamiento a su casa, por ser hombre curial y prudente. Trataba desde la cama en carneros y viñas. Su mujer, Teresa Sánchez, le sufría mucho en la enfermedad, con gran contento. Y si le veía enojado, le daba un palo para que la diese, echándose a sí la culpa, y de aquello era ella muy contenta. Fué mujer hermosa,

castísima, tenida por santa. Y así su marido a la muerte lo dijo.

La quinta hija de Benito Hernández llamaron Juana Rodríguez de Aguilar. Casó con Hernando Becerra, noble hidalgo y esforzado, que, en Garciaz, por ser de parcialidad contraria, un hidalgo con unos tres o cuatro hombres le entraron por un corral, estando él comiendo. Y retrájose a una pieza de la casa y se defendía, de suerte que a todos hirió. Ellos le aseguraron y él se fué a ellos de paz, y así le mataron, muy feamente. Acaeció que en aquel tiempo estaba aquí un corregidor, cuyo hermano era alguacil, que entonces el alguacil algo mandaba por sí y eran suyas las entregas. Este, estando en Garciaz, informóse de la muerte de Becerra y cómo aconteció que le habían muerto mal. Decía muchas veces que quisiera ser más el muerto que no quien lo mató. Estando el alguacil a punto de muerte en su cama, solo, vió una fantasma con una ropa de brocado sobre el brazo y cosas de oro, que se paseaba por la pieza, delante de la cama, y díjole:

—Déjame, que harto mal me tengo.

El alguacil, sin miedo, preguntó quién era; él le dijo que el que mató a Becerra y que aquella ropa era de luego. Y dice:

—Vóime, que dará presto la hora.

Fuése, y luego dió las doce. Contólo a sus criados, que estaban más adentro durmiendo, los cuales le oyeron hablar. Esto contó a muchos el alguacil en la cama. Y decía, cuando daba el reloj:

—Si tú eres el relojero, buen oficio traes para hidalgo.

Esto contaban en nuestro tiempo algunos ancianos, que le oyeron a personas de aquel tiempo.

Dejó este esforzado caballero muerto, dos hijos varones y una hija. Al mayor llamaron Gonzalo Becerra y al otro, que quedó en el vientre, llamaron Hernando Becerra. Este fué el maestro Becerra, que dejó cierta renta de yerba, que se disfruta de dos en dos años, para ayudar a casar las doncellas de su linaje, manda y legado que en esta tierra no hay otro como él de obras pías. Fué hombre sabio. Esta manda el Papa la hizo capellanía a instancia de algunos

clérigos de Roma; mas Diego de Hinojosa, autor de este tratado, testamentario del dicho Hernando Becerra, lo puso en la Corte y en Rota lo defendió, informado mejor.

La hija de Becerra, el muerto, casó [con] un hidalgo de éstos de la Rúa —de que no hubo hijos—, llamado Bartolomé de la Rúa.

Otra hija de Benito Hernández Altamirano casó con Luis García —pariente de Diego de Orellana, el Bueno—, la cual fué madre de Francisco Rodríguez, clérigo, y de la de Pedro Alonso y de sus hermanos, los de Juan Ruiz.

Murió Benito Hernández asaz anciano de días.

Esto contó mi tío, Diego de Hinojosa, el cual esto escribió, para decir la sucesión de su madre, Leonor de Vargas, mujer de Juan de Hinojosa, hijo de Diego de Hinojosa, el Bueno. No puso a Alonso de Hinojosa, hijo segundo éste de Diego de Hinojosa, porque se mataron sin culpa de él los primeros[84].

Supliendo yo lo que mi tío faltó en esto, digo que el hijo segundo de Diego de Hinojosa, este Alonso de Hinojosa, padre del que hizo estos comentarios, fué mediano de cuerpo, blanco y colorado. Fué en su mocedad muy valiente hombre, de gran ánimo, y que se halló en muchos reencuentros, en tiempo de los bandos de Trujillo y del Clavero, contra la duquesa de Plasencia o de Béjar, sirviendo siempre muy lealmente a su rey. Decía Luís de Chaves —en un reencuentro que hubieron y otras muchas veces —que sí muchos deudos él tuviera como Alonso de Hinojosa, que él fuera señor muy presto de sus enemigos. Lleváronle preso por la duquesa en el castillo de Plasencia; descolgóse del castillo con unas sábanas y quebrantóse por el cuerpo. Volviéronle al castillo y después hubo tratos y libráronle. Fué en la vejez hombre muy devoto y rezador, gran limosnero. Y nunca perdía misa, ni vísperas, ni maitines de ninguna vigilia, tanto que por su respecto y de Fernando Alfonso Altamirano, que también era muy devoto y continuo feligrés en la iglesia de Nuestra Señora; los servidores tenían más cuidado que algunas veces tenían de sus horas. Y casi lo tenían porque ellos los exhortaban y avisaban de lo que se debía hacer, si veían que no se hacía. Llegó a edad de más de ochenta años. Y siempre que se acostaba rezaba gran rato de rodillas en la cama. Y a sus hijas las

oía decir que hallaron, estando él malo para morir, entre los calzones, una soga que debía traer ceñida a las carnes, habiendo pasado muchos años que nunca se la habían visto. Tenía en su casa un oratorio y una lámpara que ardía de noche entre las imágenes. Fué honestísimo, de buenos ejemplos. Holgábase de jugar al ajedrez; cuando mozo, jugaba naipes. Decía Sotomayor y sus hijas que cuando había sesenta años no podía ver sin anteojos y después leía muy bien sin ellos, cuando murió. También Nuño García de Chaves decía eso de él, y Leonor de Hinojosa, hermana del que escribió esto.

Casó con Estebanía de Torres, de muy buena casta, hermana de García de Torres y de Diego de Torres, hijos de Gonzalo de Torres y de Juana García Carrasco hermana [ésta] de Gonzalo Carrasco y de Mencía de Orellana, mujer de Rangel de Tapia, y hermana de Alonso Carrasco, el que dejó a Tozuelo a las monjas de la Puerta de Coria por herencia, que heredaron de una sola hija que dejó allí, monja, que murió loca. Sospecho que el padre de esta Juana García se llamó Diego González Carrasco. Y Gonzalo de Torres fué caballero muy principal en este lugar, como parece por las casas que están cabe la puerta de Hernán Ruiz. Debió ser pariente de Diego de Orellana, el Bueno, y de la casa de Luis de Chaves, porque con los que primero emparentaron los Chaves de este lugar, fueron los Torres, después de los Escobares.

Fué Gonzalo de Torres gran republicano y, para aquel tiempo, gran orador y curial. Fué a embajadas a la Corte, a don Alvaro y al Rey don Juan, con negocios. Este casó, como dije, con Juana García Carrasco. Su hijo, el mayor, creo que fué Diego de Torres, que casó con una hermana de Sancho Bonilleja [y de Juan Alonso de Bonilleja y de doña Francisca de Bonilleja], mujer de Pedro Calderón Altamirano —y tuvo a doña Isabel Calderón, que casó con Luis de Chaves, hijo de Martín Chaves, el Viejo, de la Calzada, hijo de Luis de Chaves, el Viejo.

Tuvo Diego de Torres a Francisco de Torres, su hijo legítimo. Este casó tres veces: con una de las Tapias y otra con hermana de Baltasar de Orellana —y en ésta no hubo hijos— y a la postrera con doña Elvira de Carvajal, hija de Sancho de Carvajal. En ésta hubo hijos. El mayor, que hoy vive, varón, es Gonzalo de Torres, cuyo

es el asiento de Magasca y las casas de la puerta de Hernán Ruiz. El otro hijo fué García de Torres. Este creo que casó con una hermana de Fernando Alonso Altamirano y de la mujer de Francisco de Monroy, por donde llamó a su hijo Alvaro Altamirano, que no se casó; otro hijo llamó Gonzalo de Torres, que casó con Mencía Alvarez de Mendoza, pariente de los Saavedras; hubo de ella a García Altamirano y Gonzalo de Torres, que hoy viven y heredaron las casas del Alcazarejo, que fueron de Fernando Alfonso Altamirano, y las que están al barrio de San Andrés, que fueron de sus padres. Hubo otro hijo García de Torres, llamado Hernando Alonso Altamirano; éste no fué tan rico; casó y dejó un hijo enfermo.

Alonso de Hinojosa tuvo de esta su mujer, Estebanía de Torres, siete hijos, cuatro varones y tres hembras. El mayor fué Hernando Alonso de Hinojosa, como su abuelo. Fué gran letrado, canonista; residió mucho en Salamanca; no se casó. Viniendo de camino por Segovia, venía purgado y bebió de una fuente y, en llegando a Segovia, murió y está enterrado en el Paular.

El segundo fué Diego de Hinojosa, el Largo, que dijeron, por ser muy alto y enjuto; casó con doña María Altamirano, hija de Francisco de Carvajal y Teresa Altamirano, su esposa, hermana de Francisco Altamirano. Gran letrado y muy valiente, matóle Diego Mexía, con ventaja. Anduvo cinco años fuera de su tierra. Después, Hernando Alonso Altamirano siguió muchos años al Diego Mexía de Prado, sobre esta muerte, hasta que [ilegible], porque el Francisco Altamirano entiendo que era su primo hermano, hijo de Juan Altamirano.

Casó este Diego de Hinojosa con esta señora, siendo de edad y ella niña, de veintidós años. Hubo hijos y hijas, que hoy viven. El mayor, de los varones, se llamaba Alonso de Hinojosa, que heredó de su padre la hacienda, casas y asiento de la Torre, porque Alonso de Hinojosa mejoró a éste en su hacienda, como el mayor que era, después de la muerte de Hernando Alonso,

Este Diego de Hinojosa fué hombre de pocas palabras, mas, cuando era menester, hablaba muy bien y consideradamente. Y esto queremos decir que heredó de los Torres, que son bien razonados, a lo menos fuéronlo en otro tiempo en esta ciudad, según fama. Fué

hombre justo y muy sufrido; sabía refrenar su grande ánimo, que no le faltaba de donde veía que convenía. Fué algunas veces regidor en esta ciudad y húbose cuerdamente en las pasiones de él y de esta ciudad, que nunca mostró claramente pasión, y es porque él no la tenía, por ser cuerdo. Murió de sesenta años, o más, de una pequeña ocasión, de una herida encima de la rodilla, con una espada, acaso.

El otro hijo fué mi señor padre, Alvaro de Hinojosa, que primero llamaron Alvaro de Torres. Fuése cuando mancebo a las guerras de Navarra e Italia, donde anduvo sirviendo al rey en el Reino de Nápoles; tuvo cargo de gente, anduvo en la compañía de Villalba. Fué hombre de media estatura, muy bien hecho y de grandes fuerzas y ánimo; fué muy bienquisto y bien criado, regocijado. Casó con María Paniagua, hija de Diego Paniagua —que mató Luis Enríquez, con falsa relación — , pariente cercano de los Torres y Escobares, y hija de la mujer de este Diego Paniagua, Inés de la Torre, una bendita mujer y muy noble de condición, hija de Pedro de la Torre — pariente de Diego de Orellana —el cual murió en el cementerio de San Martín, en un reencuentro de bandos, y de una señora portuguesa, que con asaz dineros trajo su padre a esta ciudad y casó con él, cuando le dijo:

—Tomad, hijo, estos cien ducados para agüjetas —que, para entonces, eran mil.

Este Pedro de la Torre tuvo tres hijos de esta señora portuguesa, que he pensado sí se llamaba Marta Martínez[85].

Esta Inés de la Torre tuvo [de su marido Diego Paniagua] a Marta Martinez —que fué monja en el Barco de Avila y murió con gran paciencia, de larga enfermedad, creo que de perlesía, y fué una santa mujer en la vida y opinión —y a otra Isabel Alvarez— que también murió perlática, sin dejar hijos —y a María de la Torre — que casó con Juan de Luna Francés, hidalgo, alcaide de Mirabete y creo que que alcalde mayor de aquellos lugares; éstos dejaron hijos, aunque pobres —y tuvo a mí madre, María Paniagua, a quien su madre hizo mejora para casarla con mí padre— que tan poco o menos tenía que ella — , de quien hubo a mí, Alonso, el primero, y a otros que murieron, que fueron dos varones, y a mi hermano Gonzalo de Torre.

La otra hija de Pedro de la Torre fué Isabel Alvarez, que casó con un Sanabria, pariente de los Hinojosas, en quien hubo a María de Hinojosa, que casó con Martín Méndez —hijo de Juan Méndez—, que hubieron a Baltasar Méndez, que murió mozo, sin casarse, y a María de Orellana, mujer de Baltasar de Orellana —padres de Hernando de Orellana, mi caro primo, a quien yo debo mucho —y a María de Hinojosa, mujer de Juan de Herrera —caballero bien rico, que tienen hoy muchos hijos— y a otras dos señoras: doña Isabel, que casó con Gil Calderón—hijo de Francisco Calderón y su mujer, parienta de don Diego, comendador que fué de Cabeza del Buey, parienta de los condes de Camiña, en Galicia — , y otra, doña Catalina, es hoy doncella, mujer varonil y para mucho, como su madre.

Tuvo Pedro de la Torre otra hija que llamaron Catalina de la Torre, que después cegó. Casó con Gil Méndez, hijo de Juan Méndez; tuvo muchos hijos y hijas, mas de ninguna quedó sucesión, sino de Juan Méndez, hijo menor de los varones que el mayor, Pedro de la Torre, murió sin hijos legítimos, aunque casó con una señora de Medellín, de los Ruices, de muy buena sangre, la cual, viuda, se hizo monja en Santa Isabel, donde hoy está y ha probado también que no hay en Extremadura religiosa de mejor fama, devoción, santidad y ejemplo, como ella ha dado, más de veinte años que ha que lo es, y la señora doña María de Sotomayor, que fundó el Monasterio, ambas dechado de religiosas.

Casó Juan Méndez con Teresa Altamirano, que hoy vive, viuda, honestísima y de gran bondad y ejemplo. Tuvo una hija sola, que casó con Diego Méndez de Bonilleja —hijo de Francisco de Bonilleja, nieto de Sancho de Bonilleja, biznieto de Francisco de Bonilleja —y heredó buena hacienda de sus padres.

Así que mi padre casó con María Paniagua, nieta de este Pedro de la Torre, vivió mi padre con poca hacienda, porque casi no tenía más que la que su mujer tenía en la Torre, honradamente sustentando caballos y esclavos y granjerias y buena labranza. Y cuando murió dejó muy bien a su casa; mas, muriendo él de cuarenta y ocho años, de un dolor de costado, estuvo su hacienda, y yo y mi hermano, que quedamos niños, en poder de tres tutores y curadores, donde se nos menoscabó la hacienda en gran manera: así, que si hombre

tiene poca hacienda y da ruin cuenta de ella, mal puede el pobre hacerse rico, si no lo nace. Dios lo provea, que no desampara a nadie que se encomienda a El de corazón, y así lo hago y espero que, como he vivido cuarenta años, estando siempre en la ciudad y comprando todo a dinero, sin tener otra ayuda, y he pasado con dineros sobrados siempre en la bolsa, que lo que me queda de vida me sobrará a la vejez, cuando más le quiere menester. El, que siempre ha mirado por mí y por mi hermano. El sea loado por todo.

Mi hermano casó con María Calderón, hija de Sancho Pizarro y de Teresa de Torres —hermana de Francisco de Roda, cura y beneficiado de Santa María—, muy honrados y antiguos hidalgos en esta ciudad. Y el Sancho Pizarro fué de los más señalados Pizarros y tenidos por más esmerados de este linaje; su padre creo que se llamaba Lope Pizarro, y su madre, creo, María Calderón, hija de Rodrigo Calderón.

Otro hijo de Alonso de Hinojosa se llamó Gonzalo de Torres; éste fué el menor. Fué hombre rubio y bermejo, como son todos los más de los Torres. Fuése de estos reinos a la India del rey de Portugal, por muerte de su primo Hernando de Vargas, que, estando riñendo ambos en la Torre, sobre unas prendas, habiéndole herido de una peligrosa lanzada el Hernando de Vargas, le tocó livianamente en el pecho y le acertó a dar en el corazón, de que cayó muerto.

Las hijas, las dos, María de Hinojosa, y Ana de Hinojosa, se hicieron beatas en casa, viviendo siempre con gran honestidad y recogimiento. La María de Hinojosa fué mujer varonil, de grandes pensamientos y de gran cordura y templanza. Bastara ella sola, como yo cierto lo sé bien de experiencia, a regir un reino. La menor casó con Martín Rol, en Cabeza del Buey, hijo de Alonso Rol, hermano del comendador del Cabeza del Buey y Almorchón, Martín Rol, hijo del comendador viejo Alonso Rol, de la misma encomienda, que fué alcaide de Trujillo. Los cuales Roles es linaje antiguo y han sido de gran prudencia y valerosos en las armas, sin que haya faltado en ninguno de este nombre. Tuvo hijos varones y todos murieron en la juventud, salvo el que ahora vive, que es el Alonso Rol, hombre de gran ánimo e destreza en armas.

Estos son los hijos que tuvo mi abuelo, Alonso de Hinojosa. E yo fui el primer nieto que vio e tengo su nombre indignamente.

Cuando Fernando Alfonso de Hinojosa murió en Segovia, vino la nueva, que fué allá mi padre, Alvaro de Hinojosa y otros. Y estando del mal de la muerte Diego de Hinojosa, el Viejo, y no habiéndole dicho nada de que habían venido los que fueron a Segovia, dijo:

— Ya han venido aquéllos, ¿qué nuevas traen de Hernando?

Esto oí yo decir muchas veces a sus nietas, mis tías.

XXV DE OTROS HIJOS DEL DICHO ALVAR DE HINOJOSA

—HERMANOS DE FERNAN-NANDO ALFONSO DE HINOJOSA— E PRIMERAMENTE DE MARTIN ALFONSO DE HINOJOSA, QUE FUE EL SEGUNDO HIJO DEL DICHO ALVARO ALONSO DE HINOJOSA

Fue Martín Alfonso de Hinojosa hijo segundo del dicho Alvar Alonso de Hinojosa e de Constanza Fernández Altamirano. Fué hombre alto de cuerpo, moreno de rostro, gentil hombre, de gran disposición, franco e de altos e generosos pensamientos. Casó asaz mozo con una dueña muy anciana, rica, llamada Inés Sánchez de Tapia, que decían la Rabiosa, mujer de muy noble linaje e grande parentela, muy discreta, según parece, que supo muy bien negociar para sí al marido, que, trayéndole para una su hija, le envió a decir que no quisiese a su hija, mas que casase con ella, pues sabía los muchos dineros y mucha plata y riqueza que tenía. Envióselo a mostrar, diciéndole:

—Mejor es que case Martín Alfonso conmigo que con mi hija, pues, siendo más la hacienda, luego podrá de ella gozar, cuanto más que mí hija es inhábil para tomar casa; por tanto, mejor le es a Martín Alfonso de Hinojosa de gozar de mujer, y discreta, aunque anciana, que de moza simple y pobre.

Parecióle a él y a sus deudos que decía bien la viuda y casó con ella, por el cual casamiento hubo muchos debates e diferencias con los deudos del marido primero y suyos.

En este tiempo dió este Martín Alfonso la heredad del Guadalperal, que vale hoy cien mil de renta, poco más o menos, por un caballo, para salvar su persona de sus enemigos. Y entonces no valían las dehesas de Extremadura más que esto, que la Merchana, que es más que ésta, se dió también por otro caballo y es dehesa de tres millares, mas decía mi abuelo, Alonso de Hinojosa, que la conoció arrendarse por un cabrito de invernadero.

Hay sobre este pujar de las dehesas de Extremadura grandes ejemplos: mandó uno la dehesa de San Pedro de las Bobadillas, que valía quinientos maravedises, a su heredero. Y si más pujasen algún tiempo, aquello mandaba a los beneficiados de esta ciudad. Pujó tanto, que le vale a los beneficiados, a la voz, creo que más de cien mil maravedís. Esto han causado las paces y riquezas de Indias, o ovejas merinas.

Concibió luego, aunque vieja, la Inés Sánchez, de cincuenta y cinco años, cosa notable. Como se dudase de parte de sus primeros cuñados —y aún de sus deudos de sangre— de la tal preñez, sospechando ser simulada y no verdadera, ella, como sabia mujer, y aun mandándolo la justicia a instancia de sus adversarios, hizo asentar tienda, al tiempo del parto, fuera de la ciudad, en los prados de ella, públicamente, porque allí pariese, donde no pudiesen sospechar fraude, como la ley de Partida lo manda, guardando la una parte de la tienda los parientes del primer marido y la otra los del postrero. Y se apregonó que las dueñas que quisiesen venir a ver parir, que fuesen en los prados de esta ciudad. Estaba la tienda muy bien aireada, cercada de caballeros armados. E venida la hora, parió en manos de aquellas alegres dueñas y muchas que allí estaban, un hijo varón, que llamaron como al abuelo, Alvaro de Hinojosa, que ya en este tiempo se dejaban los connombres y se quedaban los nombres y sus apellidos. Y esto no sin causa y es porque se perdían memorias de generaciones, no poniendo los escribanos en sus escrituras más del nombre y connombre, sin nombrar el alcurnia o apellido.

Como parió esta Inés Sánchez en aquella solemnidad, parió en otro tiempo doña Constanza, reina de Sicilia, que, siendo monja, ya de sesenta años, casó con dispensación del Papa con el emperador de Alemania, por haber en aquellos reinos faltado la sucesión. Parió al

emperador Fadrique Segundo, que después fué depuesto del Imperio por destruidor de Italia y desobediente al Papa; parió cerca de Palermo.

Inés Sánchez se llamó la Rabiosa porque con gran ánimo pleiteó y se defendió de sus cuñados y deudos, sobre su casamiento. No vinieron entre sí más hijos. Y antes el marido, mozo, poco después que le nació el hijo, murió de apoplejía, enfermedad que ahoga y mata de presto. Dióle primero dolor a un dedo de una mano y subiendo por allí al cerebro le mata como dicen que esta enfermedad trae este pronóstico, que da primero dolor al dedo de la mano.

XXVI DE ALVARO DE HINOJOSA,

HIJO DE ESTE MATRIMONIO Y DE ESTA INES SANCHEZ DE TAPIA, QUE DIJERON LA RABIOSA

Este Alvaro de Hinojosa tuvo los padres susodichos, Fué muy noble caballero, muy humano y afable, de gran persona y hermoso, uno de los más gentiles hombres de varones que en todo el reino se pudiera hallar en su tiempo e gran justador. Loaba algo importunamente su linaje, diciendo venir del Cid, mayormente, a los que no le conocían por de tanta antigüedad como él era. Casó con una dama, creo llamada Mari Blázquez, del linaje antiguo y noble de los Murieles, que son los Vargas —sobrina de Sancho Sánchez Muriel, de quien atrás queda contado—, con la cual hubo, según pienso, la heredad que dicen de Torre Muriel, que es junto a la heredad de Mohedillas, que fué del dicho Sancho Sánchez Muriel. De la cual señara hubo el dicho Alvaro de Hinojosa un hijo y una hija: al hijo llamaron Francisco de Hinojosa, un excelente varón; a la hija llamaron Mencía Alvarez de Hinojosa, una dueña de mucha gravedad en dichos y en hechos, persona muy valerosa, de mucha estimación y honra, la cual casó con Francisco Paredes, caballero de noble linaje, rico y honrado. Después que esta mujer murió, vino el Paredes a gran pobreza, que toda la hacienda la vendió.

Tuvo la dicha Mencía Alvarez, de este Paredes, cuatro hijos, que fueron gentiles hombres, gastaron la hacienda en galas; es viva hoy Estebanía de Paredes, monja abadesa digna de la Puerta de Coria. Fué este Paredes de los primeros alcaldes de la Hermandad que los Reyes Católicos pusieron en esta ciudad, después de apaciguado el reino. Y fué con él Juan de Hinojosa, el Mozo, como queda dicho. Fué el Paredes muy cuerdo y bien hablado, de buen trato y conversación, alto de cuerpo. Son juicios de Dios que hombre tan sabio viniese a tanta pobreza, dicen algunos que por glotonería —por el cual vicio muchos en esta ciudad se han perdido— y mal regimiento.

Tornando a este Alvaro de Hinojosa, acaeció un día que contaba ante muchos caballeros que muchas veces, de pocos días atras, decía que soñaba. Y era que le parecía que traía en los pechos una cruz, porque sospechaba que había de ser maestre de Santiago o gran comendador. Contó un día esto ante suprimo Juan de Hinojosa, el Viejo, hijo de Pedro Alonso de Hinojosa, de quien adelante diremos, e interpretóle el sueño de otra manera, diciendo:

—Primo, señor, si es esa cruz que soñáis la cruz de Nuestra Señora, donde vos sois feligrés, que os la pongan en esos pechos después de muerto.

Y así acaeció de ahí a pocos días.

Fué buen caballero, buen cristiano; enterráronle en la iglesia mayor, cabe el altar de Santa Ana, abogada especial del linaje de los Hinojosas, en la sepultura de sus padres, donde se entierran hoy día sus sucesores.

XXVII DE FRANCISCO DE HINOJOSA,

HIJO DEL, DICHO ALVARO DE HINOJOSA, Y DE SU SUCESION

Francisco de Hinojosa, hijo del dicho Alvaro de Hinojosa e de su

mujer, fué alto de cuerpo, enjuto, moreno, de gran autoridad. Hizo grandes hechos este caballero, que si no es con más tiempo, papel y más suficiencia, no es posible poder decir de sus cosas la mitad de ellas. Siendo de trece años mató a un su pariente, de los Caballeros, porque había hecho unas coplas a su padre, por causa que él alababa mucho el linaje de los Hinojosas con gravedad. Y solamente el Alvaro de Hinojosa al Caballero lo amagó con una caña que traía, diciéndole:

—¿Qué diz, que has hecho unas coplas? Anda, para, necio, mal criado, que en loar yo mi linaje no os traigo mal a vos ni al vuestro.

Y así le dijo. Mas el Francisco de Hinojosa, muchacho, informado después de los criados de su padre de lo que pasaba y cómo el padre lo disimuló con tanta paciencia, fué al Caballero con aquel ímpetu y le pasó de una estocada, diciéndole:

— Ponedme un pie a esta copla, pues lo sabéis bien hacer.

Y así le mató, avergonzado de la afrenta hecha a su padre. Y así el muerto fué malicioso o envidioso, y no había por qué, pues el linaje de los Hinojosas, sin falta, viene del Cid, por Nuño Sancho de Hinojosa, mayormente, siendo yo informado de la nobleza y antigüedad de él por el sapientísimo señor doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, del Consejo Cesáreo y Consulta secreta, mi señor tío, que nos dió osadía y licencia que lo pudiésemos decir y afirmar en cualquier tiempo y lugar, y ante cualquier persona que nuestro linaje de los Hinojosas de Trujillo viene del Cid e de los Reyes de Aragón, por este Nuño Sancho. Y así lo osamos escribir, dejando aparte lo que don Diego de Mendoza, embajador, sapientísimo en todas las lenguas de su Majestad, dijo muchas veces en la Corte a Alvaro de Hinojosa, hijo de Juan de Hinojosa, de este linaje y la gran memoria que de él hay en Huerta, monasterio donde está don Nuño enterrado. También entenderemos, por la historia general del Rey don Alonso, que son parientes de don Diego López de Haro, porque dice allí según lo verá quien lo quisiere ver, que en la batalla del puerto del Muradal, que venció don Alonso, donde iba por general, le oyó decir que iba con él su sobrino Martín Muñoz de Hinojosa y otras palabras que allí habló él y sus sobrinos. Así que no hay duda, sino que vienen de gran casta, por escrituras y opinión común y fama del pueblo, lo cual, según dice

Aristóteles, «non omnivi caret», y según que los mismos Hinojosas de esta ciudad, que tanto vivieron casi todos, lo dijeron a sus descendientes, de unos en otros, hasta hoy.

Así que aquel malicioso, aunque parientes de ellos, no dejó de merecer castigo, por mostrar alguna vileza o ingenio en sus coplas, como suele acontecer entre mordaces, que por mostrar sus habilidades, no perdonan a sus amigos. Mas esto ha su riesgo, como avino a éste. Esta muerte tan debida, por la injuria paternal, dió al Francisco, muchacho, gran renombre por todo el reino, tanto, que don Gómez de Solís, contador mayor del Rey don Enrique el Cuarto, le libró de la dicha muerte e con acuerdo de su padre e deudos le desposó con su hermana, doña Juana de Solís, dama prudentísima, de grandes virtudes y hermosa.

Mas andando el tiempo, el don Gómez de Solís vino a ser maestre de Alcántara y, en aquellos tiempos rotos, vino a ser señor de casi toda Extremadura y tuvo de su opinión a los muchos y más principales señores del reino, como lo describe bien un criado de don Alonso de Monroy, el clavero, en un libro que hizo en loas de los Monroyes de aquel tiempo. Viendo, pues, el maestre, don Gómez, que Francisco de Hinojosa al tiempo que le desposó con su hermana no era bien de edad para casar, pensó quitársela e casarla con hijo de algún gran señor. El maestre comunicándolo con su hermana doña Juana; ella, teniendo puesto su amor en el mozo y conociendo —como discreta que era— su valor, dióle cuenta de lo que pasaba y le recibió por una ventana de una torre en sus amorosos brazos. Y de aquella vez quedó la dama encinta, o preñada, de un hijo varón, que llamaron Alvaro de Hinojosa, como su abuelo, de quien contamos.

Queriendo el maestre efectuar lo que pasaba, hallóse la señora estar ocupada en preñez. E dió su disculpa al hermano, diciendo que pues sin pedirle ella se le había dado por marido, que no había para qué culparla, mayormente, que ella no pensaba que cuando su señoría dió palabra del casamiento, que era para no cumplirla. Loóselo el maestre y desde allí adelante le hizo honra de hijo y hermano y le casó y le hizo su capitán.

Tomó de él tal envidia don Alonso de Monroy, clavero y después electo maestre de dicho Maestrazgo, que en todas las cosas que

podía se le mostraba contrario. Y aún dicen algunos que desde muchachos pequeños se tenían denteras entre sí, porque se crió el don Alonso con su madre en esta ciudad, en las casas de la Calzada, cerca de las del padre de Francisco de Hinojosa, e se apedreaban uno con otro, andando siempre en ternillas y agreces que después maduraron a tanto, que, jugando un día a cañas ante el maestre, tiró el don Alonso, mientras las despartían, algo de través una vara, con que hubiera muerto al Francisco, lastimándole muy mal en las narices y rostro del fuerte golpe. El criado de don Alonso[86] dice en aquel su libro que el Francisco de Hinojosa dió primero cara a cara al don Alonso con una vara y que, al volverle al puesto, le arrojó por detrás el don Alonso, que era de grandes fuerzas, una vara que le pasó el adarga y sobre el casco le hirió muy mal en la cabeza y que cayó sin sentido. Y que antes de esto —pienso que en las bodas del Francisco— el clavero, que era como un gigante, luchaba con un brazo atado, como era su costumbre con todos aquellos caballeros, y que el novio dijo al don Alonso que se desatase el brazo —porque él también era valiente— si con él había de luchar. El don Alonso dijo que con todos luchaba él así, que no lo haría y así no lucharan. Así que ellos se tenían sus cosquillas, debía ser de envidia de su valentía o fuerza, o por los favores del maestre. Mas el juego de caña se cree que fué la principal causa de sus enemistades y lo que en él sucedió.

El criado de don Alonso dice que como vieron que había herido al Francisco de Hinojosa, que salieron todos tras el don Alonso, para matarle, y que huyó, porque todos le querían mal en casa del maestre. Y dice que fué como echadizo el Hinojosa, para revolver el hato y matar al clavero. Mas, en fin, aquel escribe de cerca, como criado de aquél, y, por tanto, yo no le doy mucho crédito, porque él no sabe sino decir lisonjas y loas de los Monroyes, porque lo malo él no lo quiso decir, si no es que él no lo alcanzó y cerró el libro antes que aquello pasase, pues el don Alonso favoreció después las cosas de Portugal en aquellas guerras contra los Reyes Católicos y murió pobre, arrinconado en un castillo que los reyes le dejaron de lástima, aunque en desgracia de ellos, y casaron sus hijas con hidalgos pobres.

Debiera ser soberbio, levantado y mudable y ambicioso y endivioso, pues sus enemigos, el maestre y el Francisco de Hinojosa y otros

nobles caballeros y poderosos y de grande virtud, le fueron contrario y, finalmente, pues no supo conservar la gracia de tan buenos y justos reyes suyos, que primero había ganado. Digo esto por sí alguno leyere aquel librillo, que anda de mano, entienda que es fiel siervo a sus señores el que le hizo y no fiel historiador de la verdad, porque allí no se sabe decir virtud de los enemigos de su amo, ni falta donde ha habido tantos señores y valientes hombres, ni sabe poner tacha en los pobres soldados que, por la mayor parte, andaban con él. No digo esto porque Francisco de Hinojosa fuese mi sangre, que más cercano deudo me era mi abuelo, Alonso de Hinojosa, al cual muchas veces en los reencuentros de Trujillo, juntamente con Luis de Chaves, el Viejo, y otros caballeros, se halló con el clavero contra la duquesa y contra los Vargas de Trujillo, que la favorecían . Y vino dos veces el clavero a esta ciudad en favor de Luis Chaves y le entregó las llaves de ella y desbarataron y mataron a Ternero, capitán de la duquesa de Arévalo o Béjar, y desbarataron los Vargas, teniendo la ciudad por el rey, por lo cual se debe mucho a los señores Chaves de Trujillo.

Verdad es que el clavero fué valiente hombre, de ánimo y de fuerzas, osado, sagaz y mañoso y de gran ventura, la cual sí en las cosas de la guerra, hasta la muerte entera, suele dar gran luz y gloria a los hechos de quien favorece.

Estando, pues, ya el maestre indignado por lo que hemos dicho de don Alonso de Monroy, dió la guarda de Alcántara, cabeza de Maestrazgo, a su cuñado, Francisco de Hinojosa, el cual puso en ella todo el más recaudo que pudo. Mas, estando el rey en Trujillo, el maestre de Santiago envió a rogar al maestre de Alcántara, don Gómez, que se viniese a cenar con él. De buena conversación, viniendo a la cena, díjole:

—En poridad creo, hermano, que dormís sin perro. Decidme ¿qué recaudo tenéis en la villa de Alcántara?

Respondió el don Gómez:

—Tengo en su guarda un hermano mío, muy buen caballero.

—Pues enviadle luego a decir —dijo el maestre de Santiago— que

mire bien de quién se confía, que el clavero vino a mí en secreto que le favoreciese y no quise. El irá a la duquesa de Plasencia , la cual, sin duda, le dará favor. Por ende, ved lo que vos cumple, maestre.

El Solís escribió luego al Hinojosa: mas de la maldad y traición, ¿quién se podrá guardar, mayormente, si es de dentro de casa?

Luego, tras el aviso, vino el clavero de presto con la gente de la duquesa. Y antes que se pudiesen apercibir, se vió de todas partes cercado. Puso sus estancias y recaudos en la muralla; mas unos traidores vendieron a los contrarios una puerta de la villa. Acudió allí la gente, para estorbar la entrada, muriendo de una parte y otra. Al cabo la ganaron los de dentro y echaron los enemigos.

Hizo el Francisco de Hinojosa pesquisa en.su casa, de quién era el traidor. Hallan que un fraile de misa de San Francisco, que mostraba a leer a sus niños. El Francisco de Hinojosa, con aquel enojo, le mandó echar vivo de la puente de Alcántara abajo. Pudo ser que fuese otro, porque esto no es de creer; mas escríbolo como lo hallé.

Padecieron trabajosísimo cerco de hambre, tal, que fué sonado por toda España. Comiéronse los perros y gatos, los cueros de las adargas e paveses y otras infinitas miserias. Tenían bastimento apenas para cinco meses y con la buena regla, les duró catorce meses.

Hallóse en este cerco con el Francisco de Hinojosa un delegado del Papa, que pasaba a Portugal al tiempo que la villa se cercó, el cual, vista su nobleza, le quiso por compañero en su trabajo. Este delegado ordenaba las respuestas a los requerimientos y protestaciones que los cercadores hacían en este cerco.

Parió doña Juana de Solís; murió ella y la criatura que paría entonces, dicen que por falta de buen mantenimiento cual convenía a su parición. Con todo esto, nunca quiso salir de la villa, sino ser compañera a su marido en los trabajos hasta la muerte. Y si el marido y otros señores que con él estaban se lo aconsejaban, se enojaba de ello —cierto ejemplo de gran constancia y amor de su marido—, dando razones y causas por donde mostraba no deber

ella en tal tiempo temer los trabajos y hambres. Y el señor Hernando de Monroy, señor de las tres villas de Belvís, Deleitosa y Almaraz, de quien se fiaban los tratos, se lo rogó con gran instancia e importunidad, e la metía en secreto panecitos y conservas, viendo su peligro, con caridad de generoso y buen caballero; mas ella no dejó al marido, antes murió en el cerco.

El famoso guerrero de Francisco de Hinojosa no por esta muerte perdió su ánimo, ni hizo mudamiento en su semblante, ni dejó de caminar su gente en tan gran conflicto, ni de resistir y ofender los enemigos con ánimo invencible. Mandóla depositar, para traerla a esta ciudad, a la sepultura de sus padres, donde se enterró después.

El maestre socorrió, aunque tarde, y quiso tentar la fortuna con los enemigos, por decercar los que estaban sobre la villa. El clavero y todos los Monroyes su deudos y la gente de la duquesa de Plasencia, con sus aliados, dió la batalla al maestre don Gómez, en la cual fué desbaratado y vencido el maestre y el conde de Coria, su hermano, el cual empeñó su condado y lo enajenó hasta hoy.

Fué también en ella desbaratado Alonso García de Vargas, hijo de Juan de Vargas, mayorazgo de los Vargas de esta ciudad, con gran parte de su parentela, que se halló con el maestre en esta cruda batalla y en socorro de este Francisco de Hinojosa. Y el Alonso García de Vargas, con los de su parte que pudo recoger, con buen aviso de guerra, se lanzó en la villa, porque los contrarios no entrasen primero, metiendo dentro muchos caballos heridos, para bastimento del cerco. Y así defendieron la villa los que de refresco llegaron, que los de dentro no tenían ya fuerzas para ello, antes estaban ya casi todos heridos, enfermos y muertos.

Acaeció en esta rota una cosa notable, de mujer varonil y piadosa: que saliendo la condesa de Coria a recibir a su desbaratado marido con muchas dueñas y doncellas cargadas de dietas y paños para curar los heridos y no bastando para tantos el aparejo que llevaban, cortóse la generosa señora las mangas de la camisa, para añadir a las curas, descubriendo sus hermosos brazos, olvidando el empacho de toda la gente con la necesidad caridosa, por cuyo ejemplo todas las otras damas hicieron lo mismo. Quién o de qué casta, era hija del conde de Oropesa y hija de hermana del duque de Alba. Qué casta fuese ésta, o nombre, dejóselo mi tío en el tintero, o

por ventura no lo alcanzó a saber.

Tornando al Francisco de Hinojosa, el cual, saliendo de la villa, hecho el concierto, era un espectáculo maravilloso y cosa de ver y notar la ferocidad de su persona de guerra, la maguez y amarillez de sus carnes y rostro, el destrozo de su persona valerosa, tan gastadas las ropas de las armas continuas, que se le parecían las carnes por mil agujeros, habiendo expendido con otros sus vestidos e ropas. Lo cual, viendo el clavero, su capital enemigo, casi por consolación, le dijo:

—¿Quién ha ganado más honra, Hinojosa, señor, vos que os habéis tanto tiempo amparado con no muy buen aderezo o los que entramos ahora por concierto en la villa?

Respondióle el Francisco de Hinojosa, con un grande semblante, diciendo:

—Sed vos juez, señor, pues tuvistes ventura.

Entonces dijo el clavero:

—No pudo caballero en el mundo defenderse mejor que vos habéis hecho: Vos sois más honrado.

Y mandó que le echasen encima una capa de su persona, que él ninguna tenía.

Y con estas dos hazañas y otras tales, Francisco de Hinojosa se hizo admirable varón en todo este reino y en toda España. Y por todas partes fué este cerco sonado. Sirvió mucho, como era obligado, a los Reyes Católicos y ellos lo conocieron. Fué otras veces preso; quebrantó las prisiones. Húbose en todo crudamente y varonilmente, muchas veces herido en pelea. Muerto el maestre, toda la guerra revolvió sobre él.

Fué engañado una vez de ciertos portugueses, sus amigos, llamados Sosas, de quien se fiaba, los cuales le prendieron. Su saber era grande. E por aventura, si no fuera por estos estorbos, llegara a ser gran señor, según su habilidad y los.

grandes servicios que a los Reyes Católicos hizo en esta frontera de

Portugal —desde la fortaleza de Herrera, de quien era comendador su pequeño hijo, Gómez de Solís— y las grandes mercedes que los reyes por ello le prometieron, como por sus cartas hoy día parece, en las cuales le llaman pariente, confesando los dichos servicios y expresándolos en cartas, que no es pequeña honra a sus hijos y descendientes.

Fué Francisco de Hinojosa, sobre esta prisión, a Portugal, a se quejar al Rey don Alonso de los dichos caballeros Sosas, amigos con cuya confianza se fió de ellos y le prendieron. Hubo el dicho rey enojo de ellos e mandólos se disculpasen de aquella villanía. Dijeron los Sosas:

—Si lo hicimos como Francisco de Hinojosa dice, fué, señor, porque nos lo mandó el duque de Plasencia, que nos mostró carta de Vuestra Alteza en que Vuestra Alteza nos mandaba que sirviésemos al dicho duque y le obedeciésemos por fas y por nefas.

Entonces dijo el rey:

—No pensé yo que el duque usara tan largo de mi licencia.

Mas no desagravió a Francisco de Hinojosa; mas cuando le dijo quién era, le hizo levantar y le abrazó, diciendo:

—¿Vos sois Finojosa, el que está en esa frontera? Enhorabuena vengáis, que con vos y los hidalgos como vos sostienen los reyes sus vidas y estados.

Prendió muchos caballeros, hízoles buen tratamiento, soltólos con gran libertad. Fué en sus tratos de gran lealtad y verdad. Tuvo gran casa, criados, caballos, armas, vajillas de plata, como un gran señor.

Hubo de la dicha doña Juana de Solís, que murió en el cerco de Alcántara, como dije, dos hijos e una hija. Al mayor, que hubo cuando desposado, llamaron Alvaro de Hinojosa, como al abuelo; al otro llamaron don Gómez de Solís, como al maestre, su tío. A éste, en naciendo, le dió el maestre la encomienda de Herrera, que es de gran calidad y rica, la cual gozó el padre toda su vida. A la hija llamaron doña Inés de Solís, que casó con Pedro Calderón, mayorazgo de los Calderones de esta ciudad, la cual murió sin hijos.

Casó segunda vez este Francisco de Hinojosa con doña Juana, llamada de Sotomayor, hija de Luis de Chaves, el Viejo, e doña María de Sotomayor, hija del maestre de Alcántara, don Gutierre de Sotomayor, que fué el primer señor de Belalcázar, por merced del Rey don Juan. Tras éste vino don Alonso de Sotomayor, el que mató Paniagua en Deleitosa, sobre la lucha del otro Hernando de Monroy, su primo. Después de éste vino el primer conde, que llamaron el conde de Lozano; luego don Alonso, conde fraile; luego don Francisco, el que fué duque de Béjar; luego el marqués, que no dejó sucesión; luego el que hoy es[87].

Se casó [Francisco de Hinojosa] con esta doña Juana, siendo ella muchacha muy hermosa y ricamente dotada y siendo él muy viejo y anciano. Diósela el padre por cobrarle por deudo, mas nunca le pudo alzar con él, porque fué muy amicísimo de los Vargas y sabía que le habían sido buenos deudos y amigos en su necesidad e servidores del maestre don Gómez de Solís, su cuñado, e se habían entrado con él en el cerco.

La cual doña Juana de Sotomayor honró tanto a su marido, que le acaeció trocar sus vestidos con los de su marido, que salió disimulando una prisión y se quedó ella por él, preñada y al parto vecina, donde fué tratada con harta aspereza, desque supieron el engaño con que libró a su marido. A la cual prisión Luis de Chaves, su padre, le envió un plato de plata lleno de florines de oro, diciendo:

—Envióos estos florines como a flor de nuestro linaje, que mira y mirará por la honra, como ha hecho y espero, loándola su determinación.

*

* *

Este Luis de Chaves, que dijeron el Rico y el Viejo, el primer hijo que tuvo fué Francisco de Chaves, que mataron en las lomas de Málaga, que es el Reino de Granada, en guerra de moros. Casó con doña Juana Mexía, hija de Juan Núñez. Y éste dejó a Juan de Chaves, que casó con doña Francisca de Ribadeneyra[88], dama que fué de la Reina Isabel [de Portugal], Señora de gran bondad y prudencia, fué la más cabal mujer que hubo en esta tierra, y así fueron todos sus hijos, de gran cordura y bondad, como criados y impuestos desde niños de tal señora como ella era. La cual también había doctrinado aquella estrella de España, la Reina Católica. Tanto se extiende un buen ejemplo de virtud y en tantas generaciones pasa, que así como la semejanza de los cuerpos se hereda en los descendientes, así las costumbres del ánimo se infunden con el buen ejemplo y crianza de unos en otros e se derrama a deudos e familia.

Tuvieron a Ribadeneyra, que no dejó hijos, ya Juan de Chaves, que fué clérigo, caballeros de gran bondad y prudencia, devotos y justos; a doña María y Juana Mexía, que fundaron el Monasterio de Santa Isabel, en esta ciudad, monjas de tanto recogimiento, clausura, ejemplo, vida, gobierno y administración de su casa, cuales no creo yo otras ningunas del Reino les hagan ventaja.

Fué hermano mayor de estos señores Luis de Chaves, muy noble caballero. Casó con doña Juana de Acuña, hija de don Alonso, su tío, y de una señora de Ciudad Rodrigo. Murió este caballero de poca edad; dejó tres hijos: Juan de Chaves, el mayor, que heredó el mayorazgo, y don Alonso y doña Ginebra.

Juan de Chaves casó con doña Isabel de Cárdenas; tienen muchos hijos. Es Juan de Chaves dotado de todos los bienes que los filósofos dicen ser necesarios, mayormente los peripatéticos, para la bienaventuranza, puesto que nosotros tengamos otra cosa, porque la bienaventuranza del hombre es gozar de Dios y su vista, y acá, en esta vida, mientras no le viéremos, serán los medios para verle la virtud. Así que este caballero tiene, por la bondad de Dios, que se los dió, bienes de fortuna y naturaleza y del alma, en gran abundancia, y que los sabe comunicar y conservar. De ellos, es muy rico, junto al palacio, un asiento que tiene junto al Berrocal.

Aquella heredad, así llamada, hace cinco millares de ovejas; luego otra dehesa, está junto donde nace el rio de Tozo, hace cinco millares y medio; Atala Ruyas, tierra muy fértil de pan, le vale dos mil ducados. Sin otras haciendas, tiene cinco mil ducados, poco más o menos. Esto, envidiosos quitan y aficionados añaden, porque estas dos pasiones reinan en esta ciudad, creo que desde que se fundó.

Comunicó con él la naturaleza sus dones, dándole gentileza de cuerpo, gracia, autoridad, fuerza, ligereza, desenvoltura a caballo y en armas; mas, sobre todo, de lo que él más se precia, es de las riquezas y bienes del ánima, con los cuales resplandece y es más afamado, como es justicia, por la cual favorece los pobres y los da ayuda y levanta del polvo; a los ricos da la honra que merece cada uno; a los pobres virtuosos, igualmente los estima y honra, aunque sean más pobres, como podríamos decir de muchos que ha honrado; a los malos y soberbios, aunque ricos, los ha perseguido y ha gastado mucho en derrocarlos y empobrecerlos, hasta descepallos y tornarles, con el ayuda de Dios, en polvo de que eran hechos, comprendiéndolos aquella maldición que aquel poeta dice: «exuli inogs et saliens ad limina lustris, exiguum quod petas [ilegible] cibum». Y haciendo también que por justicia, los que a la nobleza de esta ciudad quieren acabar y entosigar las fuentes de virtud de este reino, fuesen hechos pedazos y puestos como manjar de cuervos, no dejando de tan malas parras y ruines beduños ningún rebusco. Mas esto a sólo la justicia de Dios lo hemos de agradecer, porque se mostró muy clara, favoreciendo la virtud y la razón, deshaciendo agravios tan sobrados, la cual levantó a los pobres y humildes a la mayor honra y riqueza y derrocó de su trono y mando a los soberbios. Y aquellos que estas mandades dieron favor, por los facinerosos, no se escaparon de la corte de la justicia divina, que a unos toca en el sosiego de sus personas, a otros en las haciendas, a otros en las honras. Fueron huyendo otros, sentenciados en ausencia a muerte, azotes, galeras; en otros se ejecutaron, finalmente. Ninguno dió favor a lo que Juan de Chaves y el rey y, sobre todo, Dios perseguía, que no sintiesen los agraces de aquellas tan malas parras. Y plega a Dios que la dentera de ellos se pierda.

Finalmente, es caballero muy justo y procura el bien de la república y estorba el daño de ella, como fué las compras de algunos lugares,

por lo cual se le han seguido gastos y desasosiegos y peligros y acusaciones de Cosas que él no hizo ni supo; mas él, en fin, comenzó con buen celo justo de aumentar y ayudar a su república, estorbando tales compras, porque si las ventas fueron buenas, por ser hechas con necesidad de los reyes, yo no sé sí las compras lo serán, por ser hechas sin necesidad de los compradores.
Ellos quisieron, con poca vergüenza y demasiada codicia, señalarse por enemigos de la patria y de sus vasallos, mas su pago se llevaron, que, tras poco provecho, compran caro gran carga y enemistades y muertes para sí y para sus hijos, pudiendo vivir en reposo y quietud con amistad y riqueza, sin pleito. Estos, pues, procuró este caballero estorbar su trabajo —hoy el bien de su patria y sosiego de la república—, mas agradeciéronselo mal a él y otros caballeros que lo estorbaban. Y de aquí se siguieron muchos males a esta ciudad y plega a Dios que no se sigan más.

Tiene, sin otra virtud, este caballero otras muchas, como es prudencia, porque, con ser de treinta y cinco años, tiene lo que ha oído y visto y leído, porque es dado a leer en todas lenguas. Entiende enteramente los negocios y cosas presentes. Así por esto como por avisos de lo pasado, pone en ejecución con gran presteza y tiento los negocios futuros. Finalmente, él hace ventaja hoy en entender los negocios suyos y de la república y en ponerlos en ejecución con más fervor y celo que todos los que hoy viven en esta ciudad, y no es mucho en esta ciudad, donde los más son hombres torpes y ruines ingenios así los que gobiernan como los demás. A hombres señalados de otras repúblicas hace ventaja; es muy elocuente, habla en estilo mediano florido, al modo de Isócrates; es copioso, persuade con suavidad y algunas veces pone estímulos y fuerza en la persuasión, así que en su hablar muestra la gracia de Isócrates, la copia de Catón y la violencia de Demóstenes, imitando a Cicerón, dando cada cosa en su lugar y tiempo, usando del estilo llano en negocios intrincados y dudosos y estilo mediano en los negocios fáciles, digan la verdad en los de gran importancia. Es de grande sufrimiento en muchas cosas e de grande perseverancia en los trabajos honrosos, arriesgando su persona y hacienda; es templado y quitado de todos vicios, muy liberal, magnífico con sus deudos y criados y amigos, con forasteros, huéspedes, pobres, como cada día lo ve todo el lugar. Gastó mucho en libreas y criados y gastos, cuando el rey le mandó acompañase

a las dos Reinas, de Hungría y de Francia, María y Leonor, desde esta ciudad hasta Badajoz, con el cual se honraron mucho las reinas y su corte en Badajoz, y la hizo muy vistosa y lucida, aunque había en ella muchos señores de Castilla y Portugal. Gastó también mucho en sus bodas, con muchas sedas, caballos, huéspedes, banquetes, músicas y mercedes. Es humano, amoroso, de grandes comedimientos y muy bien criado. Crióse en casa del duque de Béjar. Trátase como quien es: tiene ahora en su caballeriza doce caballos y creo que otros tantos escuderos, sin lacayos y otros que sirven.

Digo la verdad en esto que he dicho, porque casi yo solo pude en esta ciudad escribir esto sin pasión porque yo no he recibido de este caballero ninguna merced —puesto que he recibido ofrecimientos de ellas—, ni de sus contrarios he recibido malas obras: he recibido buenas y ofrecimientos. Sólo lo digo porque digo verdad y merece decirse de él.

Los otros dos hermanos de este caballero Juan de Chaves, don Alonso, es vivo, no se ha casado. Doña Ginebra, la hermana, es muerta. Casó en Salamanca con Rodrigo Arias Maldonado, caballero, señor del Maderal, hombre muy cuerdo y de gran bondad y muy bienquisto en Salamanca y en todo el Reino. Dejó hijos, que viven.

Luis de Chaves, el Viejo, tuvo, como dije, por hijo mayor, que heredaba su casa, a Francisco de Chaves, que murió vivo el padre, en las Lomas. Este dejó hijo, y, con todo eso, don Alonso, hijo segundo, se quiso alzar con el mayorazgo y se entró en el palacio y no salió de él hasta que se concertó con el sobrino y le dió cierta hacienda, porque en aquel tiempo revuelto había algunos mayorazgos en esta ciudad —como era el de los Orellanas y el de los Vargas— que heredaban los hermanos y no los hijos, viviendo los padres, y muriendo después heredaban los hijos y no los nietos, por la necesidad que había de cabezas de bandos y quien amparase los deudos en tiempos tan rotos, sin justicia.

Este don Alonso casó con doña Isabel, hija de doña Teresa de Hinojosa y biznieta de Hernando Alfonso de Hinojosa. Matóla, dicen que inocentemente, sin culpa, y a un fulano de la Puerta. Tuvo de esta señora a doña María, mujer de Juan de Vargas, mayorazgo de

los Vargas, que fueron mal casados y se la quitaron los Chaves, los deudos de ella. Tuvo de ella Juan de Vargas un niño, que murió, y a doña Beatriz de Vargas, que heredó la casa, que casó con Diego de Carvajal, que murió en el Perú, enviándole allá el Rey don Felipe, para vender los repartimientos y perpetuar la tierra, lo cual no se efectuó. Dejó a don Juan de Vargas, que hoy vive, en su mayorazgo. Este casó con doña Catalina, su prima, hija de su tía y de don Francisco de Córdoba.

Otra hija de don Alonso, de esta mujer, se llamó doña Mayor. Casóla con el señor de Orellana la Nueva o de la Sierra, llamado creo yo que Pedro de Orellana. Fué mentecato; muy simple; hubieron un niño, Dieguito o García, que murió de tiña, por cuya muerte heredó el tío, creo que Juan de Orellana, el Ciego —que entonces le habían bien menester—, cuyos hijos hoy viven, y Pedro de Orellana, el mayorazgo. Esta doña Mayor, viuda, casó después con un hidalgo llamado Solano, de buena casta, aunque pobre. Hubo de éste a don Alonso de Sotomayor, fraile letrado, de grande vida y ejemplo y predicador —fuése a Indias a predicar— y a don Juan, que residía en el Erguijuela, que tiene hoy hijos, y a doña Angela, que casó con Bernardino de Tapia, de quien hubo hijos que heredan su casa, que es Gonzalo de Tapia. Fué esta señora doña Angela y todos sus hermanos, señores de grande bondad.

E don Alonso casó, después de viudo, con una señora de Ciudad Rodrigo, de quien hubo la señora doña Juana de Acuña, que hoy vive, madre del señor Juan de Chaves y sus hermanos, que casó con Luis de Chaves, mayorazgo de aquella casa, sobrino de ella, y de su padre un grado más bajo.

Así que don Alonso, tres hijas que tuvo, de dos mujeres, casó con tres mayorazgos, los más ricos de la ciudad. Dicen que se hubo cautelosamente con todos, prometiendo a cada uno de mejorar en la hacienda a su mujer e hija, mas después partió la hacienda igualmente entre todas.

Tuvo Luis de Chaves, el Viejo, otro hijo, que se llamó Martín de Chaves, de donde viene la casa de la Calzada y mayorazgo. Creo que éste casó con doña Francisca Lagorda. Este tuvo a Luis de Chaves, que casó don doña Isabel, hija de Pedro Calderón de Carmonilla[89]; éste, a Martín de Chaves —que casó con doña Isabel

de Mendoza, que vive, viuda—, de gran bondad y ejemplo y caballero honrado.

El primer Chaves que vino a Trujillo se llamó Hernán García de Chaves. Vino de Ciudad Rodrigo y trajo un hijo, llamado Nuño de Chaves, que casó con hija de Alvaro de Escobar o Juan de Escobar o Alonso. Diéronle en dote a Tozo, y así decía el dicho Escobar:

—Quien hubiere de casar con ojos de pega, llevará a Tozo o a Berenga.

Desque el padre le quedó casado, se tornó a Ciudad Rodrigo. Este hubo a Luis de Chaves, el Viejo, ya dicho. Tuvo Luis de Chaves una hermana, si no me engaño, llamada Catalina de Chaves, que casó con un Gonzalo de Torres, porque con los que primero emparentaron los Chaves en esta ciudad fueron los Torres, después de los Escobares. Tuvo esta Catalina de Chaves de este Gonzalo de Torres a Nuño de Chaves, el Valiente, que en tiempos de bandos hizo grandes hechos y en la guerra de Granada. Fué muy devoto, tanto, que en la iglesia, donde se ponía de rodillas a oir misa, dejaba gran señal de lágrimas que derramaba. Decía que aquel traía la valentía de los Torres, porque en tiempos antiguos, en esta ciudad, esta generación de los Torres fué muy animosa y de grandes fuerzas. Dicen algunos viejos que Diego García de Paredes, que de allí traía la valentía, porque su madre creo que se llamaba Juana de Torres, mujer de Sancho de Paredes.

Otro hijo de esta Catalina de Chaves se llamó Francisco de Torres. Este, a la puerta de Santiago, mató a Diego de Orellana, el Bueno, viniendo de Ayuntamiento ya viejo, solo y en una mula, teniendo en su casa treinta hombres de a caballo. Fuése de aquí el Francisco, y en el cerco de Alburquerque, desde afuera, le dieron con una saeta y murió. Y al matador trajeron después a su madre y ella perdonó.

He dicho esto de los Chaves, por haber casado Francisco de Hinojosa con otra hija de Luis de Chaves. Son naturales de Chaves, villa de Portugal, donde dice su blasón: «Dos hermanos con las quinas, sin rey ganaron a Chaves».

Los que aquí vinieron no sé si vinieron de Ciudad Rodrigo. Fué el primero Nuño García de Chaves, que casó con hija de Alvaro de

Escobar, el Viejo, con quien hubo a Tozo, que son cinco millares. Decía el padre:

— Quien casare con ojos de pega, llevará a Tozo o a Berenga[90].

*

* *

Otras muchas persecuciones pasó [Francisco de Hinojosa] en tiempo de esta mujer y de la otra, las cuales siempre le siguieron en sus trabajos muy fielmente. Dicen se reza en una epístola a Lucillo que es gran gentileza ser hombre bienquisto de su mujer; y así lo fué éste. Ellas eran de buena casta y él lo merecía; mas el ruin siniestro o inclinación torcida no mira esto y así este tal don de Dios viene.

Estando el Rey Católico don Fernando en Trujillo, y don Pedro González de Mendoza, Arzobispo de Toledo e Cardenal de España, posando en las casas de Francisco de Hinojosa, le preguntó el cardenal de sus trabajos y si lo que máshabía sentido fuera de la muerte del maestre don Gómez. El dijo que la muerte del fraile que con ira había precipitado de la puente, por haber sido con los traidores en vender la puerta de la villa. El cardenal le dijo que los traidores y malos amigos que merecían gran castigo. Y le consoló y dijo que le absolvería con poca penitencia, con confesarse, un salmo y un Pater Noster. Mas si esto pasó así, como mi tío escribe, no sería tan liviana la penitencia, ni el cardenal le dejaría de avisar de lo que le cumplía, si no estaba ya absuelto, que sí estaría.

Murió este caballero de calentura ética, que cobró en el cerco de Alcántara. Murió año de 1489; está en el entierro de sus padres. Pusieron sobre su sepultura su estandarte de seda encarnada, con las armas de su linaje.

Dejó de esta doña Juana de Sotomayor tres hijos y una hija, que murió doncella. Al mayor llamaron Luis de Chaves, como al abuelo de parte de madre. Llegó a hombre, fué lindo jinete, murió en el año de 507, de pestilencia. Al segundo llamaron Martín de Hinojosa; murió mozo.

Al tercero llamaron Gutierre de Sotomayor, noble caballero, muy rico, que llevó la casa de su madre. Fué valiente, tuvo pendencias aquí con Ruiz Sánchez de Vargas, un valiente hombre, donde no perdió nada. Este casó dos veces, con hija de Gonzalo Campo y después en Madrid, ya de sesenta años, con una de los Vozmedianos, que heredaron su casa. Una hija tuvo de la primera mujer; casó con hermano del Obispo de Plasencia, don Gutierre, y hija de ésta con otro hermano, Juan de Vargas, Oidor; un hijo, matáronselo.

XXVIII CAPITULO DE ALVARO DE HINOJOSA,

HIJO DE FRANCISCO DE HINOJOSA Y DE DOÑA DE JUANA SOLIS

Alvaro de Hinojosa —hijo de Francisco de Hinojosa y doña Juana de Solís, susocontenidos, que le hubieron desposado, el cual heredó la casa de Francisco de Hinojosa— fué hombre de buena estatura, delgado de cuerpo, moreno de rostro, la nariz larga, encorvada del medio, y tenía la voz un poco flaca, aunque muy dulce y halagüeña. Fué este señor tan cortesano y religioso, hombre de negocios, músico palanciano, atentado en sus palabras y hechos, cuanto en su tiempo no hubo otro en esta ciudad ni fuera de ella. Fué a romería a Santiago, y unos Caballeros que fueron con él, contaban grandes maravillas de su religión. Casó este muy virtuoso señor con doña Juana de Orellana —hija de Pedro de Orellana, señor de la villa de Orellana de la Sierra; muy noble señora, hermosa, blanca y colorada y llena de toda virtud—, de la cual hubo dos hijos y tres hijas: el uno murió muchacho; el otro fué Juan de Hinojosa, que casó con doña Teresa Calderón, hija de Pedro Calderón e de doña Leonor Rol, hermana del comendador Rol. Tuvieron a Alvaro de Hinojosa, cortesano, criado con el rey, gran justador, toreador, de linda

gracia y conversación, cazador, salvo que esa crianza de la Corte le trajo a gastar mucho y a quedar a su hijo, Juan de Hinojosa, adeudado, el cual es virtuoso, como sus pasados; tuvo a Gonzalo Pizarro —que sirve a Ruiz Gómez—, tuvo a Juan de Hinojosa, a doña Leonor —que enviudó y se hizo monja en Santa Clara—, a Pedro Calderón —un santo hombre por quien Dios mostró su justicia—, que no tuvo hijos.

A la hija mayor de este Alvaro de Hinojosa llamaron doña Juana de Solís, como a su abuela, muy noble señora. Casó en Cáceres con Francisco de Solís, su pariente, caballero de muy noble y antiguo linaje, de los Ulloas y Solises; tienen hijos. La segunda hija llamaron doña María de Hinojosa, monja de muy religiosa vida en el Monasterio de Santa María de Jesús, en Cáceres, la cual no se quiso casar, por entrar en religión. La menor hija se llama doña Aldonza de Orellana y de Hinojosa; casó con Hernando Alonso de Orellana, que el Señor perdone. Dueña muy virtuosa de ejemplo y honestidad, ha padecido grandes infortunios, muertes del marido y de tres hijos, todos [de muertes] no naturales. Es señora de gran vida, limosnas y devociones y ayunos. Casó una hija que le quedaba, doña Teresa de Hinojosa, con Juan de Orellana de Chaves —caballero muy noble y rico, hijo de Nuño García de Chaves— y una nieta con don Luis de Paredes Corajo, hijo de don Sancho de Paredes Corajo, nieto de Diego García de Paredes, el valiente y famoso.

Murió Alvaro de Hinojosa año de la peste, de 1507, enterróse en los descalzos, en la Luz, mas estotros le pasaron a su casa de San Francisco.

XXIX CAPITULO DE PERALONSO DE HINOJOSA,

EL TERCERO HIJO E MENOR DEL DICHO ALVAR ALONSO DE HINOJOSA

Pedro Alonso de Hinojosa, hijo menor del dicho Alvar Alonso de Hinojosa e de Constanza Fernández Altamirano, susodichos, fué hombre de mediana estatura, de buen parecer, moreno de rostro,

los ojos negros, hermosos. Fué, como los hermanos, muy noble de condición. Casóse con Mari Blázquez Ramiro, del linaje antiguo y noble de los Ramírez de esta ciudad —que trajo a su poder grande e rico dote— , de la cual hubo un hijo solo, llamado Juan de Hinojosa, y dos hijas: a la una llamaron Constanza de Hinojosa; a la otra, Inés de Hinojosa. Estas fueron unas doncellas de las más acabadas en virtudes e más nobles de su tiempo; no se quisieron casar, aunque pudieron muy bien, guardando siempre en honra sus personas en fama. Eran doncellas bien habladas, amorosas y muy devotas, en fin, muy religiosas y prudentes. Nota aquí el autor que en este linaje de los Hinojosas las hermanas han ayudado a sus hermanos.

Falleció este noble caballero, Pedro Alonso de Hinojosa, con su mujer, la señora Mari Blázquez Ramiro, poco después el uno del otro, asaz mozo, no llegando a la edad de sus padres.
Fueron sepultados en la iglesia de esta ciudad, en su sepultura, que tienen en honrado lugar.

XXX CAPITULO DE JUAN DE HINOJOSA,

EL VIEJO, HIJO DE PEDRO ALONSO DE HINOJOSA, Y DE SU SUCESION

Juan de Hinojosa, que dijeron el Viejo, fué hijo de Pedro Alonso de Hinojosa e de Mari Blázquez Ramiro, como dicho es. Llamáronle el Viejo, a diferencia de Juan de Hinojosa, su sobrino, que llamaron el Mozo,como dicho es, padre del que compiló este tratado. Fué este Juan de Hinojosa de buena estatura, de cuerpo hermoso, de rostro blanco e colorado; fué calvo, un hombre de mucha verdad, muy justo en todas sus cosas, caballero noble, pacífico, sabio e de buenos consejos, muy limpio en sus atavíos e bien compuesto. Remirábanse en él sus hermanos y acatábanle. Era muy caritativo e limosnero.

Casó este caballero con una noble señora, llamada Mayor Alvarez de Escobar, dueña muy hermosa, de muy noble y antiguo linaje, hija de Gonzalo de Torres e de Catalina de Chaves. Fué hermana de

Luis de Chaves, el Viejo,esta Catalina de Chaves, madre también de Nuño de Chaves, el Valiente, una de las mejores y más venturosas lanzas de aquel tiempo. Fué esta [Mayor Alvarez] mujer muy enferma. Esta y su marido Juan de Hinojosa, hubieron cuatro hijos varones y cuatro hijas. Al mayor llamaron Pedro Alonso de Hinojosa, como al abuelo, el cual murió sin casarse, no dejando hijos de legítimo matrimonio: dejó hijo y hija naturales. Al segundo llama ron Francisco de Hinojosa; dejó hijas no legítimas y no se casó. Al tercero hijo llamaron fray Alvaro de Hinojosa, fraile de San Francisco, que muchas veces ha sido guardián y lo será.

Al cuarto hijo, postrero, llamaron Gonzalo de Torres, como al abuelo de madre. Este Gonzalo de Torres fué hombre pequeño de cuerpo, moreno; fué algo esquivo de su condición, aunque caballero noble e de buena razón e de buena crianza. Casó este Gonzalo de Torres con la muy noble señora doña Isabel de Alvarado e de Carvajal, hermosa e dispuesta señora, graciosa e virtuosa. Su padre de esta señora doña Isabel de Alvarado y de Carvajal fué aquel Luís de Alvarado, que en aquel tiempo ni en este no tuvo segundo en fuerzas corporales e disposición natural; otro segundo Hércules o Anteo, aunque la ligereza excedió a lo que de aquello se escribe.

Era hombre de mediana estatura, blanco y colorano de rostro; era calvo. Y fué tan recio e de carnes, tan tiesas e nervosas, torosas, que si tendía la pierna o el brazo, con unas tenazas de hierro no era posible asille más que si fuera un madero liso. Aún grueso, fué de tan grandes fuerzas e ligereza, que en un reencuentro que hubieron los castellanos con los portugueses en las guerras de estos Reinos, él no llevaba [caballo?]. Esto contaba quien se halló presente en aquella pelea. En Alcuéscar, en tierra de Montánchez, había un labrador puesto unas puertas en su bodega, nuevas, de tablones de roble. Allí dijo uno que un espingarda no las pasaría. El dijo:

—¿Qué apostaréis, compadre, que las paso con una piedra?

El otro dijo que su hacienda toda.

—No sea tanto —dijo Alvarado—; mas una arroba de vino, para la compaña que nos atiende.

Y apostaron. Tomó una piedra como de una libra, y rodeó el brazo

con fuerza espantosa y como sí la piedra fuese un rayo del cielo despedazó las puertas, haciendo mil rejas y pasando de la otra parte, con admiración y espanto de la gente que allí estaba y de toda la comarca, desque se supo tal cosa.

Mas que si se encerraba con tres hombres, los más fuertes y recios que se hallasen, en una cámara, los echaba fuera, como sí fueran muchachos. Mas donde llegaba con su mano era como tenaza de hierro, moliéndole los güesos si no se dejaba vencer. Era tan desenvuelto, que le acaeció sacar por una ventana de una torre afuera una tabla e ponerse en ella, al cabo, teniéndola muchos hombres de dentro. E desque al cabo de ella, daba una voz, diciendo:

—¡Soltad!

E como que fuera un ave, se deshurtaba en el aire, guardándose de la tabla, e se tornaba al pretil de la torre o ventana, que parece cosa increíble, mas es cierto. Lo hizo en lo alto del castillo de Montánchez. Otras veces hacía que quería saltar de una torre afuera, en el aire, y se tornaba atrás a meter. Aguardaba un toro que arremetiese con él. Y por cualquier mármol o pared que hallaba se subía, e se entraba por cualquier ventana. Acaeció, estando Luis de Alvarado ante el Rey de Portugal, en un patío, preguntándole el rey de sus desenvolturas, que una dama dende unos corredores le hizo señas con un anillo. Oyendo decir sus barraganías, apartóse disimuladamente al rey. Corriendo presto por un mármol arriba, arrebató a la dama el anillo, quedándose ella espavorida de miedo, por lo cual el rey le recibió por suyo e le prometió muchas mercedes, las cuales perdió, porque siendo [requerido] por un fuerte hombre de la casa del rey que luchasen ambos, le metió los dedos por los ijares, para asirse bien de él, de que le mató en presencia del rey, de que hubo el rey gran enojo. Y si no se salvara por sus propios pies, dicen que el rey le mandara matar.

Yo, Diego de Hinojosa, el que esto escribe, le conocí ya muy anciano y dado a hipocresía. Un día, estando echando barra unos mancebos de esta ciudad a la plazuela de Santiago, que es el lado de las casas del mayorazgo de los Chaves, pidiéronle por merced algunos caballeros —que allí se hallaron, al baluarte de la dicha

iglesia— que tomase la barra en la mano, no para más de para ver el aire con que otro tiempo la solía echar. A gran importunación, se hubo de bajar e tomó la barra en la mano. Cogiendo primero las faldas de un tabardo con mangas, que entonces se usaba, alzó el brazo con la barra, amagando a tirarla. Preguntáronle, diciendo:

—¿Dónde pusiera vuestra merced esa barra en su tiempo?

Dijo Luis de Alvarado:

—Por cierto, yo la pusiera encima de aquel baluarte.

Y diciendo y haciendo, arrojó tan fuertemente e con tan buena maña la barra, que dió, dos tercios en alto del baluarte, un tal golpe, que pareció que estremecía la iglesia. Dieron todos una voz de admiración, porque, según la distancia donde tiraban, de dos tiros no llegara allí otro que tirara mucho. El Alvarado quedó de sí descontento y, remeciendo la cabeza, dijo:

—¡Ya no soy nada!— quejándose de su enfermedad y vejez, que, averiguadamente, cuando dijo que otro tiempo la echara sobre el baluarte, que entonces también lo pensó hacer.

Yo tengo creído que en su tiempo la echaría por cima de toda la iglesia. Testigo es Dios que no miento, que le vi hacer lo que he dicho, y allí quedó la señal de la barra, en el baluarte.

Lo que se contaba de su correr e saltar e de sus desmedidas fuerzas, allende de esto, es más de maravillar, que, estando en pie, si viniesen muy fuertes hombres e apretasen con él, no le podían hacer mudar los píes de como los tenía, mas que si fuera un grande mármol de piedra. Un caballero de esta ciudad, teniéndose por muy recio, como lo era, llamado Hernando de Orellana, dijo a Luis de Alvarado:

—Señor, tiénenme en Trujillo por recio, ¿qué le parece a vuestra merced?

Llegóse a él el Alvarado y asióle con la mano del brazo izquierdo, por bajo del sobaco del dicho brazo, y tiró con el dicho Orellana, haciéndole dar una vuelta alrededor, por cima de su cabeza del

Alvarado, y tornóle a poner donde estaba primero, siendo el Hernando de Orellana hombre alto y de más pecho.

Es cosa esta de grande admiración, y otras muchas cosas que de él se dixeron. Mas yo las supe de quien las había visto y había tratado y andado con el Alvarado en su mocedad.

Yo también, sin lo que mi tío Diego de Hinojosa aquí dice, oí decir de algunos que lo oyeron, que cuando estaba en tierra de Montánchez se iba al campo con un palo a matar caza, como corzas, y las alcanzaba, corriendo por sus pies.

Algunos de la casta de éste fueron sueltos, hasta las mujeres. Dos doncellas Alvarados, cogidas las faldas, jugando, saltaban de una parte a otra sobre una mula y sobre un caballo.

Sin estas corporales virtudes, tuvo otras, este Luis de Alvarado, muy nobles. Era de muy noble condición e ingenio, buena conversación y afable, aunque algo encogido, que si siguiera la corte de los Reyes de Castilla, creciera por aventura su estado.

Casó este notable varón en esta ciudad con una señora fulana de Carvajal, de noble y antiguo linaje de los Carvajales, en quien hubo a la dicha señora doña Isabel de Alvarado e de Carvajal y a Juan de Alvarado, que tiene su asiento en Valverde de Mérida.

*

* *

La primera hija de Juan de Hinojosa llamaron Catalina de Chaves, como a su abuela. Casó con Pedro Calderón, mayorazgo de los Calderones. Fué una muy noble señora, de gran bondad y ejemplo. Hubo esta señora, de Pedro Calderón, su marido, dos hijos e una

hija. Al mayor llamaron Alonso García Calderón, como al abuelo de padre, el cual abuelo ennobleció en esta ciudad este apellido y casa, porque compró muchas haciendas en esta ciudad y enriqueció sus descendientes. Este señor Alonso García Calderón vive hoy y ha casado dos veces y no tiene hijos; es caballero y anciano de gran rectitud y justicia, de gran ánimo y determinación para favorecer y llevar adelante la razón y verdad; es muy varón y liberal, es amigo de su sangre, sin haber respecto al bando, lo cual hacen pocos en esta ciudad.

Al otro [hijo de Pedro Calderón y Catalina de Chaves] llamaron Juan de Hinojosa, como al abuelo de parte de su madre. Casó con una señora Carvajala. Hubo este señor tres hijos: Pedro Calderón de Hinojosa, que, no teniendo hijos el señor Alonso García Calderón, heredaba el mayorazgo. Casó con hija de Pedro Calderón Altamirano, de Carmonilla, y enviudó mozo, dejando un niño, que será mayorazgo. Y él, viudo, se metió fraile descalzo, porque desde su niñez pareció ser inclinado a religioso, siendo devoto, estudioso y de gran virtud y nobleza, que cierto parecía ser nacido para más altas cosas que las del siglo. Otro su hermano, Hernando de Carvajal, como su abuelo de madre, murió mozo; otra señora casó con Pedro Calderón Altamirano, hijo del susodicho Pedro Calderón; e otra monja. Este señor Juan de Hinojosa fué hombre muy bienquisto, bien criado y de linda razón y plática. Fué muy valiente y de gran virtud. Llegó a ser muy rico de dinero y granjeria, por su maña y diligencia.

A la hija [de Pedro Calderón y Catalina de Chaves] llamaron Constanza de Hinojosa, que es dechado de toda honestidad en su traje e semblante e costumbres, devota, caridosa, prudente, sufrida y callada. Mostró, siendo doncella, a vivir a las doncellas y cuanta honestidad y vergüenza y recogimiento puede haber en hermosura. Y cuando casada mostró el sufrimiento, diligencia y templanza y contento para su casa y marido. Y ahora, en su viudez, muestra devoción, religion y obras de tan acabada señora como es y ha sido en todas edades y estados. Casó con Luis de Carvajal, hijo de García de Vargas, mayorazgo de los Vargas, caballero noble y valiente; hereda su casa Pedro Calderón de Vargas, hijo de tales padres. Su hermano menor, Luis de Carvajal, muy noble caballero, es comendador de San Juan; tiene otras señoras, de gran

fama e virtud una, doña María —casada con Andrés Calderón, hijo de Gabriel Calderón y doña Juana de Hinojosa— señora muy devota.

Y las otras tres hijas del dicho Juan de Hinojosa, contenido en este capítulo, se llamaron María de Hinojosa, Constanza de Hinojosa, Juana de Hinojosa: murieron mozas, no se casaron; fueron muy nobles.

Esta María de Hinojosa, que fué la mayor, fué una muy virtuosa señora y muy devota, la cual rogó a Nuestro Señor que sí purgatorio le había de dar en el otro mundo, que se lo diese en éste. Oyóla el Señor, porque le dió una dolencia de perlesía, tan grande, que la tulló de piernas e de manos e de la cabeza, que no la podía alzar, ni se mandaba, si no la revolvían, como cosa muerta. Estaba con esta enfermedad tan alegre e contenta —por haberlo ella pedido al Señor—, que siempre se conocía en ella una cordial alegría. E así, como estaba, contaba muchos buenos cuentos de antigüedades, con tanta gracia e placer como que mal ninguno tuviera, siempre loando a Nuestro Señor, que así se había acordado de ella. Alegrábase mucho cuando la visitaban sus deudos. Yo la visité muchas veces e la pregunté algunas cosas tocantes a este nuestro linaje, de lo cual me dió muy acordada cuenta. Como muy discreta que era. Reíase, así ovillada, como estaba, diciéndome:

—¿No miráis, sobrino, qué buena disposición tengo para mejor tratar de linaje? Mas por vuestro amor, que me lo mandáis, yo diré lo que de ello supiere —que era muy bien criada y comedida.

Por cierto, vista su paciencia, fe y devoción, no hay duda sino que está gozando de Dios.

Falleció este noble señor Juan de Hinojosa lleno de días y de virtudes. Fué sepultado en la iglesia mayor, con sus padres, en su sepultura.

XXXI CAPITULO DE MARIA ALONSO DE HINOJOSA Y DE FRANCISCA ALONSO DE HINOJOSA

SU HERMANA, HIJAS DEL DICHO ALVARO ALONSO DE HINOJOSA, CONTENIDO ARRIBA, E HIJAS DE CONSTANZA FERNANDEZ ALTAMIRANO

Conviene ahora que igualemos las hijas de Alvar Alonso de Hinojosa e de Constanza Fernández Altamirano, contenidos en los capítulos de atrás, pues que por sus virtudes bien lo merecieron. Contamos cómo Alvar Alonso de Hinojosa, de su mujer, Constanza Fernández Altamirano, allende de los tres hijos —conviene a saber: Hernán Alonso, Martín Alonso, Pedro Alonso de Hinojosa—, hubo dos hijas: la mayor llamaron María Alonso de Hinojosa y la otra llamaron Francisca Alonso de Hinojosa.

Esta María Alonso fué alta de cuerpo, hermosa, aunque morena, discreta y entendida, de mucha calidad, que todos los días que su padre, Alvar Alonso de Hinojosa, vivió ciego —que vivió mucho en esta enfermedad, como ya conté— le visitaba dos veces al día, comunmente, haciéndole dar de comer y limpiarle, no confiando en diligencias ajenas, lo cual es de tener en mucho, por mujer que tenía marido de servir y hijos de criar. Esta señora María Alonso de Hinojosa no sé con quién fué casada; de creer es que fué marido conveniente a su linaje y persona.

Hubo esta María Alonso de su marido tres hijos y tres hijas. Al mayor llamaron Alvaro de Hinojosa, que dijeron del Pardal, de una heredad que así se llama, cabe Jaraicejo y el río de Almonte, la cual dehesa era suya. Este Alvaro del Pardal fué avariento, tanto, que mató a su hermano segundo, llamado Lope Alonso de Hinojosa, en debate de poco interés, entre muchos caballeros principales, que estaban en medio, habiéndolos sobre cierta hacienda de poca importancia. Con ira súpita, le mató con un puñal.

Este Alvaro casó con una señora, hija de Gonzalo de Aguilar, el hijo de Benito Hernández Altamirano e de Catalina Rodríguez de Aguilar, su mujer, como queda dicho. El cual Alvaro del Pardal importunaba con avaricia mucha a su mujer, que se heredase el uno al otro en su testamento. Su mujer, que era una de la más discreta y

graciosa mujer que en la tierra toda se podía hallar, respondíale, diciendo:

—Alvar, mandad vos vuestra hacienda, que no tenemos hijos, a quien vos quisiéreis, que la mía mis padres dejaron asaz herederos que la hereden.

Este, ciego, con codicia, pensó una astucia; viendo que la mujer era vieja y enferma, hízose el malo y dijo que quería hacer testamento y mandalla la hacienda. Ella dijo que para sus hermanos quería su hacienda. Con todo eso, hizo él testamento, y heredera a la mujer, pensando por

allí convencerla. Mas de ahí a pocos meses murió, sin tener lugar de testar otra vez, y quedó la mujer con toda la hacienda y la mandó a sus hermanos.

El tercero hijo de María Alonso de Hinojosa llamaron Martín Alonso de Hinojosa, que dejó el monasterio en (ilegible)[91].

La mayor hija de esta señora María Alonso de Hinojosa, se llamó Catalina Alonso de Hinojosa, la cual casó con Gonzalo Fernández de Torres, caballero noble, de antiguo linaje de los Torres, del cual hubo dos hijas. La mayor fué desposada con Juan de Paredes, un valiente mancebo por su persona y hombre de linaje antiguo y muy estimado en hechos de armas, hermano de Francisco de Paredes, de quien atrás hice mención, que de rico vino a pobre. Este Juan de Paredes mató a esta su esposa y a su madre, la dicha Catalina Alonso de Hinojosa, porque, siendo ella hermosa, la madre traía las visitas de otras señoras. Y el marido era celoso —digo el Paredes—, y no quería aquello. Y envió a decir a la suegra que no tuviese a su hija distraída, fuera de casa, que no parecía bien. Ella le envió a decir que cuando su desposada estuviese en su poder, que hiciese lo que le pareciese, que ahora, que estaba su hija en el suyo, haría lo que le agradase: que si celoso era demasiado, que se lo callase. El la volvió a enviar a decir que donde las encontrase las mataría, con juramento. No se curó la suegra de esta amenaza, y donde las encontró las mató. Mal hizo Paredes; mas mal hizo la suegra de sacar a la mujer de la obediencia del marido, porque éste, de amores de su esposa bella, pudo concebir celos y esto sacarle de seso.

Acaeció que este esforzado mancebo pelease un día, en tiempo de los bandos, en la plaza de esta ciudad. Y era de los Vargas, un brazo, en aquel tiempo, del diablo, nombre, con el Chaves, infernal, como Alepto y Megüera, como el de Güelfos y Gibelinos, nombres infames a los que miran la Justicia, blasones que los dan y ángeles malos. Muchas veces se habrán nombrado nombres puestos en las banderas en los alférez de Lucifer, escritos en las puertas del infierno, bordados de vivo fuego en las ropas de muchos condenados. Muchos dragones, principalmente escorpiones maldicientes, basiliscos envidiosos, víboras revoltosas, áspides airados, tendrán allá, en el profundo, entre fuego y frío y nieblas y presuras, nombre mal aventurado de Chaves y Vargas. Pues por sólo el nombre, estéril, sin provecho, sin honra, por sólo opinión, por sólo modorra, que se enfrenó en tal destino, dejaron el camino de la justicia quien se llamó Chaves, que no es llamarse Mahoma, quien Vargas, que no es llamarse el Río Noble del Diablo. Nombres de caudillos infernales, pues tantas ánimas se habrán condenado por estos solos apellidos, no teniendo respeto ciudadanos a ciudadanos, ni parientes de sangre, en aquella bella por trujillanos plus quam [?] cauibles [?] a campos.

Pues como este Juan de Paredes pelease en la plaza de esta ciudad y le diese una espingarda y cayese en el suelo, su arnés vestido, recogiéndole en una casa, para que se confesase, que estaba herido de muerte, estando aguardando el confesor para ello, entró por la puerta de la cámara donde estaba un cuñado —Juan de Paredes, casado con su hermana— y su mortal enemigo. Subióse de rodillas sobre él, haciendo. Y como le viese el Juan de Paredes, díjole:

—¡Confesión, confesión!

Respondióle el cuñado, diciendo:

—La que vos disteis a las Hinojosa, vuestra suegra y esposa.

Y dióle una puñalada por la boca y otra después, con que le acabó. Aún dicen que le bebió la sangre sobre él.

La otra hija de la dicha Catalina Alonso de Hinojosa llamaron doña Inés de Torres, que fué casada con Alvaro de Almaraz —hombre honrado, caballero de generoso linaje, de los Almaraces y Monroyes

—, del cual hubo dos hijas. A la mayor llamaron doña Catalina de Almaraz, como su abuela, que murió doncella, en opinión de muy religiosa.

La segunda hija de la dicha doña Inés de Torres y de Alonso de Almaraz llamaron doña Al-donza de Monroy, mujer que fué del comendador Contreras; no hubieron hijos. A ésta mucho probaron, después de viuda, sacarla la hacienda, porque era vieja; primero, García de Torres, porque ella era Torres y éste la trajo a la Oliva con gran acompañamiento; y muerto él, vino después Pedro de Loaisa, el Viejo; murió y olvidó sus hijos. Después la sirvió Francisco de Monroy, y ella llevó su hija, doña Isabel, a su casa, como para dotarla, virtuosísima señora, y después no los quiso. A la postrera, doña Inés de Hinojosa, la de García Pizarro, madre de doña Juana de Hinojosa, mujer de Juan Pizarro, el Rico, dechado de materias, la comenzó a ganar la voluntad, por los Hinojosas y Torres. Juan Pizarro, su yerno, se la acabó de ganar. Y murió la dicha doña Aldonza en su poder y le dejó la heredad del Almaradejo y otras haciendas a su hijo Alonso Pizarro, que mandó se llamase de Torres, como se llama, caballero que merece toda riqueza, por su bondad y nobleza y prudencia,

La otra hija menor de la dicha María Alonso de Hinojosa llamaron también María Alonso de Hinojosa, como a la madre. Casó con Diego de Sanabria, noble caballero, del linaje de los Sanabrias, el cual linaje viene de las montañas. Este Diego de Sanabria fué hijo de Juan Hernández de Sanabria, vecino de Montánchez, y de Marina Alonso Cortés, de Medellín, de la cual hubo el dicho Juan Hernández de Sanabria dos hijos. El mayor se dijo Diego de Sanabria, que casó en Trujillo con esta segunda María Alonso de Hinojosa, en la cual hubo el dicho Diego de Sanabria dos hijos: el primero se llamó Juan de Sanabria, como el abuelo.

Este Juan de Sanabria casó dos veces: de la primera mujer hubo al bachiller Sanabria, padre del prudente señor Juan de Sanabria, el cual, este año de 1548, Dios hubo por gobernador en la conquista del Río de la Plata, acompañado de muchos nobles deudos y de diversas partes. La segunda mujer de este Juan de Sanabria fué de Trujillo, llamada Isabel Alvarez de la Torre, hija de Pedro de la Torre, valiente caballero, como arriba se dijo, en la cual hubo este

dicho Juan de Sanabria una sola hija, de cuyo parto murió, llamada María de Hinojosa. La cual María de Hinojosa casó en Trujillo con Martín Méndez, noble caballero, del linaje noble de los Méndez, que vienen de Portugal, hijo de Gil Méndez, nieto de Juan Méndez, biznieto de Gil González.

Hubieron esta María de Hinojosa y Martín Méndez un hijo y seis hijas: éste, ni algunas de ellas, no casaron. Atrás dije de estas señoras.

Al otro hijo de Diego de Sanabria llamaron Pedro de Sanabria, que fué alcaide de Monte-mayor, que es cerca de Béjar; no dejó hijos. A este Diego de Sanabria mataron los hijos del comendador, en campo de Alcuéscar. Yendo a Alcuéscar, en el camino salieron al encuentro y le mataron. El cual Diego de Sanabria, pensando que iba seguro conque llevaba de guarda más de cuarenta hombres con sus armas, mas de que dieron sobre ellos los Ocampos a caballo, todos huyeron y le dejaron solo, porque no debe el hombre enemistado confiar de ruin gente. Mira en qué paran casi siempre los bandoleros y soberbios, que este quiso ir al lugar de los otros. Dice el sabio; «Más cuidado te da un enemigo que consolación cien amigos.» Y en otro cabo dice: «Sí tienes enemigo, ten tu ojo por guarda.»

Después de la muerte de este Diego de Sanabria , su mujer, María Alonso de Hinojosa, viuda, envió a sus hijos, Pedro de Hinojosa y Hernando de Sanabria, a Toledo, a su hermano Martín Alonso de Hinojosa, de quien diré aquí luego. Pues púsolos el tío con señores: al Pedro, con don Juan de Rivera, señor de Montemayor, que le hizo alcaide de esta villa; a Hernando de Sanabria asentó con el conde de Fuentes, el cual casó con una dueña noble, parienta de el dicho conde, en la dicha villa de Fuentes.

Tornando al dicho Juan Hernández de Sanabria, vecino de la dicha villa de Montánchez, el cual, de la dicha señora Marina Alonso Cortés dije los hijos que hubo, casó otra vez el dicho Juan Fernández de Sanabria en Trujillo, con doña Juana Donaire, de la cual hubo un hijo, que se dijo Gonzalo Donaire, y cuatro hijas. Las dos de ellas fueron freilas en el Monasterio de la Puerta de Coria, en Trujillo; a la una llamaron Sarra de Bonilla. Las otras hijas del dicho Juan Fernández de Sanabria fueron casadas; la mayor casó con un

hidalgo llamado García de Porras, que vive en la villa de Montánchez; la menor hija de las cuatro de este Juan Hernández llamaron doña Mesura González de Sanabria, la cual casó en esta ciudad con un hombre hidalgo, llamado Martín Garijo, viudo de la primera mujer, que fué hija de Luis García, nieta de Benito Hernández Altamirano, como arriba se contó. De esta primera mujer hubo el dicho Martín de Garijo unasola hija, que casó con Francisco Ruiz, noble hidalgo, padres que fueron de Juan Ruiz de Aguilar. Mujer que fué de este linaje de Pedro de la Torre, como arriba dije, mas, de que viuda, el fruto que no hubo en la carne, le multiplicó en el espíritu, con su gran ejemplo, virtudes, religión y devoción y santidad, y haciéndose monja en el Monasterio de San Miguel de esta ciudad, donde florece con grandes ejemplos de santidad y muestras de vida a Dios grata, como ya dije[92].

Hubo Martín de Garijo de esta doña Mesura González de Sanabria dos hijos y dos hijas. El mayor hijo fué fray Pedro Garijo, licenciado, muy docto in utroque, juez e prior que fué del Monasterio de Guadalupe. El segundo fué Martín de Garijo, como el padre; dejó un solo hijo, natural. Las dos hijas del dicho Martín de Garijo murieron sin casarse, con mucha honra.

De este Sanabria, que he contado, vienen los Sanabrias de Montánchez, nobles hidalgos. Los Sanabrias de Montánchez vienen de muy antiguo y noble linaje, de Pedro Suárez de Sanabria, de quien dice la crónica del Rey don Fernando, el Emplazado, que le envió a echar del Reino a don Juan Núñez, señor de la Casa de Lara Fué padre de Hernán García de Sanabria, de quien la misma crónica dice que era ayo y mayordomo mayor del Infante don Felipe, hijo del Rey don Sancho, en Galicia. Hernán García de Sanabria fué padre de Juan Rodríguez de Sanabria y de Losada. E Juan Rodríguez fué padre de Men Rodríguez de Sanabria, mayordomo mayor del Rey don Pedro, que fué preso con él en Montiel. Este tuvo dos hijos: el mayor fué Gonzalo Rodríguez de Sanabria —que está enterrado en Ledesma e cuyos sucesores [son] don Gonzalo de Ledesma o Sanabria, que hoy vive, y el señor de Tamamas—; el otro hijo de Men Rodríguez fué Antón Pérez de Sanabria, que pobló en Alcántara y vivió ciento veinte años y casó con hija de Juan González de Vilela y tuvieron un hijo, que se llamó

Juan Hernández de Sanabria, que casó con hija de Garci Pérez, biznieto del Arcipreste de Alcántara, don Arias Pérez.

Este Juan Hernández murió en la batalla de Archite, con el maestre don Gutierre. Tuvo un solo hijo, que fué Juan de Sanabria, y cinco hijas; una casó en Cáceres, con Juan Díaz; otra, en Alcántara.

Juan de Sanabria, hijo de Juan Hernández, casó con doña Urraca González Maldonado; fueron abuelos de Pedro Barrantes Maldonado. En fin, de este Juan Hernández de Sanabria vienen los Sanabrias de Alcántara y de Cáceres y de Montánchez , de quienes ya conté[93].

Las armas de los Sanabrias son dos Leones negros, riñendo, empinados; encima una S y encima de la S una corona de oro en campo blanco, y más, en otro cuartel, las armas de los Losadas —que son todos unos— , una losa de piedra y debajo tres lagartos verdes, cabezas y colas, en campo de sangre, y por orla una cadena de ocho eslabones, con un candado e una letra que dice: «No sea vuestra.»

A la tercera hija de esta señora María Alonso de Hinojosa, de quien arriba comenzamos a tratar, principal en este capítulo, casó en esta ciudad con un noble hidalgo de los Ortunes, que es noble y antiguo linaje, de donde vienen los Fortunes del Erguijuela y Viciosos, de antiguo linaje y muy buenos hidalgos. Lo cual digo porque es más que caballeros.

Y no piense nadie, leyendo este papel, que es menos Martín Alonso de Hinojosa, el menor hijo de la dicha María Alonso de Hinojosa, [cuya mujer] fué muy noble dueña, Francisca Suárez, moza buena, natural de Trujillo. No habiendo generación, hicieron ambas en sus casas el Monasterio de monjas de Santo Domingo en Trujillo. Los cuales mandaron que sus parientas las Hinojosas de Trujillo se recibiesen en dicho Monasterio sin dote, mas con sola una cama de ropa e un vestido, e asimismo las parientas de la mujer, de Toledo. Lo cual, aunque ha poco que lo instituyeron, ya está todo o lo más de ello mudado por frailes, que se entremetieron en ellas. Algunas Hinojosas conocimos, pobres parientas, que fueron de aquel Monasterio.

*

* *

La otra hija de el dicho Alvar Alonso de Hinojosa e de Constanza Fernández Altamirano fué Francisca Alonso de Hinojosa. Casó en esta ciudad con Gonzalo Díaz —deudo de los Díaz que dejaron las capellanías de la Torre que dicen de González Díaz—, del cual hubo dos hijos: al mayor llamaron Hernando Alonso de Hinojosa, como al tío, hermano de su madre, atrás contenido; al otro hijo de esta Francisca de Hinojosa llamaron Gonzalo Díaz de Hinojosa, como adelante diremos, en su lugar.

Este primer hijo, Hernando Alonso de Hinojosa, fué muy valeroso, de gran honra, alto de cuerpo, bien fornido, moreno de rostro, muy desenvuelto y valiente. Siendo mancebo, encontróse en el campo con un hidalgo llamado Cora-jo, el cual había sacado de casa de Hernando Alonso de Hinojosa, su tío, su prima Sancha Alonso. Peleando con el Corajo le mató, muy como varón. Después de casado, y pasados veinte y seis o veinte y siete años de la muerte del Corajo, le mataron los Corajos, habiéndose salido una noche de verano a dormir fuera de casa en su casa, en el lugar de Marta, siendo espiado.

Dejó este Hernando Alonso de Hinojosa, muerto, dos hijos e una hija. El uno llamaban Martín Pizarro, que casó con una hija de Benito Hernández Altamirano y de Catalina Rodríguez de Aguilar, como atrás se contó; otro hijo —que quedó en el vientre de la madre cuando al padre mataron en Marta— llamaron Hernando Alonso Pizarro.

Quedó más del dicho Hernando Alonso de Hinojosa, muerto, una hija, que llamaron doña Gracia Pizarro de Hinojosa, que casó con

Rodrigo Gil de Cervantes, de quien en otro lugar decimos, hijo de Pascual Gil de Cervantes. Esta doña Gracia Pizarro de Hinojosa hubo de este su marido, Rodrigo Gil de Cervantes, un solo hijo, que liaron Hernando de Cervantes, gentil hombre y muy agraciado. Fué muerto de un escopetazo por los tubillos, por una saetera secreta. El cual Hernando Cervantes, de su mujer, Mari Gil y Aguilar —hija de doña Leonor Trapero, como atrás queda contado —hubo una sola hija, llamada Francisca Rodríguez de Cervantes, que casó con Juan Barrantes, hijo de Pedro Barrantes y de fulana de las Cabezas, hija de Garci González de las Cabezas.

La cual Francisca Rodríguez de Cervantes hubo del dicho su marido dos hijos y una hija. El mayor se llamó Pedro Barrantes, como su abuelo; vino de Indias muy rico —hallándose con Francisco Pizarro, de su patria, en el descubrimiento del Perú, donde se señaló como valiente hombre—, que es suyo el lugar de La Cumbre. Casó con doña Juana, hija de Lorenzo de Paredes; tiene hijos muy nobles. Al segundo hijo llamaron Hernando Cervantes, caballero virtuoso y justo; tiene hijos muy honrados.

A la hija de este dicho Juan Barrantes llamaron Ana Barrantes, que, siendo muy hermosa y muy noble, fué desde su mocedad muy enferma. Casó con Diego de Hinojosa de Vargas, el cual compiló lo más de este tratado. Dejó hijos, como atrás dijimos, mis primos hermanos, por parte de su padre.

El nombre de la mujer de este valiente hombre Hernando Alonso de Hinojosa, digna de nombrarse aquí, donde ponemos tantas mujeres que tanto obedecieron y respetaron a sus maridos, no conociendo ella, quizá, como más descomedida y loca, el valor y honra de su marido, que tanto ganó en matar o morir con tanto ánimo por tal causa y honra. La cual, muerto el marido, en lugar de resucitar y levantar su nombre tan dignamente, puso a todos sus hijos el apellido de su linaje, llamándolos Pizarros, callando el Hinojosa, que les venía de la línea del padre. Al postrero, que en el vientre quedó, le llamó como al marido, Hernando Alonso, por donde parece que no pudo ser suya la culpa del descomedimiento, sino de los hijos o de quien los crió, que como no le vengaron la muerte al padre, así no se osaron honrar de este apellido. Llamóse, pues, esta señora, mujer de Hernando Alonso de Hinojosa, muerto en Marta,

Teresa Pizarro, hija de Diego Hernández Pizarro.

Hubo asimismo la dicha Francisca Alonso de Hinojosa, del dicho su marido, Gonzalo Díaz, otro hijo, que llamaron Gonzalo Díaz de Hinojosa, como al padre, que casó con Juana Calderón —hermana de Alonso García Calderón, el que ennobleció su linaje— , del cual hubo un solo hijo, que llamaron Sancho de Hinojosa, caballero bien criado y entendido, gentil hombre, casado dos veces: la primera, con Juana García

Ramiro, nieta de Sancho Sánchez Muriei e de Juana García Carvajal, de la que hubo un hijo, que llamaron Gonzalo Díaz de Hinojosa, y una hija, que llamaron Inés Alonso de Hinojosa, muy noble señora y muy virtuosa, la cual casó con García Pizarro, hijo de Sancho Pizarro, del cual hubo hijas, que fueron todas monjas, salvo la noble y virtuosa señora doña Juana de Hinojosa, dechado de toda honestidad y caridad, a quien Dios, por sus virtudes, ha dado muchos bienes de esta y de la otra vida; casó con su primo Juan Pizarro, prudente y valeroso caballero, hijo de Alonso Pizarro, que hubieron hijos e nietos, todos ejemplo de dignidad y estado, todos de gran virtud dotados, natural devoción, templanza, concordia y prudencia, ricos y honrados. Tuvieron más de once hijos, de los cuales aquí no digo, porque los reservo para otro lugar y sus virtudes no caben en poco espacio.

Dejó el dicho Gonzalo Díaz de Hinojosa, hermano de la dicha Inés Alonso de Hinojosa, de su mujer, Beatriz de Torres, hermana del dicho García Pizarro, dos hijos —que parece que eran cuatro hermanos, trocados en matrimonio— y dos hijas, que murieron niñas, después del fallecimiento de su padre, y fué común decir que llevó el Señor —el cual sabe El sólo tales secretos— aquellas niñas antes de tiempo, porque la madre no quiso perdonar a unos sus enemigos, aunque los vió humillados y puestos en estrecho con la Justicia, rogándoselo con un crucifijo en la mano. Lo cual debe ser ejemplo a todos los vengativos y que obstinan en odio y rencor.

Casó segunda vez el dicho Sancho de Hinojosa con Juana Gutiérrez Calderón, hija de Rodrigo Calderón, natural de las Montañas, de los Calderones y Motas, antiguos solares de aquella tierra, que tienen su asiento en Valverde, lugar de Mérida. Llamáronse Motos, de la Mota de Francia, de donde se jactan que vienen.

Esta Juana Gutiérrez Calderón fué una muy virtuosa señora, muy recogida en su viudez, de la cual hubo Sancho de Hinojosa [dos hijos y] una hija. Al mayor llamaron Juan de Hinojosa de la Mota, el cual, después de grandes fortunas y peligros por mar e por tierra, recibidos en la conquista de la Nueva España, que es Ultramar, se hizo fraile de Santo Domingo, en cuya Orden también se había entrado en aquellas partes un su hijo, muy honrado, llamado Bernardino de Tapia. Este fray Juan de Hinojosa, hubo de su mujer, Beatriz Mexía de Tapia —muy noble señora y hermosa, hija de Gonzalo de Tapia— , cinco hijos y una hija: los cuatro murieron en la Nueva España. Francisco de Hinojosa fué náufrago en aquellas partes, osando él saltar a nado de una nao rota, y así sólo él murió y otro no. El otro hijo es fray Bernardino de Tapia, que dije, muy bienquisto de todos, honrado, afable, amoroso a sus deudos y de los de su patria. A la hija llamaron doña Juana de Hinojosa; casó con su pariente Gabriel Calderón, hijo de Andrés Calderón e doña María Portocarrero, tiene hijos: el que lleva su casa es Andrés Calderón, que casó con hija de Luis de Carvajal, como ya dije.

El segundo hijo del dicho Sancho de Hinojosa e de Juana Rodríguez [sic] Calderón, su segunda mujer, llaman fray Bernardino de Hinojosa, en la observación de San Francisco, el cual, por el gran peligro en que se vió en los Gelves, cuando murió don García de Toledo, hijo mayor del duque de Alba —donde murieron diez hombres y más éste—, prometió, viéndose libre, religión. Y la cumplió, llegando a edad sobre sesenta años. Fué el más alto de cuerpo que había en toda esta tierra; veía ya poco de vejez; fué muy buen religioso y muy bienquisto de su casa.

A la hija del dicho Sancho de Hinojosa e de la dicha Juana Gutiérrez Calderón llaman doña Juana de Hinojosa, la cual casó con Sancho de Orellana —hijo de Pedro Alonso de Orellana y de Isabel Alvarez de Paredes, hermana de Diego García de Paredes, el fuerte y famoso en las armas—, caballero de noble linaje, del cual no dejó hijos. La cual alberga y ampara sus sobrinos, huérfanos, criados sin padre, guardando la costumbre antigua de los Hinojosas, siendo buena hermana de sus hermanos, como de muchas de este linaje queda dicho. Esta señora doña Juana es ya de gran edad y muy devota y continua en las horas, muy reposada y callada. Muestra en su semblante gran gravedad y prudencia; muestra, en

fin, lo que es y muéstranlo más las obras y devoción de los sobrinos que ella ha criado y doctrinado, porque es cosa admirable a los que tienen experiencia, ver que, de la manera que los cuerpos por la generación se semejan, así los ánimos toman los resabios y costumbres y otros ánimos, por los sentidos, oyendo, viendo aquellas costumbres a quien remedan.

XXXII CAPITULO DE ALGUNOS RAMOS DE ESTE ARBOL

DE CONSANGUINIDAD, QUE SALEN DE AQUELLAS TRES RAMAS, HIJOS DE ALVAR ALONSO DE HINOJOSA: HERNANDO ALONSO, MARTIN DE HINOJOSA Y PEDRO ALONSO DE HINOJOSA

Gonzalo de Torres ya dijimos ser hijo de Juan de Hinojosa y su mujer, e que casó con doña Isabel de Alvarado, hija de Luis de Alvarado, el Fuerte. Esta saltaba desde el suelo en un caballo ensillado. Dijéronle Gonzalo de Torres de Santa Cruz, porque, aunque tenía casas en Trujillo, junto a las de Francisco de Monroy, residía en Santa Cruz, y así hacen sus hijos. Este caballero hubo de esta señora tres hijos, que yo alcancé: Pedro Alonso de Hinojosa —como al bisabuelo— y Juan de Hinojosa y una señora que casó con Juan de Escobar, mayorazgo de los Escobares, caballero muy rico y prudente y caritativo y que procura el bien común: tienen hijos, que heredan su casa, dignos de tales padres. Este, cuando muchacho, era muy simple, tomábanle la medida de la cintura por el muslo.

Pedro Alonso de Hinojosa pasó en Indias, donde se señaló, por ser muy valiente hombre, en las guerras del Pirú del Rey, de los Pizarros. Fué de grande ánimo, el cual mostró asaz de veces, principalmente, estando en Panamá, habiendo traído allí el armada del Pirú, para deshacer los agravios que el cruel Machacao había hecho a los vecinos de Panamá, Estando ya allí el de La Gasca y habiéndole ido a recibir algunos capitanes al Nombre de Dios —que él parece que se estaba allí, que no sabía cómo le recibirían

—, muchos capitanes, servidores del rey, viendo que Pedro Alonso no entregaba el arma al rey, siendo requerido dello por el de La Gasca —que iba por gobernador del rey— y por los otros capitanes, fueron a decir al Pedro Alonso que aquellos capitanes le querían matar. Entonces ciñóse una espada corta, vieja, y un puñal. Y él solo esperólos en una pieza de una casa, en Panamá. Y comenzóse a pasear con un gran ceño sobre los ojos. Los capitanes, entediendo como los espera, no osaron ir a hablarle, porque ya era como refrán entre la gente de guerra que cuando a Pedro Alonso se le caía el sobreceño, que no vaya nadie a ponerse antes [sic]. Fué muy cuerdo, suelto, recio y, antes que fuése a Indias, cuando mozo, se notaban en su lugar sus fuerzas y ligereza. Esto heredaría de los Alvarados, porque Luis de Alvarado, su abuelo de madre, aquel famoso en fuerzas y ligereza, ya hemos visto cómo fué.

Y muchos de esta casta han sido muy valientes. Este año en que estamos, de 1563, Francisco de Alvarado —hijo de Juan de Alvarado, vecino de Valverde de Mérida, primo hermano de este Pedro Alonso—, estando desposado en otro Valverde de Badajoz, habiendo muerto a un vecino, sobre llevar unas varas el día de Corpus, huyóse a Portugal, que estaba un cuarto de legua de allí, saliéndose de entre las manos de mil deudos del que mató. Una noche, viniendo de Portugal a casa de la esposa, espiáronle y cercáronle la casa muchos, armados con lanzas, ballestas y piedras.

Y llamándolo uno a la puerta por su nombre, salió con una adarga y espada, que no le dieron más lugar, y dióle [Francisco de Alvarado] una cuchillada sobre el muslo, armado, y derrocóle.

Y luego le dió otras estocadas, alzándole la malla, y no habló más. Cercáronle muchos y, por les coger un esclavo y otro mozo, que se los maltrataban, se metió entre los enemigos cuatro o cinco veces, saliéndose de entre ellos, que esto era en su mano, por ser ligero como un ave. Y en estas entradas hirió a seis hombres de aquellos y ellos le hirieron con saetas. Mas diéronle tales pedradas en los cascos, que se los hundieron y dicen que se le hallaron piedras dentro. Y así cayó junto a un arroyo, muerto, de las piedras y no de otra herida, porque las saetas no eran tan peligrosas. Era éste ceñido de cintura y de la pierna, y la rodilla muy señalada, sin carne, de grandes hombros —y así era su primo, Pedro Alonso— y

valiente.

Vino este Pedro Alonso a ser el más rico que hubo en Indias. Hízole el rey su general en aquella guerra, donde se hubo valerosamente. Matáronle andándose solo, paseando en una huerta sin armas, por robarle, porque él era algo descuidado de su persona. No dejó hijos; él dejó gran honra de sí —por ser muy leal a su rey—, que en las historias de aquella tierra se han escrito. Muchas gracias al Señor, que así permitió que el biznieto de Hernando Alonso de Hinojosa, que mataron los Corajos en Marta, por él errase contra el rey, en otro nombre de Pizarro. El que se llama Gonzalo[94] Pizarro y de Hinojosa es mancebo; erró por malos consejeros. Esto debemos a Dios los Hinojosas, que tanto hizo por nosotros. El otro hijo de Gonzalo de Torres e de su mujer doña Isabel Alvarado es el señor Juan de Hinojosa, que hoy vive en Santa Cruz. Llámase así, como su abuelo, Juan de Hinojosa, el Viejo, padre de Gonzalo de Torres. Yo no sé con qué palabras podía decir lo que oyese de este caballero Juan de Hinojosa; puesto que yo no digo esto por alguna lisonja, porque yo no le he hablado en mi vida hasta ahora, mas oigo decir lo que no oigo decir de otros, que, con ser rico —porque tiene un cuento de hacienda, con lo que tiene de sus padres y lo que ha con dineros de Indias, que le envió el hermano, la cual riqueza suele ser parte para ser peores los hombres, como comunmente le vemos—, este caballero es muy más virtuoso, más llano, más afable, más caridoso. Ha dado a muchos dineros prestados y socorrido necesidades. De los cuales dineros ha perdido muchos, por lo mal que algunos se lo han agradecido. Es extrañamente noble. Casó con una señora de Medellín, creo que Alvarado —será su pariente— y el señor le ha dado hijos; plega al Señor que se críen para su servicio y remeden a sus padres en virtudes, para muchos años.

*

* *

He oído decir, y es cierto, que en Toledo, en la Iglesia mayor, está enterrado don Diego López de Haro, en cuya sepultura arde siempre una vela blanca de cera, que hay renta para ello. Tiene en su sepultura, por armas, banderas Hinojosas. Y es así que, como leemos en la Historia General, un sobrino nombran en la del Muradal, el Martín Muñoz de Hinojosa. Y así sospecho sí el Alonso Alvarez de Hinojosa, vecino de Toledo, viene de éstos, que debieron de tener casa en Toledo y emparentaron con los de Pedro Peleogo y casa de Oropesa. Este don Diego López de Haro debió venir del Nuño Sancho de Hinojosa, primo del Cid. Que los Hinojosas vienen del Cid, son argumentos muchas cosas.

Quedó este capítulo de arriba por acabar, porque no había más en el dicho libro, que se había descuidado quien lo tuvo, o por haber poco cuidado de acabarle, por otras ocupaciones legítimas.

MANUSCRITO DE CHAVES

Relación de lo que yo, Juan de Chaves, he podido colegir de escrituras mías y por lo que he oído a los señores Nuño García de Chaves Alvarado de Escobar, Gutierre de Sotomayor —que en gloria sean— y a María de Castro, madre de Juan González de Rinconada; a Gómez Nuño, el Viejo, y a Gómez de Arévalo y García de Tapia, que fueron los que yo alcancé más ancianos en mi tiempo, sobre la vecindad y tiempo que ha que vino a esta ciudad de Trujillo el primer caballero de nuestro nombre y linaje de Chaves, de adonde descendimos todos los de este linaje y apellido.

Para el licenciado Hernando de Chaves, del Consejo de Su Majestad.

*

* *

Hallo que habrá doscientos años, antes más que menos, que Nuño García de Chaves vino a esta ciudad, a heredar los bienes de Marina Alfonso de Orellana, su madre, de quien él fué mejorado. La cual Marina Alfonso era hija de Juan Alfonso de Orellana, primer fundador de la casa de Orellana la Vieja. Esta señora casó en Ciudad Rodrigo con el señor de la casa Chaves, el cual se llamó Hernando de Chaves, o Fernando García de Chaves.

El mayor de sus hijos quedó en la dicha casa y mayorazgo de Ciudad Rodrigo, con apellido de Chaves y Herrera. Soy informado que hasta García López de Chaves, que hoy es poseedor de aquel mayorazgo, de varón en varón, son trece los que han poseído el dicho mayorazgo con antigüedad y vecindad que tienen en Ciudad Rodrigo de más de trescientos años. Podrá vuestra merced fácilmente escribir a García López, y él enviará relación de lo que hubiere.

Después de viuda la Marina Alfonso de Orellana, vivió en unas casas, recogida; fué persona tan valerosa, que hoy día por excelencia se llama el solar donde ella vivió el solar de la Dueña trujillana.

Pues volviendo a nuestro propósito y descendencia, el dicho Nuño García de Chaves vino de Ciudad Rodrigo a Trujillo, a heredar los bienes que le mejoró su madre, Marina Alfonso. Conociendo los deudos de su madre, y casa de Orellana, valor en el dicho Nuño García de Chaves, apretáronle que viviese en Trujillo. Y tomaron por medio, para acabarlo con él, casarlo con Mayor Alvarez de Escobar, hermana de Alvaro Rodríguez de Escobar, casa antigua y linaje de esta ciudad, y a la sazón, la más rica de hacienda, como por sus escrituras parece. Diéronle en dote con ella la mi dehesa de Tozo, redonda, que hoy renta dos mil ducados, poco más a menos.

Los dichos Nuño García de Chaves y Mayor Alvarez de Escobar, entre otros hijos, hubieron a Martín de Chaves, cuyo testamento envío a vuestra merced. Fué casado con María Alonso; dejó un hijo

que se llamó Nuño. Y fuése [Martín de Chaves] a la guerra contra los moros y en ella, en la batalla de Archite, le mataron. Hallará de esto vuestra merced memoria en la crónica del Rey don Juan el Segundo. En la pérdida de aquella batalla le nombra el cronista, enmendóla el doctor Carvajal, por donde yo creo que en los anales antiguos hay mucho bien escrito de él, más de lo que él puso, siendo natural y de opinión contraria.

Nuño, su hijo, murió sin dejar generación. Por muerte de padre y hijo, sucedió Luis de Chaves, mi señor, el Viejo, que era hermano segundo del dicho Martín Chaves. Y conociendo Nuño García de Chaves y Mayor Alvarez de Escobar, sus padres, algo del mucho valor y entendimiento y partes que después él tuvo y mostró, le mejoraron en tercio y quinto de todos los bienes, por vía de mayorazgo, y se le señalaron en la dehesa de Tozo, dicha, que nuestra casa que hoy posee. Y éste es el primer fundamento y origen de nuestro mayorazgo.

Luis de Chaves, mi señor, casó con doña María de Sotomayor, hermana de don Alonso de Sotomayor —de padre y madre—, primer conde de Belalcázar. Tuvieron muchos hijos varones, que fueron; Francisco de Chaves, Martín de Chaves, don Alonso de Sotomayor, don Diego García de Chaves, Gutierre de Sotomayor, Nuño García de Chaves, abuelo de vuestra merced.

Francisco de Chaves, que fué el hijo mayor, casó con Juana Mexía, hermana de Francisco de Alvarado y de Juan de Alvarado, comendadores de Montijo, Palomas y Lobón. Este caballero, en una entrada que el maestre don Alonso de Cárdenas hizo contra los moros, en las lomas de Málaga, perdió allí una batalla, donde se perdió el alférez Becerra, que vuestra merced habrá oído, a cuyos descendientes, por aquella hazaña.

dió el maestre la heredad y asiento de la Torre de Mexía, dos leguas de Mérida, que hoy posee Diego Becerra de Guevara, su indigno descendiente. Murió allí, en la batalla, Francisco de Chaves, mi señor, mi bisabuelo, como consta de mi propio mayorazgo. En el acrecentamiento de bienes que Luis de Chaves, mi señor, el Viejo, en él hizo, se hace de esto gran memoria por el Rey Católico, que fué el que últimamente le confirmó en el principio de su reinado.

Francisco de Chaves hubo por hijo mayor a Juan de Chaves, mi señor, mi abuelo. Al cual, en remuneración de la muerte de Francisco de Chaves, su padre, le llevó el maestre don Alonso de Cárdenas a su casa y allí le criaron y mandaba doctrinar y ejercitar, para le hacer merced. Todavía el Rey Católico, por la noticia que tenía de los pasados y servicios de nuestra casa y linaje, le hizo merced de una compañía de cien caballos jinetes, que tuvo hasta que murió, con ciento y dos mil maravedís de partido. En ese libro dorado hallará vuestra merced el título y conducta de ello.

Juan de Chaves, mi señor, mi abuelo, casó con mi señora doña Francisca de Ribadeneyra, dama de la Reina Princesa doña Isabel —hermana mayor de la Reina doña Juana, nuestra señora— la cual casó dos veces en Portugal: una con el Príncipe don Alonso —hijo del rey don Juan el Segundo de Portugal, que llamaron el Home, el cual Príncipe don Alonso se mató en Santaren, corriendo la carrera a un caballo— y segunda vez casó con el Rey don Manuel, a quien ella dió la mano por vasallo, cuando la primera vez entró en Portugal.

Era mi señora doña Francisca de la casa de Carreda, solar de Galicia, de adonde dimanó la casa de Ribadeneyra.

Juan de Chaves, mi señor, mi abuelo, hubo por hijo mayor a Luis de Chaves, mi señor, mi padre y a otros hijos.

Luis de Chaves, mi señor padre, casó con mi señora doña Juana de Acuña, mi madre, hija de don Alonso de Sotomayor, arriba dicho, segundo hijo de Luis de Chaves, mi señor, el Viejo, abuelo del marqués de Cerralbo que hoy son.

Luis de Chaves, mi señor padre, hubo por hijo a mí, Juan de Chaves, y a don Alonso de Sotomayor y a doña Ginebra de Acuña.

Yo casé con doña Isabel de Cárdenas, hija de Gutierre de Cárdenas y de doña Catalina de Alvarado y nieta de Francisco de Cárdenas, comendador de los Santos.

Esto es lo que en suma yo sé, como poco curioso, de nuestro linaje y vecindad de Trujillo. Otras muchas cosas dignas de saber, que por

servir a los reyes esta casa ha perdido, dejo para cuando, placiendo a Dios, yo vea a vuestra merced. Con esta memoria en las manos, la tendré yo mayor para contarlas.

*

* *

Han muerto en servicio de los reyes los siguientes de nuestra casa:

Martín de Chaves, hermano mayor de Luís de Chaves, mi señor, el Viejo, en la batalla de Archite, como está dicho.

Francisco de Chaves, mi señor, mi bisabuelo, en las lomas de Málaga.

Martín de Chaves, Gutierre de Sotomayor, Nuño García de Chaves —abuelo de vuestra merced—, los mataron en esta ciudad, y los dos de ellos en un día, defendiéndola del marqués de Villena y de Baeza, su alcaide, por lo cual gozo yo de veinte mil de juro viejo y de otras mercedes, aunque pequeñas, respecto de los servicios que en el privilegio se relatan.

En Perú murió conquistando Nuño, de Chaves, hermano de mi padre. Y a Francisco de Chaves, su hermano mayor, mató don Diego de Almagro y Juan de Herrada y otros tiranos, defendiendo mi tío la voz del rey, con la lealtad de nuestra casa acostumbrada.

Don Alonso de Sotomayor, mí hermano, haciendo ido a servir en la guerra de [en blanco] a su costa, murió de enfermedad, como vuestra merced es buen testigo.

En esto poco se acaba lo que de presente puedo decir.

Murió Luis de Chaves, mi señor, el Viejo, año de 92, que fué en el que echaron los judíos de Castilla y se ganó Granada. Moriría de noventa años, antes más que menos. No hallo en qué año casase con mi señora doña María de Sotomayor, la cual, entre los otros hijos, me olvidaba de decir a vuestra merced que es llamada, y su sucesión, al Condado de Belalcázar, si, por acaso no pensado, viniese a faltar la de los señores poseedores que hoy gozan aquellos estados.

MANUSCRITO DE TAPIA

BREVE TRATADO DE LOS LINAJES Y DESCENDENCIAS, DIVISAS Y ARMAS Y BLASONES DE LOS CABALLEROS DE LA VALEROSA CIUDAD DE TRUJILLO, Y DE ALGUNOS NOBLES LINAJES Y HIDALGOS DE ELLA, QUE ERAN RECIBIDOS COMO CABALLEROS ENTRE LOS TRES LINAJES DE ALTAMIRANOS, BEJARANOS Y AÑASCOS, CUYO GOBIERNO ERA EL QUE TENIA LA CIUDAD, Y DE OTROS CABALLEROS QUE DESPUÉS ACÁ HAN VENIDO, NO DE MENOS CLARA SANGRE QUE LOS QUE EN ELLA ENTRABAN

HE HECHO ESTOS ESCRITOS YO, DON ESTEBAN DE TAPIA, SEÑOR DE LAS VILLAS DE PLASENZUELA Y EL GUIJO Y AVILILLA, ETC., PARA MEMORIA Y CURIOSIDAD

I DE LA VALEROSA CIUDAD DE TRUJILLO Y SUS ARMAS

Habiendo de tratar de la gente de Trujillo, me parece que será razonable cosa tratar algo del lugar, como de madre y tronco que, injertos en él los pimpollos, los ha producido y sustentado, ennobleciéndolos, y ellos dándoles ser a ella, que la tierra de su amor y virtud los alimenta, pues no menos nobleza alcanzan los hombres por sus patrias que por los padres que los engendran.

Cuanto a lo primero, cosa es de que se tiene mucha noticia del gran imperio romano, que en el tiempo antiguo se extendía casi por todo el mundo, o a lo menos faltábale muy poquito para señorear todo lo que entonces de él había descubierto. Y con las demás provincias tenía sujeta la nuestra de España, a quien ellos partían en dos provincias. La raya y límites de la partición era el río Ebro, como lo fué del imperio de cartagineses y romanos, hasta que los romanos echaron a los cartagineses de las Españas, siendo su capitán Cipión el mayor. Y a la parte que ellos habían poseído pasado Ebro, la más su vecina, llamaron la España Citerior, y a la nuestra, que es desde el Ebro acá, Ulterior, cuya señora era la muy ínclita y generosísima ciudad de Roma y ella, gobernada por sí misma y dándole leyes y gobernadores al mundo, ponía dos en las Españas, en cada una el suyo, los cuales tenían nombre de Pretor. Y éstos quitándolos y poniéndolos cuando le parecía que convenía[95].

Fué Julio César enviado por pretor a la España Ulterior, después de la muerte de Sila, habiendo ya tenido algunos buenos oficios en la ciudad, en que había mostrado parte de su valor, por donde tenía llenos de confianza los ánimos de todos los senadores. Y también de consentimiento del pueblo fué confirmado, porque tenía mayor confianza de él que de otro ninguno que pudiese ir a aquel oficio, donde se requería un hombre de gran prudencia, y magnanimidad, porque no sólo tenía de gobernar la provincia, sino reducir por armas algunas tierras que poco había se habían rebelado, como era mucha parte de Andalucía y parte de Portugal y lo más de Extremadura, que siempre fué dura de cervices. Pues llegado César a su provincia, con toda diligencia comenzó a entender en la restauración de ella.

He tratado todo esto porque entiendo que en esta primera venida de César fué la fundación de nuestra ciudad de Trujillo, no porque yo lo haya hallado en autor ninguno, sino porque me parece que si la hubiera edificado cuando otras veces pasó, después que se declaró contra su yerno, el gran Pompeyo, que escribiera su sitio y fundación en sus comentarios, como escribe otras cosas, aunque sean muy particulares, pues no se queda menudencia en el tintero, principalmente cosas donde su campo llegase. Pues de haberla él fundado dan claros testimonios la dición de tantos siglos acá, que siempre de padres en hijos viene la voz diciendo que Julio César fué

fundador de Trujillo, y aún dicen algunos viejos que en cierta parte estaba, en la fortaleza, una piedra, ya suelta, que debiera de haber estado en alguna parte, con unas letras en lengua latina, que decían tanto como en la nuestra quiere decir: «Fulano —que no me acuerdo bien el nombre— hizo esta fortaleza, por mandato del gran César.»

También concluye ser así los nombres que en sí retiene, mas ha de mil y seiscientos años, que guarda dos en sí, en latín ambos: uno es Castra Juli, que quiere decir el Real de Julio, porque antes de la fundación del lugar debió tener allí su real, como en sitio acomodado, por algún aprieto, por la aspereza de la tierra; el otro nombre es Turris Juli, que quiere decir Torres de Julio, de donde, corrupto el vocablo, se llama Trujillo. Y debió de ser que él hizo allí algún fuerte, o para fortalecerse o para invernar la gente[96].

Puédese Trujillo preciarse de gran casta, pues es su madre la muy ínclita y valerosísima ciudad de Roma y su padre el vencedor del mundo, pues lo fué de ella, que al mundo sujetó. La gente de que Julio César la pobló, no se sabe si fué romana, ni española; va poco en ello, pues sea de una o de otra, tantos diluvios de guerra como por España han venido, lo han zabullido, y, al fin, sábese que ninguno de los que ahora son hay que no sea de fuera, como adelante se verá. Tampoco osaría afirmar que entonces quedó poblado de gentes, aunque quedó edificado.

Fué Trujillo fundado casi en mitad de Extremadura, entre los ríos de Tajo y Guadiana. Para mayor claridad de la templanza de Trujillo y de su sitio, me parece que no se perderá nada en declarar su correspondencia a las cosas de los círculos que los cosmógrafos imaginan en el cielo, para conocimiento de las provincias.

Tiene Trujillo ocho grados y cuarenta minutos de longitud, poco más o menos; desde su meridiano al meridiano fijo de las Canarias, tiene de latitud, o anchura, desde su punto vertical, llamado polo del horizonte, hasta la equinoccial, treinta y nueve grados, treinta y cinco minutos, poco más o menos. Y lo que una tierra tiene de latitud, eso tiene siempre de elevación de polo sobre el horizonte. Está Trujillo debajo del quinto clima, que llaman Día Rhomes, que quiere decir por Roma, porque pasa por Roma, y está cerca del principio de este clima, dentro de treinta y cinco

minutos. El día mayor del año tiene en él dieciseis horas y el menor ocho. Estando en el quinto clima, forzoso ha de ser tierra templada, por estar en la zona templada, y en ella, en lo más templado, que es en el quinto clima, aunque de necesidad ha de ser algo más caliente, por estar al principio del clima, que si estuviera en la mitad del paralelo del medio del clima, donde cae Roma. Mas a esta necesidad proveyó naturalezas con que fuese el sitio de Trujillo lugar alto y, por eso, airoso, y, con esto, tan fresco y templado como si estuviera en medio del clima.

También por estar en lugar alto, tiene muy descubierto el horizonte y así se descubre desde él mucha tierra. Y por esa causa los límites donde se remata el horizonte con nuestra vista, todo el remate es sierra casi, aunque están muy distantes de nosotros. Tiene por la parte del oriente las sierras que llaman Villuercas de Guadalupe; a mediodía, unas muy grandes y lejos, un poco más al oriente que al occidente; entre mediodía y occidente, las sierras de San Cristóbal y Montánchez, que éstas son las más vecinas y menores; al occidente, las sierras de San Pedro, donde dicen que nació aquel Viriato lusitano, que llama Tulio, que tantos ejércitos romanos desbarató; al septentrión están las de Miravete y detrás las de Béjar y más atrás, y más al norte y oriente, las grandes sierras de Segovia.

Está, como se ha dicho, en medio de los ríos Tajo y Guadiana, a ocho leguas del Tajo y a nueve del Guadiana, que van corriendo de oriente a poniente, aunque Guadiana se inclina un poco al mediodía. Va alrededor de Trujillo un buen arroyo, que llaman Magasca, dos millas casi siempre apartado de él. Sale hacía el oriente, vale cercando por el mediodía y llega con el cerco a la parre de poniente. Es arroyo donde se provee de moliendas Trujillo, que de invierno, que de verano no tiene agua, que esta es la mayor falta de Trujillo, el no tener agua.

Está en lo más alto del lugar la fortaleza, la cual no sé si toda fué hecha por César, mas que el fundamento del castillo y torre que miran al oriente, volviendo algo al norte, muestra en las piedras y en el edificio ser obra romana. Lo demás del castillo y fortaleza es mu buena de hechura, cuadrada, con sus torres a trechos, para lo necesario a la defensión de la gente de dentro, y todo muy alto,

como en aquel tiempo se usaba, antes que hubiese artillería, y todo lo de arriba cercada de fuerte muralla, y tanto, que dicen que de los lugares fuertes que había en España era Trujillo uno.

En las diferencias de César y Pompeyo, no he hallado que Trujillo haya hecho nada, y así lo pongo en silencio y después digo que estaría debajo del señorío de los emperadores romanos, con toda España, hasta que los godos vinieron o hasta que ellos, por enojos y agravios que les hicieron Arcadio y Honorio, los hijos del cristianísimo y valerosísimo emperador Teodosio, español, alzaron por su rey al bravo e valeroso caballero Ataúlfo, primero rey de España. Después que salió del dominio de los emperadores romanos, habían entrado en ella vándalos, alanos, suevos, con sus reyes: de los vándalos lo era uno cuyo nombre era Gunderíco; de los suevos, Hermérico; de los alanos, Resplandián. Y esto fué en el año de cuatrocientos y trece. Llegaron con la conquista desde los Pirineos hasta Lisboa, a donde pararon y partieron a España, salvo las provincias de Cantabria y Celtiberia, que esto quedó por muchos años en su antiguo ser, sustestándolas y gobernándolas un noble patricio romano llamado Constancio, a quien el emperador Honorio casó después con su hermana Plácida, en pago de sus servicios.

En la partición que los bárbaros hicieron en Lisboa, cupo en parte Extremadura y Lusitania a los alanos y tuviéronla muy poco tiempo, por eso no contaremos por señores de Extremadura ni Trujillo los alanos, porque fué la venida de Ataulfo el de año cuatrocientos y catorce, y dióse tan buena maña, que en breve espacio juntó en uno lo que esotros bárbaros habían dividido y mucho de lo que había quedado de él al emperador.

De lo que toda España se queja, me parece se podrá también Trujillo quejar, que es de la falta de escritores que de sus cosas traten, pues no es posible que en estas revoluciones dejase de hacer alguna cosa digna de memoria, que por falta de escritores no se sabe.

Y dejemos las cosas de Trujillo desde este punto hasta el reino del desdichado Rey don Rodrigo: lo uno, por falta de haber quien de ello trate; lo otro, porque no hace al caso, a la antigüedad de la gente de él. Sólo digo que con lo demás de Extremadura y toda España estaba debajo del dominio de los valentísimos reyes godos,

desde el año de cuatrocientos y catorce, hasta que Dios, por sus secretos juicios y por castigo de España, fué servido de enviar la miserable plaga y casi total ruina de ella en tiempo de don Rodrigo, postrero rey godo, en el año de setecientos y catorce del Señor, y trescientos años después que fué de Ataulfo primero rey.

Pasaron de Africa los moros por Gibraltar y ganaron la Andalucía lo primero, como tierra más vecina a Africa. Después prosiguieron su camino, llegaron a Extremadura y cercaron a Mérida, que aun todavía se había quedado en ella rastro de las reliquias romanas, de aquel antiguo valor. Y con ellas y la memoria de lo que fueron, hicieron más valerosa resistencia que otros españoles a los capitanes de Ulid. Y después de haber hecho lo debido a fuertes defensores, en fin, pudo más la muchedumbre de los moros que el generoso ánimo de pocos y heridos, que había en la ciudad. Y así fué entrada la ciudad y ejecutadas en ella grandes crueldades contra los míseros vencidos.

Pasaron con su conquista y nuestro daño adelante, llegando a Trujillo. No hallo que les hayan hecho resistencia en él, y debió de ser porque debieron de morir en la defensa de Mérida los trujillanos, guardándola como fortaleza de Extremadura y amparo de ella, o debió de ser la poca resistencia por escarmiento de Mérida, aunque yo tuviera por mejor que tomaran dechado en ella para defenderse, si no se hallaron allá.

Pasaron los moros con su conquista hasta llegar a Asturias y a Vizcaya y a las montañas a donde se había recogido el cristianísimo príncipe don Pelayo, que Dios quiso guardar, como a otro Moisés, para reparo de la pérdida de su pueblo y para restauración de las cosas de España y de su religión en ella.

Dejemos a Trujillo lo que estuvo en poder de moros, hasta que por la gracia divina los cristianos la sacaron de los infieles enemigos, ayudando a ello la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, como adelante se verá. Después muchos años que don Pelayo y algunos sucesores suyos tuvieron la silla en Oviedo y después de la traslación de ella a León y habiendo ya reyes en Castilla y estando Castilla y León juntos, en poder del noble rey don Alonso el Sexto, el que ganó a Toledo y el que vulgarmente llaman de la mano oradada, movió Dios su ánimo para sacar de moros a

Extremadura, que era de la conquista de su reino de Galicia y León, que era lo que su padre le había dejado. Y para ello juntó sus gentes.

no sé que año, y llegó con sus fuerzas a Trujillo y cercóla y tomóla[97]. De allí pasó a Cáceres e hizo lo mismo y dióla a unos caballeros soldados que militaban debajo del nombre de Santiago, aunque no debajo de religión, y así se llamaron caballeros de Cáceres, de los cuales, y de otros muchos, después se fundó la ilustrísima Orden de Santiago, tan principal en España[98].

En tiempo que los reinos se habían dividido, después de esto, se volvió a perder Extremadura y Trujillo, de que muerto don Alonso el Sexto dividiéronse de esta forma; lo que era de cristianos en Portugal, dio el rey a una hija bastarda suya, en dote, llamada doña Teresa, [casada] con un caballero gascón llamado don Enrique, que había servido bien en las guerras, con título de conde. Su hijo de éstos se llamó rey, y de aquí tuvo pricipio el reino de Portugal. En lo demás de estos reinos sucedió doña Urraca, casada con don Alonso de Aragón, que se cuenta Séptimo, y en este reinado imagino yo que se perdió segunda vez Trujillo. Esta señora había estado casada con el conde don Remo de Tolosa, con quien le habían dado a Galicia, con título de conde. De este primer matrimonio nació don Alonso el Octavo, y fué en vida de su madre alzado por rey. Este fué tan valeroso, que se llamó Emperador de las Españas, porque todos los reyes de ella, paganos y cristianos, le conocieron vasallaje[99].

Este valeroso rey tuvo dos hijos, en que se volvieron a dividir Castilla y León: el mayor de ellos se llamó don Sancho, que fué rey de Castilla; el menor y segundo se llamó don Fernando, a quien cupo lo de León. Comenzaron a reinar año del Señor de mil ciento y cincuenta y siete. Este don Sancho fué a quien vulgarmente llaman el Deseado, y murió el año siguiente de mil ciento cincuenta y ocho. Dejó don Sancho un hijo de la reina doña Blanca, su mujer, hija del rey de Navarra, llamado don Alonso el Noveno, de edad de tres años. Este don Alonso fué el que venció a aquella muy grande y esclarecida batalla de las Navas de Tolosa, reinando él en Castilla, y en León don Fernando, su tío, después de haberse reconciliado de sus más que civiles contiendas. Entiendo que se debieron juntar y

en uno poner sus fuerzas para la conquista de lo que era en Extremadura de moros, aunque algunos autores dicen que sólo don Alonso el Noveno y otros que sólo su tío. Fuese a ello como se fuere, que va poco en ello, mas tiénese por cosa cierta que en este tiempo se hizo la segunda conquista de Trujillo. Lo que me inclina a creer que vinieron ambos reyes es ser la conquista del rey de León y venir el de Castilla a ella, y también, si viniese el de León solo, quedárase con la ciudad y no la diera, como la dió, a unos caballeros soldados, que entonces comenzaban cierta religión. Y así entiendo que ambos reyes habían hecho liga para tomar lo que tenían paganos en Extremadura y darlo a esta nueva religión, y así le dieron a Trujillo y se llamaron Trujillenses estos caballeros de esta religión y tuvieron convento en la dicha ciudad, en las casas del mayorazgo de los señores de Orellana la Vieja, junto al alberca. Diéronles también a Santa Cruz, Albalá, Cabañas, Zuferola, con todas sus pertenencias[100].

Ya queda dicho arriba cómo reinaba en Castilla don Alonso el Nono y en León don Fernando, su tío. A don Alonso sucedió en los estados su hija doña Berenguela, que casó con don Alonso, que sucedió en el reino de León al rey don Fernando. Y de este matrimonio nació el rey don Fernando el Santo y otros hijos. Y después de haber estado casados la reina de Castilla y el rey de León, se deshizo el casamiento, por el deudo que tenían, y siendo viva doña Berenguela casó el rey con otra cuyo nombre era doña Teresa, en quien hubo dos hijas, a quien quedaba a la una a León y a la otra el de Galicia.

El año de 1230 murió el Rey don Alonso y reinaba ya en Castilla don Fernando, su hijo, y fué a tomar la posesión del reino de León, no obstante la manda que el rey su padre había hecho a las infantas sus hermanas. Don Fernando tomó la posesión de aquel reino y entonces fué la postrera vez que se juntó con Castilla y después acá nunca se ha dividido. El rey dió ciertas cosas a las infantas sus hermanas, por concierto.

Ya arriba queda dicho que, reinando en León y Castilla don Fernando y don Alonso, abuelos de este rey, se ganó segunda vez Trujillo y se dió a los caballeros Trujillenses. Resta ahora decir como se perdió después de esto, con todos los lugares de estos caballeros en Extremadura. Y estos caballeros, desque perdieron su

ciudad y convento, fueron a Alcántara y allá fueron recibidos misericordiosamente de los caballeros y clérigos de la religión de Alcántara y admitidos en su religión. Y así se incorporó en ella esta de los caballeros que había en Trujillo; pudo ser que fuese toda una orden, aunque en la crónica de Alcántara dice ser diferente.

Garibay dice, de esta pérdida de Trujillo, que Almoaduz, rey de Andalucía, en tiempo de don Alonso, el que ganó la de las Navas de Tolosa y pobló a Plasencia, vino. Y trajo el moro gran ejército contra Toledo, Talavera, Maqueda. Y no pudiendo hacer efecto, volvió las armas contra Extremadura y tomó a Plasencia. Y más ganó Santa Cruz y Montánchez y Trujillo, y que luego se hicieron paces y cobró el rey sus lugares. Y paréceme que se yerra Garibay, porque estos lugares, a lo menos Trujillo, era del reino de León y de la Orden dicha. Lo que a mí me parece, es que Trujillo se perdió, como dicho es, estando en poder de estos caballeros, las postrera vez, y que ambos reyes ayudaban a esta Orden y así sintieron la pérdida como cosa propia.

Sea como fuere, según dice Juan de Mena, a Trujillo le ganó don Fernando el Santo. Y no pudo ganarle sin haberse perdido. Y con esto me parece que se traen a concordia los historiadores que tratan de la toma de Trujillo, con que fué ganada y perdida todos las veces dichas, pues en

aquel tiempo más andaban las ciudades de España de un poder en otro, que suelen en este tiempo andar ropas o mercaderías, hasta que, por la divina misericordia, en tiempo del Rey don Fernando el Santo, fué Dios servido de inspirar en él, para que viniese a la conquista de Trujillo y de otros pueblos que moros tenían en Extremadura.

En el año del Señor, según la más común opinion, de 1231, juntó el santo Rey don Fernando sus gentes y vino marchando la vía de Extremadura y llegó a la ciudad de Trujillo y sitióla y cercóla con su campo y puso las principalas fuerzas de su ejército a la parte de mediodía, donde son los arrabales de la ciudad al presente. Y los moros enemigos, que estaban en la fortaleza, tenían gran ánimo, para no darse; lo uno, por ser escogida gente de guerra; lo otro, por haber braveado, diciendo que no perderían ellos aquel castillo, como otros lo habían perdido dos veces, y lo otro era por la

fortaleza del castillo y aspereza de la tierra para los cercadores y poca comodidad para los combates y asaltos.

Estando en esto el buen rey, buscando nuevos consejos para la ejecución de su intento, algunos le decían que no llegase con el cerco junto al castillo, por el peligro que la gente recibiría de los de dentro, por estar en muy alto, de donde lanzaban armas y piedras de ondas, como lluvia, y otras piedras, con ingenios, que a no ser el rey y su gente de ánimo invencible, pudiera ser que no sufrieran con tanta pertinacia los tiros que arrojaban. Por otra parte, parecía que si no llegaban el cerco y combatían el castillo, que era en vano su venida y que podrían ser socorridos los cercados y poner el negocio en condición de que por entonces no hubiese efecto su conquista.

Estando, pues, el buen rey vacilando con su imaginación y oyendo diferentes pareceres, fué Dios servido de dar clara victoria a los españoles cristianos, por intercesión de su gloriosísima Madre. Y así Ella fué servida de aparecerse sobre la puerta principal de el castillo, que estaba entonces a la parte que mira al mediodía, en frente de donde estaba el campo cristiano. Y viendo los cristianos tan maravillosa vista, cobraron ánimo y coraje, con una santa y generosa confianza, como quien tenía por amparo a la Reina del Cielo. Y así apretaron con el combate y asaltaron, según yo entiendo, la ciudad o castillo y le ganaron.

No sé yo la parte por donde entraron. Hay algunos que dicen que Hernán Ruiz de Valverde, un caballero que se halló en la conquista, entró por un albañal de la muralla, que está junto a la puerta de Hernán Ruiz, y que entró noche, con una piel de un cabrón, entre otros cabrones que por allí entraban. Y éste tomó las llaves y abrió una puerta que está cerca del albañal, que es la de Hernán Ruiz, y por allí entraron los cristianos. Otros dicen que esta entrada fué por una portezuela pequeña que está en el castillo, que mira al oriente, volviendo un poco al norte, por donde entraban los dichos cabrones y cabras. Pero no me parece que va esto muy en razón, antes me parece que la toma del lugar debió de ser que la gente cobró ánimo con la vista de Nuestra Señora y apretaron el combate y los enemigos perdieron el ánimo y así se tomó el lugar y que este Hernán Ruiz debió de ser valiente caballero y debió de hacer alguna

cosa señalada y de aquí tuvo el vulgo origen para celebrarle, añadiendo fábulas a su valentía[101].

De un tan gran beneficio como hizo Nuestra Señora a Trujillo, nació la causa para que la ciudad y república trujillana tomase por armas una Nuestra Señora con su Hijo Niño en brazos, que con El se debió de aparecer, y entre dos torres. Y estas son sus armas, escudo y blasón y divisa. La puerta sobre que se apareció está ahora tapada, no sé por qué causa, y está, de torre a torre, un corredorcico pequeño y allí un altar, donde está una imagen de Nuestra Señora, en memoria de cuando allí se apareció. Lo cual es las verdaderas armas de la ciudad. Los colores de que está pintada y un letrero, que está puesto por encima en el circuito de la imagen, irá puesto en el escudo de la ciudad, que va más abajo.

En la conquista de Trujillo, entre otros caballeros y grandes que se hallaron, se halló el maestre de Alcántara, don Arias Pérez Gallego, el cual pidió al rey le diese la ciudad, por haber sido de los caballeros trujillenses, que ya estaban incorporados a su orden y eran miembros de ella. Al rey le pareció que era mejor para la corona real. Y así se quedó con ella y dió al maestre, por el derecho que decía tener a Trujillo y a lo que aquellos caballeros habían poseído con él, la villa de Magacela. Y a los caballeros hijosdalgo que venían con él en la conquista y no estaban bien acomodados en las tierras y quisieron quedarse en la ciudad, repartió con ellos largamente el despojo y con gran franqueza les dió los campos de ella. Hizo este noble y Santo rey esto, como quien tenía gusto de atraer así los soldados, para las conquistas que después hizo.

Los caballeros y hijosdalgo que poblaron a Trujillo y quedaron en él son los que se siguen: Altamirano, Barrantes —se halló un caballero en la conquista, que fué después maestre de Alcántara, y un nieto de éste vino a Trujillo—, Botes, Briceños, Escobares, Sandovales, Tapia, Torres, Mohínos, Murieles, Solanos, Valverdes.
Cómo vinieron esotros, en su lugar se dirá y a donde se dijese de cada uno de éstos y de los otros.

*

* *

Sea Dios bendito que me ha dejado llegar aquí con lo dicho de Trujillo, que hasta aquí era menester quien diese claridad de sus cosas, que de aquí adelante no ha menester quien las aclare, que bien claro testimonio dan las esclarecidas obras de los caballeros de él, que, si se hubieran de escribir, fuera necesario otro Tito Livio. Y así tengo por mejor callar que decir poco de tantos y tan principales caballeros y señoras honestísimas y varoniles como ha habido, desde don Fernando el Santo hasta don Felipe el Segundo, rey de toda España, debajo de cuyo dominio vivimos. Sólo contaré un valeroso hecho de una mujer, y no noble, por muestra de lo que hay en la nobleza, haciendo una mujer, que no lo era, una tan gran cosa.

Es así que en la ciudad de Trujillo había una mujer, humilde de linaje y pobre, aunque dicen algunos que era hidalga, llamada Barca. Y esta debe ser tenida en tanto como si fuera de los Barcas de Cartago, de cuyo linaje fué el famoso Aníbal. Esta vivía en la calle de Garciaz. Y tenía un hijo, muchacho travieso, y fué a la plaza, donde estaba un hombre de la Vera, vendiendo fruta. Y el muchacho fué con importunidad a arrebatar al verato la fruta más veces de lo que su paciencia sufría. Y el verato, impaciente y colérico, tira al muchacho las pesas con que estaba pesando y acertóle en la cabeza con una que le bastó para quebrarle los cascos y saltarle los sesos y sacarle la vida. Y como el verato vió mortal al muchacho, huye despavorido, por miedo de sus parientes y de la justicia. Y como el desgraciado verato no hubiese estado otra vez en Trujillo, juntamente con el miedo, andaba desatinado. Ya, en fin, vínole a la memoria que había entrado por la calle Garciaz y enderezó su huida hacia allá y llegó a casa de la valerosa Barca él y la fama de la muerte del hijo, casi a un tiempo. Y como el afligido hombre no sabía a casa de quién iba, contó su desgracia a la madre del muerto, sin entender que era su madre. Le pidió lo escondiese; ella lo hizo y encubrió su pena y escondió al hombre de

la justicia y de sus parientes. Y después que todos idos, llorando por su querido hijo, llamó al matador y le dijo que su hijo era el muerto. Y con ánimo más que de romano, le dijo que su casa le había valido de tomarla para amparo, para no despedazarle ella, y el no haber conocido ser el muerto hijo suyo. Y con esto le envió libre: ¡Callen los hechos de griegos, griegas, latinos y latinas, con el de esta mujer!

Aquí dejo a Trujillo y diré de los linajes de él. Pues las gentes en el lugar no se espanten si la afición de la patria me ha detenido en esto de Trujillo más que conviene a la brevedad prometida, pues la afición de la patria me libra de ser vicio. Las armas de la ciudad son éstas, como aquí están, aunque el letrero de que está cercada la imagen no es de las armas. Y este letrero compuso Luis de Tapia, abuelo de Luis de Vargas de Tapia, que hoy vive. Llaman esta imagen de Núestra Señora de Victoria, porque con su vista la dió a los cristianos[102].

II DE LOS ALTAMIRANOS

Estos caballeros Altamiranos, su antiguo origen y solar fué en tierra de Avila, en un lugar llamado Altamiros, y de aquí tomaron ellos el nombre y, correspondiéndose, se llamaron Altamiranos. Vinieron a Trujillo cuando se sacó de poder de los moros; han siempre sido muy estimados en la ciudad, y tanto, que después, no sé en qué tiempo ni de qué rey, habiendo venido los Bejaranos de Badajoz y los Añascos, según la más común opinión, habiendo en Trujillo tantos caballeros como hay ahora, descendientes de los conquistadores de él, se juntaron los Altamiranos, que lo habían sido, con Bejaranos y Añasco, que eran venidos desde tiempos del Rey don Sancho el Bravo, e hicieron estos tres linajes otro triunvirato, como el de Octaviano y Marco Antonio y Lepino del mundo. Estos linajes le hicieron de los oficios y de regimientos, aunque no igual, porque de ocho votos añales que eran, la mitad cupo a los Altamiranos y la otra mitad se dividió entre Añascos y Bejaranos, que debieron ser deudos. Verdad sea que debajo de

estos tres nombres entraban esotros caballeros y algunos de los más nobles hidalgos. Por lo que yo imagino que se hizo esta partición, es porque había algunos quejosos, que los oficios andaban en algunas parentelas y otros nunca tendrían oficios. Y así, de conformidad, harían la partición teniendo del rey licencia, para que a la ciudad la gobernasen los nobles[103]. Y todos los nobles tendrían deudo con los de estos tres linajes, más que con otros de los que había, y por esa misma razón sus nombres fueron debajo de los nombres de estos tres apellidos.

Los que entraban debajo de este nombre Altamirano, trataré en particular de cada uno y son los que se siguen: Altamiranos, Orellanas, Chaves, Calderones, Hinojosas, Prados, Mexía, Torres, Grado, Monroyes, Giles. Los que entraban debajo del nombre de Bejaranos son éstos: Vargas, Carvajales, Paredes, Loaisas, Ramiros. Campos, Cabezas, Bonillejas, Botes, Sandovales, Valverdes. Los que entraban debajo del nombre de Añascos son los siguientes: Pizarros, Escobares, Tapias, Barrantes, Arévalos, Toriles, Briceños[104]. Los demás de éstos que aquí van puestos, que estuvieren en este tratado, han venido después a acá y emparentado con algunos de éstos.

A más de tener los Altamiranos los cuatro votos, tenían otras preeminencias. Una era hablar primero en Cabildo y poner sus armas en las puertas de la ciudad, con las de los reyes y las de la ciudad, donde también las ponían los Añascos y los Bejaranos. Y demás de esto, sellar la ciudad con sus armas, los pesos y medidas, lo cual aún hoy dura.

De este apellido de Altamiranos dicen que hay algunos en tierra de Avila, donde éstos vinieron; también los hay en Jerez de la Frontera, gente muy principal, que de Trujillo fué allá, en la conquista de aquella ciudad. Los que ahora han quedado en Trujillo de este apellido, lo son por hembra y no por varón y conservan esta memoria de tener la hacienda de los Altamiranos. Las casas que hoy hay que guarden nombre de Altamirano y lo sean, son las del Alcazarejo, aunque por hembra, que por varón son Torres, linaje muy principal. Don Alvaro Altamirano, que hoy vive, señor de la casa de Alcazarejo, casado con doña María de Sotomayor, hija de Pedro Mexía de Escobar, es hijo de García Altamirano y de doña

María Altamirano, prima suya e hija no sé de quién; García Altamirano y su hermano Gonzalo de Torres Altamirano, éstos fueron hijos de Alvaro Altamirano y de Mencía Alvarez de Mendoza. Alvaro Altamirano fué hijo de García de Torres y de una hermana de Hernando Alonso Altamirano, que fué en quien se acabó la línea de los Altamiranos por varón. A esta mujer de García de Torres no le sé el nombre. García de Torres fué hijo segundo de Gonzalo de Torres, el Viejo, y de Juana García Carrasco. Esotra casa de Gonzalo de Torres Altamirano, queda con esto declarada. La de Diego Altamirano dicen que por varón vienen de los Loaisas, gente muy principal.

Otros muchos hay que vienen por hembra de los Altamiranos, que no guardan el nombre, y otros hay que lo guardan, como si les viniera por varón, no viniéndoles por hembra ni por varón.

Estos caballeros traen por armas diez roeles azules en campo de plata y una orla de gules con ocho aspitas de oro, como aquí van puestas.

III DE LOS ALVARADOS

Los Alvarados fueron, en Trujillo, en el tiempo que los hubo, muy caballeros. Su solar es en la Montaña; no ha quedado nadie en Trujillo de ellos por varón, ni que guarde su apellido solamente, sino sobre otros. Y así no me detendré en decir de ellos más que fueron gente valiente en Trujillo, que fueron a tierra de Mérida, donde hay algunos. Traen por armas un escudo de oro con cinco flores de lis azules, como aquí están.

IV DE LOS AÑASCOS

Este es uno de los tres linajes de esta ciudad, cuyo gobierno era el

que solía tener. Entiendo que vinieron con los Bejaranos, cuando vinieron a Trujillo huyendo del rey don Sancho, el Bravo, y que eran todos deudos, porque quieren algunos decir que cuando se concertaban los tres linajes en partir entre sí los regimientos, que no daban los Altamiranos a los Añascos parte, sino que partían entre ellos y los Bejaranos y que los Bejaranos les dieron la mitad. No sé de su origen más de esto y que en Trujillo fueron muy buenos caballeros y estimados en mucho; no sé que los haya habido en otra parte[105].

Los linajes que entraban debajo de este nombre, eran: Pizarros, Escobares, Tapias, Barrantes, Arévalos, Toriles y Briceños, Ponían sus armas sobre las puertas de la ciudad; son éstas: escudo verde, dentro una cruz negra, de la hechura del hábito de Calatrava, y en medio de la cruz otra esmaltada de plata, que no llega a los remates de los brazos de la negra, con cuatro veñeras o conchas, entre cada brazo la suya, como aquí van, sin llegar a ningún brazo.

V DE LOS DE AREVALO

Los Arévalos han siempre tenido en Trujillo posesión de buenos hijosdalgo. El día de hoy hay pocos y pobres por varones; por hembra hay algunos. Entraban en el Ayuntamiento con los Añascos y entiendo que ponen sus armas, y si no las ponen no sé cuáles sean, porque no las he podido descubrir en los libros de blasones de los reyes. Aquí quedo este escudo en blanco, para que las ponga quien quisiere, en tanto que yo las hallo, que si las hallare, yo las pondré[106].

VI DE LOS BARRANTES

Los del linaje de Barrantes se jactan venir de León, de Garci Fernández, hijo del conde Fernán González, y el séptimo maestre de Alcántara, que fué en tiempo del rey don Alfonso, el Sabio, llamado

don Garci Fernández Barrantes, al cual eligieron año del Señor de 1254. Fué el maestre gran privado del rey, y tanto, que cuando murió le dejó por su testamentario, según parece por su crónica, aunque allí corruptamente le llaman maestre de Calatrava. De más de este maestre, hubo otro caballero en aquella Orden y en tiempo de un maestre antes de éste, frey Alonso García Barrantes, comendador de las Casas de Ciudad Rodrigo.

Según se dice de la venida de los Barrantes a Trujillo, es así: el maestre tuvo un hijo, que se llamó Alonso Fernández Barrantes; el hijo del maestre tuvo un hijo que se llamó como el maestre; éste tuvo dos hijos, el uno que se llamó como el abuelo, Alonso Fernández Barrantes, y el otro Pedro Fernández Barrantes. Este Pedro fué a Trujillo y de éste vienen los Barrantes y estuvo tenido siempre por muy caballero. Y así, cuando los Bejaranos fueron a Trujillo, según parece por una ejecutoria que sacó el Licenciado Bejarano, un hidalgo de Andalucía, al cual la pidieron en el lugar donde vivía, como han pedido a todos en el Andalucía. Y éste probó ser sus pasados de Trujillo, de los Bejaranos, y sacó muy buena ejecutoria y le dieron por armas las de los Barrantes y el nombre el de los Bejaranos. Entiendo yo que el dar a éste en la ejecutoria las armas de los Barrantes, y no la de los Bejaranos, que debió de ser a pedimento suyo y que con el largo tiempo se habían olvidado de las armas de los Bejaranos, que cuando su antecesor de éste fué de Trujillo no debieron de estar en él bien asentados, como cosa que había poco que habían ido al lugar, y que éste, acordándose de las armas de sus parientes los Barrantes, las debiera poner y tener el nombre de los Bejaranos, y así sus descendientes de éste, hasta casi ahora, en nuestros tiempos, que este licenciado sacó ejecutoría.

Las casas de los Barrantes que hoy hay es la de Juan Barrantes, segundo señor de La Cumbre, marido de doña Catalina de Orellana, hermana de Hernando de Orellana, hijo de Pedro Barrantes y de doña Juana de Paredes, su mujer, hermana de Alvaro de Paredes. Pedro Barrantes y su hermano Hernando Cervantes fueron hijos de Juan Barrantes y de Francisca Cervantes.

Las armas de los Barrantes están puestas, con las de los Orellanas, sobre la puerta del Hospital de Spiritu Santo, en señal de haber hecho el Hospital dos de estos linajes. Las armas de los Barrantes

son: escudo colorado, banda de oro, metida en las cabezas de dos sierpes verdes, con ocho aspitas por orla, como aquí están.

VII DE LOS BEJARANOS

Estos caballeros son de muy claro linaje y muy conocidos en toda España, en otro tiempo. Su muy antiguo origen no sé dónde sea, mas de que en tiempos del Rey don Sancho el Bravo eran muy poderosos y principales en la ciudad de Badajoz, donde tenía grandes bandos con los Portogaleses, gente tenida en mucho, de quien había algunos caballeros en el Consejo del rey. Y éstos informaron al rey con falsa relación, diciendo que ciertas dehesas comunes las habían usurpado para sí los Bejaranos. Y como eran privados, alcanzaron del rey provisión, para que las dehesas fuesen comunes, y no solamente las hicieron comunes, mas se quedaron con ellas, pudiéndolo hacer, como quien recibía favor del rey. Los Bejaranos, agraviados de esto, fueron al rey, que remediase tan gran agravio como aquel que habían recibido de sus enemigos, por mandado de Su Alteza. El rey les dió provisión para ser restituidos y no quisieron cumplirlas sus enemigos. Y pidiéronlas segunda vez; respondió el rey qué hombres eran ellos tan naturales de Badajoz como los Portogaleses, que hiciesen que se obedeciesen sus cartas y que no le importunasen más.

Las cuales palabras no las dijo el rey con el sentido que ellos las tomaron, y, por ser equívocas, se apellidaron y juntaron y dan tras sus contrarios un día, estando descuidados, y asoláronlos a todos, que no dejaron varón ni mujer ni niño ni niña.

El rey, mohíno de esto, envió al Condestable allá. Y el Condestable entró en la ciudad, con que de parte del rey, aseguró las vidas. Y después fué el rey, el cual no quiso guardar lo que el Condestable les había asegurado de su parte, antes hizo en un día una pepitoria de cuatro mil personas de aquel linaje, que no quedó ánima que en la ciudad estuviese que no pasase a cuchillo. Algunos caballeros de ellos, de los más discretos, viendo el error que habían hecho y

conociendo la áspera condición del rey, parecióles que no era cosa segura aguardar al rey, a ver con qué semblante lo tomaba, y dijeron a esotros que todos se fuesen. Esotros no quisieron, pareciéndole que bastaba la seguridad dada del Condestable. Y como vieron que determinaban quedarse, ellos, con sus hijos y los mayores tesoros que pudieron haber, determinan dejar su ciudad y buscar nueva vivienda.

Fué lástima, cierto, ver gente tan principal así asolada y, los que mejor libraron, verlos andando peregrinando por tierras ajenas, como a otros Eneas, que escapó de la troyana destrucción, donde había visto miserablemente morir a sus ciudadanos y con gran dolor acabar sus deudos. Pues éstos, que con buen aviso salieron de Badajoz, vinieron a Trujillo, donde fueron bien recibidos, como merecía gente tan principal, y con sus tesoros compraron grandes haciendas, y tantas, que en breve tiempo se hicieron la gente más poderosa de la ciudad y así crecieron en honra y hacienda y se libraron de la furiosa tempestad, de la ira del rey.

Fué en Trujillo, en sus principios, gente de mucho lustre, muy francos caballeros; era uno de los tres linajes, como está dicho, que gobernaban la república, debajo del nombre del cual entraban los Vargas, Carvajales, Paredes, Loaisas, Ramiros, Campos, Cabezas, Bonillejas, Botes, Sandovales, Valverdes.

De este linaje fué aquel honrado caballero, Diego de Orellana, el Bueno, que ya habían dejado, inconsideradamente, tan claro nombre como el de Bejarano, en siendo señores de Orellana de la Sierra, y se llamaron Orellanas, por ser señores de Orellana, aunque dejaron las armas, que estas traen hoy. Este caballero fué en España tan estimado, que dicen por cosa cierta que estando el Rey don Juan el Segundo en Trujillo se andaban paseando el Diego de Orellana y don Alvaro de Luna, trayendo al medio al rey en la plaza.

Y por esto no puedo yo creer que donde había caballeros de tanta estimación como éste, dejasen tomar a don Alvaro de Luna posesión de su ciudad, y así no le cuento por señor ni duque de Trujillo, como las crónicas lo cuentan, que aunque es verdad que el Rey don Juan el Segundo le hizo merced de la ciudad, el alcaide que estaba en la fortaleza no se la quiso dar, antes el maestre [don

Alvaro de Luna] usó de un ardid y fué decir que le quería hablar solo y el alcaide salió por aquella portezuela que está a la puerta del Sol. Y el maestre tenía su gente por bajo del To-rimóte, donde ahora es el estudio, y comenzó a hablar con el alcaide y irse llegando para él. Y abrazóse con él y echóse a rodar por allí abajo, donde estaba su gente. Y la gente de la fortaleza, por no hacer mal a su alcaide, no tiraron al maestre y de esta manera hubo la fortaleza, aunque yo creo que en la ciudad nunca fué recibido por señor, aunque es verdad que los Vanis Migueles, que entonces él confirmó como señor, por no sé qué delito que su dueño había hecho, él hizo merced de ellos al maestre de Alcántara, don Gutierre de Sotomayor, y el maestre de Alcántara los dió a su hija, doña María de Sotomayor, mujer de Luís de Chaves, el Viejo.

También me mueve a no creer que el don Alvaro de Luna tuviese posesión de Trujillo, ver que don Enrique, su hijo de don Juan, la quisiese enajenar dos veces, siendo ambas alcaide Gracián de Sese. La una la quiso dar al duque de Arévalo. don Alvaro de Zúñiga, y con ir el propio rey a ponerle en la posesión, el alcaide, con buenas palabras, lo excusó y los ciudadanos no quisieron recibirle; después la dió al maestre de Santiago, don Juan Pacheco, y no le quisieron obedecer. Y él dió a Gracián de Sese a San Felices de los Gallegos, una villa del conde de Ureña, su sobrino, porque le diese la fortaleza, y así se hizo. Y con todo esto, no le quiso la ciudad admitir por señor, aunque tuvo la fortaleza y puso por alcaide en ella uno cuyo nombre era Juan de Baeza[107], hombre valeroso por su persona. Y estando las cosas en este estado, don Juan Pacheco murió en Santa Cruz y la Reina Católica cobró la fortaleza.

A este Diego de Orellana, el Bueno, dió el rey don Juan a Cañamero y no sé si Logrosán y Berzocana. Y un hermano suyo, llamado Pedro de Orellana —de quien vienen los que tienen la casa— y los Chaves lo contradijeron. Y en este estado, un caballero pobre, llamado Francisco de Torres, que debieron de echar otros por envidia del Diego de Orellana, por verle tan poderoso, le mató, viniendo solo en una mula, ya muy viejo, junto a Santiago, que venía de Ayuntamiento, dejando en casa más de treinta criados, y sin esto, que la ciudad lo tenía por padre de la patria, aunque en favores de pueblos no hay que fiar, que a Cicerón le tenían en Roma

en este lugar y todos se lo llamaban y le dejaron matar de un tirano como Marco Antonio.

Hay casas, ahora, la de Juan de Orellana de Torres, que es el mayorazgo, y la de Juan de Orellana de Meneses, su primo hermano. El Juan de Orellana, el mayorazgo, es hijo de Pedro de Orellana y de una mujer pobre —con quien su padre se casó— y cristiana vieja y aún dicen algunos que hidalga, que después que con él se casó se llamó doña de María de Orellana, que antes no tenía don ni Orellana. Dicen que es deuda de unos hidalgos llamados Canos.

Juan de Orellana de Meneses es hijo de Tomás de Torres y de una señora de Talavera, llamada, creo, doña Margarita de Meneses; Pedro de Orellana y Tomás deTorres, hijos de Juan de Orellana y de doña Inés de Torres; Juan de Orellana, hijo de Pedro de Orellana y de doña Isabel de Vargas. Pienso que el otro casamiento hicieron con una señora Calderón, si no es que esta Vargas fuese también Calderón, y otro con Aldonza Vázquez, hija del Señor de Orellana la Vieja, con que se confederaron estas dos casas, que habían tenido grandes pasiones, antes de Chaves y Vargas y no por cosas de Pascual Gil de Cervantes, como dice Alonso de Hinojosa, sino porque la una casa no podía sufrir igual ni la otra superior.

Y fué tanta la enemistad de estas dos casas, que Diego de Orellana, el Bueno, mató a un yerno suyo, llamado García de Orellana, hijo mayor de Hernando Alonso de Orellana, comendador de Mérida y señor de otra Orellana. Y quiso casar a la hija viuda con el conde de Belalcázar, hijo mayor del maestre de Alcántara, don Gutierre de Sotomayor, y la hija no quiso, diciendo que buen marido tenía, que pues se le había muerto, ella buscaría otro que no le matasen. Y así se hizo monja y el que había de ser su marido se casó con hija del almirante de Castilla[108].

El blasón de los Bejaranos es: que estando un rey en corte, se descomidieron con él unos grandes del reino, y el rey, viendo este descomedimiento, dijo:

—Paréceme que aquí todos somos iguales, si que onzas hay de mí a vosotros.

Entonces un caballero de su casa, de quien vienen los Bejaranos, viendo que al rey no respondían con la debida reverencia, saltó en medio de ellos, echando mano a la espada, diciendo:

—Onzas y aún quintales hay de diferencia de vos a vuestros vasallos.

Y dicen que los mató por mandado del rey, por lo cual, entre otras mercedes que le hizo, fué darle por armas un león y cuatro cabezas de onzas, que le tienen en medio, a cada esquina del escudo, como va en este escudo. El campo es de plata; las cabezas de las onzas han de estar las bocas abiertas, como aquí van.

VIII DE LOS BONILLEJAS

Los Bonillejas han sido siempre tenidos por buenos hidalgos y caballeros, en Trujillo. En los regimientos andaban con los Bejaranos, en lo que toca a los oficios. No sé dónde sea su solar; creo que ponen las armas de los Bejaranos, y si no las ponen no sé las que ponen. Aquí queda este escudo, para cuando se sepa[109].

Hay casa de mayorazgo de ellos. Hubo de ellos un fraile jerónimo, gran hombre, que desechó un obispado que el rey le daba en Indias.

IX DE LOS BOTES

Fué antiguamente en Trujillo un linaje que llamaron Botes, de mucha honra y estimación y tan antiguo que se afirma que fueron de los conquistadores de la ciudad. En los oficios públicos entraban debajo del nombre de los Bejaranos. Fué de esta parentela un gran republicano y valeroso caballero, llamado Esteban Hernández Bote, que hizo que los montes y ríos de esta ciudad fuesen comunes. A

éste acusaron émulos suyos, por verle subir tanto, diciendo que era tirano. Y pudieron tanto sus acusaciones, ayudándoles algunas fuerzas a mujeres hechas por malos criados de éste, que trajeron de la corte sentencia para cortarle la cabeza, y así se la cortaron.

Fué nieta de éste doña Jimena Bote, la Rica, que casó con un caballero Monroy y llevó en dote grandes haciendas y entre ellas llevó el Risco de Belvís, donde es ahora la villa de Belvís. De esta señora y de este caballero venían los condes de Belvís y ahora vienen los de Oropesa y Belvís, que todo es uno, y los señores de Monroy.

Son ya acabados los Botes en Trujillo, aunque haya algunos hidalgos de este nombre en lugares de Trujillo, que dicen que son de ellos; pero no les quieren muchos hacer cortesía de creerlos. Son sus armas éstas, como van puestas en este escudo[110].

X DE LOS BRICEÑOS

Los Briceños son naturales de Arévalo, a donde ha habido muchos caballeros. Antiguamente los hubo en Trujillo, muy buenos hidalgos, y entraban en los oficios públicos debajo del nombre de Añascos. Quieren algunos decir que serán tan antiguos en Trujillo que vinieron con los demás conquistadores. Ya por varón no hay nadie de ellos, y por hembra no sé quién sea de ellos, ni aún quién se lo llame.

Sus armas son: escudo azul; en él un águila de oro, con pico y uñas coloradas, y todo el pie y una orla de oro, con ocho aspas azules de San Andrés, como va aquí.

XI DE LOS DE LAS CABEZAS

Los de las Cabezas son naturales de Trujillo y hijosdalgos y recibidos en los oficios públicos; entraban con los Bejaranos. Hay un hidalgo de ellos, solamente, que no debe haber quedado más de todos, que es oidor por Su Majestad en la ciudad de Quito, en Perú.

Traen las armas de los Altamiranos, y encima de los roeles, y dentro, en el escudo, tres cabezas de moros en campo verde, y dos pares de escalas cruzadas, que las cubre el escudo por la cruz y los remates de las escalas salen por todas cuatro partes y a cada escalera está asida una mano y un brazo. Y sobre la parte de arriba una letra que dice: «Quien no se esfuerza». Y entre las dos escalas, otra que dice: «A subir, vive». Y por debajo, otra que dice: «Para no». Y otra al lado derecho, que dice: «Vivir». Dícese de este blasón que, estando un Altamirano en la guerra de Andalucía, estaban en un fuerte tres moros que nadie podía combatir y que subió éste por unas escalas y los mató y sobre sus armas le dieron éstas. No se pone aquí más de las cabezas, sobre el escudo de Altamirano.

XII DE LOS CALDERONES

Los Calderones de esta ciudad no sé de cuáles sean, si sean de los de las montañas, ni si de los que hubo en el reino de Toledo, o si no sean de ningunos de éstos. Los de las montañas es gente de mucha nobleza y los que hubo en el Reino de Toledo también lo fueron y muy principales caballeros. De cualquiera de estas dos partes que lo sean, es gente principal. A esta ciudad fueron los postreros caballeros que vinieron, de los que se hallan en una relación antigua, que eran recibidos en los tres linajes públicos; entraban debajo del nombre de los Altamiranos.

Hállase un caballero de este apellido —reinando en Castilla y León don Alonso el Onceno y siendo maestre de Alcántara don Fernán Pérez Ponce de León—, que era del hábito de Alcántara y tenía la encomienda de Esparragal; no sé de dónde fuese éste caballero.

Hubo en esta ciudad un caballero de este linaje que le ennobleció y acrecentó mucho, llamado Alonso García Calderón, que debió de ser

hijo del primero que vino. Este tuvo un hijo, llamado

Juan Calderón, que casó con hija de Diego de Hinojosa y de Leonor López de Carvajal. Tuvo

Juan Calderón de su mujer tres hijos y dos hijas: al mayor llamaron Pedro Calderón, el cual casó con doña Leonor Rol —fué hija de éstos doña Teresa, mujer de Juan de Hinojosa, hijo de Alvaro de Hinojosa, de donde viene la casa de Juan de Hinojosa, cuyo es Tozuelo—; al otro hijo de Juan Calderón llamaron Andrés Calderón, cuyo es Baños; pero no tiene hijo varón y casó su hija, doña Antonia Calderón, con Luis Vargas de Tapia; el tercer hijo de Juan Calderón, aunque fué casado, no tuvo hijos.

De este Alonso García Calderón sospecho si fué hijo mayor Pedro Calderón, que también casó con una señora llamada Catalina Chaves y pudo ser todo uno y haber casado dos veces, una con la Chaves y otra con la Carvajal. La Chaves y el Pedro Calderón hubieron dos hijos y una hija: al mayor llamaron Alonso García Calderón. Y si este Pedro Calderón no fué hijo de Alonso García, no sé quién sea, mas de que hubo un Pedro Calderón que tuvo por hijo a Alonso García Calderón, el cual, aunque fué dos veces casado, no tuvo hijos. Tuvo este Alonso García Calderón otro hijo, que llamaron Juan de Hinojosa; casó Juan de Hinojosa con una señora Carvajal, en quien hubo a Pedro Calderón y a doña Catalina Chaves, que casaron con hijo y hija de Pedro Calderón Altamirano, cuya era Carmonilla, y a los cuñados ambos, llamaban Pedros Calderones, aunque el hijo de Pedro Calderón Altamirano no era Calderón por varón, sino Chaves, que era el padre, hermano de Martín de Chaves. El Pedro Calderón de Hinojosa enviudó y entróse a fraile franciscano, quedándole un hijo, que se llamaba don Alonso Calderón, el cual murió mozo y así se juntaron estas casas en los hijos o hijo de Pedro Calderón Altamirano, llamado don Pedro Calderón.

Fué este linaje de los Calderones gente que en poco tiempo supo llegar mucha hacienda y emparentar con lo mejor del lugar, tanto, que apenas hay casa de las más principales que no le toque.

En este tiempo, es gente muy honrada y muy buenos caballeros, quitados de malicias ajenas, de pechos nobles y llenos de una loable

sencillez, criada en un corazón asentado. Con todo eso, nunca falta quien los incite para mal.

Los Calderones de la montaña tienen por armas cinco calderas con cinco veletas en ellas, y los que hubo en Toledo, donde se dice que hubo mayorazgo principal, escudo de oro con dos calderones negros, ceñidos cerca de la boca, como van en este escudo y así los traen estos caballeros.

XIII DE LOS CAMPOS (U OCAMPOS)

Los Campos fué en esta ciudad un linaje principal de caballeros. El postrero de ellos fué Gonzalo de Campo, hijo de otro fulano de Ocampo, comendador de Alcuéscar. Gonzalo de Ocampo casó tres veces: de solo el primer matrimonio tuvo hijos y de él no quedó más de una hija, que se llamó doña María de Ocampo y casó con Gutierre de Sotomayor, de quien tuvo a doña María de Sotomayor, que casó con Garci Rodríguez de Escobar, y a Luis de Chaves, que mató Garci Rodríguez, por lo cual lo degollaron. Y la doña María [de Sotomayor, viuda] casó con Francisco de Camargo, hermano del obispo don Gutierre de Carvajal. De este matrimonio nació doña Inés de Camargo, que casó con hermano de su padre, llamado Juan de Vargas, que fué con el duque de Alba, por presidente del Consejo de Flandes, cuando degollaron al conde Agamón. De doña Inés es hijo don Miguel de Vargas, que sucede en el señorío de la Oliva y Plasenzuela, casado con doña Elvira de Carvajal, hija de don Luis de Trejo, señor de la Corchuela y Grimaldo, y así se incluyó la hacienda de los Ocampos la de los Vargas y el nombre se perdió y así no pondremos armas en el escudo, porque no hay quien las traiga[111].

Cuando los Ocampos vivían en Trujillo, en los oficios públicos andaban con los Bejaranos.

XIV DE LOS CARVAJALES

Los Carvajales es un linaje de caballeros, muy antiguo y claro. Dicen que vienen de los godos y se recogieron con don Pelayo y los otros caballeros que con él se hallaron, a Covadonga, y que vinieron con los primeros restauradores de España, hasta cobrar a León, y que allí asentaron, donde es su solar. Y de tener solar en León, no hay duda de ello, y muy antiguo.

En Trujillo es gente muy antigua y principal. Dicen algunos que se hallaron en la toma de la ciudad. Ha habido de ellos, en Extremadura, grandes hombres por las letras y grandes prelados, principalmente los cardenales de Santángelo: don Juan de Carvajal, y el de Santa Cruz, don Bernardino de Carvajal, que tan cerca estuvo de ser Pontífice, y el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, que fué del Consejo del Emperador y de las Secretas y había sido catedrático de prima en Salamanca, hijo del arcediano don Sancho de Carvajal y de una mujer moza, cristiana vieja de todos cuatro costados. El arcediano fué hermano de Diego de Carvajal, señor de Valero; de Diego de Carvajal fué hijo Sancho de Carvajal, que casó con doña Elvira de Contreras, y de Diego de Carvajal, Sancho de Carvajal, que hoy tiene su casa.

Del doctor Carvajal fué hijo Diego de Vargas, que fué del hábito de Santiago, que casó con doña Beatriz de Vargas: tuvieron a don Juan de Vargas, del hábito de Alcántara, que casó con una prima suya, llamada doña Catalina de Córdoba, hija del señor de Guadalcázar.

Las armas de los Carvajales son éstas[112].

XV DE LOS CASAS

Los Casas no sé en el tiempo que vinieron a Trujillo, mas de que no ha mucho, pues no entraron en los tres linajes públicos, aunque luego, como vinieron, emparentaron con los Bejaranos y así toda la más hacienda que tienen es de los de Bejarano. No sé de dónde vinieron, ni dónde los haya, mas de que debiera de ser gente

noble, pues que también emparentaron.

Hay casa de mayorazgo de ellos. Traen por armas cinco como roques de ajedrez y unas cabezas de águilas por orla, como aquí[113].

XVI DE LOS CERVANTES

Los Cervantes es y ha sido linaje noble en esta ciudad, de muy buenos hidalgos. Traen por armas un escudo verde con dos ciervos: el uno sube al otro y el más alto tiene el cuello alzado y el más bajo lo tiene bajo, como van puestos en el escudo que va allá abajo.

De este apellido se halla haber habido un arzobispo en Sevilla. Y también se halla haber habido un caballero en la religión de Calatrava, llamado don Frey Juan Alonso de Cervantes, comendador de Malagón, siendo maestre don Martín Fernández de Quintana y reinando en Castilla y León don Enrique el Primero. Estos no sé de dónde hayan sido; de nuestra tierra hubo uno de este apellido, llamado el cardenal Cervantes, que fué arzobispo de Tarragona, gran Prelado.

Según Alonso de Hinojosa, los Cervantes de esta ciudad son acabados por varón, porque él cuenta la línea desde Pascual Gil de Cervantes. Pascual Gil tuvo dos hijos: al mayor llamaron Hernando Cervantes, padre de Alonso Cervantes y de García de Cervantes y de Diego Cervantes, de donde vinieron Rodrigo Cervantes y la mujer de Francisco de Gaete. Rodrigo Cervantes casó con Estebanía de Paredes, hija de Sancho de Orellana y de una hija natural de Sancho Ximénez de Paredes. Tuvo Rodrigo de Cervantes dos hijas, que casó con dos caballeros, hijos de Alvaro de Escobar, llamado Alonso de Escobar y Pedro Mexía. De los hijos de éstos se dirá a donde de los Escobares.

Al menor hijo de Pascual Gil llamaron Gonzalo Gil de Cervantes[114]; casó con doña Gracia Pizarro, en la cual hubo a Hernando Cervantes, que casó con Mari Gil de Aguilar, hija de Juan Rodríguez de Aguilar y de doña Leonor Trapero. Hernando Cervantes y su

mujer tuvieron sólo una hija, llamada Francisca Cervantes, que casó con Juan Barrantes, padres de Pedro Barrantes, señor que fué de La Cumbre, y de Hernando Cervantes —padre del Licenciado Cervantes, que es oidor de Granada— y de Ana Barrantes, madre de Juan de Hinojosa de Vargas.

Las armas de los Cervantes son estas que van en este escudo. Con lo dicho por Alonso de Hinojosa, me parece que queda claro ser acabados los Cervantes por varón; no sé debajo del nombre de quién entraban en Ayuntamiento.

XVII DE LOS CHAVES

La venida de los Chaves a Trujillo fué de esta manera: Un caballero de Ciudad Rodrigo, cabeza de este linaje, casó en esta ciudad con una señora, hija del señor de Orellana la Vieja. Estos tuvieron hijos y a uno de ellos hizo la madre heredero de lo que tenía en esta tierra, el cual se llamaba Nuño García de Chaves. Este, agradándose de la tierra, se casó con una señora, hija del mayorazgo de los Escobares, con quien le dieron a Tozo. De Nuño García de Chaves y de Marina Alvarez de Escobar fué hijo Luis de Chaves y otra señora —no sé cómo le llaman— que creo que casó con un Torres y que fué madre de Francisco Torres, el que mató a Diego de Orellana, el Bueno.

El Luis de Chaves casó con una hija del maestre de Alcántara [don Gutierre de Sotomayor], y no legítima, porque el maestre no había sido casado antes de tomar el hábito y después de tenerle, en aquel tiempo no se podían casar como en éste. Hubo el maestre esta hija y dos hijos en una noble señora y deuda suya, a lo que dicen, hija de Gonzalo de Raudona, comendador de Lares, que antes de ser fraile de esta caballería había sido casado, con una señora en quien había tenido esta hija, que se crió en casa del maestre y de aquí debiera de venir el negocio de que después ella estaba en la posesión que pudiera estar la mujer del maestre, si pudiera ser casado[115]. El uno de los hijos del maestre fué don Alonso de Sotomayor, que sucedió

en el señorío de Belalcázar , de quien vienen hoy los condes de Belalcázar y duques de Béjar, y otro don Juan de Sotomayor, a quien quedó la villa de Alconchel.

Luis de Chaves hubo muchos hijos en su mujer. Y no sé si tuvo más de una hija, que casó con Francisco de Hinojosa. Al hijo mayor llamaron Francisco de Chaves y al segundo llamaron don Alonso de Sotomayor y a otro llamaron Martín de Chaves y a otro Diego García de Chaves y a otros dos, que le mató Juan de Baeza, de quien dicen que viene Gonzalo de las Casas, que según dicen era hombre valeroso y casado con una señora de la casa de Orellana de la Sierra, que ya se debieran de declarar las más que civiles contiendas de Chaves y Vargas, debajo del cual nombre tantos necios han ido y aún está el mundo tan viejo que muchos no lo quieren dejar.

Con esta señora, hija del maestre, hubo Luis de Chaves mucha hacienda, y tanta, que en breve tiempo fué el más rico del lugar, o de los más ricos. Francisco de Chaves, su hijo mayor, casó con una señora, creo que de los Alvarados, linaje muy noble. Este, o su hijo, Juan de Chaves, tuvieron un hijo natural o bastardo, de donde venía Nuño García de Chaves, el Viejo, si no es que el Nuño García fuese el propio hijo. Y de éste viene Diego de Orellana de Chaves, corregidor de Ronda, que fué, y su mujer, que también lo fué de don Luís de Paredes.

Este Juan de Chaves casó con una señora forastera, llamada doña Francisca de Ribadeneyra; no sé de dónde fuese, ni de qué linaje; quédolo para quien lo supiere. Sólo sé que dicen que era dama de la Reina Católica. De creer es que, siendo dama en palacio, sería mujer principal, cual convenía por mujer de tan buen caballero. Hijos de éstos fueron: Luis de Chaves —que fué el mayor— y Ribadeneyra y Juan de Chaves, que fué clérigo y también creo fué hija suya la madre de Juan Núñez de Prado, llamada no sé si doña Isabel de Chaves, y otras dos hijas, que fueron fundadoras del monasterio de Santa Isabel, donde fueron monjas.

El Luis de Chaves, el hijo mayor, casó con doña Juana de Acuña, hija de don Alonso de Soto-mayor, su tío, hermano de su abuelo, que la hubo de segundo matrimonio, que tuvo después del primero, que había sido con hija de Juan Calderón, el Viejo, y doña Teresa

de Hinojosa. A la postrera mujer de don Alonso de Sotomayor, madre de esta doña Juana de Acuña, llamaron doña Ginebra de Acuña; fué de Ciudad Rodrigo, de muy principal gente y deuda de los marqueses de Cerralbo. De ésta hubo Luis de Chaves a Juan de Chaves y a don Alonso de Sotomayor y una señora que se casó en Salamanca con un fulano Arias, muy principal caballero[116].

Juan de Chaves casó con una señora de Mérida, de los Cárdenas, llamada doña Isabel de Cárdenas, en quien tuvo muchos hijos. Al mayor llaman don Luis de Chaves; casó con doña María Portocarrero, hija de don Fernando Portocarrero —hermano de don Gabriel de Orellana, señor de Orellana— y doña María de Silva, natural de Toledo, de los Silvas de aquella ciudad. Tuvo una hija Juan de Chaves, llamada doña Catalina de Cárdenas o Chaves, casada con don Pedro Mexía, hijo de Diego García de Chaves, nieto o biznieto del hijo menor de Luis de Chaves, el Viejo, y de doña María de Sotomayor, hijo el don Pedro Mexía de doña Mariana de Orellana o de Toledo, hija de Pedro Suárez de Toledo.

El hijo segundo de Luis de Chaves, el Viejo, ya se ha dicho con quién casó; no tuvo hijo varón, por eso aquí no diremos más de él[117].

El Martín de Chaves casó —que fué el tercero— según dice don Alonso de Hinojosa, con doña Francisca, la Gorda, del linaje de los Boníllejas. Fué hijo de éste, Luis de Chaves de la Calzada, que casó con doña Isabel, hija de Pedro Calderón de Carmonilla. Tuvieron muchos hijos e hijas. Al mayor llamaron Martín de Chaves; casó con doña Isabel de Mendoza, que era hermana de Alonso de Mendoza, y tuvieron muchos hijos. Al segundo hijo de Luis de Chaves de la Calzada llamaron Pedro Calderón; casó con doña Inés de Alvarado, de donde viene don Pedro Calderón, su nieto. Al hijo tercero de Martín de Chaves de la Calzada llamaron Hernando Calderón; casó con doña Marta de Orellana, hermana de Gonzalo de las Casas, de quien tuvo a Luis de Chaves Calderón, marido de doña Francisca de Andrada, hermana de doña María Mayoralgo, que casó con el hijo de Martín de Chaves, llamado Luis de Chaves, como este otro su primo. De doña María Mayoralgo no tuvo Luís de Chaves más de una hija, que casó con don Juan de Orellana, señor de Orellana la Vieja, hijo de don Gabriel y de doña María Pizarro. Otro hijo tuvo

Luis de Chaves de su mujer doña Isabel Calderón, casado, que no tuvo hijos —llamóse Altamirano de Chaves— y tres hijas: una bastarda o natural, que casó con un hidalgo llamado Juan del Toril; otra legítima, llamada doña Francisca, que fué casada con Alonso García Calderón, y no tuvieron hijos; otra llamada doña María Sotomayor, que fué casada con Pedro Mexía de Chaves, hijo de Diego García de Chaves.

El hijo menor de Luis de Chaves, el Viejo, y de doña María, la hija del maestre, fué Diego García de Chaves. Casó en Medellín con una hija de un caballero Mexía. cuya era la hacienda que es ahora del conde de Uceda, pensando heredarla, porque no tenía el Mexía más de una hija, que había habido allí en Medellín, en su mujer —no sé quién era—; mas después se casó el Mexía en Cáceres, con una Ovando, en quien hubo una hija, a quien se la mandó. Casó una hermana de este Pero Mexía con el mayorazgo de los Escobares, llamado Alvaro de Escobar, que después, por su larga vida, llamaron Alvaro de Escobar, el Viejo.

Con esto queda bien declarada la sucesión de los Chaves, que esotros que hay, son de hermana del primer Luis de Chaves.

Dícese que son naturales de Chaves, una villa de Portugal, y dicen su blasón de esta manera: «Dos hermanos, con las quinas, sin rey, ganaron a Chaves». Son sus divisas: escudo sangriento y cinco llaves de color de hierro, como aquí van puestas.

Entraban en los oficios públicos debajo del nombre de Altamirano. Es este linaje gente que se apellidan muy bien; con esto hacen mejor sus cosas que pudieran si anduvieran derramados.

XVIII DE LOS CONTRERAS

Los Contreras, su antiguo origen, según dicen los libros de los Reyes, que yo he visto, son la de la Hoz de la Lara. Los que a Trujillo vinieron, vinieron de Medellín, donde debiera de haber muchos años que estaban. Hubo en aquella villa, antes de

desmembrarse de la corona real, muchos caballeros. Y con la enajenación del lugar, todos dejaron la tierra, por no ser vasallos de quien no era mejor que ellos. Y los postreros que dejaron la patria fueron los Contreras: lo uno debiera ser por ser más pobres y por eso haberse mejor los condes con ellos, que siempre las riquezas son causa de que los señores las codicien y los vasallos tengan mayor soberbia con ellas, por donde no ha de haber conformidad; lo otro, debiera estar mejor con ellos, porque tenían deudo con los condes.

Vinieron a Trujillo porque casaron un caballero y una señora, hermana suya, con otro caballero y otra señora de esta ciudad. El que casó en Trujillo fué Alvaro de Contreras; casó con una señora de los Vargas, llamada doña Sara de Vargas, hija de García de Vargas —el que mató en Ibahernando a Hernando Alonso de Orellana, en cuya venganza Francisco Gil de Vargas, su sobrino, acabó de matar a Hernando Alonso de Orellana —e hija de doña Ana de Vargas. La hermana de Alvaro de Contreras que casó en Trujillo, casó con Diego de Carvajal, cuya era la dehesa de Valero, en tierra de Plasencia, hijo de Sancho de Carvajal y de doña Inés Calderón.

Según sospecho, el Alvaro de Contreras, aunque casó acá, no vino a vivir a esta ciudad. Tuvo hijos, a Alvaro de Contreras, que fué el mayor, que casó en esta ciudad con doña Inés Ayala, hija de Alonso de Loaisa y de una señora de Sevilla, llamada doña María de Ayala. Este tiene la casa del padre. Otro hijo del Alvaro de Contreras, llamado García de Vargas, casó con una señora de Mérida, que tuvo una hija sola; casó ésta con Antonio de Torres, el de Santa Cruz. Tuvo otro hijo, llamado Hernando de Contreras, que le dió su cuñado Alvaro de Loaisa de Tapia, el señor de Marta, el Benificio de Morón, cuando casó con su hermana que tenía él.

Estos caballeros Contreras es muy noble gente y concertada y no derramada en vanidades.

La doña Elvira que casó en Trujillo, tuvo muchos hijos; de los varones, no tiene otros hijos sino don Alonso de Carvajal, que casó en Perú, con una señora, no sé quién. Las hijas quedaron hijos.

Son las armas de los Contreras estas que están aquí, que es tres bastones azules en campo blanco. Son infanzones y caballeros

hijosdalgos.

XIX DE LOS ESCOBARES

Este linaje de Escobares dicen ser de tierra de Campos. Traen por armas: escudo blanco, con cinco escobas azules, atadas por los troncos con ataduras coloradas, como van en este escudo que va puesto a la postre de este escrito. En Trujillo este linaje entraba en los oficios públicos debajo del nombre de Añascos.

Es linaje muy antiguo en Trujillo, de caballeros, y tanto, que fueron de los conquistadores principales, y como a tales les dieron, en ganando la ciudad, casa sobre el muro, donde hoy la tiene, a la puerta de la Vera Cruz, que se daba sobre el muro a los más principales, como se dió a los Altamiranos, más adelante, el Alcazarejo, que era el segundo alcázar, y a los Tapias, más adelante, que es la casa que hoy tiene Gonzalo de Tapia, y más adelante se dió a los Botes, sobre la Puerta de Santiago, que es la del mayorazgo de los Chaves ahora, por mudanza de estado.

Dieron a los Escobares muchas tierras, cuando la ganaron, y así fueron muy ricos y después acá, por casamiento de hijas y por varios sucesos, han salido de su poder. Hay al presente cuatro casas de ellos, todos nietos de Alvaro de Escobar, el Viejo. Son estos caballeros de este tiempo muy honrados y pacíficos y no entrincados y bulliciosos, como otros de esta ciudad; antes viven cuerda y cristianamente, estándose en su casa, no dando ruido a nadie, ni queriéndole recibir.

Las dos, de cuatro casas, son de dos hermanos, hijos de Juan de Escobar, hijo mayor del Alvaro de Escobar y de doña María de Sotomayor, hija de Diego García de Chaves, hijo de Luis de Chaves, el Viejo. Esotras dos casas de los Escobares son de dos nietos, hijos de dos hijos de Alvaro de Escobar, el Viejo, que casaron con dos hermanas, hijas de Rodrigo Cervantes y de Estebanía de Paredes. Estos se llaman: el uno, Alonso de Escobar, y el otro, Pero Mexía de Escobar.

El Pero Mexía tuvo dos hijos: el mayor se llama Alvaro de Escobar, como el abuelo; casó con sobrina suya, hija de su primo Alvaro de Escobar, hijo de Juan de Escobar y de doña María de Monroy, hija de Francisco de Monroy, el de Zalamea. Tuvo otro hijo que se llamaba don Sancho de Escobar, que murió en Flandes, siendo capitán de infantería y del hábito de Santiago; tuvo una hija, llamada doña María de Sotomayor, que casó con don Alvaro Altamirano.

El Alonso de Escobar tuvo un hijo, que casó con hija de Hernando Calderón de Grados, y una hija, que casó con Juan Pizarro de Torres.

Antes que diga de Juan de Escobar, el hijo mayor de Alvaro de Escobar, el Viejo, quiero decir que, aunque le llamo el mayor, no lo fue en edad, sino en heredar el mayorazgo. E fué de esta manera: tenía dos hermanos mayores, y el mayorazgo, llamado García Rodríguez de Escobar, estaba casado con hija de Gutierre de Sotomayor y mató a un cuñado suyo, o hermano de su mujer, y por esto le cortaron la cabeza; quedó el segundo, que se hizo fraile y llaman fray Diego de Chaves, del hábito de Santo Domingo, que fué catedrático de Prima en Salamanca y después confesor del malogrado y desgraciado Príncipe de España, don Carlos, y después lo es del Rey don Felipe el segundo y ningún hombre hay que pueda con su majestad como él y merece muy bien este favor y, así, casi él solo provee los obispados y arzobispados, de los cuales no ha querido ninguno, por bueno que sea; dice que más quiere servir al rey y ser respetado de los Grandes de España, como lo es, y tanto, que mandaba el rey al arzobispo de Toledo, Quiroga, y al conde de Barajas, Presidente de Castilla, con ser las dos mejores dignidades de España, que, sobre negocio secretísimo que trataban, fuesen cada domingo a su casa del confesor, a comunicarle con él.

Juan de Escobar, el hijo mayor de Alvaro de Escobar, el Viejo, casó con doña María de Alvarado, hermana de Pedro Alonso de Hinojosa, el que fué general en Indias, y de Juan de Hinojosa, el de Santa Cruz. Tuvo dos hijos y dos hijas, casados. El hijo mayor casó, segunda vez, con doña María de Aguilar, hija de Gonzalo de las Casas y de doña Leonor de Barrios, una señora de Sevilla, no sé de qué gente; se cree que era principal. De ésta tiene hijos, que

heredan la casa. El otro hijo se llama Gonzalo de Torres; casó con doña Juana de Carvajal, hija de Alonso de Vargas de Tapia y de doña Violante de Carvajal. Las hijas, casó una con Juan de Hinojosa Rol, cuyo hijo es don Alvaro, que hereda su casa, que casó con doña Beatriz de paredes, hija de don Luis de Paredes; la otra hija casó Juan de Escobar con Alonso de Mendoza, hijo segúndo de Martín de Chaves y de doña Isabel de Mendoza; quedó hijos, que heredan la casa de Martín de Chaves, por no tener Luis de Chaves hijos.

Juan de Escobar fué el hijo de Alvaro de Escobar y de doña María de Sotomayor, como queda dicho; Alvaro de Escobar, hijo no sé si de Juan o sí se llamaba Alonso de Escobar y de Teresa de Tapia, hija de Francisco de Tapia y de Juana García Altamirano; este Juan o Alonso de Escobar fué hijo de otro fulano de Escobar —y fué hijo natural, que creo que no se casó nunca su padre— y de una mujer, hijadalgo, de los Macenos que hubo en esta ciudad.

Sus armas de los Escobares son las que están en este escudo[118].

XX DE LOS GILES

Estos digo resueltamente que no sé quién hayan sido en Trujillo, ni quién sean sus descendientes, ni en qué posesión estuviesen. Ha quedado tan poco rastro de ellos, como si no los hubiera habido o como de gente que suele, habiendo en su tierra falta de mantenimientos en años apretados, ir a las ajenas a sustentarse y, en reparándose su tierra, se vuelve a ella, que, acabándose con su vuelta su memoria, así de éstos no sé rastro que haya quedado. Debiera ser gente noble, que entraba en los oficios públicos con los Altamiranos. En España dicen que hubo uno de estos nombres que vinieron de Flandes; puede ser que fuesen de éstos.

Traían éstos de Flandes escudo cuartelado de sinople, con una casa y una torre y almenas, con cinco gradas y una subida a la puerta y tres ventanas, dos en la casa y una en la torre, y una puerta de dos puertas, la una cerrada y la otra abierta; el segundo cuartel es de gules, con una banda de oro, con una orla de plata con ocho aspas

azules, con un brazo sobre el escudo, un brazo armado. Queda por pintar, para sí hubiere alguien de tanta paciencia que lo pinte, que tantas cosas no podían ser sino de flema de flamenco.

XXI DE LOS GRADOS

Este linaje de Grado es en Trujillo de buenos hidalgos. Acudían a los Altamiranos, para que les diesen los oficios públicos. No sé que los haya más de en esta ciudad, ni en qué tiempo ni cómo a ella vinieron. Hay una casita de mayorazgo, pequeña. Traen por armas cinco flores de lis doradas, como van en este escudo que está aquí abajo.

Tiene la casa de ellos Antonio de Grados —que casó con doña María de Paredes, hija de Pedro Barrantes, hermano de doña Elvira de Alvarado, que casó con Alvaro de Escobar, hijo de Alonso de Escobar— hijo de Hernando Calderón de Grado.

XII DE LOS HERRERAS

En este linaje de Herreras hay dos casas de mayorazgo y no sé si son deudos los unos y los otros, que es el un mayorazgo Francisco de Herrera, hijo de Blas de Herrera, y Juan de Herrera, el que fué al Perú.

No sé en qué tiempo viniese este apellido a esta ciudad; no debía haber mucho, que no he hallado que entrasen en los oficios públicos. En una memoria antigua, que yo he visto, de los que entraban en los oficios públicos en Toledo, hay caballeros muy principales de este apellido y el marqués de Auñón también lo es de este apellido.

Casó Francisco de Herrera con doña Isabel de Vargas, hija de Alvaro

de Loaisa y de doña Juana de Vargas. Y el Francisco de Herrera es hijo de Blas de Herrera y de doña Juana de Tapia.

Casó Juan de Herrera, el que vino de Indias, creo que con una fulana Méndez de Hinojosa, y su hijo, don Juan, con doña Andrea, hija de Gonzalo de las Casas y de doña Leonor de Barrios.

XXIII DE LOS HINOJOSAS

Los Hinojosas —según lo escribió el bachiller Diego de Hinojosa y después amplió Alonso de Hinojosa, el Cojo, el que se fué a vivir a Córdoba— vinieron a esta ciudad con el Rey don Alonso el Onceno, el que venció la Batalla del Salado, y fué su venida con el rey, pasando por esta ciudad, trayendo consigo un caballero de Toledo, llamada Alonso Alvarez de Hinojosa, que venía de allá viudo y traía tres hijos. A éste quedó el Rey por alcaide de la fortaleza de esta ciudad y, según dice el tratado, por Justicia. Y quedó consigo los dos hijos mayores. Y el menor fué a Jerez de la Frontera, donde casó, y de éste vienen los de este linaje que viven en Jerez. El Alonso Alvarez de Hinojosa y sus hijos, los dos mayores, procuraron deudos en este lugar, por casamientos suyos, los cuales les tomaron con los Altamiranos, casándose padre e hijos con tres señoras de las de aquel linaje, con las cuales tuvieron mucha hacienda y asimismo voto para los negocios públicos.

Han sido siempre estos caballeros gente honrada y amigos de lucir y parecer cortesanos y, con esto, algo derramados y gastadores, gastando honradamente y con alguna vanidad.

Hubo de estos caballeros uno que fué muy brioso, llamado Francisco de Hinojosa, que casó con doña Juana de Solís, hermana del maestre de Alcántara, don Gómez de Solís, que por causa de este caballero y de sus desposorios se descubrieron las malas voluntades que se tenían el Clavero don Alonso de Monroy y el maestre, que después vinieron a parar en obras, que tanta sangre y desasosiego costó a Extremadura, y hacienda y estados a los

Solises. Fué este Francisco de Hinojosa hijo de Alvaro de Hinojosa y de Mari Blázquez Muriel, del noble y antiguo linaje de los Murieles —ahora están los Vargas injertos en ellos—. Su abuelo fué Martín Alonso de Hinojosa y su abuela Inés Sánchez de Tapia, que llamaron la Rabiosa; era viuda y rica cuando se casó con este Martín Alonso de Hinojosa.

El Francisco de Hinojosa casó dos veces: la postrera casó con doña Juana de Sotomayor, hija de Luis de Chaves, el Viejo. Del primer matrimonio tuvo a Alvaro de Hinojosa, que casó con doña Juana de Orellana, hija de Pedro de Orellana, señor de Orellana de la Sierra, y de la cual tuvo dos hijos y tres hijas: el uno murió niño; el otro fué Juan de Hinojosa, que casó con doña Teresa Calderón —hija de Pedro Calderón y de doña Leonor Rol, hermana del comendador Rol — y tuvieron a Alvaro de Hinojosa, que casó con doña Graciana Pizarro, hermana de padre de Hernando Pizarro, hija no legítima. Tuvo Alvaro de Hinojosa, de su mujer, a Juan de Hinojosa y a don Gonzalo de Hinojosa, que mató con gran ventaja, una noche, su primo don Juan Pizarro —hijo segundo que fué de Hernando Pizarro, y el mayorazgo que era119—, por palabras afrentosas que le había dicho el don Gonzalo. Juan de Hinojosa casó dos veces: una con hija de Juan de Escobar —en quien tuvo a don Alvaro de Hinojosa, que hereda su casa, que casó con hija de don Luis de Paredes— y la segunda vez que casó Juan de Hinojosa fué con doña María de las Casas, hija de don Juan de las Casas, en quien tienen hijos.

Volviendo al segundo casamiento de Francisco de Hinojosa, con doña Juana de Sotomayor, tuvieron hijos, aunque no se casó más de uno llamado Gutierre de Sotomayor, que casó dos veces: una con hija de Gonzalo de Ocampo y tuvo de ella una hija, que casó con hermano de obispo don Gutierre de Carvajal; la otra vez que casó Gutierre de Sotomayor casó en Madrid, con una señora de los Vozmediano, hija, según dicen, de un oidor; no sé cómo se llamaba, ni si era natural de Madrid o de dónde era. De ésta tuvo hijos, que heredaron su casa, y una hija, que casó en Madrid con un caballero Zapata.

Demás de las casas dichas de Hinojosas, hay otras, aunque no de tanta renta ni autoridad como ésta. Hay la de Alvaro de Hinojosa —

sobrino de Alonso de Hinojosa, el Cojo, hijo de su hermano Gonzalo de Torres, y de María Calderón—, marido de doña Leonor de Cárdenas, hija de una señora de Mérida, de los Vargas y Veras de allí, llamada doña Sara de Vargas, y de un honrado y rico ciudadano, llamado Garci Rodríguez Regidor. Hay otra, la de Diego de Hinojosa, que mató Rojas, criado de don Francisco de Torres, que por su muerte heredó su hermana, que casó con don Alonso Rol, el de Cabeza del Buey. Hay otras dos, que son de los hijos de Juan de Hinojosa, el de Santa Cruz, y de una señora de Medellín.

A lo que imagino, que estos caballeros son de su antigüedad de Soria, según dice Alonso de Hinojosa que eran éstos y don Martín Muñoz —sobrino de don Diego López de Haro, señor de Vizcaya—, el que se halló en la de las Navas, todo uno; mas en la crónica no le llama don Martín Muñoz de Hinojosa, sino de Finojosa. También se halla, en tiempo del maestre de Santiago don Suero Rodríguez, un trece llamado don Martín López de Finojosa; también se halla un Clavero de Calatrava llamado Frey Diego López de Finojosa, siendo maestre don Fernando Ordóñez; también se halla un caballero del Hábito de Alcántara, llamado frey Rui López de Finojosa, comendador de Hornos, siendo maestre don Fernán Rodríguez de Villalobos. Puede ser que en lo antiguo se llamasen Finojosas y después Hinojosas.

Sus armas ciertas no sé las que sean; las que se pusieron en el pendón que se puso en el entierro de Francisco de Hinojosa, son éstas, aunque ellas no difieren sino en el color del hinojo[120].

XXIV DE LOS LOAISAS

Los Loaisas es gente muy principal y conocida en toda España. Vinieron a esta ciudad cuando fueron a Talavera; son franceses.

Traen por armas cinco rosas coloradas, no puestas en cruz, sino las cuatro en cuadro y la otra más baja; orladura azul, con seis medias flores de lis de oro, que son los tres lirios de oro de Francia. Diéronselos los reyes de Francia, porque un caballero de este linaje,

que era paje o doncel del rey, le defendió de tres caballeros que se habían conjurado para matarle y con una lanza que allí se halló defendió al rey y murió él en la defensa de su rey, como bueno. De allí adelante mandó el rey que pusiesen esta orla los de su linaje.

Entraban los Loaisas en los oficios públicos debajo del nombre de Bejaranos. Fué antiguamente en este lugar gente valerosa y discreta y lustrosa, aunque pobre; pero con todo eso se trataban como que fueran muy ricos, con su buena maña. Los de este tiempo todos son mozos y así no tienen tanta experiencia como los viejos pasados.

Hubo un arzobispo, de los de este lugar, en Lima, en Perú. Este era hermano de Francisco de Loaisa, abuelo de Francisco de Loaisa, que hoy vive, marido de doña Ana de Ulloa y hijo de doña Juana de Vargas. Fué padre Francisco de Loaísa de Alonso de Loaisa, marido de doña María de Ayala, y su madre fué una mujer doncella y cristiana vieja, llamada Marchena, que Francisco de Loaisa había habido antes de casarse; así que fué hijo natural.

Hay casas más de Loaisas, la de don Pedro de Loaisa, señor de María, hijo de Alvaro de Loaisa y de doña María Portocarrero.

XXV DE LOS MENDOZAS

Los Mendozas de esta ciudad vinieron de Badajoz y emparentaron con los Chaves. Vinieron un hermano y dos hermanas. Al hermano llamaron Alonso de Mendoza; casó con hija de Nuño García de Chaves —no sé si se llamaba doña Leonor o cómo—; tuvo de ella a don Antonio de Mendoza, que casó con doña Juana de Ayala —que fué hija de Alonso de Loaisa y de doña Ma ría de Ayala— , de quien tiene hijos, que heredan-su hacienda.

Las dos hermanas, que vinieron, de Alonso de Mendoza, la mayor casó con Martín de Chaves; tuvieron muchos hijos, cuyos hijos heredan la casa de Luis de Chaves de la Calzada. La otra casó con Ribadeneyra: no tuvo hijos. Después casó con Juan de Escobar, siendo viudo; tampoco los tuvo.

No entraban con ninguno de los linajes públicos, por venir en tiempo que ya se vendían los regimientos.

A su padre de esta señora y este caballero mató Gutierre de Cárdenas, un caballero de Mérida, y por ahí anduvo su hijo, procurando vengar la muerte del padre y no la vengó, aunque dicen que pudiera.

Son sus armas y colores éstas[121].

XXVI DE LOS MEXÍAS Y PRADOS

De los Mexías y Prados trataré junto; sólo pondré los escudos cada uno. Mas respecto de ser todo casi una cosa, diré algo de ellos y es que vinieron a esta ciudad de Medellín, no sé si en enajenándose o cuando entraban en los oficios públicos con los Altamiranos. Fué gente muy poderosa y rica en Extremadura y de mucho brío. Por varón no hay ya quien lo uno ni lo otro sea en Trujillo.

La casa principal que hubo en Trujillo fué la de Diego Mexía y su hijo Juan Núñez de Prado, que faltaron sus hijos, y por sus muertes, está este mayorazgo en pleito, entre don Alonso de Chaves, o Mexía, y entre Pero Mexía, el Blanco, y don Pedro Mexía, hijo de Diego García de Chaves, que los dos dicen que el don Alonso no lo puede heredar, porque no era válido el casamiento. Y don Pedro, que tiene, al parecer, menos justicia, acusa al Pero Mexía, diciendo que no lo puede tener por la quitada de reales amarillas.

Este primer escudo de estos dos juntos, son las armas de los Mexías: escudo amarillo, tres bandas azules; esotro de los Prados, es león rampante, negro, en campo amarillo, como aquí van ambos escudos.

XXVII DE LOS MONROYES

Este linaje de Monroyes viene del conde don Ramón, que pobló Salamanca, y así vinieron de allá a acá, aunque unos en un tiempo y otros en otro. Este conde don Ramón venía de los duques de Barcelona y de los Reyes de Aragón, y así traía los bastones de Aragón por armas y llamaban las Varillas. De éste vienen las Monroyes de las Varillas que han venido a Extremadura.

Hay dos casas en Trujillo: la una debiera de venir cuando vinieron esotros a Extremadura; la otra, ahora, en nuestros tiempos. Los que vinieron más atrás entraban en los oficios públicos con los Altamiranos. El que es ahora de los que vinieron antiguamente, se llama don Fernando de Monroy, hijo de Francisco de Monroy y de una señora Carvajal, de Plasencia, y nieto de Hernán Rodríguez de Monroy y de una mujer doncella, llamada Teresa Núñez, que no fué casado el Hernán Rodríguez, hijo, creo, de Francisco de Monroy y de una señora de los Altamiranos.

Esotra casa, que vino en nuestros tiempos, es la de don Diego de Monroy, que casó con doña Luisa de Tapia, hija de Alvaro de Loaisa, señor de Marta. Don Diego es hijo de un caballero de Salamanca, llamado Gonzalo [roto] de Monroy, y de doña Inés de Carvajal, hermana de Sancho de Carvajal.

Sus armas son: escudo cuartelado de veros y de castillos reales, como aquí va.

XXVIII DE LOS ORELLANAS

Este linaje de Orellanas es muy antiguo y principal en Trujillo. Luego que aquí vinieron, emparentaron con los Altamiranos y así entraron con ellos en los oficios públicos y traen todos unas mismas armas[122]. El primero que aquí vino se llamaba Alfonso Mateos; debiera de ser hombre principal, mucho, porque en breve tiempo se hicieron muy poderosos y fueron muy estimados. Después fué Juan Alonso de la Cámara, que, según yo entiendo, fué el primer

señor de Orellana y, según algunos dicen, fué pariente cercano de otro fulano de la Cámara, señor que fué de Jaraicejo.

Luego que fueron señores de Orellana, se llamaron Orellana. Fueron grandes enemigos de los otros Orellanas, antes de Chaves y Vargas. Y eran ambas casas de Orellana las más poderosas de esta ciudad. Los otros se llamaban Bejaranos y después que fueron señores de Orellana se llamaron Orellanas y, a diferencia, los llamaron Orellanas de la Sierra; y estos otros Orellanas, de Orellana la Vieja, por ser más antiguo su señorío de Orellana la Vieja.

Hay casas de este nombre, la del mayorazgo, que la tiene don Gabrielito de Orellana, y la de don Rodrigo, que es primo hermano de su abuelo del mayorazgo, y las de los Hernandos de Orellana, el Viejo y el Mozo, que dicen, que vienen de un caballero, hijo menor de esta casa, que no se casó y tuvo un hijo en una señora y aún dicen que era deuda suya y que habían enviado por dispensación y en tanto murió él. Y de este hijo vienen.

Son sus armas estas que aquí están[123].

XXIX DE LOS PAREDES

Este linaje de Paredes, aunque se lo llaman, no lo son sino del linaje de Delgadillo, que fué un solar en Valladolid, de donde había gran mayorazgo de ellos. Los que vinieron aquí habían venido de allí a la villa de Paredes y de allí vinieron a esta ciudad y llamábanlos los de Paredes. Y tanto imprimió en ellos este nombre, que todos se lo llamaban y ellos vinieron a recibir el nombre y de aquí vinieron a tomarle, aunque, en realidad, de verdad, no lo eran, sino Delgadillo. Y así traen las armas de los Delgadillos, que es escudo azul, con siete estrellas blancas, que la oria colorada, con las calderas negras y lo demás que los Delgadillos ponen, ganáronlo después que estos que fueron a Paredes salieron de Valladolid; fué de esta manera: Que cuando el duque de Alencastre vino contra Castilla el mayorazgo de los Delgadillos era castellano de una villa de estos reinos y un capitán del duque iba contra él y el Delgadillo peleó con

él y venció su gente y tomóle sus señas, donde había estas armas de calderas y trozos y cabezas de sierpes que echan fuego. Y todas las puso por orla y las traen él y sus descendientes. Y los demás del linaje, solas las estrellas, como las traen todos los Paredes de Extremadura, aunque por varón ha muchos días que son acabados. Y los descendientes de Diego García de Paredes, sólo traen: sobre el escudo, las águilas imperiales; dentro del escudo, el águila pelada y cruz de Jerusalén y León de España. Estas armas no se pondrán en el escudo de Paredes, por ser armas particulares y no de todo el linaje. De Paredes, sólo se pondrán las siete estrellas.

Cuando los Paredes vinieron a Trujillo, con quien primero emparentaron fué con los Bejaranos. Y así entraban debajo de su nombre en los oficios públicos. Después vino a quedar la casa de los Paredes en hembra, que casó con un caballero, hijo segundo o tercero de la casa de los Bejaranos, cuyo nieto o biznieto fué Sancho Xíménez de Paredes, que, aunque por varón era Bejarano, tomó el nombre de Paredes, por que debiera de ser la hacienda de Paredes[124]. Este casó tres veces y tuvo dos hermanas, casadas, de quien vienen todos los Paredes de Extremadura. La una de las hermanas casó con un caballero Loaisa, de quien viene Lorenzo de Paredes y los Loaisas y Paredes; la otra hermana fué natural, o bastarda, que casó en Medellín, donde viene el comendador Godoy.

El primer casamiento que hizo Sancho Ximénez fué con una señora Tapia, en quien tuvo tres hijas: la una casó con el padre de Hernán Corajo y la otra fué monja y la mayor casó con un caballero de Cáceres, Golfín, hijo de una señora Ulloa, con quien él [Sancho Ximénez] se casó y no tuvo hijos en ella. De este Golfín y de su mujer vienen los Paredes y Golfines de Cáceres. Después que enviudó de la Ulloa, siendo ya muy viejo, se casó con una señora de los Torres, llamada Juana de Torres, en quien hubo tres hijos: uno, que fué fraile, y el invencible caballero Diego García de Paredes y al muy valiente caballero Alvaro de Paredes, que murió en lo de Rábena[125].

Diego García de Paredes casó con doña María de Sotomayor, hija de Rodrigo de Orellana, señor de Orellana; tuvo a don Sancho de Paredes. Don Sancho casó con doña Beatriz de Carvajal, hija de Francisco de Carvajal, señor de Torrejón. Don Sancho tuvo a doña

María de Paredes, que casó con Gonzalo de Tapia, y a doña Leonor de Sotomayor, que casó con don Rodrigo de Orellana, y a don Luis, que casó con doña Francisca de Orellana, hija de Juan de Orellana de Chaves y de doña Teresa de Meneses. Don Luis tuvo dos hijas: doña Beatriz, que casó con don Alvaro de Hinojosa —hijo de Juan de Hinojosa— y doña Antonia de Meneses, doncella. Por muerte de don Luis, hubo el mayorazgo de Hernán Corajo don Fernando de Paredes, que enloqueció y se fué donde no hubo nueva de él. Aquí se acabó esta valerosísima gente, por varones, descendientes de Sancho Ximénez de Paredes, que dudo yo haber habido en ningún linaje en el mundo todos los del linaje haber sido tan valientes como éstos, que por no hacerles agravio en decir poco y mal, no digo nada.

Las armas de los Paredes son éstas[126]. Y las de Diego García de Paredes, demás de éstas no se ponen aquí.

XXX DE LOS PIZARROS

Los Pizarros, según dice el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, son de esta ciudad y muy antiguos hijosdalgos y de mucha honra. Y según ellos dicen, son de Galicia, de un lugar llamado Pino. Lo más cierto, de dónde sean de estas dos partes, no lo sé, mas de que son muy antiguos en Trujillo, muy principales y muy claros caballeros y muy ricos y, tanto, que al presente es el linaje de que hay más y más ricos que ningunos de los demás. Y tras ellos, o casi iguales en personas y en hacienda, son los Chaves. También hay algunos nobles hidalgos de este linaje de Pizarro; no sé si sean todos unos, que sí deben ser sino con la antigüedad y mudanzas de cosas crecen unos y menguan otros y unos se conservan en su antiguo ser y otros se van gastando. Los que son y han sido en estos nuestros tiempos y en alguno poco más atrás del que ahora vivimos, es gente muy noble y han sido siempre tenida en mucho, han estimado sus honras y han sabido guardar y acrecentar sus haciendas, viviendo concertadamente y sin vanidades. Y es gente que conservan muy bien su presunción, no dando ocasión a que les

pierdan respeto; huélganse de estarse a sus solas en sus casas.

Este linaje entraba con los Añascos en el Ayuntamiento. Algunos dicen que son tan antiguos, que fueron de los conquistadores de la ciudad. Así lo dice Alonso de Hinojosa en su tratado. Del que yo tengo memoria, que es de los que yo sé el más antiguo, fué Diego Hernández Pizarro, que creo de él vienen ahora todos los caballeros de este apellido, por varón o por hembra, o de primero o segundo matrimonio. Y esto es lo que me parece más verdadero, que no decir que unos son más antiguos que otros y que no sean todos unos como algunos, con vanidades, han querido ensalzarse con palabras, deshaciendo a sus deudos, siendo todos, como yo entiendo, descendientes de Diego Hernández Pizarro, como se dirá, aunque no sé bien la descendencia hasta llegar con ella desde el Diego Hernández hasta los que hoy vienen.

Hay tres casas o parentelas en el tiempo de ahora, que tienen entre si más deudo que en común todo el linaje. La primera es la casa del Alcollarín. Y nombro la primera porque entiendo que vienen de hijo mayor de Diego Hernández Pizarro y del primer matrimonio, que fué con una señora, hija de Diego González de Carvajal, llamada Sevilla López de Carvajal. De este primer matrimonio viene la casa de Alcollarín, que hoy la tiene don Cristóbal Pizarro, hijo de don Alvaro Pizarro y de doña María de Carvajal —hija de don García de Carvajal, señor de Orellana—, y venía también Alvaro Pizarro, coronel que fué en Nápoles, cuando el Gran Capitán la conquistó, y fué un muy valeroso caballero, a quien vulgarmente llamaban el comendador Pizarro, porque era del hábito de Santiago.

Este caballero casó con una señora de la casa de Aragón, que había estado casada con un gran señor de Italia, creo que el principal de los Picolominos. Tuvo de ella dos hijas: la mayor llamada doña Juana de Aragón, que casó con Sancho Pizarro, hijo de Juan Pizarro y de doña Juana de Hinojosa; la segunda casó con Cristóbal Pizarro, hijo de Diego Pizarro, el de Alcollarín. La doña Juana de Aragón enviudó del primer marido y casóse con Pedro Suárez de Toledo y tuvieron a don Rodrigo.

También entiendo, no para afirmarlo, que era descendiente de este primer matrimonio Francisco Pizarro de Vargas, que murió en la guerra de Granada, cuando los moros se levantaron, reinando don

Felipe el Segundo.

La segunda casa o parentela es la de Juan Pizarro, comunmente llamado el Gordo, hijo de Alonso Pizarro y de Estebanía de Tapia. El Juan Pizarro casó con doña Juana Hinojosa; tuvo de ella cuatro hijos y dos hijas, casados, sin otros muchos. Al hijo mayor llamaron Sancho Pizarro, que casó con doña Juana de Aragón; tuvieron a Juan Pizarro de Aragón, que fué un muy lustroso caballero. Juan Pizarro de Aragón casó con doña Juana de Orellana, prima hermana suya, hija de Juan Pizarro de Orellana y de doña Estebanía de Tapia, hermana [ésta] de Sancho Pizarro, su padre. Juan Pizarro de Aragón tuvo a don Sancho Pizarro de Aragón.

El segundo hijo de Juan Pizarro, el Gordo, fué Alonso Pizarro, que casó con doña Teresa de Grados y tuvo a Juan Pizarro de Torres y a Grados de Arévalo y otros. El tercero fué Diego Pizarro, que compró a Torrecillas y casó con doña María de Carvajal. El cuarto fué Gabriel Pizarro, que casó con doña Juana Torres. Las hijas, la mayor queda dicho con quién casó; la menor, con Diego Pizarro, hijo de Cristóbal Pizarro y de doña Ana de Aragón.

La otra parentela o casa es la de Hernando Pizarro y no sé si es del primer matrimonio del Diego Hernández Pizarro o si del segundo, que fué con una de Medellín, de los Avalos que hubo, que fué gente principal. De uno de estos matrimonios tuvo Diego Hernández Pizarro una hija que casó con un Hernando Alonso de Hinojosa, hijo de Francisca Alonso de Hinojosa y de un hidalgo llamado Gonzalo Díaz, de quien dicen que era pariente otro Gonzalo Díaz que dejó las capellanías de la torre de Gonzalo Díaz. Al marido de esta hija de Diego Hernández Pizarro le mataron los Corajos en Marta, porque había él muerto a uno de los Corajos, por causa bastante que para ello tuvo, y le mató como muy hombre. Esta señora puso a sus hijos Pizarro y no Hinojosa ni Díaz, aunque era el nombre de su padre[127].

De esta hija de Diego Hernández Pizarro y de este Hernando Alonso de Hinojosa vino Gonzalo Pizarro, que llamaron el Largo, que casó con Isabel de Vargas y tuvieron a Hernando Pizarro — que fué un valiente hombre y honrado caballero, que hizo grandes cosas en Indias —y a Juan Pizarro[128], que murió en Indias, y a Inés Rodríguez de Aguilar y a Isabel de Vargas, que casó con Gonzalo de

Tapia y tuvo a Diego Alonso de Tapia. Tuvo el Gonzalo Pizarro a otros hijos no legítimos, que fueron el marqués don Francisco Pizarro, primer conquistador del Perú, y Gonzalo Pizarro, que fué gobernador del Perú, a quien después Gasca cortó la cabeza.

Esta es la casa o parentela, que fuera muy rica sí Hernando Pizarro quisiera dar gusto al Emperador y al Rey. Y, con todo, es la casa más rica de Trujillo. Tuvo Hernando Pizarro otra hermana, no legitimada, llamada doña Graciana, casada con Alvaro de Hinojosa.

Las armas de los Pizarros son: escudo de plata y en la mitad un pino, que toma de alto a bajo, y a cada lado un oso rampante, que está mirando a lo alto del pino, como aquí está.

Estas casas nombradas arriba, todas son de muy principales caballeros. Fuera de éstos, hay otros hidalgos.

Hernando Pizarro, demás de estas armas de los Pizarros, pone otras muchas y muy principales, que le dió al Emperador y no las pongo por no ser de todo el linaje, sino de sus descendientes sólo. Quien las quisiere ver, bien patente está el escudo de la esquina de su casa.

XXXI DE LOS RAMIROS

El linaje de los Ramiros es en esta ciudad de muy nobles y antiguos hidalgos. Entraban en Ayuntamiento con los Bejaranos.

Hay casa de mayorazgo en poder de Ramiros, aunque ella no era de Ramiros, sino de Corajos, que todos eran deudos. Y este mayorazgo tiene Garci Ramiro, hijo de Miguel Ramiro, hijo de una señora hija de un hidalgo llamado el licenciado Jara y hermana de otro licenciado Jara, ambos famosos médicos y muy buenos hidalgos, de los Jaras que hubo en esta ciudad. Este mayorazgo, que poseen los Ramiros, fué de Hernán Corajo. Y él lo fundó y le mandó a Diego García de Paredes, que era su tío, hermano de fulana de Paredes, su madre, y mandósele a él y a su hijo varón mayor y, en defecto de

hijo varón, a Garci Ramiro, abuelo o bisabuelo del que hoy es.

Las armas de los Ramiros son éstas[129].

XXXII DE LOS SANDOVALES

El linaje de Sandovales es ya acabado en Trujillo. No sé si estuvieron en posesión de hijosdalgos o caballeros. Entraban en los oficios públicos con los Bejaranos. No sé quién venga de ellos por varón o hembra; sospecho sí fueron de los conquistadores de Trujillo. En Sevilla los hay y es gente muy principal, de los cuales tuvimos un obispo en este obispado, persona de gran valor, aunque vino ya muy viejo a él, llamado don Francisco Tello de Sandoval.

Los de Sevilla traen por armas escudo amarillo con banda negra, como el de los Carvajales, de la manera de este que va aquí. No sé si traían estas armas los de este lugar, que sí debían traer.

XXXIII DE LOS SOLISES

La casa y linaje de los Solises de esta ciudad lo son por hembra y no por varón. Y debieron de tomar el apellido y nombre de Solís por tener de ellos la más y mejor hacienda.

Los Solises fué y ha sido gente muy principal en Extremadura y lo es en toda España. En tiempo del Rey don Juan el Segundo se halla haber tenido uno de sus dos Maestresalas de este apellido, según dice mosén Diego de Valera en la crónica general que hizo de España por mandado de la Reina Isabel la Católica, donde, hablando con su alteza, dice que, estando él con su padre, que le servía el plato en su mesa. Cuando las guerras civiles que levantaron el Rey de Navarra y el conde Benavente y otros grandes del reino, los grandes, desde Valladolid, le enviaron hacer un

requerimiento con un secretario del Rey de Navarra, que contenía que el rey fuese servido de sacarlos de la tiránica gobernación del condestable don Alvaro y que luego dejarían las armas; donde no, que sí daños viniesen a España, que fuesen a su culpa y no a la de ellos, que ellos no tomaban las armas para defender a su rey, sino para defenderse de su enemigo el condestable, que al rey guardarían la debida lealtad a rey natural. Y dice que cuando este requerimiento se hizo, estaban con el rey los maestresalas Pedro de Tapia y Pedro de Solís y otros algunos oficiales, que no se acuerda el nombre, y el que servía el plato era de este apellido.

También hubo un maestre de Alcántara llamado don Gómez de Solís. Fué natural de Cáceres, hijo de un caballero llamado Diego de Cáceres, que murió en servicio del maestre don Gutierre de Sotomayor, en una entrada que hizo contra moros, donde murieron muchos caballeros de Extremadura, que iban acompañando al maestre don Gutierre, que fué antes de este don Gómez. Y por muerte suya hizo el Rey don Enrique el Cuarto que los caballeros de la Orden eligiesen a don Gómez, que era mayordomo suyo. Fué el maestre un muy esforzado caballero y muy desenvuelto a caballo y maravilloso alanceador de un toro. Por aquí vino a tener tanta privanza con el rey.

Tuvo el maestre muchos hermanos y hermanas. De los hermanos y hermanas, trataremos de una solamente, por venir de ella la casa de los Solises que hoy es, aunque tuvo otra casada en Trujillo con Francisco de Hinojosa, y otra que casó no sé dónde, con un fulano Pantoja, que fué padre del electo de Alcántara, don Francisco de Solís, que murió en Portugal.

La hermana que el maestre don Gómez casó en Trujillo, casó con un alcaide que los reyes habían enviado a esta ciudad, hombre valeroso, llamado Juan de Segovia, o Juan de Sedeño, y era de Castilla, no sé si de Arévalo o de Segovia. Debiera de ser hombre principal, pues el maestre le dió su hermana por mujer, demás de que en aquel tiempo era estimado un hombre de valor y poderoso, y valeroso él lo era y poderoso también, pues era alcaide de la fortaleza de Trujillo, que se valió de ella muchas veces el maestre contra el Clavero, don Alonso de Monroy. Este caballero alcaide tuvo un hijo en la hermana del maestre, que casó con hija del señor

de Orellana de la Sierra, que se llamaba doña Ximena de Orellana. De doña Ximena de Orellana y de su marido, que no le sé el nombre, fué hijo de Juan de Solís, que casó con doña Beatriz de Vargas, hija de Alonso García de Vargas y de doña Francisca Altamirano. De Juan de Solís fué hijo Gómez de Solís, que casó con doña María de Solís, de Badajoz, hija del maestre del Campo Juan de Solís, tío suyo, no sé sí descendiente también de aquel caballero que fué alcaide.

De la hermana del maestre o de hermano varón, los Solises que ha habido han sido hombres sagaces y recatados, a lo menos los de este lugar. Su solar es en el Reino de León. Los hay en muchas partes y si no fuera por las guerras del Clavero y el maestre don Gómez, los de Extremadura fueran grandes, a lo menos hubiera una casa de ellos que lo fuera, porque fueron marqueses de Coria[130] y tuvieron a Badajoz.

Son sus armas escudo de oro con un sol grande, como aquí van[131].

XXXIV DE LOS SOTOMAYOR

El solar de los Sotomayores es en Galicia, en el Condado de Lemos. Es tan antigua su casa y solar que no se sabe quién le dió principio. Dicen que cuando el gran Hércules pasó en España, entre otros edificios magníficos que hizo, hizo la casa de este solar, que para aquel tiempo lo debiera de ser harto. Y que quedó allí un deudo suyo por señor de aquella casa y tierra, y que de éste vienen los señores de aquel solar y de aquel vienen los Sayavedras, que así se llamaban antes de llamarse Sotomayores, y que uno de los hermanos —que eran los Sayavedras, que quiere decir sayavieja — servía a un rey de Galicia y era ayo de un hijo suyo. Y estando en un soto con el infante o príncipe, holgándose el ayo, andaba a caza, o tirando una lanza o venablo. Acertó, sin verle, a pasar el niño infante, con otros, y por desgracia dióle una herida de que murió. Y viendo su ruin muerte, el buen caballero fuése para el rey, contóle el caso y sacando su espada dióla por la guarnición al rey su amo,

suplicándole le matase con ella. El rey, visto el sentimiento del doloroso y desgraciado caballero, y conociendo que no lo había, muerto con voluntad, sino con desgracia, le perdonó benignamente. Y él desde allí delante, en muestra del sentimiento de dolor que le apretaba por la desdichada muerte, tres bandas coloradas que traía por armas en campo de plata, las tiñó negras. Y el nombre de Sayavedra dejó y se puso el del Soto, y así se llamó de Soto y Mayor, por de mayor dolor, pues no había dolor que igualase al suyo132. De más de esto, encima y debajo de las barras, traen escaques amarillos y colorados. El otro hermano de este caballero que le sucedió esta desgracia, se quedó con armas y nombre de Saavedra y pone las barras coloradas, que no difieren otras cosas estas armas.

Después, en tiempo del Rey don Enrique el Tercero, vino un caballero de Galicia, llamado don Alonso de Sotomayor, del solar. Trajo un hijo y una hija: al hijo llamaron Juan de Sotomayor, que fué maestre de Alcántara, y una hija, llamada doña Teresa de Sotomayor, que casó con un caballero de Agreda, heredado en una aldea de Medinaceli, llamada Raudona. Este caballero llamaron Juan de Raudona y de éste fueron hijos don Gutierre de Sotomayor —que, sucesivamente, fué el maestre de Alcántara— y una señora casada con un Monroy. señor de Belvís — madre del Clavero don Alonso de Monroy—, y otra señora que casó con el señor de Orellana la Vieja, por donde son Sotomayores los señores de Orellana.

De esta señora hermana del maestre don Juan y madre del maestre don Gutierre y mujer de Juan de Raudona, vienen todos los Sotomayor de Extremadura. Y con esto queda declarado que no hay Sotomayor que venga por varón, que como lo son los que hoy viven en Trujillo, es de esta manera: el maestre don Gutierre tuvo dos hijos y una hija, en una señora noble, doncella y aún algunos dicen que deuda suya, hija de Gonzalo de Raudona, comendador de Lares, que antes de ser del hábito había sido casado. Del mayor hijo del maestre vienen los condes de Belalcázar y duque de Béjar; del menor, los señores de Alconchel. La hija casó con Luis de Chaves, el Viejo, y tuvo de Luis de Chaves, su marido, éntre otros de sus hijos, a doña Juana de Soto-mayor, que casó con Francisco de Hinojosa, que era ya viudo de doña Juana de Solís, hermana del maestre don

Gómez.

Tuvo Francisco de Hinojosa, de su mujer, a Gutierre de Sotomayor. Gutierre de Sotomayor tuvo de su primera mujer, que fué hija de Gonzalo de Ocampo, a doña María de Sotomayor, que casó con Francisco de Camargo, hermano del obispo don Gutierre Carvajal. Gutierre de Sotomayor casó segunda vez, en Madrid, con una señora doña fulana de Vozmediano; no sé de ella más. Tuvo de ella tres hijos y dos hijas; la una de las hijas casó en Madrid con un caballero Zapata; los hijos hasta ahora no se ha casado ninguno. El mayor se llama don Francisco de Sotomayor, que es el que tiene la una casa de dos que son las de los Sotomayor, aunque lo son por hembra, que por varón, como dicho está, es de Hinojosas, y esotra de Solano, como luego veremos. Esotros dos hijos de Gutierre de Sotomayor, al segundo llaman don Luís de Sotomayor y al tercero y menor don Alonso de Sotomayor, que es del hábito de Santiago y gobernador y capitán general en Chile.

Esotra casa de Sotomayor viene de esta manera: uno de los hijos varones de Luis de Chaves, el Viejo, se llamó don Alonso de Sotomayor, que casó la primera vez con hija de Juan de Calderón, el Viejo, de quien tuvo dos hijas, la una, llamada doña Mayor de Sotomayor, que casó con un señor de la casa de Orellana de la Sierra y tuvo un hijo que murió muchacho y en muriendo él se casó la madre con un hidalgo, llamado Francisco Solano, padre que fué de don Juan de Sotomayor, padre de don Alonso de Sotomayor, el de Herguijuela, que es el que tiene la otra casa de Sotomayor.

Son los Sotomayores gente avivada y sofísticos y, además de esto, son osados y sufridores de trabajo y constantes en los peligros y, demás de esto, gente concertada y perdida, por otra parte. Y es gente que con apariencias infunden grandes cosas en los pensamientos de quien los mira. Y no todas sus cosas, las que son de apariencia, desfallecen. Son grandes paseadores y templados en vicios.

Son sus armas estas.

XXXV DE LOS TAPIAS

Estos caballeros son muy antiguos en Trujillo, y tanto, que fueron de los conquistadores de la ciudad. Y así les dieron casa sobre muro, donde hoy la tienen. Su antiguo solar dicen que fué, al principio, de Vizcaya, en la villa de Pancorvo, que entonces tenía otro nombre. Y allí es donde dice Garibay que forzó el Rey don Rodrigo la Cava, por donde vino la destrucción de España, por la venida de los moros. Y cuando llegaron a Pancorbo, o al lugar que ahora se llama así, estaba allí un caballero del lugar, que, según dicen, debiera de ser el más principal de aquella tierra, no sólo en linaje, sino en esfuerzo y valor y prudencia y no tan empedernido en los vicios como los españoles de aquel tiempo, más servidor de Dios que los demás. Este, como el más principal del lugar, comenzó a capitanear la gente, para la defensa, y fortalecer el lugar. Y entre otros reparos que en el poco tiempo que tuvo hizo, fué una muy fuerte tapia y muy grande, con que cercó el lugar. Si este caballero hizo esto por sí mismo, por defender su patria, o si habían alzado ya por rey al duque de Cantabria, don Pelayo, y este caballero estaba con él y le mandó ir a defender aquella tierra y entrada de Vizcaya, aunque no fuese natural de allá, no tengo por qué afirmarlo.

Dícese por cosa cierta que estando este caballero allí por capitán, llegaron los moros y le cercaron. Y pasaron los cristianos gran hambre en el cerco, a causa de su largueza de tiempo y a causa de que, como los moros pusieron tanta diligencia de la conquista, no dieron lugar a los cristianos para proveerse de lo necesario para la defensa. Y así en el tiempo que les duraron las vituallas y estaban apretados del cerco, hicieron ellos y su capitán lo debido a buenos defensores. Y después que de todo punto les había faltado la comida, habiendo comido lo que suelen comer en los muy duros cercos y no viendo ya la gente remedio ninguno, pedían al capitán que se diesen a los moros con el mejor partido que pudiesen, pues no les quedaban esperanzas de remedio, pues estaba la cerviz de España casi toda puesta debajo de su yugo. Al capitán parecióle que el mejor partido que los moros le podían hacer era grave y afrentoso y que, aunque había puesto toda diligencia en defender la tierra, le faltaba acudir al más principal y mejor remedio, que es Dios, que nunca desampara a quien de veras se le encomienda. Y así él pidió a Dios fuese servido de hacer como aquel pueblo no le

tomasen moros. Y parece que Dios le oyó, porque luego se vió una muy gran maravilla, que era venir gran muchedumbre de cuervos volando, con un panecillo cada uno en la boca y, llegando sobre el lugar, los dejaban caer donde la gente se pudiese aprovechar de ellos para su sustentación. Y así venían cada día los cuervos a traerles aquel mantenimiento. Los cristianos, viendo aquesto, parecióles que Dios les hacía particular merced. Volvieron en coraje la poca esperanza que tenían de remedio y así pelearon y se defendieron con más esfuerzo que los españoles de aquel mísero tiempo, los tenían acobardados sus pecados. Y así se defendieron hasta que fueron socorridos por don Pelayo y los moros levantaran el cerco133.

Y después que llegó el rey, el capitán, que tan bien había defendido la villa, dijo al rey que fuese servido de que él tomase armas y nombre de las dos cosas que más al caso le habían hecho para la defensa de la villa. Y así tomó el nombre de la tapia con que había cerrado y guardado la villa y por armas los cuervos, con los panes en la boca. Y la villa tuvo envidia de esto, y la ciudad de Vitoria, que era cabeza de aquella tierra. Y así, capitán y villa ciudad, todos contendieron sobre los cuervos y los panes. Y el buen rey.
por comentallo todo, mandó que el capitán se llamase Tapia, como él quería y que pusiese por armas seis cabezas de cuervos. Y la villa, que tomase el nombre de los panes y de los cuervos y se llamase Pancorvo y pusiese también las seis cabezas de los cuervos, con los panes en la boca. Y a la ciudad que no pedía más de armas, dióle los cuervos, sin las cabezas. Al capitán le dieron las cabezas; van puestas pico a pico, de dos en dos; el campo en que están es de plata y por orla ocho escudicos, en cada uno tres varas azules y la orladura blanca.

Puede ser que este caballero trajese antes un escudo de plata con estas tres varas azules y que después que tomó estas armas pusiese esas otras por orlas, acrecentando los siete escudos, o pudo ser que pusiese por armas las pesas, como algunos las ponen en Trujillo, y que pusiese los escudicos por orla, como los ponen de los cuervos, aunque esto de las pesas todos concuerdan que fueron siempre cuervos, sino que, como en el tiempo antiguo había poca pulicidad de canteros, los primeros escudos que se hicieron parecían los cuervos por una parte pesas, por otra no sé qué. Y también ha sido

poca curiosidad de los de este linaje, no haber puesto bien sus armas, siendo las más antiguas que se pusieron en Trujillo, que las puso el primero que vino, que debiera ser del propio Pancorvo o de allí cerca, descendiente de aquel que tomó las armas.

Este caballero que tomó las armas, aunque era de Pancorvo, no se sabe si era español o godo. Y no es maravilla no saberse, pues el propio don Pelayo hay algunos que dicen ser godo; otros, español. Y tanto puede la antigüedad, que entierra de manera las cosas, que del propio rey aún no se da entera claridad. También pudo ser del nombre latino descendiente, como lo era don Julián, el conde que fué en aquel tiempo, y también pudo ser descendiente de los griegos, como lo era Paulo, el que se levantó algún tiempo antes contra el noble Rey Wamba. De cualquiera de estas gentes que fuese, que era de las que estaba poblada España, siendo noble, como lo era, de la mejor gente del mundo. Porque los españoles de aquel tiempo llamo yo los descendientes de los que vinieron con Túbal, primer poblador de España, y también los descendientes de los griegos, que vinieron con Hércules y quedaron en España, que ya por la mucha antigüedad de haber vivido en España y haberse mezclado con los de Túbal, los llamo españoles. A los del nombre latino llamo a los romanos y a los demás del nombre latino, que fueron señores de España. Griegos llamo a los que, después que el gran Constantino pasó el imperio de Roma a Grecia y a Constantinople, vinieron con los gobernadores y oficiales del imperio a España. Y luego vinieron los godos. Pues de cualquiera gente de ésta, que eran las que estaban en España, era harto principal, pues la que menos lo era eran los godos, por ser gente más nueva y más bárbara y cruel, aunque en aquel tiempo postrero más clara, por las gloriosas victorias y por haber ellos abatido la majestad y gloria del nombre romano en muchas partes del mundo.

En el tiempo de la conquista de Trujillo, vino un caballero, entre los otros, del solar de Pan-corvo y de las gentes de los Tapias. Y en tomándose la villa, una mezquita, que es la iglesia de San Pablo, que hoy está en la fortaleza, la consagraron y pusiéronla nombre de San Pablo y ésta fué la primera parroquia que hubo en Trujillo. Y allí mandó poner este caballero Tapia sus armas y obtuvieron hasta que Hernando Pizarro compró al Rey don Felipe el Segundo la fortaleza y renovó la iglesia y quitó los escudos y su luenga

posesión. Luego hizo este caballero la iglesia de Santiago, para enterrarse él y todos los nobles, donde puso su escudos. Y fué la iglesia mayor, hasta en vida del Rey don Pedro el Cruel, que mandó hacer la iglesia de Santa María y mandó que fuese la mayor.

De este caballero descienden las casas de Gonzalo de Tapia, que viene de hijo mayor, y venía la de Diego Alonso de Tapia y viene la de Vargas de Tapia, que viene de hijo segundo, y viene la de García de Tapia Altamirano, que viene de hijo segundo de la de Vargas de Tapia, aunque la división no fué en hijos de este caballero que se halló en la conquista, sino en hijos de uno de sus descendientes.

Contaré la descendencia de los que ahora son, llegando hasta donde supiere,

Gonzalo de Tapia tiene muchos hijos en su mujer, doña María de Paredes. Doña María de Paredes es hija de don Sancho de Paredes y de doña Beatriz de Carvajal. Don Sancho, hijo de Diego García de Paredes y de doña María de Sotomayor; doña Beatriz de Carvajal, hija de Francisco de Carvajal y de doña Leonor de Salazar. Gonzalo de Tapia es hijo de doña Angela de So-tomayor y de Bernardino de Tapia. Doña Angela es hija de Francisco Solano, un hidalgo noble, y de doña Mayor de Sotomayor. Bernardino de Tapia es hijo de Esteban Rangel de Tapia y de Mencía de Orellana, y el Bernardino de Tapia tuvo un hijo, no de su mujer, llamado Antonio de Tapia, que tiene razonable hacienda. Mencía de Orellana fué hija de Gonzalo Carrasco y de Inés de Orellana y Carvajal. Esteban Rangel de Tapia, su marido, fué hijo de Francisco de Tapia — que mataron los Chaves, porque ayudaba al maestre don Gómez de Solís; estando descuidado, por parecerle que no le podrían o no osarían hacerle nada, entraron en su casa y le mataron — y de Juana García Altamirano. Francisco de Tapia, hijo de Esteban Sánchez de Tapia y de Teresa Ruiz de Valverde. Esteban Sánchez, hijo de Alfón García de Tapia y de una señora, pienso que de los Bejaranos, porque fué en esta casa donde primero se juntaron todos los tres linajes públicos y eran ellos, y todos los Tapias, de los Añascos.

Esotra casa es la de Luis de Vargas de Tapia, que casó con doña Antonia Calderón, hija de Andrés Calderón y de doña María de Carvajal, hija de Luis de Carvajal. Luis Vargas de Tapia es hijo de Alonso de Vargas de Tapia y de doña Violante de Carvajal, hija de

Jerónimo de Carvajal y de doña Francisca de los Nidos. Alonso de Vargas de Tapia, hijo de Luis de Vargas de Tapia y de doña Juana Rangel, hija de Rangel de Tapia y de Mencía de Orellana; Luis de Tapia, creo, de Alonso de Tapia y de una Vargas. Y por mandarles hacienda un hermano de su madre de ella, llamado García de Vargas, tomó su hijo y descendientes el nombre de Vargas.

García de Tapia Altamirano casó en Béjar, primera vez, con una hija de un noble hidalgo, llamada doña Blasina, de quien tiene hijos, que le heredan. García de Tapia es hijo de Alonso de Tapia y de doña Catalina Perero, de Alcántara, de los Pereros de Alcántara. Alonso de Tapia creo que es hijo de García de Tapia y de una señora de Altamirano.

Han sido, por la mayor parte, los Tapias, gente discreta, pero muy guardadores de lo suyo.

Son sus armas estas que aquí están.

Entraban en los oficios públicos con los Añascos.

XXXVI DE LOS TORILES

Este linaje de Toriles es, en Trujillo y en su: tierra, de hidalgos, aunque pobres. Hailos en Santa Cruz. Dicen que entraban en Ayuntamiento con los Añascos. De dónde vinieron a esta tierra, ni dónde sean, no lo sé.

Uno de Santa Cruz casó en Trujillo, con hija bastarda o natural de Luis de Chaves, el Viejo, de la Calzada. Estos tuvieran un hijo, llamado Diego de Chaves, que casó con doña Catalina Casco, en quien tuvo hijos: al mayor, que heredaba su mayorazgo, aunque pequeño, llamaron Juan del Toril, que casó con una hija de un buen hombre, llamado Morán, que la llamaron doña María de Morán. Deja hijos en ella.

Las armas de los Toriles son dos toros, uno sobre otro[134].

XXXVII DE LOS TORRES

El linaje de los Torres es de caballeros muy antiguos, y tanto, que fueron de los conquistadores de Trujillo. Hailos en muchas partes, principalmente en Jaén, donde es el conde de Villar, llamado don Hernando de Torres, que es virrey en Perú, También los hay en Soria, y muy caballeros. Los de aquí no sé de dónde vinieron, sí vinieron de Soria o de dónde, porque de Jaén no pudieron venir acá, por ser más antigua la conquista de la ciudad que la de la ciudad de Jaén.

Hállense tres caballeros comendadores, en tiempos de los maestres de cada orden: el uno, el de la Orden de Santiago, se llamó Diego de Torres, fué comendador de Aguilarejo, fué en tiempo del maestre don Lorenzo Suárez de Figueroa; el de la Orden de Calatrava se llamó frey Juan Alonso de Torres, que fué comendador de las Casas de Talavera y mayordomo mayor del maestre Domingo Muñiz de Godoy; el de la Orden de Alcántara fué en el tiempo del maestre don Fernán Rodríguez de Villalobos, tuvo la encomienda de Portugalesa, llamóse frey Gonzalo de Torres,

Cuando se ganó Trujillo, dieron a los Torres casa sobre el muro, donde hoy la tienen, como a uno de los principales linajes de los conquistadores, la cual tiene hoy don Francisco de Torres, hijo de Gonzalo de Torres y de Ana de Orellana. Gonzalo de Torres era hijo de Francisco de Torres y de doña Elvira de Carvajal; Francisco de Torres, de Diego de Torres y de una señora, hermana de Sancho de Bonilleja y de Juan Alonso de Bonilleja y de doña Francisca, la Gorda, mujer de Martín de Chaves, el Viejo. Fué hermano de Diego de Torres, García de Torres, que casó con hermana de Hernando Alonso Altamirano, de donde procede don Alvaro Altamirano y Gonzalo de Torres, su tío.

En los oficios públicos entraban los Torres con los Altamiranos.

Son las armas de los Torres de esta ciudad, cinco torres de plata en campo colorado, como están en este escudo de aquí arriba. Todos ponen así sus torres, aunque los de Jaén pónenlas de oro en campo colorado; los de Soria, de plata en campo azul.

Fué gente de mucha fuerza y sosiego los Torres.

XXXVIII DE LOS VARGAS

De qué parte vinieron los Vargas a esta ciudad, no me atrevo a afirmar, por haber diversidad en los que dicen de su venida. Unos dicen que vinieron de Badajoz con los Bejaranos, que eran deudos suyos, y que, aunque eran Vargas, en los bandos contra los Portogaleses ayudaban a los de Bejarano. Y que todos juntos dejaron su ciudad por apartarse de la ira que traía el rey y así acudieron a esta tierra. Y desque se partió el gobierno de la ciudad entre los tres linajes ya dichos, los Vargas entraban con los Bejaranos en los oficios públicos. Y aún dicen que traían el nombre de Bejaranos y que algunos Vargas, que habían quedado en aquella tierra, los enviaron a reprender, que por qué habían hecho una cosa tan falta de consideración como era haber dejado el nombre de Vargas, que les venía por varón y siendo tan principal, tomando el de los Bejaranos, que les venía por amistad o parentesco de hembra, que le volviesen a resucitar y se lo llamasen. El tiempo en que esto pasó fué en tiempo de Alonso García de Valhondo, el Orejudo, el que fundó el mayorazgo que hoy tienen los Vargas.

Otros dicen que vinieron de una aldea de Toledo, llamada en aquel tiempo Mazarambroz,. donde residía el famoso caballero Garci Pérez de Vargas —de quien dicen que vienen—, donde estaba el buen caballero cuando, pasando por allí el Santo Rey don Fernando, que ganó a Sevilla, le quiso ver y le halló en unas viñas, podándolas, como hallaron los embajadores del Senado Romano a Fabricio, haciendo su sementera, cuando le llevaron el nombramiento de dictador, hecho por Senado y pueblo, para la salud de la República. Llegado que fué el rey a él, le dijo

con amorosas palabras:

—¿Qué es esto, caballero?

Y él respondió:

— Acá como vedes y allá como sabedes.

Y cierto él dijo muy bien, pues en la guerra no hubo en su tiempo ninguno de mayor hecho que él y en la paz se sabía acomodar con su poca hacienda, sin procurar la ajena.

Hubo de este linaje un arzobispo de Sevilla y un clavero de Calatrava.

Pudo ser que de tierra de Toledo, de donde son, fuesen a Badajoz y de allí viniesen acá. Otros dicen de su venida, que fué de otras partes. Lo que sea cierto, no lo sé; sé que en Extremadura hay muchos caballeros muy principales de ellos y también los hay en Madrid. Y casa muy rica y muy principal, la de esta ciudad lo es mucho. Es este linaje el uno de dos de los bandos de esta ciudad, que se llamaron Vargas y Chaves, debajo de los cuales nombres tantos necios apocados, de esotros nombres, que no se ha escapado ninguno, ha traído el diablo engañados, haciendo sus particulares pasiones generales.

Las armas de los Vargas son ondas azules y blancas. Y éstas traen los Maridos de Galicia, del cual linaje era aquel infanzón que se halló en el cerco de Triana, donde también lo estaba Garci Pérez, el cual dijo que Garci Pérez traía sus armas y que él se las haría dejar. Y avisáronle que no lo dijese, que si lo sabía Garci Pérez le vendría trabajo por ello. Y luego se ofreció que apretaron el cerco y salieron de Triana los moros, a hacer daño a los cristianos, a los cuales Garci Pérez resistió con tanto ímpetu, que los hizo encerrarse. Y, según dicen, mediante su esfuerzo se ganó aquel día un castillo, no sin daño suyo y quebranto de sus armas, porque fueron tantas las pedradas y lanzadas que recibió aquel día, y otros golpes de otras armas, que llegó con las suyas hechas pedazos al Real, donde estaba un infanzón paseándose, que había quedado en guarda del Real. Y como no haya cosa secreta, Garci Pérez había sabido lo que el infanzón había dicho. Y llegóse a él y díjole:

—Infanzón, así se traen las armas de las ondas— señalando las suyas rotas.

A lo cual respondió el infanzón con mucha vergüenza:

—Ellas son, señor, por vos honradas más que por otro caballero, que yo sepa, y yo me tengo por muy honrado por traellas vos.

Los caballeros de esta ciudad, de este apellido y sangre, además de las ondas[135], ponen algunos, a cada parte del escudo, dentro de él una cabeza de onza, como las ponen los Bejaranos en sus escudos.

El que tiene ahora la casa del mayorazgo de este linaje, se llama don Diego de Vargas. Además de esta casa, hay la de Tomás de Vargas y la de Gonzalo de Vargas, hermano del comendador de Viilaescusa, del hábito de San Juan, llamado don Luis de Carvajal.

Don Diego de Vargas casó con doña Teresa de Castro, hija del conde de Altamira; don Luís de Vargas, su padre, con doña Catalina de Córdoba, hija del señor de Guadalcázar.

XXXIX DE LOS VALVERDES

Si no fuera por guardar la orden del abecedario, pudiéranse quejar los Valverdes, que, siendo los primeros que vinieron a Trujillo, los ponemos los postreros. Lo que más lastima es que, cuando se agraviaran, no ha quedado nada de ellos que pueda responder y procurar por ellos, a lo menos por varón.

Fueron de los conquistadores de Trujillo y de los más principales, porque aquel Hernán Ruiz de Valverde lo fué mucho, aunque algunos, con aficiones a otro apellido y poco a éste —o que quizá sea la verdad, que, como de tiempo tan antiguo, no osara afirmar lo uno ni lo otro — , dicen que este Hernán Ruiz fué de los Altamiranos y quieren verificallo con ser uno de los linajes públicos y poner sus armas en las puertas de la ciudad y tener pesos y medidas con ellas, aunque esto no es de mucho fundamento, porque también Añascos y Bejaranos tienen estas preeminencias. Y a mí me parese que se debe dar más crédito a que este Hernán Ruiz se llamaba de Valverde, pues que, habiendo muchos años que es

acabada esta gente y nombre, la más común opinión es que era Valverde.

En los oficios públicos entraban con los Bejaranos, según yo entiendo. Les dieron casas sobre el muro, como era razón, como a los más principales conquistadores, y es una de una capellanía, que está por bajo de casa de Francisco Pizarro, donde vive Gregorio de Loaisa, donde están sus armas.

Sus armas son: un pino verde y encima de él un aspa roja; campo de oro.

*

* *

Estas son las cosas que he podido saber sobre este tratado, las cuales yo tengo por verdaderas, y si no lo fuesen, remítome a quien de ellas supiere la realidad de la verdad. Y esto no lo he escrito para que lo vea nadie —aunque me remito a quien supiere la mayor certeza—; en este caso, sólo lo escribí como memoria de estas cosas que sabía, por no olvidadas, por la flaqueza de mi memoria, yo, don Esteban de Tapia, señor de las villas de Plasenzuela y el Guijo y Avililla, etc., como está dicho (1)136.

INDICE

ULTIMAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

Diego Garda de Paredes, Hércules y Sansón* de España, Madrid, 1946.

Francisco de Hinojosa, el personaje inédito de un drama histórico, Badajoz, 1946.

Plasencia en Indias, Plasencia, 1947.

Un extremeño en la Corte de los Austrias, Badajoz, 1947.

Vieja biografía de don Pedro de Alvarado, lugarteniente de Hernán Cortés y conquistador de Guatemala, Badajoz, 1947.

Una desconocida heroína trujillana, Plasencia, 1947

Francisco de Lizaur, hidalgo indiano de principios del siglo XVI, Madrid, 1948.

Documentos para la guerra de sucesión en Extremadura, Badajoz, 1948.

Descubrimiento de los restos de fray Nicolás de Ovando, primer gobernador de las Indias, Sevilla, 1948.

El mayorazgo de Blasco Muñoz, fundación vincular de principios del siglo XIV, Badajoz, 1948.

La relación de las Indias, de fray Antonio Vázquez de Espinosa, Madrid, 1948.

Fernández Ruiz, paladín de la reconquista trujillana, Plasencia, 1949.

Relación del descubrimiento del Reino del Perú, que hizo Diego de Trujillo, Badajoz, 1949.

Don Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, Cáceres, 1949.

La cofradía cacereña de nuestra Señora de la Paz, Badajoz, 1949.

Documentación histórica de Diego García de Paredes, Badajoz,

1949.

Las últimas disposiciones del último Pizarro de la Conquista, Madrid, 1950.

Benito Hernández Altamirano, embajador de Trujillo al Infante don Enrique de Aragón, Plasencia, 1950

Revelación y aportaciones históricas en una carta de Hernando Pizarro, Badajoz, 1950.

Doña Isabel de Vargas, esposa del padre del conquistador del Perú, Madrid, 1951.

Francisco Pizarro debió apellidarse Díaz o Hinojosa, Badajoz, 1951.

El banderizo extremeño, paladín nacional por los Reyes Católicos, Madrid, 1952.

Noticias históricas de la Muy Noble y Leal Villa de Cáceres, por don Simón Benito Boxo-

yo, Cáceres, 1952.

EN PRENSA

Tres testigos de la conquista del Perú, Buenos Aires.

Expedición de Hernando de Soto a Florida, Buenos Aires.

Intervención de un fraile extremeño en un epi sodio de la historia de Filipinas, Badajoz.

La ciudad de Cáceres, Cáceres.

Prólogo a «Los extremeños en la Orden de Carlos III», de Julio Atienza, barón de los Cobos de Belchite, Badajoz.

El capitán Diego de Cáceres Ovando, paladín extremeño de los Reyes Católicos, Badajoz.

Esta edición de las CRONICAS TRUJILLANAS DEL SIGLO XVI, patrocinada por el excelenTisimo Ayuntamiento de Trujillo, siendo

alcalde don Julian García de Guadiana,

ACABOSE DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA Y

Talleres Jomarim, el 12 de Octubre DE 1952, DIA DE LA HISPANIDAD, BAJO EL CUIDADO Y DIRECCION DEL ESCRITOR CASTULO CARRASCO

LA US D E O

Miguel Muñoz de San Pedro

DISTRIBUCION:

Cuadernos ALCANTARA

Donoso Cortés 27 - Teléf.

CACERES

1

Según Naranjo (Trujillo y su tierra, pág. 445), la Calderón era la que aquí llama doña Francisca Lagorda, mientras doña Isabel se apellidaba Altamirano.

[1]Los mayorazgos y primogenituras de don Esteban de Tapia fueron a recaer, según veremos, en la casa condal de Canilleros, en cuyo archivo, Sección de Asuntos de Trujillo, se guarda amplia e interesante documentación del cronista y de su familia.

[2]Como quiera que estos manuscritos carecen de título o lo tienen excesivamente largo, adoptamos para la cita de cada uno de ellos el apellido del autor o autores, mencionándolos así: Manuscrito de

Hinojosa, Manuscrito de Chaves y Manuscrito de Tapia.

3Diego era el hijo menor de los tres varones que tuvieron sus padres. El segundo de ellos, Hernando de Vargas, nace en 1578, pues consta que muere de treinta y tres años, en 1511. De las tres hermanas de Diego, parece que dos de ellas también tuviesen más edad que éste. Por todo esto, es lógico fijar el nacimiento del cronista sobre 1485. Como indudables fechas topes de este nacimiento tenemos la de 1478, en que nace el hermano que le precede, y la de 1488, en que muere el padre. Cfr. Manuscrito de Hinojosa, cap. XXII.

4Muere en 1488, de cuarenta años de edad. Ibíd.

5El Manuscrito de Hinojosa resalta la fortaleza física de los varones del linaje y la extraordinaria longevidad de muchos de ellos, tal como Alvar Alonso de Hinojosa, que vive ciento dieciocho años; Hernando Alonso de Hinojosa, que vivió ciento diez, y Diego de Hinojosa, que conoció nietos de sus nietos. Ibíd., caps. XIX, XX y XXI.

6Ibíd., caps. XXI y XXII.

7«Fué singular mujer, varonil, hermosa. Fué hacendosa, sí que pasó años de hambre, con gran gobierno de su casa. Doctrinaba bien sus hijos, en buenas costumbres.» Ibíd, cap. XXII.

[8]Ibíd.

[9]Diego era hijo, como se ha dicho, de Juan de Hinojosa; primer nieto de Diego de Hinojosa y Leonor López de Carvajal; segundo nieto de Hernando Alonso de Hinojosa y de Teresa González Bote; tercer nieto de Alvar Alonso de Hinojosa y de Constanza Fernández Altamirano; cuarto nieto del citado Alonso Alvarez, primer venido a Trujillo, toda esta genealogía se recoge amplia y detalladamente a lo largo del Manuscrito de Hinojosa. La citada Constanza Fernández Altamirano, que hizo partición de los bienes de sus padres en 1381, era hija de Alonso Fernández Altamirano y de Juana Sánchez de Almaraz; primera nieta de Fernán Mateos Altamirano y de doña Estefanía; segunda nieta de don Mateo Altamirano y de doña Inés; tercera nieta del rico hombre don Tomé Altamirano y de doña Teresa. (Memorial de las Casas de Altamirano y Torres. Ms., en el Archivo de los condes de Canilleros, A de T., leg. 22, núm. 5). El referido don Tomé Altamirano se supone hijo de Fernán Ruiz, el casi legendario paladín de la reconquista de Trujillo. Vid. Clodoaldo Naranjo: Trujillo y su tierra, Trujillo, 1922, tomo 1, págs. lit y siguientes.

[10]Leonor de Vargas fue hija de Hernando de Vargas y de Inés Rodríguez de Aguilar, nieta de Juan Alonso Bejarano y de Leonor Alonso de Vargas, biznieta de Sancho Ximénez Bejarano y de Isabel López de Carvajal. Manuscrito de Hinojosa, cap. VIII.

[11]Una de las grandes revelaciones de los manuscritos de Hinojosa y Tapia es la de fijar la ascendencia de varonía de Francisco Pizarro y sus tres hermanos, Hernando, Juan y Gonzalo, que se había

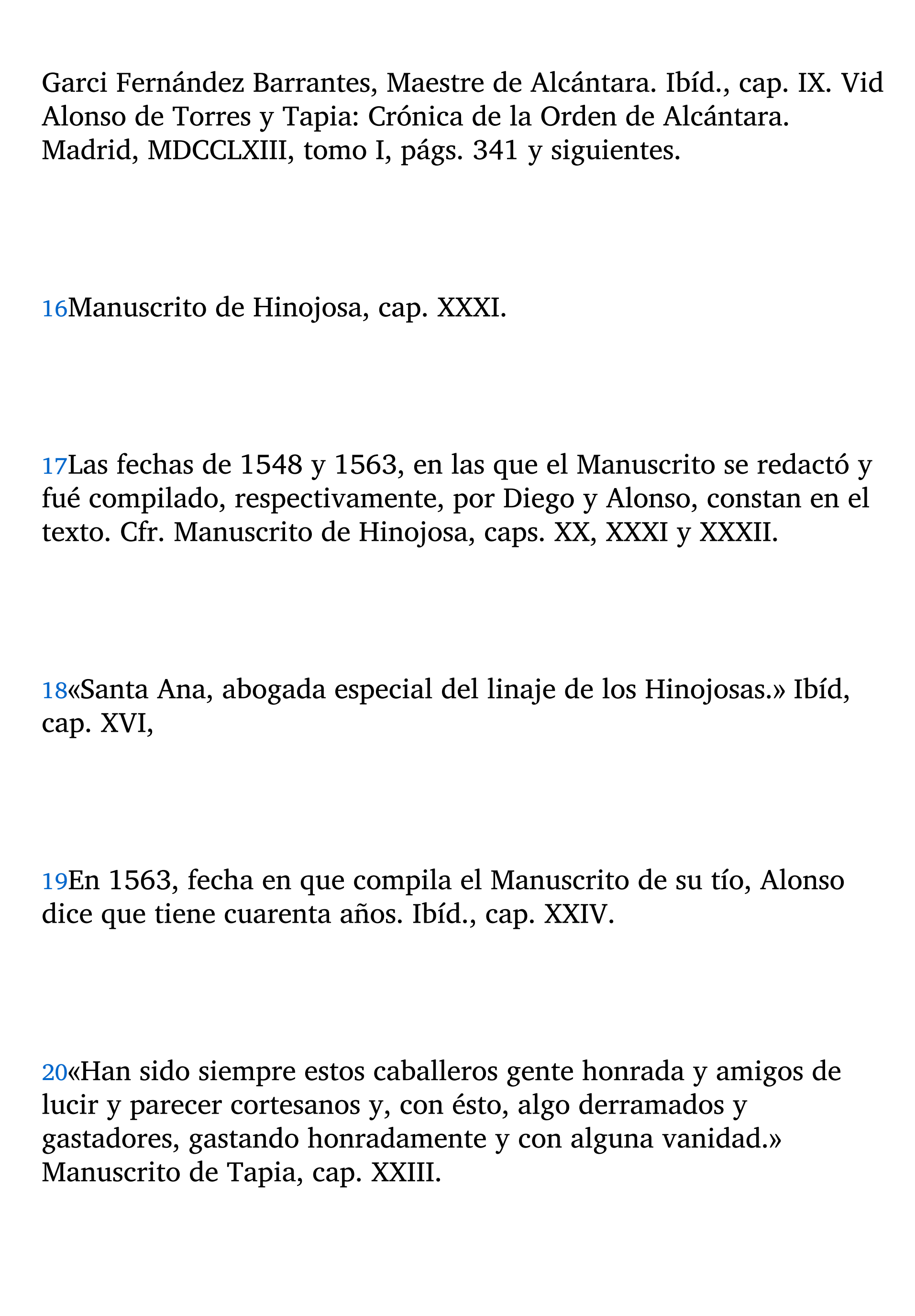
recogido siempre con error. Los cuatro hermanos Pizarro eran hijos del capitán Gonzalo Pizarro; nietos de Hernando Alonso Pizarro; biznietos de Hernando Alonso de Hinojosa y de Teresa Martínez Pizarro; tataranietos de Gonzalo Díaz y de Francisca de Hinojosa. Tratamos ampliamente este tema en nuestro trabajo Francisco Pizarro debió apellidarse. Díaz o Hinojosa, donde se completan con otras pruebas los datos de estos manuscritos. A más del parentesco por el apellido Hinojosa con los cuatro héroes peruanos, el cronista tenía con uno de ellos, con Hernando —que era el único legítimo, pues los otros tres fueron bastardos del capitán Gonzalo Pizarro—, más íntimo vínculo, pues las madres de ambos, Leonor e Isabel de Vargas, eran hermanas. Cfr. Manuscrito de Hinojosa, caps. XX, XXII y XXXI.

12Ibíd., cap. XX.

13Ibíd, cap. XXIV.

14Ana Barrantes era hija de Francisca Rodríguez de Cervantes y de Juan Barrantes; nieta de Hernando de Cervantes y de Mari Gil de Aguilar; biznieta de Rodrigo o Gonzalo Gil de Cervantes y de doña Gracia Pizarro, hermana ésta de Hernando Alonso Pizarro, abuelo del conquistador del Perú, Francisco Pizarro, y de sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, lbíd., caps. IX, XIV y XXXI. Al marido de doña Gracia Pizarro le llama unas veres Rodrigo y otras Gonzalo. El Manuscrito de Tapia (cap. XVI) le dice Gonzalo.

15Ya hemos anotado las ascendencias Gil de Cervantes y Pizarro de Ana; por su padre, Juan Barrantes, era descendiente directa de don



Garci Fernández Barrantes, Maestre de Alcántara. Ibíd., cap. IX. Vid Alonso de Torres y Tapia: Crónica de la Orden de Alcántara. Madrid, MDCCLXIII, tomo I, págs. 341 y siguientes.

16 Manuscrito de Hinojosa, cap. XXXI.

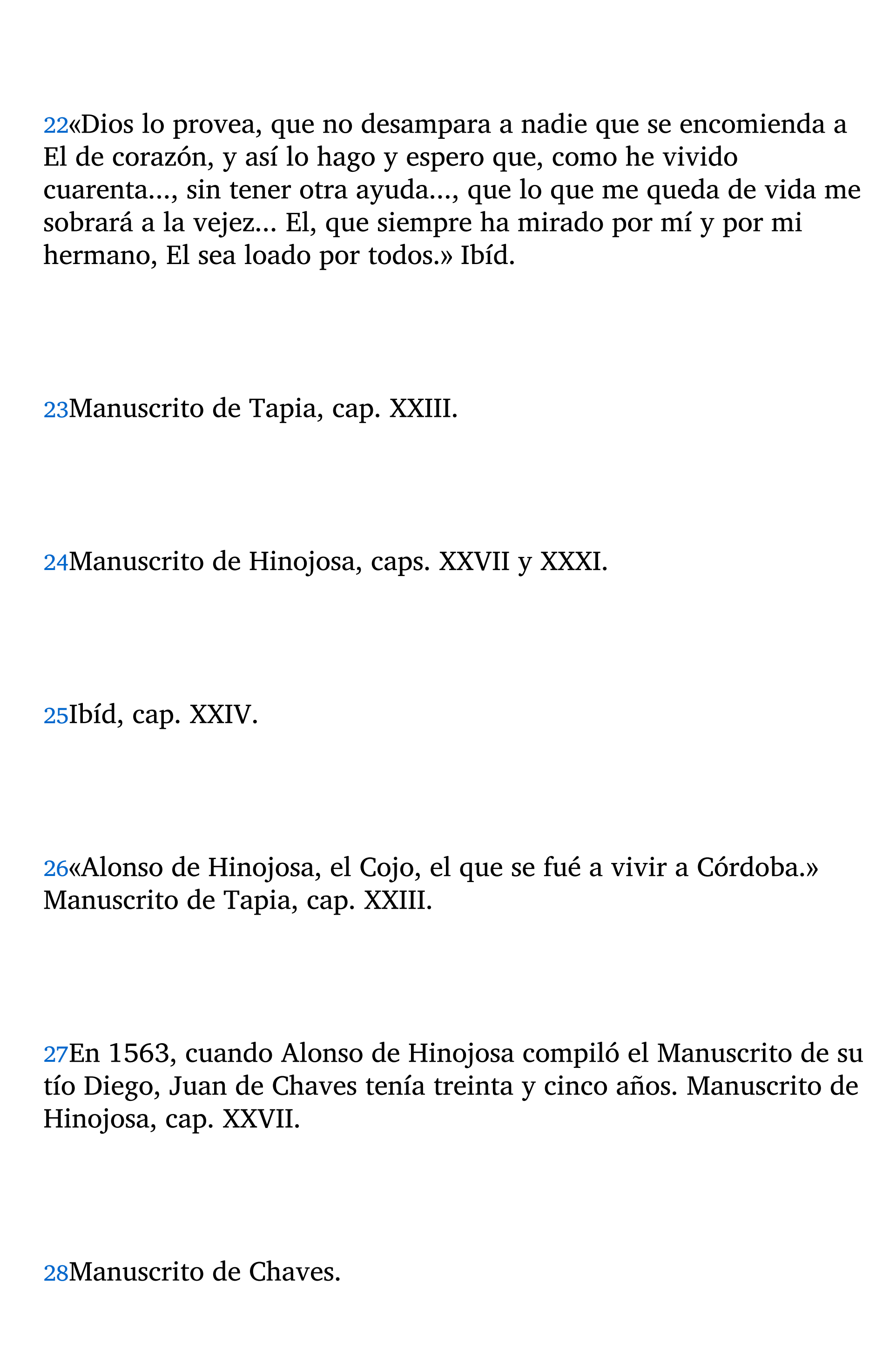
17 Las fechas de 1548 y 1563, en las que el Manuscrito se redactó y fué compilado, respectivamente, por Diego y Alonso, constan en el texto. Cfr. Manuscrito de Hinojosa, caps. XX, XXXI y XXXII.

18 «Santa Ana, abogada especial del linaje de los Hinojosas.» Ibíd, cap. XVI,

19 En 1563, fecha en que compila el Manuscrito de su tío, Alonso dice que tiene cuarenta años. Ibíd., cap. XXIV.

20 «Han sido siempre estos caballeros gente honrada y amigos de lucir y parecer cortesanos y, con ésto, algo derramados y gastadores, gastando honradamente y con alguna vanidad.» Manuscrito de Tapia, cap. XXIII.

21 Alonso de Hinojosa dice: «Yo y mi hermano, que quedamos niños, en poder de tres tutores y curadores, donde se nos menoscabó la hacienda» Manuscrito de Hinojosa, cap. XXIV.



22«Dios lo provea, que no desampara a nadie que se encomienda a El de corazón, y así lo hago y espero que, como he vivido cuarenta..., sin tener otra ayuda..., que lo que me queda de vida me sobrará a la vejez... El, que siempre ha mirado por mí y por mi hermano, El sea loado por todos.» Ibíd.

23Manuscrito de Tapia, cap. XXIII.

24Manuscrito de Hinojosa, caps. XXVII y XXXI.

25Ibíd, cap. XXIV.

26«Alonso de Hinojosa, el Cojo, el que se fué a vivir a Córdoba.» Manuscrito de Tapia, cap. XXIII.

27En 1563, cuando Alonso de Hinojosa compiló el Manuscrito de su tío Diego, Juan de Chaves tenía treinta y cinco años. Manuscrito de Hinojosa, cap. XXVII.

28Manuscrito de Chaves.

[29]Ibíd.

[30]Manuscrito de Hinojosa, cap. XXVII.

[31]Manuscrito de Hinojosa, cap, XVII. Naranjo Ob. cit., tomo I, págs. 335 y siguientes trata de la venta de lugares, destacando la actuación en contra de tales ventas de otro de la familia del cronista, de Nuño García de Chaves.

[32]Manuscrito de Hinojosa, cap. XXVII.

[33]Manuscrito de Tapia, cap. XVII.

[34]Cuando Alonso de Hinojosa, en 1563, recoge los datos relativos a la familia de Juan de Chaves, vive el hermano de éste, Alonso de Sotomayor, el cual ha muerto ya al escribirse el Manuscrito de Chaves. Esto sitúa la redacción de este Manuscrito unos años después de la fecha indicada, sin poderse puntualizar más, por haberse dejado en blanco en el texto la guerra en que muere Alonso de Sotomayor.

35Deducimos esta fecha aproximada, concordando numerosos documentos del Archivo de los condes de Canilleros, sección de Asuntos de Trujillo, que no enumeramos por no cansar con tan larga cita.

36 Gonzalo de Tapia era hijo de Bernardino de Tapia y Angela de Sotomayor; primer nieto de Esteban Rangel de Tapia y Mencía de Orellana; segundo nieto de Francisco de Tapia y Juana García Calderón; tercer nieto de Alfonso García de Tapia y Teresa González; cuarto nieto de Esteban Sánchez de Tapia, conquistador de Trujillo, y Marina Alfón. Genealogías y árboles genealógicos de la casa de Tapia. Arch. de Canilleros, A. de T., leg. 16, núm. 24.

37 Vid. Miguel Muñoz de San Pedro: Diego García de Paredes, Hércules y Sansón de España, Madrid, 1946, págs. 431 y siguientes.

38Don Gonzalo de Tapia dió poder para otorgar testamento, ante el escribano Alvar Sánchez Becerra, en Trujillo, el 29 de diciembre de 1594; doña María de Paredes testó ante el mismo escribano, el 18 de junio de 1598. Arch. de Canilleros, A. de T., leg. 24, núm. 24 y leg. 8, núm. 9.

39Ibíd., leg. 3, núm. 4.

40Por un delecto de redacción, en nuestro citado libro, Diego García de Paredes (pág. 11), aparece don Luis como biznieto primogénito del paladín, siendo así que lo que tuvo fué la representación de la

primogenitura, como hemos indicado.

41 Don Luis de Tapia y Paredes tuvo una única hija, doña María Clara de Tapia, que murió sin sucesión, pasando sus bienes y mayorazgos a la línea de su tío don Esteban. Doña María Clara otorgó testamento en Trujillo, el 2 de junio de l691. Arch. de Canilleros, A. de T., leg. 6, núm. 1.

42Vid. Miguel Muñoz de San Pedro: Un extremeño en la Corte de los Austrias (Revista de Estudios Extremeños, año 1946,· tomo 11, págs. 379 y siguientes) y La Relación de las Indias de Fray Antonio Vázquez de Espinosa. (Revista de Indias, julio-diciembre de 1948, págs. 837 y siguientes.)

43Según consta en el manuscrito (cap. XXXVI), Tapia escribe mientras está siendo Virrey del Perú don Fernando de Torres, conde de Villardompardo, el cual desempeña tal misión desde el año 1586 al de 1590.

44Doña Teresa de Ovando otorgó su testamento en Trujillo, el 25 de octubre de 1604. Arch. de los condes de Canilleros, A. de T., leg. 23, núm. 14.

45Otorgó don Esteban su testamento ante el escribano Alvar Sánchez Becerra, constando en él que sus hijos son menores de doce años. Ibíd.

46De doña María de Paredes y don Miguel de Eraso fue hijo Don Esteban de Eraso, esposo de doña Inés Bejarano Manrique, padres de don Miguel de Eraso, que casó con doña Antonia Gertrudis Roco y procrearon a doña Inés Ventura de Eraso Tapia y Paredes, esposa de don Pedro Bernardo de Porres y Acuña, condes de Canilleros. Esta genealogía está sacada de partidas sacramentales y testamentos que se guardan en la S. de Asuntos de Brozas, del Arch. de los condes de Canilleros.

47En los textos respectivos se mencionan fuentes informativas, aparte de la información directa, que es la más interesante en los tres manuscritos. Diego y Alonso de Hinojosa citan, entre otros autores, a Galíndez de Carvajal, haciendo referencia a documentos. Esteban de Tapia hace diversas citas bibliográficas, a más de las alusiones documentales. Juan de Chaves escribe exclusivamente a la vista de documentos de su casa.

48Los textos se reproducen íntegramente, con las actualizaciones indicadas, indispensables para la comparación, máxime teniendo en cuenta que se publican bajo el patrocinio del Ayuntamiento de Trujillo, con destino, no sólo a los eruditos, sino al lector medio. También hemos dado denominación de capítulos» numerándolos, a cada una de las divisiones de los manuscritos, excepto al de Chaves, por su brevedad y por estar redactado sin intercalar epígrafes.

49Las dos copias del Manuscrito de Hinojosa las encontramos en el Arch. de los condes de Canilleros, A. de T., leg. 22, n.° 4, donde continúa una de ellas; la otra se guarda hoy en la biblioteca de don Antonio Rodríguez Moñino, a quien la donamos.

50Manuscrito de Hinojosa, cap. XXIV

51«Diego de Hinojosa, el bueno y letrado, que recopiló estas materias, que yo, Alonso de Hinojosa, su sobrino, hijo de Alvaro de Hinojosa, su primo hermano, traducí con mayor brevedad que él las escribió.» (Ibid., cap. XX.) El epígrafe del capítulo XV, recoge en latín conceptos semejantes. Conocemos, por tanto, la refundición hecha por Alonso, mis breve que el primitivo original, redactado por Diego.

52Cfr Manuscrito de Chaves, encabezamiento.

53Al final de cada una de las dos copias del Manuscrito de Hinojosa está copiado el texto del Manuscrito de Chaves, que se encuentra unido a aquél y, por tanto, se guardan los ejemplares en los dos mismos sitios que indicamos.

54Aludimos a la citada obra de Clodoaldo Naranjo (tomo I, págs. 443 y sigtes.), el cual traza la genealogía de la casa de Chaves con errores y desconociendo cuál es la auténtica línea primogénita.

55Cfr. Manuscrito de. Tapia, encabezamiento.

56Arch. de Canilleros, A. de T., leg. 23, núm. 3.

57Esta copia se guarda en la biblioteca de don Antonio Rodríguez Moñino. Al final de ellas puso el copista la siguiente nota: «Que saqué yo, Blas de Salazar, que me dió el señor don Francisco de Solís, Oidor de la Chancillería de Granada, el cual libro se le había dado don Miguel de Eraso, caballero del Hábito de Calatrava, en 20 de agosto de mil y seiscientos y treinta años. Blas de Salazar.» (Rubricado).

58María la Viuda, poema dramático. El relato del episodio pasa al Perú y lo recoge Ricardo Palma en sus Tradiciones peruanas. Este tema literario ha sido estudiado por don Ramón Menéndez Pidal. Vid. Miguel Muñoz de San Pedro: Una desconocida heroína trujillana, en Trujillo a su Excelsa Patrona la Virgen de la Victoria..., Plasencia, 1948, págs. V y sigtes.

59Manuscrito de Tapia, caps. VII, XVI, XXIII y XXX.

60Ibíd., cap. XX.

61La redacción del pasaje resulta confusa. Paniagua no era deudo, sino solamente paje de don Alonso de Sotomayor, primer conde de Balalcázar. Este es el que, colérico, mandó azotar a dicho paje, que se pasó entonces a servir con Hernando de Monroy, llamado el

Bezudo, primo hermano de Sotomayor. La venganza de Paniagua fué después de terminada la lucha entre los dos primos, a pretexto de que don Alonso, avergonzado de haber sido vencido, hablaba mal de Hernando. El cronista aporta un dato de interés al concretar la personalidad de Juan Paniagua, del que sólo se conocía el apellido.

62Se advierte claramente la omisión del nombre del padre de ella, pues a éste, y no a Diego Paniagua, se refiere cuanto sigue.

63Vemos aquí mezclados, cosa que se repite a cada momento, los datos recogidos por el autor, Diego de Hinojosa, y las enmiendas del sobrino y compilador. Los conceptos confusos podemos aclararlos en la siguiente forma: Isabel Alvarez, portuguesa, casa con Juan García de la Torre, siendo hijo suyo Pedro de la Torre, marido de Marta Martínez.

64Es indudable que al compilar el manuscrito, altera el orden Alonso de Hinojosa, pues el contenido de los dos primeros folios de él deberán ir más atrás, toda vez que el folio tercero es donde comienza la obra, según reza claramente el epígrafe. Esta es la razón de aludir aquí a un parentesco ya visto, cuando, realmente, nada se ha mencionado aún de él.

65Como ya hemos anotado, se ve claramente que aquí es donde debe empezar el manuscrito, habiéndose copiado indebidamente antes lo que ocupan los capítulos uno y dos.

[66]Este lugar lo localiza el testamento cerrado que otorga en Trujillo, el 19 de Junio de 1569, Francisco Pizarro de Vargas, en una cláusula que dispone de la cerca y alcacer que tiene «en la calle que va a Santo Domingo junto al estudio de la gramática». Documentación de Federico Acedo, cit.

[67]El origen del apellido Bejarano está concretado perfectamente, como oriundos de Beja, en Portugal.

[68]La mención que hace de Alfonso VI, como reconquistador de Trujillo, es errónea. Esta ciudad fue reconquistada tres veces: la primera, por Alfonso VIII; la segunda, por el maestre de Alcántara don Arias Pérez Gallego; la tercera y definitiva, por Fernando III el Santo, en 1232. Vid. Naranjo: Op. cit., tomo I, págs. 66 y siguientes.

[69]Todo lo que hemos colocado entre guiones, agregación, sin duda, de Alonso de Hinojosa, es erróneo. La Sevilla López de Carvajal que casa con Diego Hernández Pizarro, no es hija sino nieta de Diego Gonzalez de Carvajal, hija de los citados Mencía González de Carvajal y Alvar García Bejarano. En el párrafo siguiente continúa Diego de Hinojosa tratando de la hija tercera de Diego González de Carvajal, la otra Sevilla López de Carvajal —tía de la casada con Pizarro—, que casa con Alonso García de Vargas. Vid. Naranjo: Ob. cit., tomo I, páginas 4 '5 y 450.

[70]El VII maestre de Alcántara, al que se refiere, se llamó don Pedro Yáñez. Sus descendientes se apellidaron Periáñez. Vid. Alonso de

Torres y Tapia: Op. cit., tomo I. pág. 338.

71Fué elegido en 1254. Ibíd, pág. 341.

72Se refiere a la iglesia de Santa María de Almocobar, reconstruida por don Garci Fernández.

73Este párrafo está repetido, pues antes se consignó lo mismo.

74Respetamos la antigua denominación que se da al río, que es, sin duda, el Tajo actual.

75Aunque pone Santa Cruz, anteriormente se dice, y es sin duda lo cierto, que era beneficiado de la Iglesia de Santa María.

76Todo lo entre corchetes se omitió en ambas copias del manuscrito y es indispensable para recoger la exacta genealogía, que de otra manera quedaba alterada. A la esposa de Alonso Alvarez, que aquí se nombra doña Francisca, se menciona más adelante, repetidas veces, como doña Inés, sin hacer en ninguna de las citas referencia del apellido.

77Hemos procurado subsanar en lo posible la defectuosísima redacción de las frases latinas intercaladas a lo largo del texto.

78Resulta oscurísima la redacción de este inciso sobre los poseedores de la dehesa llamada Torre de Sancha Alonso, luego torre de la Coraja. Lo que en él trata de explicarse es lo siguiente: Hernando Corajo era hijo de Juan Corajo y de María Ximénez de Paredes, hermana ésta del famoso paladín de las guerras de Italia, Diego García de Paredes. Hernando no tuvo hijos y fundó mayorazgo a favor de su tío, el citado Diego García, que fué su heredero universal Así vino a poder de éste la citada dehesa, que Hernando había heredado de su padre y era propiedad de la familia Corajo, sin pertenecer Paredes a tal linaje, ya que su parentesco con el sobrino era por la madre. Vid. Miguel Muñoz de San Pedro: Diego García de Paredes, pág. 547.

79Anteriormente se consigna que Fernando Alfonso vivió ciento diez años y que había nacido en 1339 y murió en 1439. Ahora se afirma que vive ciento trece y que muere en 1453. Esto último es, sin duda, agregación del compilador, Alonso de Hinojosa.

80Según anteriormente anotamos, no eran hermanas, sino tía y sobrina.

81El texto pone rey; pero es indudable que se trata de un error, ya que se encontraban en presencia del Infante don Enrique.

82Aquí la llama Catalina y a continuación la nombra Isabel, que es su verdadero nombre.

83Omite otra hija, Isabel Rodríguez, esposa de Hernando Alonso Pizarro y madre de Gonzalo Pizarro, el padre del conquistador del Perú.

84Esta frase queda incompleta, debiendo aludir a víctimas de las luchas banderizas, ya que los dos hermanos, Diego y Alonso, según dijimos, eran de parcialidades enemigas.

85Anteriormente, al tratar de los Paniaguas, puntualiza el texto que Marta Martínez, mujer de Pedro de la Torre, no era portuguesa, siéndolo en cambio Isabel Alvarez, esposa de Juan García de la Torre.

86El criado del clavero, al que alude, es Alonso Maldonado, autor de una crónica de las hazañas de Monroy. Vid. Alonso Maldonado: Hechos del maestre de Alcántara don Alonso de Monroy, con un estudio preliminar de Antonio R. Rodríguez Moñino. Madrid, 1935. Esta edición está mejor cuidada que la hecha de la misma obra en el Memorial Histórico Español.

87Esta genealogía, que traza de la descendencia del maestre de Alcántara, don Gutierre de Sotomayor, tiene numerosas confusiones. El primer conde de Belalcázar fué don Alonso, hijo del maestre. Hijos de don Alonso fueron don Juan, primogénito,

segundo conde, y don Gutierre —no don Alonso segundón, tercer conde, por renuncia de su hermano. Don Juan fué llamado conde santo, pues renunció honores y riquezas, para hacerse fraile, siendo luego fray Juan de la Puebla. A don Gutierre llamaron el conde Lozano, continuando en su descendencia la representación del linaje y el condado de Belalcázar. Vid. Miguel Muñoz de San Pedro: Don Gutierre de Sotomayor Maestre de Alcántara. Cáceres, 1949, págs. 105 y sigtes.

88Hemos suprimido unas frases repetidas que consigna el manuscrito sobre el casamiento de Luis de Chaves y doña Francisca de Ribadeneyra, que resultan innecesarias y se prestan a confusión.

89Según Naranjo (Truiillo y su tierra, pág. 445), la Calderón era la que aquí llama doña Francisca Lagorda, mientras doña Isabel se apellidaba Altamirano.

90Como se ha podido observar, este pasaje se repite en el manuscrito. El seudo pareado que encontramos hoy carente de todo ingenio, debía tener esta explicación: Alvaro de Escobar llamaba a su hija «Ojos de Pega» y había decidido dar al que casare con ella una de sus dos fincas, Tozo o Berenga.

91El sentido que queda aquí incompleto, con una sola palabra ilegible, se aclara más adelante, pues se dice que este Martín Alonso de Hinojosa dejó su casa para monasterio de monjas de Santo Domingo.

92No es posible saber a quién se refiere este párrafo, pues ninguna de las mujeres de la familia de Pedro de la Torre, que ha mencionado, puede ser esta monja. Es indudable que antes de este párrafo había algo, que no fué copiado, y que se alude a algún pasaje que tampoco se recogió en las copias.

93Debemos recordar que a la alcantarina rama de Sanabria perteneció San Pedro de Alcántara.

94El manuscrito pone Francisco; pero es indudable que alude a Gonzalo Pizarro, el noble rebelde, hermano menor del conquistador don Francisco Pizarro, ya que cuanto viene diciendo se refiere a la rebelión de Gonzalo, en cuyo vencimiento jugó papel importantísimo Pedro Alonso de Hinojosa, al lado del pacificador don Pedro de La Gasca.

95Prescindimos de toda anotación en lo relativo a Historia general de España, por ser materia sobradamente conocida y asequible a todas las enmiendas.

96Sobre fundación de Trujillo y origen del nombre, Vid. José Ramón Mélida: Catálogo monumental de España. Provincia de Cáceres, Madrid, 1924, tomo II, págs. 359 y sigtes. Federico Acedo: De los nombres atribuidos a Trujillo, en Revista de Extremadura, año 1900, tomo II.

97Ya hemos anotado en el Manuscrito de Hinojosa, que Alfonso VI no intervino en ninguna reconquista de Trujillo, pues todas fueron posteriores.

98Los Fratres de Cáceres, origen de la Orden de Santiago, se fundaron en tiempos de Fernando II, no de Alfonso VI, que tampoco hizo ninguna reconquista de Cáceres.

99Aunque, como indicamos, prescindimos de anotaciones de Historia de España, nos parece oportuno recordar que confunde la numeración de los Alfonsos, pues el Emperador fué Alfonso VII. Esto es a causa de haber dado número al esposo de doña Urraca, Rey de Aragón.

100Fué esto en la primera reconquista de Trujillo, en tiempos de Alfonso VIII.

101Es indudable la actuación destacada de Hernán Ruiz, que el autor casi descarta, para destacar más la protección de la Santísima Virgen.

102En las armas de Trujillo aparece la Virgen, con su hijo en los brazos, sobre una muralla y entre dos torres. El letrero a que alude, dice así: «En esta Torre Juliana, según por verdad se muestra, contra la gente pagana, a tal, Reina Soberana, os mostrastes Madre nuestra.»

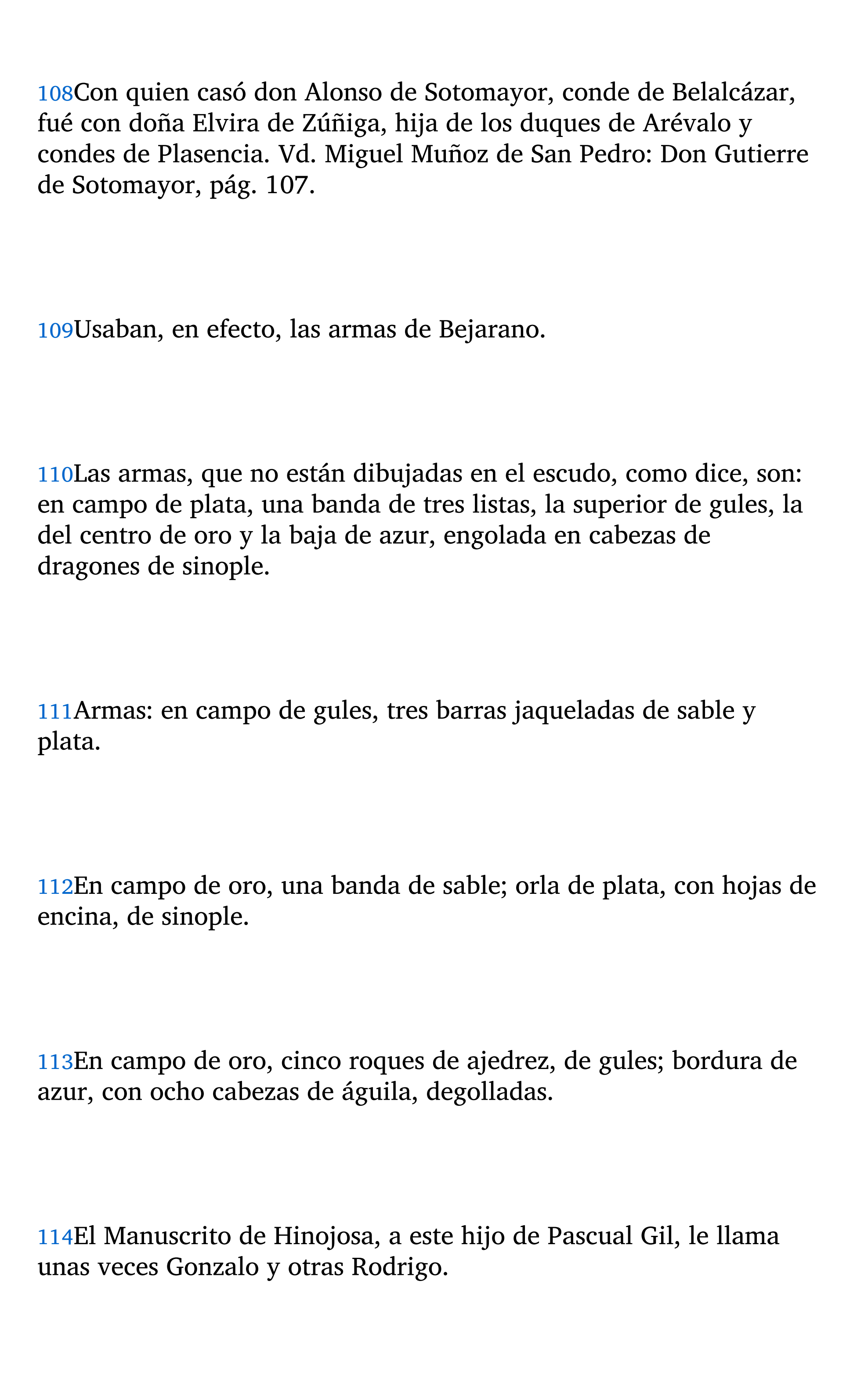
103Los repartos de los puestos del Concejo fueron siempre motivo de disputa, no de concordia, como aquí supone el autor. La preponderancia del linaje Altamirano, que disfrutaba la mitad de los puestos concejiles, era mirada con rencor por los linajes Añasco y Bejarano, que no tenía cada uno más que la cuarta parte de tales cargos.

104En este reparto de familias entre los tres linajes, hay omisiones y errores, tales como no mencionar en el bando Añasco al importante apellido Corajo y decir que la familia Gil era de los Altamirano, cuando en realidad figuraba entre los principales del grupo Añasco, lo cual queda bien resaltado en el Manuscrito de Hinojosa

105Es un error cuanto afirma de la venida de los Añascos desde Badajoz en tiempo de Sancho IV, pues vinieron a Trujillo en el ejército reconquistador de Fernando III, el Santo

106Armas: en campo de oro, león rampante, de gules; bordura de gules con cinco onzas rampantes de oro. Seguiremos, al anotar las armas omitidas, los manuscritos inéditos de heráldica trujillana, que dejó escritos Clodoaldo Naranjo.

107En nota marginal: «Ha de decir Pedro de Baza».



108Con quien casó don Alonso de Sotomayor, conde de Belalcázar, fué con doña Elvira de Zúñiga, hija de los duques de Arévalo y condes de Plasencia. Vd. Miguel Muñoz de San Pedro: Don Gutierre de Sotomayor, pág. 107.

109Usaban, en efecto, las armas de Bejarano.

110Las armas, que no están dibujadas en el escudo, como dice, son: en campo de plata, una banda de tres listas, la superior de gules, la del centro de oro y la baja de azur, engolada en cabezas de dragones de sinople.

111Armas: en campo de gules, tres barras jaqueladas de sable y plata.

112En campo de oro, una banda de sable; orla de plata, con hojas de encina, de sinople.

113En campo de oro, cinco roques de ajedrez, de gules; bordura de azur, con ocho cabezas de águila, degolladas.

114El Manuscrito de Hinojosa, a este hijo de Pascual Gil, le llama unas veces Gonzalo y otras Rodrigo.

115La señora con quien el maestre tuvo estos hijos no fué la que aquí se indica, sino Teresa Fernández de Peón. Vid. M. Muñoz de San Pedro: Don Gutierre de Sotomayor, pág. 106.

116Todas las omisiones y dudas en relación con esta línea del hijo primogénito de Luis de Chaves, el Viejo, están subsanadas en el Manuscrito de Chaves.

117Nada ha dicho anteriormente del matrimonio de este hijo segundo. Naranjo (Trujillo y su tierra, tomo I, pág. 448) dice casó con Isabel Calderón, si bien luego confunde la descendencia de este Gutierre de Sotomayor con la del primogénito, Francisco de Chaves.

118Quedan descritas al principio del capítulo.

119La aparente contradicción de afirmar que Juan Pizarro era, a la vez, hijo segundo y mayorazgo, no es tal. En efecto, Fernando Pizarro, enemistado con su hijo primogénito, Francisco, fundó mayorazgo a favor del segundo, Juan. Tratamos esto en nuestro trabajo Las últimas disposiciones del último Pizarro de la Conquista.

120Tres hinojos de sinople en campo de oro; otros ponen, tres hinojos de oro en campo de gules.

121Escudo cuartelado en sotuer: 1.° y 4.° en campo de gules, una banda de sinople, perfilada de oro; 2.° y 3.º en campo de oro, «Ave María gratia plena» en letras de azur.

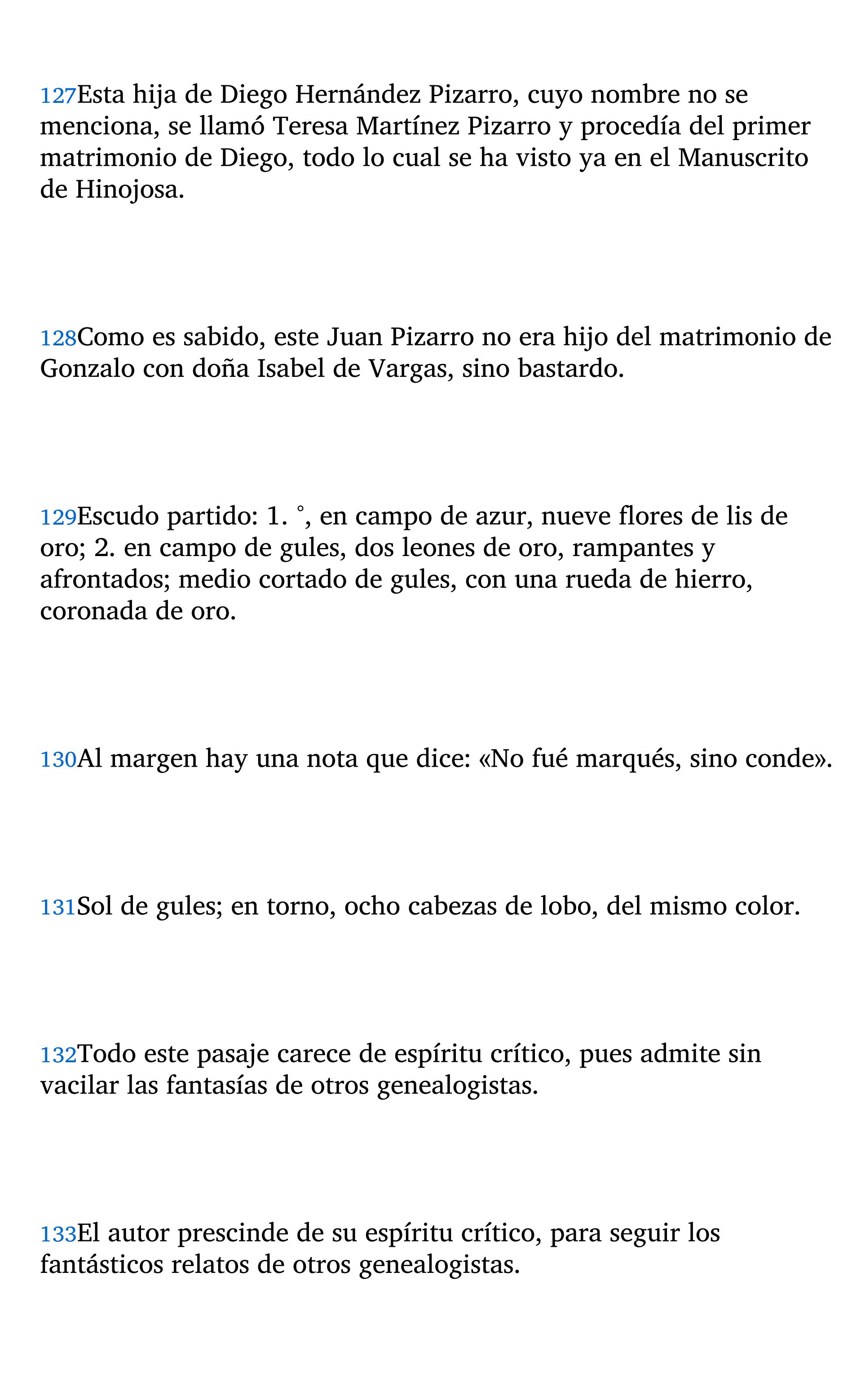
122En realidad, no es que emparentaran con los Altamirano, sino que eran Altamirano y tomaron el apellido Orellana, de su señorío de Orellana la Vieja.

123Las reseñadas para el apellido Altamirano, las de la casa de Orellana la Vieja; las de Bejarano, las de Orellana la Nueva, o de la Sierra.

124Todo esto es erróneo. Los padres de Sancho Ximénez procedían de Cáceres. Vid. Miguel Muñoz de San Pedro: Diego García de Paredes, págs. 49 y sigtes.

125Toda esta genealogía está incompleta y con errores, pues Alvaro de Paredes no fué hijo legítimo, sino bastardo. lbíd, pág. 47.

126Siete estrellas de plata, en campo azur.



127Esta hija de Diego Hernández Pizarro, cuyo nombre no se menciona, se llamó Teresa Martínez Pizarro y procedía del primer matrimonio de Diego, todo lo cual se ha visto ya en el Manuscrito de Hinojosa.

128Como es sabido, este Juan Pizarro no era hijo del matrimonio de Gonzalo con doña Isabel de Vargas, sino bastardo.

129Escudo partido: 1. °, en campo de azur, nueve flores de lis de oro; 2. en campo de gules, dos leones de oro, rampantes y afrontados; medio cortado de gules, con una rueda de hierro, coronada de oro.

130Al margen hay una nota que dice: «No fué marqués, sino conde».

131Sol de gules; en torno, ocho cabezas de lobo, del mismo color.

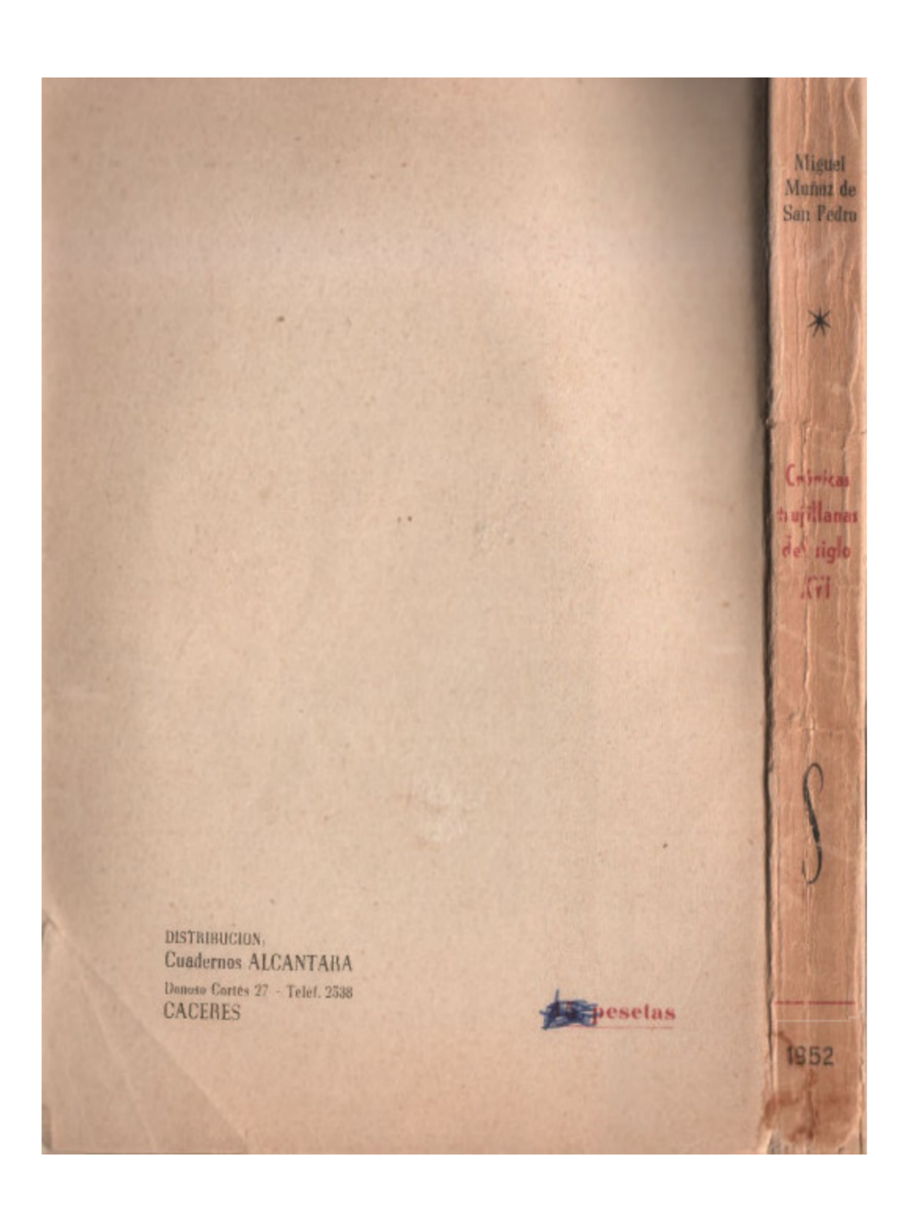
132Todo este pasaje carece de espíritu crítico, pues admite sin vacilar las fantasías de otros genealogistas.

133El autor prescinde de su espíritu crítico, para seguir los fantásticos relatos de otros genealogistas.

134Dos toros pasantes, de sable, en campo de oro.

135En campo de plata, tres fajas ondeadas, de azur

136En alguna nota de las de este libro se ha hecho mención de la existencia de uno de los dos ejemplares de estos manuscritos en la biblioteca de don Antonio Rodríguez Moñino Durante la impresión, el señor Rodríguez Moñino ha hecho donación de los mismos, con muchos más y sus libros de carácter extremeño, a esta Biblioteca Pública y Archivo Histórico de Cáceres, lo que nos complacemos en registrar, patentizando así el agradecimiento que el gesto merece.


Miguel
Muñoz de
San Pedro
Crónicas
siglo
XVI
1952
DISTRIBUCION:
Cuadernos ALCANTARA
Donoso Cortés 27 - Telef. 2538
CACERES
pesetas